

PREDICADORES

HISTORIA DE LA ESPIRITUALIDAD DOMINICANA



FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

SALAMANCA 2021

A los vecinos del pueblo de Caleruega.
Por su apoyo fraterno en los tres años
en los que tuve el honor de convivir con ellos.
Y por todo lo que hacen por dar a conocer
a su antepasado más ilustre: Santo Domingo.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

PREDICADORES

HISTORIA DE LA ESPIRITUALIDAD DOMINICANA

SALAMANCA 2021

08-08-2021

ISBN: 978-84-09-30748-7

Este libro ha sido editado por el propio autor, y puede descargarse gratuitamente en formato PDF y ePub en:
<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/predicadores-historia-de-la-espiritualidad-dominicana/>

Portada:

Fragmento de *Los santos dominicos* de Fra Angelico (1423-1424), The National Gallery (Londres).

CONTENIDO

PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN.....	13
1174-1221: SANTO DOMINGO Y EL NACIMIENTO DE LA ORDEN DE PREDICADORES.....	17
CONTEXTO.....	17
Europa de las ciudades.....	17
Cruzadas y nacimiento del Gótico.....	19
Movimientos heréticos.....	20
Vida religiosa.....	20
VIDA DE SANTO DOMINGO.....	21
Infancia en Caleruega y Gumiel de Izán.....	21
Estudiante en Palencia.....	23
Canónigo en El Burgo de Osma.....	23
Predicador itinerante en el Languedoc.....	25
Fundador de la Orden de Predicadores.....	26
LA ESPIRITUALIDAD DE SANTO DOMINGO Y SU ORDEN.....	28
Monjas.....	28
Laicas y laicos.....	31
Predicación.....	31
Estudio.....	32
Oración.....	33
Comunidad.....	35
Espiritualidad gótica.....	36
Justicia y paz.....	38
Mendicidad.....	38
1221-1285: ESPLENDOR DE LA ORDEN.....	41
CONTEXTO.....	41
Inocencio III y el IV Concilio de Letrán.....	41
Órdenes mendicantes.....	42
Beaterios.....	44
Agrupaciones del pueblo fiel.....	47
TIEMPOS DE ESPLENDOR.....	48
▶ Beato Jordán de Sajonia.....	48
▶ Beato Humberto de Romans.....	49

MONJAS.....	50
Conflicto de las capellanías.....	51
▶ Beata Cecilia Cesarini y beata Diana de Andaló	53
▶ Beata Emilia Bichieri	53
▶ Santa Margarita de Hungría	54
TERCERA ORDEN.....	55
▶ Santa Zedislava de Lemberk	56
PREDICACION.....	57
MISIONEROS	58
▶ San Jacinto de Polonia	59
ESTUDIO	60
▶ San Alberto Magno	62
▶ Santo Tomás de Aquino	63
AUTORES ESPIRITUALES	67
▶ Beato Santiago de la Vorágine.....	67
ARTE	68
INQUISICION.....	70
▶ San Pedro de Verona.....	71
La leyenda negra de santo Domingo	72
1285-1380: CRISIS Y DECADENCIA.....	75
CONTEXTO.....	75
Acontecimientos negativos.....	75
Pesimismo y miedo	76
Decadencia de la vida religiosa.....	77
DECADENCIA DOMINICANA	77
MISTICA RENANA.....	79
Espiritualidad de san Alberto Magno.....	79
▶ Fray Ulrico de Estrasburgo	80
Acompañamiento espiritual a mujeres.....	80
Beguinas.....	81
Hermanos y hermanas del libre espíritu	82
Concilio de Vienne	84
Amigos de Dios	84
▶ Maestro Eckhart.....	85
▶ Fray Juan Taulero	90

▶ Beato Enrique Susón	91
Literatura mística de las monjas dominicas alemanas	93
▶ Beata Margarita Ebner	95
▶ Sor Cristina Ebner	96
Influencia posterior de la mística renana	97
AUTORES ESPIRITUALES	98
▶ Fray Domingo Cavalca	99
▶ Fray Santiago Passavanti.....	100
▶ Beato Venturino de Bérghamo	100
MONJAS.....	101
▶ Santa Inés de Montepulciano	101
▶ Beata Imelda Lambertini	102
TERCERA ORDEN.....	102
▶ Beata Sibilina Biscossi de Pavía.....	103
▶ Santa Margarita de Castello.....	104
▶ Santa Catalina de Siena	105
ESTUDIO	112
PREDICACION.....	113
▶ San Vicente Ferrer	114
MISIONES.....	117
ARTE	118
1380-1566: REFORMA Y RENACIMIENTO.....	121
CONTEXTO.....	121
Renacimiento.....	121
Iglesias protestantes.....	122
Descubrimiento y colonización de nuevos mundos.....	123
Espiritualidad española.....	127
REFORMA E INNOVACION EN LA VIDA RELIGIOSA.....	131
Movimiento de observancia	131
Compañía de Jesús.....	132
Vida religiosa apostólica femenina.....	134
GOBIERNO DE LA ORDEN.....	134
REFORMA DE LA ORDEN	135
▶ Beato Raimundo de Capua	136
Expansión de la reforma dominicana	139

ULTRARREFORMADORES.....	141
▶ Fray Jerónimo Savonarola.....	141
▶ Fray Juan Hurtado de Mendoza	145
ARTE	146
▶ Fra Angelico	147
▶ Fra Bartolommeo	150
MONJAS.....	151
▶ Beata Clara Gambacorta y beata María Mancini.....	151
▶ Beata Margarita de Saboya-Acaya.....	152
▶ Beata Juana de Portugal	153
TERCERA ORDEN.....	154
▶ Beata Columba de Rieti	155
▶ Beata Estefanía Quinzani	156
▶ Beata Hosana de Kotor	157
▶ Santa Catalina de Ricci	158
ESTUDIO	160
▶ Fray Francisco de Vitoria y la Escuela de Salamanca	161
▶ Fray Melchor Cano.....	164
Postura ante el misticismo español	164
AUTORES ESPIRITUALES	165
Dominicos españoles defensores de la espiritualidad ascética	166
Dominicos españoles que difundieron la oración mental	167
▶ Fray Luis de Granada	168
▶ San Bartolomé de los Mártires	170
PREDICACION.....	171
▶ Fray Alonso de Cabrera.....	171
MISIONES.....	172
EVANGELIZACION DE AMERICA.....	173
▶ Fray Pedro de Córdoba y fray Antón de Montesinos	174
▶ Fray Bartolomé de las Casas.....	177
ROSARIO	181
Santo Domingo y el Rosario	183
1566-1789: ESPIRITUALIDAD TRIDENTINA	185
CONTEXTO.....	185

Modernidad.....	185
Concilio de Trento.....	191
Espiritualidad barroca.....	193
Nuevas Congregaciones.....	194
PARTICIPACION DE LA ORDEN EN EL CONCILIO DE TRENTO	197
▶ San Pío V.....	197
GOBIERNO DE LA ORDEN.....	199
AUTORES ESPIRITUALES	200
Espiritualidad francesa del siglo XVII	201
▶ Fray Luis Chardon	202
▶ Fray Juan de Santo Tomás	202
MISIONEROS EN EXTREMO ORIENTE	203
▶ Fray Domingo de Salazar.....	205
Mártires de Japón.....	206
ESTUDIO	207
Controversias	208
PREDICACION.....	210
▶ Fray Diego de Hojeda.....	211
Persecución protestante.....	211
AMERICA.....	212
▶ San Martín de Porres	212
▶ San Juan Macías.....	214
TERCERA ORDEN.....	216
▶ Santa Rosa de Lima.....	216
▶ San Luis María Grignon de Montfort.....	218
▶ Sor Teresa Chikaba.....	219
DOMINICAS DE VIDA APOSTOLICA.....	221
▶ Beata María Poussepin	221
MONJAS.....	223
▶ Sor Juliana Morell.....	223
▶ Beata Inés de Langeac.....	224
▶ Beata Ana de los Ángeles Monteagudo	226
ARTE	227
ROSARIO	228
Batalla de Lepanto.....	228
Rosario Perpetuo	229

1789-1962: SUPRESIÓN, RESTAURACIÓN Y EXPANSIÓN.....	231
CONTEXTO.....	231
Revolución.....	231
Religiosidad popular	241
Vida consagrada y Movimientos cristianos	242
SUPRESION DE LA ORDEN EN MUCHOS PAISES	244
Partición de la Orden.....	245
RESTAURACION DE LA ORDEN	246
▶ Fray Enrique Lacordaire.....	246
▶ Fray Vicente Jandel	248
Evolución posterior de la Orden.....	250
Parroquias y colegios.....	251
PREDICACION	252
▶ San Francisco Coll	252
MISIONES.....	254
▶ San Valentín de Berrio-Ochoa y los mártires de Vietnam ...	255
ARTE	256
AUTORES ESPIRITUALES	258
Tratadistas franceses.....	258
▶ Fray Juan González Arintero.....	259
ESTUDIO	261
▶ Fray Marie-Dominique Chenu.....	262
▶ Fray Yves Congar	263
MONJAS.....	264
▶ Sor Teresa María Ortega Pardo	265
TERCERA ORDEN.....	268
Contrastes	269
▶ Élisabeth Leseur.....	271
▶ Práxedes Fernández García	273
▶ Beato Pier Giorgio Frassati.....	274
▶ Giorgio la Pira	275
DOMINICAS DE VIDA APOSTOLICA.....	277
▶ Beata Ascensión Nicol Goñi	279
▶ Hermana Mary Alphonsa Hawthorne.....	281
▶ Beata Julia Rodzinska	283
▶ Hermana María Sara Alvarado Pontón	284

JUSTICIA Y PAZ.....	286
▶ Fray Dominique Pire.....	286
ROSARIO	287
Iniciativas para difundir el Rosario	288
INQUISICION	289
1962-2020: VATICANO II Y POSMODERNIDAD	293
CONTEXTO.....	293
Posguerra.....	293
Concilio Vaticano II.....	294
Revolución del 68	295
Espiritualidad posconciliar.....	297
Vida religiosa	298
FAMILIA DOMINICANA.....	300
POSMODERNIDAD	301
FRAILES.....	305
MONJAS.....	306
▶ Sor Jean-Baptiste y la Comunidad Internacional de Prulla .	308
Fundación del monasterio de Cochabamba.....	310
DOMINICAS DE VIDA APOSTOLICA.....	311
▶ Hermana Veronique Margron.....	313
FRATERNIDADES LAICALES	314
▶ Erik Borgman	316
FRATERNIDADES SACERDOTALES.....	317
MOVIMIENTO JUVENIL DOMINICANO.....	318
ROSARIO	319
Equipos del Rosario	319
Símbolo identitario.....	319
ESTUDIO	320
▶ Fray Gustavo Gutiérrez.....	322
PREDICACION	324
▶ Fray Timothy Radcliffe.....	325
MISIONES.....	327
▶ Beato Pierre Claverie	328

ARTE	329
▶ Fray Kim en Joong.....	331
AUTORES ESPIRITUALES	332
▶ Fray José Fernández Moratiel.....	334
Espiritualidad tomista	335
JUSTICIA, PAZ Y CUIDADO DE LA CREACION	336
▶ Hermana Cristina Antolín	337
EN LAS FRONTERAS	339
▶ Fray Bruno Cadore.....	340
CONCLUSIÓN.....	345
MIEMBROS DE LA FAMILIA DOMINICANA CITADOS EN ESTE LIBRO.....	347

PRÓLOGO

La espiritualidad cristiana puede definirse en términos generales como «el esfuerzo consciente por integrar nuestra vida en torno a la persona de Jesús». Y la espiritualidad dominicana es una forma particular de integrar nuestra vida alrededor de la persona de **Cristo Predicador**, el cual nosotros predicamos al mundo. Al igual que todos los dones carismáticos, el don de la predicación se ordena a construir la Iglesia¹, el Cuerpo de Cristo, como dice san Pablo: «*todo debe hacerse para edificar*» (1Cor 14,26).

El carisma de la predicación no es exclusivo de nosotros, los dominicos, como tampoco lo fue para los obispos después de que Domingo fundara la Orden. Pero lo que hace que nuestra predicación, nuestro trabajo de evangelización, sea único, es la forma en que se fundó la Orden. Se dice que el momento fundacional llegó cuando Domingo decidió enviar a los hermanos. En 1217, Domingo envió a siete frailes a París *para estudiar, predicar y establecer una comunidad*². Los dominicos llevaron a cabo la tarea de evangelización a través de esta triple misión: estudiar, predicar y construir una comunidad. Cabe señalar que, aunque el nombre de la nueva fundación es «Orden de Predicadores», la «misión» de estudiar y construir comunidades no está simplemente subordinada a la misión de predicar. *Estudiar es en sí mismo una misión, construir comunidad es en sí mismo una misión*. Como fray Bruno Cadore, ex Maestro de la Orden, ha subrayado: «*no sólo estamos juntos por el bien de la misión, estar juntos es parte de la misión*». La *función distintiva* de esta triple misión, combinada con nuestros pilares de vida, historia y tradición, constituyen lo que podríamos llamar el *Camino Dominicano*, que sirve como fundamento de nuestra espiritualidad, a la hora de integrar nuestra vida centrada en Jesús, el Verbo Encarnado.

Así como hay *una* sola vocación: «Ven y sígueme» (Mt 4,19), pero existen *muchas* maneras de seguir a Jesús, así también hay muchas maneras de encarnar el carisma de santo Domingo, que *habló con Dios o sobre Dios*. Un dominico dijo: «Si queremos conocer a santo Domingo, no debemos buscarlo solo. Al desear ser enterrado bajo los

¹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Iuvenescit Ecclesia*, 1.

² JORDÁN DE SAJONIA, *Libellus*, 51.

pies de sus hermanos, Domingo estaba expresando la relación que tenía con su Orden. Nunca había estado fuera de ella como un autor está fuera de su novela. Su lugar siempre estaba dentro, con sus hermanos». Por lo tanto, si queremos entender a Domingo, debemos mirar a los *dominicos*. Creo que es por esta razón por la que fray Julián de Cos nos habla en este libro sobre el carisma dado por Dios a santo Domingo, concretándose en la riqueza múltiple de la vida y la predicación de hermanos y hermanas a lo largo de la historia, hasta el presente. Estas concreciones de la espiritualidad dominicana pueden parecer diferentes, pero provienen de la misma inspiración, del mismo carisma. Quizás podamos aplicar aquí la imagen de un «río» para ilustrar la «tradición» en el sentido de una «transmisión dinámica» (*tradere*). Un río tiene *una* fuente aguas arriba. Pero a medida que el río fluye, se adapta al variado terreno en el que fluye: se vuelve profundo y poco profundo, se estrecha y ensancha, se dobla y se endereza. Incluso puede formar ramales con diferentes nombres. Puede verse *diferente* a lo largo de su largo tramo, ya que se adapta a las *muchas* condiciones diferentes del terreno y, sin embargo, sigue siendo un río con una *sola fuente*. Desde esta perspectiva, podemos decir que la espiritualidad dominicana es verdaderamente *clásica*. Aquí tomo prestada la idea de H. G. Gadamer: un clásico es a la vez *intemporal* y *actual*. Es *intemporal* no porque se encuentre más allá de las vicisitudes de la historia, sino porque se convierte en un evento de significado en cada momento de la historia. Es *actual* precisamente porque es «un presente intemporal que es contemporáneo con todos los demás presentes».

Fray Gerard Francisco Timoner III, O.P.
Maestro de la Orden

INTRODUCCIÓN

Con motivo de los octavos centenarios de la confirmación de la Orden (2016) y del fallecimiento de santo Domingo (2021), en este libro vamos a exponer cómo ha evolucionado la espiritualidad dominicana a lo largo de sus más de 800 años de vida. Veremos cómo, inspirada por el Espíritu Santo, la Orden de Predicadores nació para dar respuesta a unas circunstancias concretas, y lo hizo adaptándose a ellas. Y así, a lo largo de la historia, ha tenido que adecuarse a los numerosos avatares que ha ido viviendo. Este largo proceso ha dado lugar a una gran Familia, formada por mujeres y hombres que apoyan o ejercen el ministerio de la predicación en diferentes ámbitos y desarrollando diversas labores, siempre siguiendo a Cristo al estilo de santo Domingo, esto es, relacionándose con Dios por medio de la oración, compartiendo comunitariamente su vida, su misión y su fe, y buscando conocerse a sí mismos, al mundo y a Dios a través del estudio. Aunque esto supone, a veces, un gran sacrificio, estas personas predicatoras se sienten ampliamente recompensadas por la felicidad que da formar parte del Reino de Dios, participando en la Historia de la Salvación. Es la Familia Dominicana.

Este libro es, en cierto modo, una continuación o un complemento de otro que publicamos hace nueve años: *La espiritualidad de santo Domingo, fundador de la Orden de Predicadores*. De hecho, el primer capítulo es un resumen de aquel libro. Si en él nos centramos en exponer temáticamente el carisma fundacional de la Familia Dominicana, en éste vamos a ver cómo dicho carisma se ha desarrollado en la historia.

Dada la amplitud del temario a tratar, hemos optado por hacerlo de un modo ágil y resumido, destacando lo que nos ha parecido fundamental, pero sin extendernos en ningún tema, pues para ello hay otros libros más especializados. Dicho de otro modo, no pretendemos hablar de todo y con detalle, sino mostrar una imagen general de conjunto. Asimismo, con el fin de facilitar la lectura, ponemos en lengua castellana los títulos de las obras que citamos, aunque no estén publicadas en este idioma. Por el mismo motivo, generalmente citamos a los personajes con su nombre de pila en castellano, hasta el siglo XX, cuando se generalizó el uso de los nombres en su idioma original.

Hemos considerado oportuno dividir el libro en siete capítulos que recogen los periodos más significativos de la historia dominicana:

- 1174-1221: Comenzamos hablando de santo Domingo y la fundación de la Orden.
- 1221-1285: Es el momento más álgido, en el que los primeros dominicos y dominicas vivieron el carisma en toda su pureza y asentaron las bases de la Orden.
- 1285-1380: Con el Maestro de la Orden fray Munio de Zamora comenzó un declive que se vio acentuado por los graves contratiempos que Europa occidental vivió en el siglo XIV.
- 1380-1566: El Maestro de la Orden fray Raimundo de Capua, inspirado en santa Catalina de Siena, animó a la Orden a tomar el camino de la reforma, que se vio muy enriquecida por el Renacimiento.
- 1566-1789: El Papa san Pío V comenzó a aplicar lo acordado en el Concilio de Trento, el cual marcó de un modo determinante la espiritualidad de la Iglesia durante cuatro siglos.
- 1789-1962: Debido a la Revolución Francesa y a las siguientes revoluciones liberales, la Iglesia perdió buena parte de su poder, y la Orden de Predicadores estuvo en riesgo de desaparecer, pero pudo rehacerse y extenderse de nuevo por el mundo.
- 1962-2020: En estas últimas décadas, la Familia Dominicana ha tenido que adaptarse a los cambios que trajo el Concilio Vaticano II, la Revolución del 68 y la Posmodernidad. En 2019, dejó de ser Maestro fray Bruno Cadoré y la Orden se abrió al mandato de fray Gerard Timoner, el primer Maestro de la Orden asiático.

Nos hemos esforzado en contextualizar históricamente cada capítulo, porque ello es fundamental para entender el desarrollo de la espiritualidad dominicana. Asimismo, veremos cómo en este devenir histórico ha habido muchos hombres y mujeres que han hecho aportaciones importantes a dicha espiritualidad. Unos han escrito tratados teológicos, otros murieron predicando el Evangelio,

algunos fueron grandes místicos y otros sublimes artistas. En todo caso, no son más que una pequeña muestra de la sorprendente variedad y riqueza de la Familia Dominicana, la cual ha ido creciendo y ramificándose, siempre buscando dar respuesta a las necesidades del mundo, siendo fiel al Evangelio según el carisma dominicano.

En efecto, las numerosas vidas de dominicas y dominicos que vamos a ver en este libro, nos muestran cómo se encarnó el carisma de santo Domingo en el mundo por medio de personas concretas. Así es, la Familia Dominicana es un ente vivo cuya espiritualidad se ha desplegado –y se sigue desplegando– en la vida de personas que han sido tan falibles y vulnerables como lo somos nosotros, y que, poniéndose humildemente en manos de Dios, intentaron hacer su voluntad. Fruto de ello es la predicación del Evangelio.

Para elaborar este libro hemos recurrido a muchas y variadas fuentes. Las principales obras en lengua castellana sobre historia de la espiritualidad dominicana se pueden encontrar en la bibliografía que aparece en la web *www.dominicos.org*³. Además, hemos necesitado de la generosa colaboración de muchos miembros de la Familia Dominicana, que nos han asesorado y nos han aportado datos sobre diversos aspectos. También ha habido hermanas y hermanos que han revisado este libro. Sobre todo han contribuido varios frailes del convento de San Esteban de Salamanca. Asimismo, ha sido significativa la aportación de algunos miembros de la Curia de la Orden. Es tanto lo que abarca este libro que, sin esta ayuda, hubiera sido imposible escribirlo. A todos ellos: muchas gracias.

³ www.dominicos.org/espiritualidad/dominicana/bibliografía/

1174-1221: SANTO DOMINGO Y EL NACIMIENTO DE LA ORDEN DE PREDICADORES

La historia dominicana comienza con santo Domingo, el fundador de la Orden de Predicadores. Es tanto lo que aportó este hombre a la espiritualidad de la Familia Dominicana, que es necesario dedicarle a él este primer capítulo. Vamos a ver el contexto en el que vivió y los avatares históricos por medio de los cuales el Espíritu Santo le animó a crear un novedoso Instituto religioso que dio respuesta a los retos con los que se enfrentaba la Iglesia a comienzos del siglo XIII. Y sobre todo, vamos a estudiar cómo afrontó dichos retos, porque es eso lo que más ha marcado la espiritualidad dominicana.

CONTEXTO

Hay una palabra que define muy bien el contexto en el que vivió santo Domingo: transición. Porque se trata de una época en la que Europa seguía siendo eminentemente rural, pero las ciudades ya habían tomado el control político, económico y cultural de la sociedad. El Románico seguía marcando el arte y la espiritualidad predominantes, pero el Gótico comenzaba a extenderse desde el norte de Francia a otros países. Asimismo, si bien la vida religiosa era monástica y militar, es en este periodo de la historia cuando surgieron las Órdenes redentoras y las mendicantes. El hecho es que la Iglesia se abrió a todo este cambio por medio del IV Concilio de Letrán, en 1215, el cual influyó en algunos elementos muy importantes de la Orden de Predicadores.

Europa de las ciudades

La caída del Imperio Carolingio (772-870) provocó que durante el siglo X Europa occidental se dividiera en pequeños territorios –o feudos–. Cada uno de ellos era gobernado por un señor feudal, y lo hacía con mano de hierro desde su castillo. Es el *feudalismo*, que se sustentaba en una economía muy rural. Pero en los siglos XI y XII Europa occidental fue poco a poco saliendo de esta situación, de tal forma que los reyes fueron promoviendo la creación de burgos, es decir, de pequeños centros urbanos amurallados en los que se

asentaron artesanos, comerciantes y prestamistas. Éstos, en lugar de ser siervos que debían fidelidad a un señor feudal, eran personas libres que pagaban impuestos, los cuales llenaban las arcas de la corona. Así nació la primitiva *burguesía*.

Para promover los burgos, los reyes les daban a sus habitantes una cierta capacidad de autogobierno y éstos la ejercían de un modo relativamente democrático, de tal forma que los varones libres se reunían para decidir en común lo que concernía al gobierno del burgo. Además, los diversos tipos de artesanos se fueron agrupando en gremios que, asimismo, se gobernaban de un modo democrático. Pues bien, algunos burgos fueron creciendo y, así, se transformaron en pujantes ciudades, lo cual propició el nacimiento de la Orden de Predicadores.

Si las Órdenes monásticas masculinas se adaptaban muy bien al mundo rural, emplazando grandes abadías en medio del campo, los sacerdotes seculares y los canónigos regulares tenían su lugar en las ciudades. Pero ni los sacerdotes ni los canónigos regulares predicaban al pueblo fiel, pues de ello se ocupaban exclusivamente los obispos y a aquellos sacerdotes a los que los obispos daban un permiso especial para predicar. Además, los canónigos regulares, por lo general, hacían vida contemplativa y vivían de las rentas y los diezmos, sobre todo en Italia, Francia y España.

En efecto, si los canónigos regulares hubieran tenido la misión de predicar el Evangelio, probablemente no habrían hecho falta las Órdenes mendicantes. Pero el hecho es que no fue así, a pesar de que las ciudades iban teniendo cada vez más importancia, pues el número de sus habitantes crecía mucho, así como su poder económico, ya que en ellas se emplazaba un creciente número de talleres, mercados e incipientes bancos.

Por otra parte, las familias de artesanos y comerciantes procuraron para sus hijos una buena educación, contratando a profesores. Ante esto, la Iglesia reaccionó creando escuelas catedralicias, algunas de las cuales se transformaron en estudios generales y universidades.

Como es lógico, este nuevo mundo urbano generó una espiritualidad diferente a la que se vivía en el campo. Y la Iglesia debía hacer frente a esa situación.

Cruzadas y nacimiento del Gótico

Además del surgimiento de las ciudades, hay otro factor muy importante: las cruzadas. Son ellas las que provocaron el nacimiento de la espiritualidad gótica y de la vida religiosa activa. Cuando comenzó la primera cruzada, en 1095, Europa occidental estaba sumida en la espiritualidad románica, que adoraba a Cristo Pantocrátor (o Todopoderoso). Se tenía una imagen de Dios personificado en Cristo resucitado que, sentado en su trono celestial, gobernaba el universo y juzgaba a las personas. Los reinos germánicos, además, le dieron un sesgo muy varonil y militar, muy acorde a sus antiguos dioses. Esto encajaba bien con la espiritualidad transmitida por el Antiguo Testamento –donde Yahvé es el Señor de los ejércitos– y el libro del Apocalipsis –donde Jesús aparece cabalgando con una espada en la boca (cf. Ap 19,11-16)–.

Por el contrario, apenas se hablaba a la gente de los Evangelios, pues eso no encajaba con Cristo Pantocrátor, el cual era pintado en el ábside de las iglesias, encima del altar, sentado en su trono, y rodeado de santos y ángeles, a los que la gente rezaba para que intercedieran ante Él. Las iglesias románicas simbolizaban así la Jerusalén celestial.

Todo esto comenzó a cambiar cuando regresaron los primeros cruzados al norte de Francia y hablaron a sus vecinos de la Tierra Santa que acababan de conquistar, describiendo los lugares donde Cristo nació, predicó, padeció, murió y resucitó, dando a conocer así al Jesús de los Evangelios, que apenas nadie conocía por entonces. Viendo que aquello despertaba una gran devoción entre la gente, hubo predicadores que comenzaron a hablar del Jesús humano –y divino– de los Evangelios, destacando el monje cisterciense san Bernardo de Claraval.

Este monje, además, creó el título de «Nuestra Señora», que cambió la imagen de la Virgen María. Si hasta entonces era definida y representada como la Theotokos (o Madre de Dios), sentada en un trono con su Hijo colocado sobre sus rodillas, san Bernardo comenzó a hablar de Nuestra Señora, es decir, de nuestra Madre, generando así

la devoción mariana. Si a la Theotokos se la tenía respeto, a Nuestra Señora se la tenía cariño. Esta nueva espiritualidad mariana fue vivida y transmitida por las monjas y los monjes cistercienses.

Bueno, pues todo esto ocurrió a mediados del siglo XII y es el germen de la espiritualidad gótica, que tuvo su reflejo en el nuevo arte gótico, que también nació en el norte de Francia.

Movimientos heréticos

La cultura, la libertad y el bienestar económico que se vivían en las ciudades, y la irrupción de la nueva imagen de Jesús difundida por los cruzados que regresaban de Tierra Santa, fueron el caldo de cultivo para la aparición de nuevos movimientos religiosos que comenzaron a promover una espiritualidad diferente a la que la Iglesia difundía, aun anclada en el Románico y el culto a Cristo Pantocrátor.

Aunque la mayoría de estos movimientos nacieron con el deseo de reformar la espiritualidad de la Iglesia, algunos acabaron siendo movimientos heréticos, es decir, grupos que predicaban deliberadamente ideas opuestas a la doctrina eclesial. Además, sus «misioneros» predicaban de un modo pobre e itinerante, asemejándose al Jesús de los Evangelios. Eso les hacía mucho más creíbles que a los clérigos o a los monjes.

El hecho es que en el sureste de Francia (el Languedoc) y en el norte de Italia, estos movimientos heréticos alcanzaron gran relevancia en la segunda mitad del siglo XII. ¿Qué podía hacerse ante esta situación?

Vida religiosa

Mientras que el mundo civil estaba evolucionando de un modo imparable, la Iglesia seguía anclada en el pasado. Con todo, destacó en el siglo XII el surgimiento de la vida religiosa activa gracias a las Órdenes militares. En su origen, se trataba de valerosos caballeros que decidieron entregar su vida para albergar, acompañar y proteger a los numerosos peregrinos que iban a Tierra Santa por entonces. Poco tiempo después se conformaron canónicamente como Órdenes religiosas, pero no como las monásticas, dedicadas a orar y trabajar dentro de la clausura, sino para desarrollar su misión fuera de sus

conventos, en medio del mundo. Y acabaron siendo las tropas de élite de los ejércitos cristianos. Pues bien, siguiendo este modelo religioso, décadas después surgieron las Órdenes mendicantes para salir a predicar el Evangelio.

Pero, como decíamos, en la vida religiosa seguía imperando la vocación contemplativa, ya fuese en las abadías rurales o en las comunidades de canónigos regulares de las ciudades. Y el modelo a seguir era el de los ermitaños. Se trataba de varones que dejaban todo para unirse a Dios viviendo pobremente y en soledad, en medio de la naturaleza. Generalmente formaban colonias. El pueblo fiel les consideraba como los mejores y más auténticos religiosos. Hay que tener en cuenta que aún se pensaba que el modelo de la vida religiosa era san Antonio Abad, que fue un monje eremita de Egipto que vivió en la segunda década del siglo III y la primera del IV.

En el mundo femenino, había una cierta variedad de formas de vida. Las monjas cistercienses eran las más estrictas y observantes. En el otro extremo estaban las canonisas, cuya vida era más flexible y abierta. Pero también había «ermitañas», aunque no vivían en el campo, pues era muy peligroso para ellas, sino en las ciudades. Eran llamadas *enclaustradas* o *emparedadas* y de ellas se ocupaban los obispos.

VIDA DE SANTO DOMINGO

Hay algunos fundadores que han destacado por haber experimentado en un momento concreto de su vida una conversión muy radical, por medio de la cual Dios les llamó a consagrarse a Él. En Domingo no se da esto. No hay ningún dato que nos haga pensar que haya vivido desordenadamente en alguna etapa de su vida. Por el contrario, lo que encontramos es que, desde niño, siempre fue un buen muchacho, y esa bondad la fue cultivando y acrecentando hasta llegar a ser el santo que todos conocemos. Veámoslo ahora.

Infancia en Caleruega y Gumiel de Izán

Domingo nació probablemente en el año 1174, aunque hasta hace poco los historiadores situaban su nacimiento en 1170. Por entonces, la península ibérica estaba dividida entre musulmanes y

cristianos. Los primeros ocupaban el sureste, estaban bajo el dominio del Imperio Almohade y su capital era Córdoba, que llegó a ser en el siglo X la principal ciudad de Europa occidental, aunque en el siglo XII se encontraba en claro declive. A su vez, la zona cristiana estaba dividida en cinco reinos. Ciertamente, la península ibérica era el lejano oeste europeo al que multitud de peregrinos acudían desde el resto de Europa occidental para visitar la tumba del apóstol Santiago. Y también llegaban a las zonas de frontera muchos colonos –sobre todo desde el norte de la península y el sur de Francia–, pues a los reyes cristianos les interesaba fortalecer las poblaciones limítrofes al territorio musulmán, ya que estaban sometidas a saqueos y combates por parte de los musulmanes. Lo mismo hacían los cristianos en zona musulmana y en los reinos cristianos limítrofes. Éstos eran los difíciles tiempos de la Reconquista cristiana de la península ibérica, que duró más de siete siglos y finalizó en 1492.

Domingo era castellano, concretamente de Caleruega, un bello pueblo situado en lo que actualmente es la provincia de Burgos, aunque por entonces formaba parte de la diócesis de El Burgo de Osma. Desde hacía unos cien años esa zona de Castilla había quedado pacificada, pues la frontera con los musulmanes estaba ya bastante lejos, cada vez más al sur del río Tajo, que está a unos 250 kilómetros de Caleruega. Este pueblo dependía del rey de Castilla, Alfonso VIII. Probablemente, era un pequeño burgo que se regía por un concejo formado por los varones del pueblo, que se reunían junto a la puerta de la iglesia de San Sebastián al acabar la Misa dominical y allí decidían democráticamente lo que concernía a todos los vecinos. A ese concejo pertenecía don Félix, el padre de Domingo. Su madre era la beata Juana.

La familia de Domingo era una de las más ricas del pueblo. Muy probablemente poseían amplios terrenos de cultivo, mucho ganado y frondosos bosques. Pero sobre todo era una familia muy cristiana. De hecho, sus tres hijos fueron clérigos. Antonio, el mayor, fue sacerdote secular en el pueblo de Santo Domingo de Silos; Manés, el mediano, ingresó en el monasterio cisterciense de San Pedro de Gumiel –en Gumiel de Izán–; y a Domingo, el pequeño, pronto se le encaminó para que hiciese los estudios necesarios para ser un clérigo de alto rango.

Por ello, cuando tenía unos 7 años, a Domingo se le envió a Gumiel de Izán (que está a 20 kilómetros de Caleruega) para que allí se formase con su tío, que era arcipreste. Éste no sólo se ocupó de formarle culturalmente, sobre todo le educó espiritualmente, haciendo de Domingo un hombre noble, coherente y honesto.

Es probable que Domingo estuviera varias temporadas en la Abadía de Nuestra Señora de la Vid, para que sus canónigos premonstratenses le ayudasen a completar su formación con el fin de que pudiese acceder en Palencia al estudio general.

Estudiante en Palencia

Teniendo unos 14 años, Domingo se tuvo que alejar aún más de su familia, pues se instaló en Palencia (que está a 110 kilómetros de Caleruega). Allí se inscribió en el estudio general y durante unos 10 años realizó los cursos de artes y después los de teología, que es lo que más interesaba a Domingo.

La teología se centraba en memorizar y meditar la Biblia y algunos comentarios bíblicos de los Padres de la Iglesia. También debatían sobre las interpretaciones bíblicas y otras cuestiones teológicas. El hecho es que, tanto interiorizó Domingo lo que estudió que, cuando sobrevino una gran hambruna en aquella región, y a la ciudad acudieron desde el campo muchas personas necesitadas, él decidió vender todas sus posesiones, incluidos sus libros, para ayudar a esas personas. Esto resultó muy impactante para sus compañeros y profesores, de tal forma que algunos de ellos tomaron su ejemplo y colaboraron con él.

Obviamente, este paso que dio Domingo no le resultó nada fácil. Venderlo todo le ponía en manos de Dios. Fue como dar un salto al vacío, a la espera de que Dios le recogiese con sus amorosos brazos. Es lógico pensar que una experiencia tan fuerte como ésta, le hiciese madurar interiormente.

Canónigo en El Burgo de Osma

Lo cierto es que su fama de santidad llegó a oídos de su obispo, don Martín de Bazán, el cual envió un emisario a Palencia para proponer a Domingo que se incorporase a la comunidad de canónigos de la catedral de El Burgo de Osma, cuyo prior era Diego de Acebes.

Nuestro santo vio en ello la llamada de Dios, y accedió, comenzando así una nueva vida para él. Tenía por entonces unos 25 años.

En El Burgo de Osma había una comunidad muy observante de canónigos regulares de san Agustín. Su vida era fundamentalmente contemplativa, pues no salían a predicar. Tampoco realizaban trabajos manuales, pues vivían de las rentas y los diezmos. Su vida giraba en torno al culto divino en la catedral. Asimismo, atendían a los fieles y peregrinos que acudían a ella. Los canónigos también podían estudiar, si así lo deseaban.

Bueno, pues Domingo encajó adecuadamente en aquella comunidad. Sabemos que pronto fue nombrado sacristán y más tarde llegó a ser el subprior. Pero todo cambió cuando, en 1203, el rey Alfonso VIII de Castilla decidió casar a uno de sus hijos con una noble vikinga, con el fin de entablar lazos con aquel poderoso pueblo del norte de Europa. Para ello, el rey le pidió al obispo de El Burgo de Osma, don Diego de Acebes –que había sucedido a don Martín de Bazán–, que viajase hasta Dinamarca para hacer las gestiones necesarias. Y Diego le pidió a Domingo –que era su hombre de confianza– que le acompañase en aquella dura y difícil misión.

En otoño partieron con un séquito de caballeros hacia el norte. Cruzaron los Pirineos por Somport y se adentraron en el Languedoc, que dependía del reino de Aragón y cuya aristocracia y clase alta era mayoritariamente cátara. Al hospedarse en la principal ciudad de aquella región, Toulouse (o Tolosa), se toparon con que el hospedero era cátaro y Domingo se pasó toda la noche dialogando con aquel hombre sobre cuál era la auténtica fe. Y nuestro santo consiguió convertir a aquel hospedero.

Éste es otro momento importante en la vida de Domingo, pues el Espíritu Santo le hizo ver cuál era su vocación: la predicación. En efecto, aquella conversación con el hospedero, por una parte, le hizo ver el mal que estaba haciendo el catarismo a muchas personas, pues se trataba de una religión muy pesimista que consideraba mala toda la materia, incluido el cuerpo humano. Por otra parte, Domingo no sólo se vio capaz de liberar de aquel mal a otras personas, sino que, además, se sintió realizado al hacerlo. Experimentó la satisfacción de hacer algo realmente bueno. Por ello, tanto en él, como en Diego de Acebes, comenzó a bullir interiormente la llamada a la predicación, a

la cual no podían responder aún, pues estaban comprometidos con otra misión: el casamiento del hijo del rey.

Siguieron su camino, pasaron por París y atravesaron el norte de Alemania, donde conocieron los desmanes que estaban provocando los cumanos, una tribu pagana que vivía del saqueo. Al llegar a Dinamarca establecieron el acuerdo de casamiento con la familia de la noble vikinga y regresaron a Castilla.

En otoño de 1205 emprendieron de nuevo el camino hacia Dinamarca para traer a la novia. Pero al llegar, se encontraron con que esto no era posible. Hay dos teorías al respecto: una dice que la novia había muerto y la otra que había ingresado en un monasterio. El hecho es que Diego y Domingo quedaron liberados de esta misión diplomática y, dado que en Dinamarca la Iglesia estaba organizando una gran misión para evangelizar al pueblo cumano, decidieron tomar parte en ella. Pero antes, Diego necesitaba el permiso del Papa Inocencio III para poder dejar su diócesis.

Por ello, emprendieron el viaje hacia Roma, a la cual llegaron pasando por Bolonia, que era una gran ciudad universitaria. La sorpresa fue que el Papa se negó a conceder a Diego que dejase su diócesis. Pero también hablaron del problema del catarismo en el Languedoc y, dado que el Papa había organizado allí una «Santa Predicación» con un grupo de abades cistercienses, decidió enviarles para que ayudasen por un tiempo en esa importante misión.

Predicador itinerante en el Languedoc

En marzo de 1206, Diego y Domingo se reunieron con los abades cistercienses en Montpellier –situada en el este del Languedoc–, con el fin de comenzar la Santa Predicación. Pero antes, Diego habló a los abades para animarles a predicar de un modo más evangélico, caminando a pie, pobremente, como Jesús y los Apóstoles. Probablemente esta idea había surgido en la conversación que Diego y Domingo tuvieron con el Papa, en Roma. El hecho es que los abades accedieron y, de ese modo, la misión tuvo éxito. Fue entonces cuando Domingo, que por entonces tenía unos 32 años, pidió que le llamaran «hermano Domingo», es decir, «fray Domingo».

Entre las personas que se convirtieron al catolicismo gracias a la Santa Predicación, surgió un grupo de mujeres jóvenes que, a causa

de su conversión, habían sido expulsadas de sus familias. Con ellas y otras mujeres, Diego y fray Domingo fundaron ese mismo invierno una comunidad de monjas contemplativas en la encrucijada de Prulla (*Prouilhe* o *Prouille* en francés), que más adelante fue conocida como la primera comunidad dominicana. Es el monasterio de Nuestra Señora de Prulla.

En 1207 las cosas comenzaron a torcerse, pues a lo largo de este año los abades cistercienses, uno a uno, fueron regresando a sus abadías, y Diego de Acebes murió en El Burgo de Osma, con lo que fray Domingo se quedó prácticamente sólo para predicar en el Languedoc.

Para empeorar aún más las cosas, en 1208 los cátaros asesinaron al Legado Pontificio y el Papa decidió convocar una cruzada, apoyado por el rey de Francia. Dicha cruzada comenzó en la primavera del año siguiente, y fue devastadora. Fanjeaux, que era la fortaleza que controlaba la encrucijada de Prulla, fue tomada ese mismo año, con lo que las hermanas del monasterio se liberaron de la amenaza cátara y comenzaron a recibir ayudas de los nobles que se declararon católicos.

Pero la cruzada continuó durante años, porque los cátaros se hicieron fuertes en algunas zonas del Languedoc. Fray Domingo, que podía haber regresado a su comunidad en El Burgo de Osma, se quedó en aquel país extranjero predicando el Evangelio en medio de una cruel guerra que no dejaba más que muerte y desolación.

Fundador de la Orden de Predicadores

A finales de 1214 o a comienzos de 1215, los cruzados tomaron la importante ciudad de Toulouse, y fray Domingo –que por entonces tenía unos 40 años– se estableció en ella. Pronto comenzaron a unirse a él otros sacerdotes que deseaban predicar el Evangelio de un modo pobre e itinerante. Y fray Domingo vio en ello la mano de Dios. Efectivamente, el 25 de abril de 1215 profesaron en manos de fray Domingo los dos primeros miembros de su comunidad, quedando así fundada la que será llamada poco después «Orden de Predicadores». Esta ceremonia tuvo lugar en la casa de fray Pedro Seila, que era uno de los dos que habían profesado, el cual había cedido todas sus

posesiones a esta comunidad. Y en dicha casa se instalaron fray Domingo y sus hermanos.

El número de éstos fue aumentando, pero por entonces aquella comunidad sólo tenía aprobación diocesana, del obispo Fulco, y era necesario que fuese confirmada por el Papa para que pudiese predicar el Evangelio por todo el Languedoc –y por todo el mundo–. Dado que Fulco debía asistir al IV Concilio de Letrán, partió junto a fray Domingo hacia Roma en octubre de 1215. Era una buena oportunidad para hablar con el Papa. Y así lo hicieron. Inocencio III les dijo que el Concilio acababa de prohibir fundar nuevas Órdenes, pero, dado que la propuesta de fray Domingo era muy buena para la Iglesia, le permitió fundar una Orden tomando una Regla ya aprobada. Y le pidió que regresara a Toulouse para elegir comunitariamente dicha Regla y para añadirle unas Costumbres que ellos mismos podían redactar.

Y así hizo fray Domingo: regresó a Toulouse y la comunidad eligió la *Regla de San Agustín*. Después fray Domingo redactó unas Costumbres copiando algunas partes de la legislación de los canónigos premonstratenses, y dichas Costumbres fueron aprobadas por su comunidad. Cuando regresó a Roma, en octubre de 1216, Inocencio III había fallecido y el nuevo Papa era Honorio III, que firmó la *Bula de confirmación de la Orden* el 22 de diciembre de 1216. Al mes siguiente, el Papa firmó otra bula en la que llamaba a aquella nueva comunidad con este nombre: «Orden de Predicadores».

La idea de fray Domingo, que había pasado a ser el primer Maestro de la Orden, es decir, el primer superior general, era clara: para predicar bien el Evangelio, hay que estudiar bien teología. Por ello, cuando todos pensaban que él iba a dejar a sus hermanos en el Languedoc para predicar a los cátaros, decidió enviar a la mayoría de ellos a París, para que se formasen allí como buenos teólogos. A otros los envió a España para fundar alguna comunidad. Y otros fueron con él a Roma. Y desde Roma envió a varios hermanos a Bolonia para fundar allí un convento junto a la universidad. A esto se le ha llamado «la dispersión de los frailes» y tuvo lugar el 15 de agosto de 1217, es decir, en la fiesta de la Asunción de la Virgen. Y fray Domingo lo hizo en Prulla. Él quería que desde el monasterio de las hermanas y con la protección de la Virgen, sus hermanos partieran hacia sus diferentes destinos.

En otoño de 1218, fray Domingo partió desde Roma para realizar un largo viaje por Italia, España y Francia, con el fin de visitar las comunidades que ya habían sido fundadas y para poner los cimientos de nuevas fundaciones. Sabemos que en España fundó un monasterio de dominicas en Madrid y después visitó Segovia. También visitó, entre otras, la comunidad de Santiago (o *Saint-Jaques*) de París, fundada por los primeros frailes que envió a esta ciudad. Cuando regresó a Italia, en julio de 1219, se estableció en Bolonia para dirigir la predicación a los cátaros del norte de Italia, a petición del Papa.

Al año siguiente, el día de Pentecostés, comenzó el primer Capítulo general de la Orden en Bolonia. De ese Capítulo surgieron las primeras Constituciones de la Orden. En 1221 se celebró el segundo Capítulo general, en el que se dividió la Orden en Provincias, descargando así una buena parte de las responsabilidades del Maestro de la Orden en los priores provinciales. Eso permitía a fray Domingo cumplir un antiguo deseo: predicar a los cumanos. Pero no pudo cumplirlo, pues murió el 6 de agosto de ese mismo año en Bolonia. Tenía unos 47 años.

LA ESPIRITUALIDAD DE SANTO DOMINGO Y SU ORDEN

En 1234 el fundador de la Orden de Predicadores fue canonizado, pasando a ser conocido como «santo Domingo». Este santo dejó impresa en su Orden su espiritualidad, es decir, su modo de relacionarse con Dios. Veamos los elementos fundamentales de esta espiritualidad.

Monjas

Sabemos que santo Domingo y Diego de Acebes lo primero que fundaron fue un monasterio de contemplativas. Pero lo hicieron en el marco de la Santa Predicación que la Iglesia estaba llevando a cabo en el Languedoc. Pudiendo haberse desentendido de aquellas jóvenes cátaras convertidas al catolicismo –enviándolas, por ejemplo, a un lejano monasterio cisterciense–, en lugar de eso, se hicieron cargo de ellas, pues consideraron que iban a ser fundamentales para la Santa Predicación.

En esto Diego y santo Domingo tomaron ejemplo de los cátaros, que tenían comunidades femeninas que ayudaban a sus misioneros. Se trataba de una especie de beaterios –de los que hablaremos más adelante– en el que un grupo de cátaras vivía castamente en comunidad, bajo la dirección de una de ellas que hacía las veces de superiora, haciendo una piadosa vida de oración y realizando algún trabajo manual y labores caritativas. También educaban a niñas y, como ya hemos dicho, atendían a los misioneros cátaros que se hospedaban en su casa. Y Diego y santo Domingo, en efecto, decidieron inspirarse en algunos elementos de estas comunidades femeninas, sabiendo que no les iba a resultar difícil, pues algunas de las mujeres que se iban a incorporar a su monasterio habían formado parte de estas comunidades cátaras.

Así pues, situaron dicho monasterio en el principal cruce de caminos del Languedoc: en Prulla, a tres kilómetros de la fortaleza de Fanjeaux. En esa céntrica encrucijada, las hermanas podían acoger a los predicadores y atenderles física y espiritualmente. Pues éstos no sólo llegaban enfermos, con torceduras de tobillos o desnutridos: en muchos casos estaban rotos por dentro, con graves crisis espirituales, tras haber sido insultados y atacados y, sobre todo, tras ver los estragos que hacía el catarismo en el corazón de la gente.

Diego y santo Domingo sabían bien que los mejores acompañantes espirituales son los contemplativos. Por eso pusieron en el centro del Languedoc un monasterio de contemplativas que pudieran ayudar a los predicadores, no sólo rezando por ellos, también hablando con ellos. Quien más se aprovechó de ello fue el propio santo Domingo. Cuando en 1207 se quedó solo en la Santa Predicación y, más tarde, cuando estalló la guerra en 1209, la comunidad de Prulla le ofreció el necesario apoyo físico y espiritual.

Por otra parte, Diego y santo Domingo también pensaron en el testimonio que sus hermanas podían dar en el Languedoc. Por eso situaron su monasterio en un lugar tan visible y visitado como era la encrucijada de Prulla. En medio del territorio cátaro, aquella comunidad de contemplativas mostraba la bondad del Evangelio predicado por la Iglesia católica. Y lo hacían hablando con la gente en la portería o en el locutorio y, sobre todo, compartiendo con todos su oración comunitaria, en la que ellas expresaban a Dios todo su cariño y amor.

También es significativo que Diego y santo Domingo quisieran que el monasterio de Prulla contase con una escuela para niñas. Su objetivo era evitar que las comunidades cátaras tuviesen el monopolio de la educación de las niñas de la zona. Ellos querían que las hermanas de Prulla ofreciesen una enseñanza de calidad para que dichas niñas se educasen mental y espiritualmente bien.

Asimismo, una vez que el monasterio de Prulla comenzó a tener campos de cultivo, pastos y bosques –gracias a generosas donaciones de los nobles de la zona–, las hermanas se esforzaron en compartir con los más pobres los alimentos que producían sus tierras. Así, el monasterio de Prulla pronto se convirtió en un importante centro de ayuda y asistencia social.

Pero sabemos que lo que más valoraba santo Domingo de sus hermanas era su vida contemplativa. Por eso, cuando en 1218 viajó a España, la primera comunidad dominicana que fundó fue el monasterio de Madrid, pensando que fuese el cimiento sobre el que posteriormente se estableciesen otras comunidades en aquellas tierras. En efecto, cuando santo Domingo fundó la Orden de Predicadores, quiso que ésta se asentara sobre la sólida base de la vida contemplativa de sus hermanas.

Pero para poder vivir en un ambiente contemplativo era necesaria una buena clausura. Por entonces la Iglesia no había fijado canónicamente cómo debía ser la clausura de las monjas. No existía la «clausura papal». Como ya sabemos, había muy diferentes modos de vivirla: unos más permeables y abiertos, y otros más protegidos e íntimos. Pues bien, santo Domingo, que ya había vivido en estricta clausura cuando era canónigo en El Burgo de Osma –no saliendo apenas del recinto catedralicio–, y había disfrutado de sus beneficios espirituales, la quiso también para sus hermanas. Eso las ayudaría a vivir más unidas a su Esposo, para así poder ayudar espiritualmente a los predicadores y a todas las personas que acudiesen a su portería.

Así es, para que la persona contemplativa pueda ayudar espiritualmente a su prójimo y pueda orar bien por él, antes debe tener ella una íntima experiencia de Dios. Y a eso ayuda mucho el ambiente generado por la clausura, que protege del desorden y el bullicio del mundo, para poder estar más atentos a Dios y a las personas.

Éste es el modelo de vida contemplativa que santo Domingo quiso que vivieran sus hermanas de Prulla, Madrid y Roma. La fundación de este último monasterio, el de San Sixto de Roma, lo hizo a petición del Papa Honorio III, el cual quería reformar y reunir en una sola comunidad a las monjas de esa ciudad. Con gran esfuerzo y cariño, santo Domingo fue hablando con todas ellas, y consiguió fundar el monasterio de San Sixto unos meses antes de morir.

Laicas y laicos

Difícilmente hubiera podido santo Domingo fundar el monasterio de Prulla ni cualquier otra comunidad dominicana, sin la ayuda de personas laicas. Se trataba de mujeres y hombres muy allegados y comprometidos con la misión y el carisma de la Orden, que pusieron sus cualidades y capacidades al servicio de la predicación. Estas personas compartían la oración comunitaria de las monjas y los frailes, asistían a sus celebraciones eucarísticas y eran acompañados espiritualmente por ellos.

Además, aquellas mujeres y aquellos hombres se mostraban dispuestos a ayudar en todo lo posible, ya fuese haciendo una gestión en el ayuntamiento, aportando mano de obra para levantar una nueva capilla o acompañando a los predicadores en su misión itinerante, de pueblo en pueblo. Pero sobre todo daban testimonio en medio del mundo, en su vida cotidiana, de la experiencia del Evangelio que habían compartido con sus hermanas y hermanos dominicos.

Predicación

Como sabemos, hasta que surgió la Orden de Predicadores, los únicos que podían predicar el Evangelio eran los obispos y aquellos sacerdotes a los que éstos les daban permiso para hacerlo. Al resto de predicadores, la Iglesia sólo les permitía hablar sobre temas morales y exhortar a la conversión. El resultado es que se predicaba poco y mal, pues generalmente la Iglesia se limitaba a mostrar su autoridad ostentando grandes cruces de oro con piedras preciosas, suntuosos ropajes y grandes carruajes. De ese modo mostraba la autoridad de Cristo Pantocrátor, al que se veneraba en las iglesias como un Juez que rige el universo y castiga a los pecadores.

Pero esto cambió cuando, a lo largo del siglo XII, las ciudades comenzaron a tener cada vez más gente culta, adinerada y libre que, además, había escuchado hablar del Jesús de los Evangelios a los que regresaban de Tierra Santa o a algunos predicadores itinerantes. Para estas personas, la ostentación de la autoridad y riqueza que hacía la Iglesia resultaba contraproducente, por lo que se mostraban más receptivas a los predicadores pobres e itinerantes, cuyo testimonio era más acorde al Evangelio.

Es así como predicaban los misioneros cátaros en el Languedoc. Además, la Iglesia cátara se mostraba mucho más flexible y comprensiva con los pecados de los nobles e interfería menos con el poder civil que la Iglesia católica. Asimismo, ofrecía a los moribundos un sacramento por medio del cual –supuestamente– se les perdonaba de todos los pecados para poder ir al Cielo. En definitiva, la Iglesia cátara no sólo aparentaba ser más coherente que la católica, además resultaba más cómoda y beneficiosa. Y todo esto, a pesar de su negativa y pesimista espiritualidad, que rechazaba la materia y el cuerpo humano.

Ante esta situación, Diego de Acebes y santo Domingo se mostraron prácticos y pragmáticos, y decidieron copiar todo lo bueno que tenía el modo de predicar de los misioneros cátaros: sobre todo su pobreza, su itinerancia y su buena formación intelectual. Sólo así podrían predicar el Evangelio a la nueva sociedad europea.

Estudio

En tiempos de santo Domingo, la Iglesia no pedía ningún tipo de estudio a los candidatos al sacerdocio –de hecho, hubo que esperar al Concilio de Trento, en el siglo XVI, para que comenzase a hacerlo–. Por entonces sólo era necesario poder celebrar dignamente los sacramentos y otras ceremonias. Por ello, muchos sacerdotes no sabían leer, ya que les valía con saberse de memoria los rituales. Además, no había discernimiento vocacional, pues bastaba con estar bien recomendado. El resultado era obvio: había demasiada corrupción e ignorancia entre el clero, por lo que los predicadores cátaros eran mejor acogidos por el pueblo.

Santo Domingo sí había estudiado teología, y sabía lo útil que ésta era para predicar al pueblo o para disputar dialécticamente con

los cátaros. Esto último era muy importante en el Languedoc, pues uno de los espectáculos más reclamados por el pueblo eran las disputas dialécticas, que se realizaban generalmente en lugares públicos y ante un jurado que determinaba el ganador. Si el que acudía a disputar con un cátaro era un decadente e inculto párroco, entonces la victoria era clara para el cátaro. Pero si acudía santo Domingo, que llegaba al pueblo vestido pobremente y mendigando comida y, además, sabía teología y retórica, las cosas cambiaban.

De ahí la importancia que él le daba al estudio, de tal forma que no sólo envió a estudiar a todos los frailes que eran sacerdotes –o iban a serlo–, sino que, además, incluyó en las Constituciones la obligatoriedad de que en cada convento hubiese una escuela de teología con, al menos, un profesor con el grado académico de lector, tal y como el IV Concilio de Letrán exigía a cada diócesis.

Gracias a su buena formación teológica, la Orden fundada por santo Domingo es la primera en la que la Iglesia permitió predicar el Evangelio a todos sus sacerdotes. De ahí el nombre de «Orden de Predicadores». Esto funcionó tan bien, que pronto lo adoptaron otras Órdenes y algunos miembros del clero secular.

Oración

Un aspecto fundamental de la vida del fundador de la Orden de Predicadores fue la oración, por medio de la cual se mantuvo íntimamente unido a su amado Dios, dejándose guiar por Él a lo largo de su difícil y complicada vida.

Hay que distinguir entre la oración privada y la oración comunitaria. Respecto a esta última, santo Domingo se mostró siempre muy estricto, pidiendo a sus hermanos que rezasen fervorosamente siguiendo las normas litúrgicas, aunque no tanto tiempo como los monjes o los canónigos regulares, pues la misión principal de los dominicos es predicar.

Además, incluyó en las Constituciones la «ley de la dispensa», según la cual, el prior puede dispensar de asistir a la oración comunitaria a un fraile para que éste pueda predicar o estudiar. Esto define claramente a la rama masculina de la Orden de Predicadores como un Instituto de vida activa –o vida apostólica–. Sin embargo, sabemos que santo Domingo quiso que las monjas dominicas fueran

contemplativas, es decir, que la oración fuese lo más importante en su vida.

Respecto a la oración privada que ha de hacer cada persona, santo Domingo dio total libertad para que las dominicas y los dominicos lo hicieran según el Espíritu Santo les inspirase. Ese es el motivo por el que él ocultó a sus hermanos su especial modo de orar con el cuerpo, tal y como –muy probablemente– aprendió a hacerlo en la comunidad de canónigos regulares de El Burgo de Osma.

Se trata de algo muy acorde con la espiritualidad románica que vivió santo Domingo. En aquella época la gente pensaba que Cristo Pantocrátor se comunicaba con las personas por medio de la naturaleza, haciendo llover en los campos o multiplicando los peces en los ríos para premiar a los buenos, y provocando plagas, tempestades y otros males para castigar a los malos. Bueno, pues a su vez, las gentes se comunicaban con Cristo por medio de su propia naturaleza, es decir, con su cuerpo, comunicando mediante posturas o gestos lo que querían decirle.

Ese es el sentido de los modos de orar con el cuerpo de santo Domingo. Y lo hacía por la noche, después del rezo de Completas. En ese momento, él se quedaba sólo en la iglesia y, con la luz de una vela, pasaba horas expresando sus sentimientos y sus pensamientos a Dios. Y lo hacía en armonía, de tal forma que lo que pensaba con la cabeza, lo sentía con el corazón y lo expresaba verbalmente con la boca y gestualmente con el cuerpo. Toda su persona oraba al unísono, en verdad. Esto fue recogido en los *Nueve modos de orar de santo Domingo*, escrito hacia el año 1280, que incluye unas pinturas que muestran las posturas de este santo.

Aquí debemos hacer un pequeño inciso para aclarar que, aunque las pinturas de los *Nueve modos de orar* nos muestran a santo Domingo ante crucifijos en los que Cristo sangra a borbotones, esas pinturas son anacrónicas, pues fueron pintadas cuando el Gótico estaba totalmente asentado en Europa occidental y esos crucifijos estaban muy extendidos. En tiempos de santo Domingo había pocos crucifijos y éstos eran románicos. En ellos Cristo no sufría, sino que aparentaba estar dormido.

Comunidad

Podemos decir que santo Domingo comenzó a ser «dominico» cuando dejó de predicar en solitario en el Languedoc, y empezó a hacerlo en comunidad, junto a los hermanos que se le unieron en Toulouse, en 1215. Hay que tener en cuenta que él se había formado como religioso viviendo en comunidad, siendo canónigo regular de san Agustín, en El Burgo de Osma. Esa era la concepción de vida religiosa que él tenía en la cabeza y en el corazón.

Otro elemento importante de su modelo de vida religiosa era la democracia. Él había visto a su padre formar parte del concejo de Caleruega. También había concejos en Palencia y El Burgo de Osma. Asimismo, la democracia era el modo de gobierno de los poderosos e influyentes gremios de artesanos de las ciudades. Y santo Domingo vio que la democracia era muy buena, porque unir las mentes de los hermanos ayuda a tomar las mejores decisiones. Y sobre todo, porque unir los corazones mantiene unida a la comunidad, a pesar de las discrepancias, roces y problemas que en ella surjan. Y así, desde sus orígenes, la Orden dominicana ha sido el Instituto religioso más democrático.

Ciertamente, los monjes también tenían Capítulo, pero el abad siempre tenía –y sigue teniendo– la última palabra. Eso no lo quería santo Domingo para su Orden. Él quiso que la autoridad suprema de la comunidad fuese el Capítulo –formado por todos los hermanos con derecho a estar en él–. De tal forma que el prior debe hacer cumplir la voluntad del Capítulo, aunque él no esté de acuerdo con ella. Dicho de otro modo, reunidos en Capítulo, las hermanas y los hermanos disciernen comunitariamente la voluntad de Dios y la asumen.

Esto ha mantenido unida a la Orden, a pesar de los graves problemas por los que ha pasado, como veremos más adelante. De hecho, la unidad es uno de los principios fundamentales dominicanos. Y la unidad nunca se ha visto como algo impuesto, sino como algo deseado por todos.

Hay otro elemento comunitario importante: la observancia religiosa. Tanto a las monjas como a los frailes, santo Domingo les exigió ser coherentes con la Regla y las Constituciones de la Orden. Éstas ayudan a vivir en comunidad el Reino de Dios y a dar

testimonio de él. Veremos cómo, a lo largo de la historia, la Orden ha pasado por varios momentos de decadencia. El hecho es que siempre ha conseguido salir de ella retornando a la observancia religiosa, es decir, viviendo cabalmente el carisma dominicano.

Estando las comunidades de Santiago de París y San Nicolás de Bolonia recién fundadas, en peligro de sucumbir a causa de la inmadurez y precariedad de sus hermanos, santo Domingo tuvo la genial idea de incorporar a la Orden a un antiguo canónigo regular que conoció en Roma, cuándo éste iba de camino a Jerusalén. Se trata del beato Reginaldo de Orleans. Santo Domingo vio en él al reformador que necesitaban sus dos principales comunidades. Hubo frailes que no comprendieron cómo santo Domingo nombró prior a esta persona, que era desconocida para todos. Pues bien, fray Reginaldo, haciendo vivir cabalmente la observancia religiosa, sacó a flote primero a la comunidad de Bolonia y después a la de París. Y una vez que ambas comunidades estaban encarriladas, este buen fraile murió, en 1220.

Los dominicos fueron los primeros frailes mendicantes en elaborar su legislación –porque la *Regla definitiva* de los franciscanos data de 1223–. Es decir, son los primeros en traducir en términos canónicos el carisma mendicante. Esto propició que, más tarde, canonistas dominicos intervinieran en la elaboración de las legislaciones de las otras Órdenes mendicantes.

Espiritualidad gótica

Aunque santo Domingo vivió inmerso en la espiritualidad románica de Castilla y el Languedoc, sabía muy bien que ésta era ya el pasado. Ciertamente, el Románico se adaptaba muy bien al mundo rural, imaginando a Cristo Pantocrátor gobernando la naturaleza desde su trono celestial, rodeado de ángeles y santos que le cantan alabanzas sin cesar (cf. Ap 4,8-11).

Pero los profesores parisinos y boloñeses que santo Domingo tuvo en el estudio general de Palencia, le dejaron muy claro que en Europa estaba ganando terreno rápidamente el mundo urbano, con personas libres, cultas y pudientes, que necesitaban una espiritualidad muy diferente a la románica. Y esa nueva espiritualidad era la gótica, que surgió a raíz de las cruzadas a Tierra

Santa, cuando se redescubrió al Jesús humano –y divino– de los Evangelios: un Cristo que se ha encarnado en este mundo y comparte con las personas nuestras alegrías y nuestras penas. Esta imagen de Dios era más atrayente y despertaba mucha más devoción que la de Cristo Pantocrátor.

La espiritualidad románica esperaba que Dios mostrase su voluntad y parecer por medio de los fenómenos naturales. Un caso claro eran los «juicios de Dios» u «ordalías». Dado que el sistema judicial era casi inexistente, cuando había que juzgar a alguien y había serias dudas de su culpabilidad, se pedía a Dios que expresase su parecer por medio de un elemento natural. Y la gente pensaba que Dios, en efecto, así lo hacía. Un buen ejemplo lo tenemos en el episodio del «milagro del fuego», cuando santo Domingo participó en una disputa dialéctica con los cátaros, y los jueces, que también eran cátaros, decidieron poner en manos de Dios la decisión de proclamar un vencedor. Y lo hicieron por medio de una ordalía. Para ello encendieron un fuego en la sala donde estaban, y pidieron a los participantes que pusiesen por escrito su postura, y la echasen al fuego, para que Dios sacase el escrito que más le complacía. Y cuenta la tradición que el escrito de los cátaros ardió totalmente mientras que el de santo Domingo salió tres veces del fuego, pues los cátaros lo volvían a meter cuando salía despedido por los aires.

El Gótico acabó con todo eso. De hecho, en 1215 el IV Concilio de Letrán prohibió las ordalías. El Gótico invitaba a comunicarse con Dios por medio de la razón y, sobre todo, por medio del corazón. Efectivamente, a Dios le podemos conocer –según la limitación humana– y le debemos amar.

Así como Jesús se abajó para hacerse hombre y, movido por su amor, dio la vida para nuestra salvación, nosotros, humildemente, debemos también sacrificarnos por el bien común. Esa es la espiritualidad gótica. Eso es lo que los predicadores debían anunciar.

Por eso, santo Domingo renunció a su propia espiritualidad, la románica, y quiso que la Orden de Predicadores, desde su fundación, viviera y predicara la espiritualidad gótica. Ese es uno de los principales motivos que movió a santo Domingo a enviar a sus hermanos a estudiar a París, pues esta ciudad era la cuna del Gótico.

París marcaba el futuro hacia el que iba a evolucionar Europa. Y la Orden de Predicadores miraba hacia el futuro, no hacia el pasado.

Justicia y paz

Son muchos los episodios de la vida de santo Domingo que nos muestran su gran sensibilidad con los pobres y oprimidos. Recordemos el conocido momento en el que vende todas sus pertenencias para dar de comer a los pobres en Palencia. Ahí el joven santo Domingo optó libremente por quedarse sin nada, en manos de Dios, para hacer el bien a la gente.

También sabemos que este santo, por deseo del obispo Fulco, gestionó un hogar de exprostitutas en Toulouse para sacar a estas mujeres de la calle. El plan de santo Domingo era integrarlas en la Orden como monjas, pero esto no pudo hacerlo porque los cruzados perdieron Toulouse en 1218 y los frailes fueron expulsados.

Pero sobre todo descubrimos la compasión de santo Domingo en las noches, cuando pasaba horas pidiendo al Señor por los pecadores, no sólo porque podían acabar en el infierno -lo cual era algo que estaba muy presente en la espiritualidad de aquella época-, sino porque, debido a su pecado, eran muy infelices en este mundo. Santo Domingo sabía que sólo el Evangelio nos hace realmente felices, por eso oraba por los pecadores y salía todos los días a predicarles.

No tiene sentido predicar el Evangelio si después no trabajamos ni oramos por la justicia, la paz y el cuidado de la creación.

Mendicidad

Aunque santo Domingo no vivió tan radicalmente la pobreza como su coetáneo san Francisco de Asís, le dio una importancia muy grande, por dos motivos: por una parte, es lo que hace que las dominicas y los dominicos se pongan en manos de Dios, y no en sus posesiones o en sus títulos; y por otra parte, propicia que su predicación sea coherente, y no caiga en los antiguos errores de la Iglesia, cuando anunciaba el Evangelio por medio de la ostentación de sus riquezas y su poder.

Por eso, santo Domingo no sólo pedía a los frailes que fuesen pobres individualmente, como ya lo eran los monjes en sus abadías, sino que también les pedía pobreza comunitaria, de tal forma que los conventos no tuvieran posesiones ni rentas. Quería que todos los días saliesen a mendigar, para que fuesen conscientes de que estaban bajo la providencia divina. Y así, estando en manos de Dios, serían buenos predicadores de su Palabra.

Con respecto a las monjas, esto cambiaba, pues ellas no podían salir a mendigar y tenían más dificultades para vivir de las limosnas, sobre todo las comunidades que estaban en el campo, como el monasterio de Prulla. Por eso la propia Iglesia obligaba a los monasterios femeninos a tener asegurado su sustento con algún tipo de renta.

Pero la realidad de los frailes era muy diferente, pues santo Domingo los emplazó generalmente en ciudades, y en ellas se podía mendigar. Por ello, una de las primeras cosas que él hizo al fundar a los frailes de Toulouse, fue ir quitando las rentas que les había dado el obispo Fulco. Tanto es así, que en las Constituciones de 1220 aparece claramente la prohibición de tener rentas o propiedades que generen ingresos a la comunidad, para que los dominicos viviesen así en manos de la providencia divina. Además, la pobreza comunitaria daba una gran libertad a los frailes para fundar o cerrar conventos, pues no dependían económicamente de nadie.

Lo cierto es que la realidad fue cambiando y, como veremos más adelante, la pobreza comunitaria generó graves problemas en la Orden, por lo que hubo que suavizarla. Ahora los dominicos viven de su trabajo y, si es necesario, tienen rentas u otros ingresos que les permiten mantener sus conventos y sus actividades.

1221-1285: ESPLENDOR DE LA ORDEN

Tras ver cómo nació la Orden de Predicadores, vamos a conocer ahora cómo se desarrolló su espiritualidad en todo su esplendor. Como pasa casi siempre que surge una nueva comunidad o un nuevo Instituto religioso, los primeros años de la Orden de Predicadores fueron muy carismáticos, pues el Espíritu Santo ayudó a aquellos frailes y a aquellas monjas a desarrollar el carisma fundacional, con ayuda de personas laicas muy comprometidas con la Orden. En efecto, vamos a hablar de los «pioneros», de las mujeres y los hombres que, tras santo Domingo, marcaron los fundamentos de la espiritualidad dominicana.

CONTEXTO

Inocencio III y el IV Concilio de Letrán

Los primeros años de la Orden vienen marcados por el crecimiento de las ciudades, la expansión de la espiritualidad gótica –que acabó reemplazando a la románica– y el IV Concilio de Letrán, de 1215. De los dos primeros temas ya hemos hablado en el capítulo anterior. El IV Concilio de Letrán es fruto del buen hacer de Inocencio III, un gran Papa que supo contemplar los signos de los tiempos y puso las bases para que la Iglesia se adaptara a la nueva Europa que ya había nacido.

En este Concilio se marcaron unas pautas muy importantes para las diócesis, y que también determinaron el carisma de las nuevas Órdenes mendicantes. A nivel de la Santa Sede, se organizó la burocracia eclesiástica, para que se archivases y numerases convenientemente los documentos, con su fecha y sello correspondiente. Este cambio le vino bien a santo Domingo, pues tuvo que solicitar muchas bulas para que su Orden pudiera crecer y desarrollarse convenientemente, con el permiso de las autoridades eclesiásticas.

A nivel pastoral, se animó a los sacerdotes a que se dedicasen más al pueblo fiel, haciendo que éste recibiese con más frecuencia los sacramentos. Además, tomó medidas contra los clérigos que no vivían el celibato y contra los que comerciaban con los sacramentos.

A nivel religioso, se pidió a las comunidades que viviesen con austeridad y humildad, pues la Iglesia debe ser pobre. Y a nivel formativo, ya hemos comentado anteriormente que el Concilio pidió que cada diócesis tuviese una escuela de teología, con al menos un profesor titulado, es decir, un lector. Un número significativo de estas escuelas catedralicias fueron el germen de universidades, las cuales, a su vez, propagaron la nueva espiritualidad gótica por Europa.

Pues bien, todo esto lo tuvieron en cuenta los dominicos a la hora de redactar sus Constituciones.

Órdenes mendicantes

El Papa Inocencio III fue el gran promotor de las dos primeras Órdenes mendicantes: los franciscanos y los dominicos. Éstos, cada uno a su estilo, debían predicar el Evangelio en la nueva Europa urbana y gótica, dando respuesta a la errónea predicación que llevaban a cabo los movimientos heréticos.

Un elemento fundamental era la pobreza radical. De hecho, eso dio nombre a esta nueva forma de vida religiosa: la mendicante. En la bula que Inocencio III envió el 17 de noviembre de 1206 a los miembros de la Santa Predicación del Languedoc, les pide que *imiten la pobreza de Cristo pobre*. Esta consigna del Papa Inocencio III la tomó para sí santo Domingo desde entonces y, tiempo después, san Francisco la incluyó en su Regla. Como puede verse, estamos ante la asimilación en la vida religiosa de la espiritualidad gótica, es decir, la del Jesús de los Evangelios. Dado que los monjes no mendigaban pues vivían de su trabajo en el campo y que los clérigos tenían prohibido hacerlo, la aparición de frailes que pedían limosna en las puertas de las casas fue muy impactante para el pueblo fiel.

Otro elemento importante de los mendicantes era su cercanía al pueblo. En lugar de estar encerrados en monasterios o en catedrales, esperando a que los fieles acudieran a sus iglesias, los nuevos frailes salían a la calle, se mezclaban con la gente, visitaban a enfermos y a presos, y daban un testimonio directo del Reino de Dios. Por eso se hicieron tan populares.

Inocencio III aprobó la Orden de los franciscanos (los *Hermanos Menores*) en 1209, fundada por san Francisco de Asís. Al año siguiente, los carmelitas (los *Hermanos de la Bienaventurada Virgen*

María del Monte Carmelo), los cuales habían sido fundados por san Bertoldo del Monte Carmelo en el siglo XII en Tierra Santa, recibieron la *Regla de San Alberto*, que era por entonces el patriarca de Jerusalén. Debido a que los cristianos estaban perdiendo sus posiciones en aquella región, los carmelitas tuvieron que trasladarse a Europa occidental en los años 1215 a 1238, adaptando su Regla al carisma mendicante, siendo ésta aprobada en 1247 por el Papa Inocencio IV.

En esa época, varias comunidades de ermitaños que seguían la *Regla de San Agustín*, las cuales habían sido fundadas en el siglo XII en el norte de Italia, decidieron pedir al Papa que formase con ellas una nueva Orden, dándoles unas nuevas Constituciones y nombrándoles un Superior General. Y así se hizo en 1243: son los agustinos (los *Hermanos Ermitaños de San Agustín*). Como ya hemos comentado anteriormente, hubo canonistas dominicos que participaron en la elaboración de la legislación de estas Órdenes.

Hay que destacar un hecho importante: hasta entonces, la vida religiosa masculina y el clero secular ocupaban lugares diferentes. Los monjes estaban en el campo y los clérigos en las ciudades. Y los canónigos regulares, que estaban en las ciudades, dependían generalmente del obispo. Pero este equilibrio se rompió cuando las Órdenes mendicantes irrumpieron en las ciudades para suplir una carencia fundamental: la predicación del Evangelio. Eso provocó muchas tensiones y confrontaciones. Si bien los mendicantes recibieron el apoyo de los Papas, hubo ciudades en las que los frailes mendicantes se vieron forzados a construir sus conventos en los barrios situados fuera de los muros. Este conflicto también se vivió en las universidades, pues pronto los mendicantes comenzaron a destacar como buenos profesores, «llevándose» a los alumnos de los profesores seculares.

Además, surgieron también tensiones y confrontaciones entre los franciscanos y los dominicos, pues comenzaron a competir en la captación de público en sus predicaciones, por tener más influencia en los poderes civiles, para que sus conventos ocuparan los mejores lugares dentro de las ciudades, por las limosnas y por las vocaciones. Y todo esto se vio incrementado por los conflictos doctrinales que surgieron entre ambas Órdenes. Por fortuna, a mediados del siglo XIII, los franciscanos y los dominicos decidieron llegar a un acuerdo de hermandad. Resultado de ello es la leyenda del abrazo de san

Francisco y santo Domingo; el que estas Órdenes llamen «padre» a ambos santos y celebren su fiesta; y que sus imágenes estén presentes en el retablo del altar mayor de sus iglesias.

Debemos hacer una breve mención a las dos Órdenes redentoras que surgieron en esta época. Una es la Orden de los trinitarios (*Orden de la Santísima Trinidad y de la Redención de los Cautivos*), que fue fundada en 1193 por los franceses san Juan de Mata y san Félix de Valois, y fue aprobada por Inocencio III en 1198. La otra es la Orden de los mercedarios (*Orden de Nuestra Señora de la Merced y de la Redención de los Cautivos*) que, a petición de la Virgen María, fue fundada por el comerciante catalán san Pedro Nolasco en 1218 y fue aprobada por el Papa Gregorio IX en 1235. En el proceso fundacional de esta Orden colaboró el canonista dominico san Raimundo de Peñafort. El fin principal de los mercedarios y los trinitarios era el de rescatar –generalmente mediante cuantiosas sumas de dinero– a los cristianos que habían sido capturados por los musulmanes. Si dichos cristianos no eran rescatados, acababan siendo vendidos como esclavos en el norte de África o en el Oriente Próximo. La forma de vida de las Órdenes redentoras era –y sigue siendo– muy similar a la de las Órdenes mendicantes.

Beaterios

Paralelamente al surgimiento de las Órdenes mendicantes, el Espíritu Santo también llamó a mujeres a consagrarse a Dios por medio de la vida apostólica. Pero la Iglesia aún no había asumido canónicamente esta forma de vida religiosa femenina, por lo que estas mujeres, que fueron muchas, tuvieron que crear *beaterios*, tomando en algunos casos el carisma de una Orden mendicante. Ciertamente, ya había beaterios en los burgos y ciudades que surgieron durante la Baja Edad Media, pero es ahora cuando comenzaron a proliferar mucho.

Los beaterios eran comunidades formadas por laicas consagradas que vivían muy austeramente, hacían en privado el voto de castidad, una de ellas ejercía de superiora y tenían un capellán, que podía ser un sacerdote secular o un fraile. El beaterio era para ellas su nueva familia, de tal forma que vivían un ambiente de hermandad. Si habían asumido el carisma de una Orden, vestían una especie de hábito semejante al que usaban sus frailes y, cuando les era posible,

pasaban a formar parte de su Tercera Orden, siguiendo su Regla. Así, destacaron las terciarias franciscanas y las terciarias dominicas.

Dado que no formaban parte de la vida religiosa, estas mujeres eran libres para dejar su comunidad cuando quisiesen. Unas lo hacían para ir a cuidar a sus padres, otras para ingresar en otro beaterio o en un monasterio, y otras para casarse y formar una familia, renunciando así al voto de castidad que habían hecho privadamente.

En muchos casos, los beaterios estaban constituidos por mujeres que, en su mayoría, pertenecían a los estratos más bajos de la sociedad. Y generalmente vivían en sencillas casas situadas en un humilde barrio. En ciertas ocasiones, se conformaban con habitar en un piso. Esto les ayudaba a integrarse entre los más pobres, pudiendo, así, darles testimonio del Evangelio.

La vida de estas mujeres giraba en torno a las labores de la casa, la oración –privada y comunitaria– y el trabajo caritativo o pastoral, que realizaban saliendo a cuidar enfermos, a visitar presos o a ayudar a familias pobres. Algunos beaterios tenían un orfanato o una escuela, destacando su labor con niñas y adolescentes pobres. Para mantenerse, había beaterios que vivían de las limosnas, pero lo más normal era que realizasen algún trabajo manual. Así por ejemplo, fabricaban velas, hacían labores de costura o tejían diversos tipos de telas. En algunos casos cobraban por educar a niñas de familias pudientes. También había comunidades especializadas en copiar libros.

Además, algunas de estas mujeres eran excelentes acompañantes espirituales, y se esforzaban en mostrarse cercanas y disponibles cuando estaban en sus beaterios o cuando salían a hacer la compra o a realizar alguna labor caritativa. Y así, la gente más pobre y humilde se acercaba a ellas para hablar, plantearles alguna pregunta o comentarles sus problemas. Y si ellas lo veían conveniente, acudían a la casa de dichas personas. Por todo ello, estas mujeres eran muy apreciadas por el pueblo, y las consideraban «beatas», es decir, personas devotas, humildes y compasivas.

Los beaterios más conocidos de esta época son los famosos «beguinatos», que proliferaron en las regiones aledañas al río Rin. De ellos hablaremos el próximo capítulo. Anteriormente, en el siglo XII

y comienzos del XIII, en las zonas cátaras abundaron unas comunidades femeninas muy similares a los beaterios católicos. Recordemos que el monasterio de Prulla se nutrió parcialmente de mujeres convertidas al catolicismo que habían formado parte de esas comunidades.

Todo esto nos hace ver que los beaterios tuvieron una gran importancia a lo largo de la historia, hasta su desaparición en el siglo XX. Fueron un ámbito en el que muchas buenas mujeres, llamadas por Dios, pudieron formar comunidades fraternas donde oraban y trabajaban caritativamente por el bien común. Gracias a ellas, muchas niñas pobres pudieron recibir una buena educación. En bastantes beaterios, además, se admitía a mujeres excluidas de la sociedad, como viudas desahuciadas, exprostitutas y madres solteras que habían sido repudiadas por sus padres. Sin los beaterios, estas mujeres habrían acabado malviviendo en la calle o, mejor dicho, «malmuriendo».

Esto nos lleva a recordar aquel hogar de exprostitutas que santo Domingo, por encargo del obispo Fulco, gestionó en Toulouse. Si bien no llegó a convertir aquel hogar en un monasterio de dominicas – pues los dominicos fueron expulsados de Toulouse en 1218–, parece que santo Domingo sí había logrado que fuera un beaterio. Ciertamente, no eran religiosas, pero todo indica que se habían consagrado privadamente a Cristo y vivían en comunidad. De hecho, a aquellas mujeres se las llamaba «hermanas» y santo Domingo hizo que tuvieran una superiora. Cuando unos años más tarde regresaron los dominicos a Toulouse, aquel beaterio había desaparecido. Se desconoce qué fue de aquellas hermanas.

Pues bien, a pesar de todo esto que venimos contando, los beaterios apenas han trascendido históricamente, porque constituían comunidades que no formaban parte canónicamente de la vida religiosa y, cuando lo han hecho, las élites eclesiales las han considerado como una especie de vida religiosa de segunda categoría. Todo esto ha provocado el sesgo peyorativo que a veces tiene, al menos en España, el término «beaterio». Nosotros, por el contrario, vamos a usarlo siempre que sea oportuno, para reivindicar la importancia que estas comunidades han tenido en la Iglesia y, concretamente, en la Orden de Predicadores.

Veremos que desde finales del siglo XV hubo algunos beaterios de terciarias que dejaron de hacer vida apostólica y, tras convertirse en religiosas, adoptaron la vida contemplativa, con estricta clausura. A estas comunidades se las define en los tratados de historia de la Iglesia como «monasterios», y nosotros haremos lo mismo, para evitar confusiones. Muchos de estos monasterios tuvieron una escuela para niñas, pues la legislación eclesial así se lo permitía por entonces a todas las comunidades contemplativas.

Agrupaciones del pueblo fiel

Teniendo como referencia, en cierto modo, a los gremios de los artesanos, surgieron en esta época varios modelos de agrupaciones laicales. A nivel diocesano, las parroquias se fueron consolidando y en ellas fue aumentando la integración de los fieles. Por otra parte, dado que las Órdenes mendicantes movilizaban a muchas personas laicas, crearon con ellos las llamadas «Terceras Órdenes». Los primeros en integrar a los laicos fueron los franciscanos.

Vamos a hacer ahora un pequeño inciso para explicar el término «terciario». Se trata de una terminología franciscana, que refleja su estructura canónica, pues los frailes, las monjas y los laicos formaron Órdenes separadas. Ya que en la Familia Franciscana la *Orden de los Hermanos Menores* –o franciscanos– fue la «Primera Orden» (fundada en 1209 por san Francisco) y la *Orden de las Hermanas Pobres de Santa Clara* –o clarisas– fue la «Segunda Orden» (fundada por santa Clara y san Francisco en 1213), los laicos tomaron el nombre de *Tercera Orden de San Francisco*. Fueron fundados en 1221 por san Francisco y aprobados canónicamente en 1223. De ahí el término «terciario», que pronto fue asumido por otras Órdenes, incluidos los dominicos, a pesar de que éstos formaban –y siguen formando– una sola Orden con las monjas y los laicos.

También surgieron en esta época las cofradías, que generalmente acogían a mujeres y hombres laicos de un mismo estrato social, por ejemplo, el de los pescadores, y las corporaciones, formados por personas laicas de diversas clases sociales.

TIEMPOS DE ESPLENDOR

Cuando murió santo Domingo, dejó una Orden muy novedosa a la que muchos jóvenes querían incorporarse movidos por el Espíritu Santo, con una gran ilusión por vivir fielmente su carisma, entregándolo todo por seguir a Cristo, ya sea orando dentro de la clausura: como monjas dominicas, o saliendo a predicar el Evangelio: como frailes dominicos. Y muchas personas laicas asumieron también este carisma. Es en este periodo cuando los ideales de la Orden se vivían con más pureza y entrega.

El Capítulo de 1221 dividió el territorio europeo en ocho Provincias: España, Toulouse, Francia, Lombardía, Romana, Alemania, Hungría e Inglaterra. Sólo habían pasado seis años desde que santo Domingo fundó la primera comunidad en Toulouse, y ya había unos 20 conventos con unos 300 frailes. Este crecimiento fue aún mayor en los siguientes años, de tal forma que en tiempos de fray Humberto de Romans, hacia 1260, había unos 10.000 frailes ordenados. En 1277 el número de Provincias ascendía a 14 y el de conventos a 404.

A esto ayudó mucho la calidad humana e intelectual de los primeros Maestros de la Orden. Éstos supieron dar los pasos oportunos para hacer cumplir fielmente las Constituciones, organizaron eficazmente el sistema académico, enviaron a muchos frailes a zonas de misión y se preocuparon por crear una bella liturgia dominicana que ayudó a orar comunitariamente a las monjas y a los frailes. Pero, además, en los monasterios hubo hermanas que con su piedad, entrega y fraternidad conformaron comunidades contemplativas que daban un edificante testimonio del Reino de Dios. También hubo muchos frailes que destacaron como buenos predicadores y excelentes profesores, los cuales resultaban muy atractivos a los jóvenes, que deseaban entrar en la Orden para seguir sus pasos. Es importante subrayar lo mucho que contribuyó en todo esto el segundo Maestro de la Orden. Veamos su vida.

► Beato Jordán de Sajonia

Nació en torno al año 1190 en Westfalia (Alemania) en una familia noble. Sus padres le enviaron a estudiar a París en 1210. Cuando allí llevaba estudiando nueve años, conoció a santo Domingo

en su visita al convento de Santiago. Éste lo dejó en manos de fray Reginaldo de Orleans, con el que entró en la Orden en 1220. Dada su valía, fue enviado meses después al primer Capítulo general de la Orden, celebrado en Bolonia. Un año más tarde, el segundo Capítulo general le nombró prior provincial de la nueva Provincia de Lombardía, cuyo convento principal era el de Bolonia.

Al llegar a esta ciudad, fray Jordán conoció a la beata Diana de Andaló, con la que estableció una honda amistad espiritual. Son muy conocidas –y han sido publicadas– sus *Cartas a Diana y otras religiosas* por su gran valor. Hay que decir que la amistad espiritual entre frailes y hermanas ha sido algo normal en la Orden. En dicha relación ambos se tratan de igual a igual, de tal forma que se aconsejan mutuamente sobre temas que tocan su mundo interior.

Ese mismo año murió santo Domingo y al año siguiente, en el Capítulo general de 1222, fray Jordán fue elegido Maestro de la Orden. Tenía por entonces unos 32 años. Desde ese momento, este fraile vivió de un modo itinerante, visitando multitud de conventos y monasterios, y predicando en las universidades, a resultas de lo cual, muchos jóvenes entraban en la Orden. Ciertamente, con él aumentó mucho el número de monjas y de frailes. E ingresaron figuras tan relevantes como san Alberto Magno, fray Hugo de San Caro y el beato Humberto de Romans.

A lo largo de su mandato, tuvo que ejercer varias veces como consejero del Papa Gregorio IX. También escribió la primera biografía de santo Domingo: el *Libellus*, resaltando en él sus valores espirituales. En 1237, de regreso de un viaje a Tierra Santa, fray Jordán murió en un naufragio junto a los dos frailes que le acompañaban. Las cartas que se conservan de él reflejan muy bien la espiritualidad que se vivía en la Orden. Son escritos que muestran la dulzura, la fraternidad y la amistad que había entre las hermanas y los hermanos.

También es muy significativo lo aportado a la Orden por el quinto Maestro.

► Beato Humberto de Romans

Nació en torno al año 1200 en Romans (Francia). En 1215 su familia le envió a estudiar a París, donde conoció a los dominicos, e ingresó en la Orden en 1224. Dos años después fue trasladado al

convento de Lyon para continuar sus estudios de teología y obtener el título de lector, y dio clases en dicho convento. Entre 1236 y 1240 fue allí prior y entre 1240 y 1243 fue prior provincial de la Provincia Romana. Después fue prior provincial de Francia, de 1244 a 1254, año en el que fue elegido Maestro de la Orden.

Viendo que estaba desapareciendo la primera generación de dominicos, los que conocieron al fundador, pidió a todos los frailes que recopilaran la información que tuvieran de los primeros tiempos de la Orden. Con dicha documentación fray Gerardo de Frachet escribió la *Vida de los hermanos*. Fray Humberto también se esforzó en unificar la liturgia dominicana, promulgando una liturgia común y un rito propio en 1259. Esto fue muy importante, pues era muy útil para los frailes tener un mismo modo de orar en todos los conventos en los que vivían o se hospedaban.

También fue él quien volvió a vincular a las monjas dominicas con la Orden de Predicadores –de esto hablaremos más adelante– y en 1259 promulgó unas Constituciones para ellas. Al año siguiente aprobó la *Ratio Studiorum* de la Orden –es decir, el sistema de estudios–. Cuando dejó el cargo de Maestro de la Orden, en 1263, se dedicó a escribir, intentando recoger la esencia de la espiritualidad dominicana, la cual él había conocido en aquellos primeros años de la Orden. Murió el año 1277, con unos 77 años.

Entre sus obras, podemos destacar el *Libro para le erudición de los predicadores*, la *Carta sobre los tres votos esenciales de la vida religiosa*, el *Comentario a la Regla de San Agustín* –también conocido como *De vita regulari*–, la *Leyenda de Santo Domingo*, el *Comentario a las Constituciones* –inacabado– y las *Instrucciones sobre los oficios en la Orden*. Estos textos son de un gran valor, pues nos hablan con abundancia y precisión sobre la esencia de la espiritualidad dominicana.

MONJAS

Santo Domingo dejó fundados tres monasterios: en Prulla, Madrid y Roma. Algunos historiadores dan por válida una antigua tradición que afirma que también incorporó a la Orden de Predicadores un monasterio de canonisas de san Agustín situado en San Esteban de Gormaz, cuando pasó por El Burgo de Osma en 1218.

En todo caso, esta comunidad fue trasladada a Caleruega por el rey Alfonso X el Sabio en 1270, para fundar con ellas el actual monasterio de dominicas. Asimismo, como ya hemos comentado anteriormente, nuestro santo tenía la intención de fundar un monasterio en Toulouse, lo cual no fue posible a causa de la guerra, y otro en Bolonia –el de Santa Inés–, que se inauguró en 1223, gracias a las gestiones de la beata Diana de Andaló, que fue monja en este monasterio y de la que hablaremos más adelante.

Probablemente, así como santo Domingo confeccionó unas Costumbres para los frailes, que complementaban la *Regla de San Agustín*, hizo lo mismo con las monjas de Prulla, elaborando unas para ellas. Es razonable pensar que este santo llevó estas Costumbres a Roma, para que también rigiesen a las monjas de San Sixto. De hecho, para fundar dicho monasterio, envió a varias monjas desde Prulla para que éstas ayudasen a vivir el carisma dominicano a las monjas romanas. Pues bien, esas Costumbres de las monjas pasaron a llamarse *Regla de San Sixto*. Dada su calidad espiritual y religiosa, esta legislación fue adoptada por otros monasterios dominicanos que se fueron fundando después, y también por monasterios no dominicanos.

Conflicto de las capellanías

Tras la muerte de santo Domingo, el número de monasterios de dominicas aumentó tanto, que pronto los frailes se vieron desbordados para atender las capellanías de dichos monasterios. Hay que tener en cuenta que cada monasterio de dominicas requería la presencia de varios frailes, pues éstos, además de ocuparse de celebrar los sacramentos y acompañar espiritualmente a la comunidad, debían gestionar la economía de los monasterios, ejerciendo de administradores de los bienes de las monjas.

Bueno, pues para evitar que el servicio a las monjas repercutiese en el de la predicación, en 1236 los frailes consiguieron que la Santa Sede les librara del compromiso de las capellanías. Quedaron exentas de esto los monasterios de San Sixto de Roma, Santa Inés de Bolonia y Nuestra Señora de Prulla. Obviamente, las monjas protestaron ante las autoridades por esta situación, pero los frailes consiguieron la confirmación de la Santa Sede.

Todo cambió en 1259, siendo el beato Humberto de Romans Maestro de la Orden. Ese año las monjas consiguieron que el Capítulo general tratase este problema, y los capitulares decidieron que podían tener capellanes dominicos aquellos monasterios que pudiesen demostrar que su fundación fue aprobada por un prior provincial, un Maestro de la Orden, un Capítulo general o un Papa. Obviamente, muchos monasterios se apresuraron a demostrar que cumplían este requisito. Además, el Maestro de la Orden promulgó unas nuevas Constituciones para las monjas dominicas, conocidas como *Constituciones de fray Humberto de Romans*, que estuvieron vigentes hasta 1932.

Pero esto no era suficiente para las monjas. No les bastaba tener capellanes dominicos y unas nuevas Constituciones. Las dominicas, siguiendo el carisma de santo Domingo, querían pertenecer plenamente a la Orden de Predicadores. Y lo consiguieron: en 1267 el Papa Clemente IV puso a los monasterios de dominicas bajo la jurisdicción del Maestro de la Orden. Pero tuvieron que cumplir unas condiciones previamente acordadas con los frailes, a saber: los capellanes sólo se ocuparían del acompañamiento espiritual y la celebración de los sacramentos, pero no de los asuntos económicos de las monjas; tampoco estaban obligados a residir en los monasterios, sino que, cuando era posible, podían residir en un convento de frailes cercano; y además, si era necesario, podían ser representados por otros capellanes que las monjas aceptasen. Tras este acuerdo, el número de monasterios dominicanos creció, llegando a superar los cien en las últimas décadas del siglo XIII. Estaban situados sobre todo en Alemania, donde su número siguió aumentando rápidamente, como veremos en el próximo capítulo.

El hecho es que, desde entonces, las monjas han vivido el carisma dominicano por medio de su vida de oración y, asimismo, ofreciendo sus monasterios como hospedaje para los predicadores itinerantes, tanto para dominicos como para frailes de otras Órdenes. Obviamente, además de una habitación y de comida, las hermanas les ofrecían su inestimable ayuda espiritual, ya fuese hablando con ellos, consolándolos, compartiendo su experiencia interior o asesorándolos en cuestiones espirituales. Y claro está, también oraban por ellos. Todo eso lo siguen haciendo en la actualidad.

En este periodo destacaron varias dominicas contemplativas.

► Beata Cecilia Cesarini y beata Diana de Andaló

Cecilia nació en 1204 en Roma y entró muy joven en el monasterio de Santa María in Témpulo. Dada la decadente situación de los monasterios de Roma, el Papa Honorio III pidió a santo Domingo que se hiciera cargo de la unificación de todas las comunidades contemplativas femeninas en una sola, que se establecería en el nuevo monasterio de San Sixto, que el Papa estaba construyendo. Uno de los monasterios que mejor acogió este plan fue el de sor Cecilia. La relación de este santo con esta comunidad era tan estrecha, que a sus hermanas les trajo de su viaje a España unas cucharas de madera, en 1219. Dos años después se fundó San Sixto y se llevó a cabo el traslado de las monjas romanas a este nuevo monasterio. Las monjas recibieron el hábito dominicano de manos del propio santo Domingo y él mismo se preocupó de formarlas. Meses después murió en Bolonia.

En aquella ciudad había un plan para edificar otro monasterio dominicano, que se fundó en 1223: el monasterio de Santa Inés. Pudo construirse gracias a la gestión que había realizado sor Diana de Andaló con ayuda de su amigo espiritual el beato Jordán de Sajonia, que era el nuevo Maestro de la Orden. Ese año, sor Cecilia y otras tres hermanas de San Sixto fueron enviadas a Santa Inés para introducir en la vida dominicana a esta nueva comunidad. Sor Cecilia tenía 19 años y sor Diana 23. La comunidad de Santa Inés fue creciendo y asentándose. En 1236 falleció sor Diana, con 36 años.

Al año siguiente, sor Cecilia, teniendo 33 años, fue elegida priora del monasterio y, probablemente, tomó la costumbre de narrar anécdotas e historias edificantes de los tiempos de santo Domingo, cuando se fundó San Sixto. Viendo que aquellos relatos eran muy valiosos, una hermana llamada sor Angélica los puso por escrito, y han llegado hasta nosotros. Quizás también intervino sor Cecilia en la redacción de los *Nueve modos de orar de santo Domingo*. Cuando ya era una venerable anciana de 86 años, el año 1290, falleció. La fiesta de ambas beatas se celebra el mismo día: el 8 de junio.

► Beata Emilia Bichieri

Esta hermana vivió el drama de la ruptura de los frailes con las monjas. Nació en Vercelli (Italia) en 1238. Con la herencia que le dejó

su padre, en 1254 hizo construir en su ciudad un monasterio pensando que éste perteneciese a la Orden de Predicadores, con el apoyo de los dominicos de esa ciudad.

Dado que por entonces eso era imposible, su comunidad se mantuvo fuera de la Orden hasta 1266, cuando consiguieron que el Papa Clemente IV ordenase su incorporación, pasando sor Emilia a ser la priora de esa nueva comunidad de dominicas. Murió en 1314, con 65 años, dejando en sus hermanas un edificante ejemplo de humildad y rectitud.

► **Santa Margarita de Hungría**

En 1241, Hungría fue invadida por los tártaros (o mongoles). Poco después la esposa del rey Bela IV quedó embarazada y ambos decidieron prometer a Dios que, si libraba a Hungría de sus invasores y nacía una niña, la ingresarían, a modo de ofrenda, en un monasterio. Y así fue, los tártaros se fueron y la niña, a la que llamaron Margarita, ingresó con 4 años en el monasterio dominicano de Santa Catalina Mártir. Aquella promesa que habían hecho sus padres influyó mucho en ella, pues se veía a sí misma como una persona consagrada a Dios desde antes de nacer, y asumió firmemente ese compromiso.

Como ella encajó muy bien en la vida contemplativa, cuando cumplió 10 años, sus padres decidieron hacerle un regalo muy especial: le construyeron un monasterio en una hermosa isla cercana a Buda, la capital de Hungría. Era el monasterio de Santa María de la Isla. Pronto aquel monasterio se llenó de jóvenes y devotas dominicas que querían compartir su vocación contemplativa con sor Margarita.

Con 12 años, ella hizo su profesión en manos del recién elegido Maestro de la Orden, el beato Humberto de Romans. Dado que esta monja era muy bella, pronto comenzaron a surgir nobles pretendientes, a los que ella siempre rechazaba. Aunque era hija del rey y recibía muchos regalos, siempre vestía y comía pobremente, siendo muy generosa con los más necesitados que se acercaban a la portería del monasterio.

Un grave problema surgió cuando, teniendo sor Margarita 19 años, el rey de Bohemia solicitó casarse con ella con el fin de establecer un sólido acuerdo de paz con Hungría. Ante tal situación,

tanto su familia como los dominicos le pidieron a sor Margarita que accediera a casarse con aquel rey. El arzobispo también aprobaba esta boda. Pero entonces ella, que podía haber cambiado su ascética vida contemplativa por la lujosa vida en un palacio, les dijo a todos que ella trabajaría mejor por la paz siendo la esposa de Cristo que siendo la esposa de un rey. Y les convenció, de tal forma que aquel rey se acabó casando con una hermana de sor Margarita. Poco después ella consiguió apaciguar una guerra que estalló entre un hermano suyo y su padre. En 1270, con 28 años, murió esta buena monja dominica, quedando en la memoria de Hungría como la defensora de la paz del reino. En el siglo XIV se escribió la edificante *Leyenda de Santa Margarita*.

Fue coetánea de esta monja la beata Ingrid de Skänninge. Siendo princesa de la familia real sueca, ingresó en el monasterio dominicano de San Martín y, habiendo vivido felizmente entregada a Dios, falleció en 1282.

TERCERA ORDEN

Tras el nacimiento de la Orden, el laicado siguió colaborando en la Santa Predicación del Languedoc, y también lo hizo en la predicación a los cátaros del norte de Italia y en otras empresas evangelizadoras. Estos valerosos hombres y mujeres daban públicamente testimonio del Evangelio. Asimismo, proporcionaban a los frailes hospedaje, comida y cuanto pudiera serles útil. También facilitaban a los predicadores protección, muy necesaria en las zonas pobladas de malhechores o de cátaros que querían defender su fe con las armas. Por ello, en el Languedoc y el norte de Italia se formaron las, así llamadas, «milicias».

Pero generalmente lo que hacía acercarse a las laicas y a los laicos a los monasterios y conventos dominicanos era la ayuda espiritual que las monjas y los frailes les proporcionaban. Destacaron en este sentido los «movimientos penitenciales», formados por personas que buscaban redimirse de sus pecados, poniéndose a bien con Dios y con la Iglesia. De ahí surgieron los *Hermanos y Hermanas de la Orden de la Penitencia de Santo Domingo*, que fueron asumidos por la Orden. Como bien sabemos, se les llamó comúnmente «terciarias y terciarios dominicos».

En el último capítulo de este libro veremos que en 1985 se reemplazó esta terminología por la actual de «laicas y laicos dominicos». Hasta que lleguemos ahí, nosotros emplearemos la antigua terminología, pues la Tercera Orden fue acogiendo a mujeres consagradas y sacerdotes, los cuales también recibían el nombre de «terciarias y terciarios dominicos». Vamos a hablar ahora de algunos destacables terciarios de este periodo.

El beato Alberto de Bérgamo nació hacia 1214 en Villa d'Ogna cerca de Bérgamo (Italia). Destacó por su generosidad con los pobres, por lo que recibía duras recriminaciones de su esposa. Cuando ésta falleció, Alberto se fue a vivir a Cremona. Allí, hacia 1260, ingresó en la Tercera Orden dominicana. Buscando tener una fuerte experiencia de Dios, peregrinó a Roma, Tierra Santa y Santiago de Compostela, ayudando a sus compañeros peregrinos siempre que era necesario. Murió en Cremona con unos 65 años, en 1279.

También sobresalió en esta época la beata Benvenuta Boiani, de Cividale (Italia). Ingresó en la Tercera Orden dominicana, consagrando su vida a Cristo, y vivió siempre con su familia, dando un gran testimonio con su oración, austeridad y caridad. Murió en 1292 con 37 años.

Hemos comentado anteriormente que la Orden no habría podido desarrollarse sin la ayuda de muchas mujeres y hombres laicos. Veamos un buen ejemplo de ello.

► **Santa Zedislava de Lemberk**

Nació hacia 1220 en el castillo de Krianov, en el reino de Bohemia. Sus padres eran buenos cristianos, muy dados a ayudar a los pobres. Cuando tenía unos 20 años se casó con Havel Lemberk, que formaba parte de la alta aristocracia de Bohemia. Con él tuvo cuatro hijos. Siendo joven, Zedislava había ingresado en la Tercera Orden dominicana. Esto, junto al buen ejemplo que había recibido de sus padres, la movieron a ser muy caritativa, acogiendo en su castillo a los más necesitados. También visitaba los hospitales, atendiendo ella misma a los enfermos, para los que procuraba las medicinas necesarias. Esto no gustaba a Havel, su marido, por lo que al comienzo de su matrimonio tuvieron muchas discusiones.

Pero, poco a poco, Zedislava fue cambiando el corazón de Havel. De hecho, cuando el reino de Bohemia fue invadido por los tártaros, él consintió que se abrieran las puertas del castillo para que muchos pobres pudieran refugiarse en él. Y ella se esmeró en atender a todas las familias lo mejor posible. Asimismo, ambos ayudaron a los dominicos en la construcción de dos conventos. Cuando tenía 32 años, en 1252, Zedislava enfermó gravemente y murió. Su cuerpo fue sepultado en el convento dominicano de San Lorenzo de Jablonné, que era uno de los dos que habían sido construidos con su ayuda. Y allí se conservan actualmente sus reliquias. Ha quedado en la memoria de la Iglesia de Chequia como la protectora de los más necesitados.

PREDICACIÓN

¿Cómo predicaban los frailes de la Orden de Predicadores? Primeramente, debemos subrayar que sus homilias reflejaban la espiritualidad gótica en la que se habían formado. Es decir, hablaban sobre todo del Jesús de los Evangelios, que vino al mundo para conducirnos a la salvación. Preferían exponer una sana doctrina a hacer exhortaciones morales. Y todo esto lo hacían enriqueciendo sus homilias con didácticas y entretenidas narraciones bíblicas o históricas, contando vidas de santos e incluso recitando poemas. Además, se apoyaban en una buena retórica que les ayudaba a ser más amenos y comprensibles.

¿Dónde predicaban? Cuando lo hacían en ciudades, tenían que hacerlo en las plazas públicas, los mercados, las esquinas de las calles más concurridas y, sobre todo, en las iglesias de los monasterios y conventos dominicanos, pues, dada la repulsa y desconfianza que los frailes provocaban a veces en el clero secular, tenían dificultades para hacerlo en la catedral o en las parroquias. Esto hizo que los dominicos se decidieran a construir «iglesias de predicación» en sus conventos. Éstas debían tener un gran tamaño –para que pudiesen congregar a mucha gente–, una buena acústica y visibilidad –para que el predicador pudiera ser visto y, sobre todo, oído– y debían ser muy bellas, pues eso, como ya veremos más adelante, ayuda a conocer y amar a Dios.

Cuando los frailes salían a predicar de modo itinerante por los pueblos, iban con muy poco equipaje, comían lo que les daban y dormían en graneros, albergues para pobres o soportales. Se paraban a predicar en los cruces de caminos, las plazas y las iglesias de los pueblos, de tal forma que mucha gente se animaba a escucharlos, pues sus predicaciones eran uno de los pocos «espectáculos» que aquellas pobres personas podían ver a lo largo del año. Y en esas predicaciones, los dominicos procuraban transmitir la alegría y la esperanza del Evangelio. Tenían prohibido mendigar durante la predicación, lo cual les distinguía de los falsos predicadores.

El Capítulo general de 1228 creó el título de *predicador general*, con el fin de que los mejores predicadores pudiesen hacerlo sin las limitaciones geográficas a las que estaba sujeto su convento. Como es lógico, recibirlo era considerado un gran honor entre los frailes. En la actualidad no se otorga este título, pues dejó de tener la utilidad para la que fue creado.

MISIONEROS

Un modo especial de predicación es la que se realiza en zonas paganas. Esto lo hacen los misioneros, anunciando el Evangelio a gentes que no conocen a Jesús. Desde que supo de la existencia del pueblo cumano, santo Domingo deseaba ser misionero para predicarles el Evangelio. Aunque nunca pudo realizarlo porque la Providencia le condujo por otros caminos, el carisma misionero quedó impreso en la Orden que él fundó, y desde sus orígenes hubo valientes dominicos que se adentraron en lejanos y desconocidos países para trabajar allí por el Reino de Dios.

Si bien ha sido tradicionalmente una labor más propia de los frailes, asimismo ha habido monasterios de dominicas que se han instalado en tierras de misión. En capítulos posteriores veremos que, siglos después, también se sumaron a esta tarea muchas Congregaciones de dominicas y también laicas y laicos dominicos.

Una nota característica de los misioneros dominicos fue su buena formación teológica, pues, además de crear comunidades cristianas y realizar otras labores misioneras, buscaban establecer escuelas de teología y entablar un diálogo cultural y religioso con los

habitantes de aquellos lejanos países. Además, desde los primeros años de la Orden, se crearon escuelas de idiomas para que los frailes que habían solicitado ser misioneros pudieran aprender, antes de partir, la lengua y la cultura de su lugar de destino. También se escribieron tratados pensando en las disputas teológicas que pudieran surgir, destacando la *Suma contra gentiles* de santo Tomás de Aquino. Es conveniente hacer aquí un pequeño inciso para aclarar que el término «Suma», que aparece en el título de diversas obras escolásticas, hace referencia a una recopilación de saberes.

¿Cuáles fueron los primeros lugares de misión?: los pueblos paganos del norte de Europa, los musulmanes del norte de África y Oriente Próximo, y los pueblos nómadas y guerreros de Asia. Es decir, los misioneros dominicos partieron en todas direcciones, salvo hacia occidente, claro, pues quedaban varios siglos para que comenzase la evangelización de América. Generalmente, cada Provincia se ocupaba de enviar misioneros a los países limítrofes. Y los frailes podían presentarse voluntarios para ir a otra zona de misión, si así lo querían.

Bueno, pues a lo largo de la historia, cientos de dominicos han sido martirizados en tierras de misión. De algunos de ellos hablaremos más adelante. En este periodo podemos destacar a los 49 frailes que –mientras rezaban Completas– fueron pasados a cuchillo por los tártaros, en 1260, en el convento de Sandomierz (Hungría), siendo el beato Sadoc su prior.

Veamos ahora la vida del que quizás sea el más ejemplar de los misioneros dominicos de toda la historia de la Orden. Nunca dudó en poner su vida en peligro por el Evangelio, y lo hizo en muchas ocasiones.

► San Jacinto de Polonia

Nació en Kamien Slaski en 1185. De familia noble, estudió teología y derecho en Bolonia y, ordenado sacerdote, pasó a ser el asistente del obispo de Cracovia. En 1218, cuando tenía 33 años, formó parte del séquito de su obispo en su viaje a Roma, donde conocieron al fundador de la Orden dominicana. Cuando el obispo de Cracovia le pidió a santo Domingo que enviara predicadores a su diócesis, éste le dijo que eso sería posible si algunos de sus

acompañantes ingresaban en la Orden. Esta propuesta fue aceptada por Jacinto y otros miembros del séquito, los cuales, tras quedarse seis meses en Roma para formarse y hacer la profesión, regresaron a pie – y mendigando– a Polonia.

Después de implantar la Orden en aquel país, san Jacinto –junto a varios frailes– comenzó en 1222 su primer viaje misionero caminando hacia el norte y recorriendo Escandinavia, donde fundó varios conventos. En 1228 asistió al Capítulo general de París. Al poco de regresar a Cracovia, comenzó su segundo viaje misionero, esta vez hacia el este, predicando por grandes extensiones de Rusia y otros países del oriente europeo. En Kiev fundó en 1230 un gran convento. Siendo invadida esta ciudad por los tártaros, fray Jacinto cogió el Santísimo Cuerpo de Cristo y una imagen de María, y con ellos en brazos cruzó el ancho y caudaloso río Dniéper para evitar su profanación. Y es así como se le representa artísticamente.

A su regreso, a pesar de que san Jacinto tenía ya 56 años, seguía sintiéndose llamado a ser misionero. Por eso, tras permanecer en su convento unos dos años, emprendió su tercer y último viaje. Después de predicar en la tierra de los cumanos (que estaba en la costa occidental del mar Negro) siguió caminando hasta la tierra de los tártaros, en el centro de Asia. En su camino de regreso predicó en Rusia y en las costas bálticas. Llegó a Cracovia en 1257 y, poco después, con 72 años, murió.

ESTUDIO

Hemos visto cómo santo Domingo y sus hermanos hicieron un gran esfuerzo por fundamentar su predicación en una buena base teológica. En las Constituciones de 1220 se pide que cada convento cree su propia escuela de teología con, al menos, un profesor con el grado de lector. En consecuencia, a medida que fue creciendo la Orden, se fue creando una red de estudios generales para que pudiesen obtener el grado de lector los dominicos que estaban llamados a la docencia. Tuvieron como referencia la Universidad de París, donde los frailes habían conseguido dos cátedras, una para los franceses y otra para los extranjeros. Esto les permitía obtener el máximo grado, el de maestro. Los dominicos también tenían una cátedra en la Universidad de Oxford y en otras universidades.

Ciertamente, los estudios generales de la Orden tuvieron tanto vigor que, en numerosos casos, fueron los principales impulsores de las facultades de teología de las universidades donde estaban situados.

Llama la atención que en los primeros años las Constituciones prohibieran estudiar lo que no fuera teología. La intención de santo Domingo y los primeros frailes era que los estudiantes no perdieran el tiempo con los autores paganos. Sólo podían hacerlo aquellos frailes que obtenían un permiso especial del Capítulo general. Pero pronto comenzó a verse que esa medida iba en contra del propio estudio de la teología, pues éste necesita sustentarse en un buen conocimiento filosófico. Por ello, tras un arduo trabajo de san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino, fray Pedro de Tarantasia, fray Florencio de Hesdin y fray Bonhomme de Bretaña, en el Capítulo general de 1259 se promulgó el primer código académico de la Orden –es decir, la *Ratio Studiorum*–, y en él se dejó de poner trabas al estudio de la filosofía y otras materias no teológicas.

El crecimiento y desarrollo de la teología en la Orden hizo que surgieran críticas y ataques por parte del clero secular, pues, en muchos casos, sus alumnos preferían estudiar con los frailes dominicos, ya que estaban más entregados a este importante oficio. Por fortuna, los Papas defendieron la postura de los mendicantes. También, incluso dentro de la Orden, hubo ataques al *tomismo*, la novedosa teología –de influencia aristotélica– de santo Tomás, de quien hablaremos más adelante. Por eso los Capítulos generales tuvieron que defenderlo y promoverlo.

Ciertamente, hubo muchos brillantes teólogos dominicos en el siglo XIII. Prueba de ello es su significativa presencia en los Sínodos y Concilios de esta época. Pero también destacaron algunos dominicos en otras ramas del saber, como san Alberto Magno, que escribió sobre zoología, botánica, mineralogía y química –o, más bien, alquimia–, ocupando un lugar importante en la historia de la ciencia. No en vano es el patrono de las ciencias químicas, naturales y exactas. San Raimundo de Peñafort, por su aportación en el derecho canónico, es el patrono de los juristas, abogados y canonistas. También podemos destacar la enciclopedia de fray Vicente de Beauvais: el *Espejo mayor*; la edificante colección de vidas de santos del beato Santiago de la Vorágine: la *Leyenda aurea* –de la que hablaremos más adelante–; el manual de cirugía de fray Teodorico Borgognoni de

Luca; y el diccionario de fray Juan Balbus (o fray Juan de Génova): el *Catholicon*.

Y así, el amor al estudio tuvo un importante trasfondo espiritual: la búsqueda de la verdad. De ahí el conocido lema dominicano: *Véritas*, el cual ya se aplicaba a la Orden de Predicadores en las primeras décadas del siglo XIV.

En efecto, la importancia que la Orden dominicana daba al estudio supuso una gran novedad en la historia de la espiritualidad cristiana. Ninguna Orden había visto al estudio como un excelente medio para relacionarse con Dios. Más bien ocurría lo contrario: se lo veía como un peligro, pues la acumulación de conocimientos puede hacernos caer en la tentación de la soberbia, es decir, de sentirnos mejores que los demás, lo cual nos aparta de Dios y de las personas. De hecho, así lo dice el Nuevo Testamento en varias ocasiones (cf. Mt 11,25; 1Cor 1,17-25) y son muchos los maestros espirituales que advierten contra este peligro. Por eso en el seno de la Orden se ha insistido siempre en que hay que estudiar con un corazón mendicante. Dicho de otro modo, las dominicas y los dominicos deben mendigar humildemente la verdad.

Vamos a conocer ahora a dos buenos referentes de ello.

► **San Alberto Magno**

Nació probablemente en el año 1206, en la población bávara de Lawingen en el seno de una noble familia. Sus padres lo enviaron a estudiar a la Universidad de Padua (Italia). Teniendo unos 17 años, el joven Alberto escuchó predicar al Maestro de la Orden, el beato Jordán de Sajonia, y pidió ingresar en los dominicos. Cinco años después, ya estaba dando clases en el convento de Hildesheim (Alemania). Tras ser profesor en otros conventos, en 1245 fue enviado a París para dar clases y obtener el grado de maestro en sagrada escritura. Estando allí, estudió a fondo el pensamiento de Aristóteles.

En 1247 se incorporó a sus clases su alumno más brillante: santo Tomás de Aquino. Al año siguiente, cuando tenía unos 42 años, fray Alberto fue enviado a Colonia (Alemania), para dirigir y organizar el estudio general que la Orden había creado en esa ciudad. Con él se fue santo Tomás. Allí escribió muchas obras. Pero en 1254 fray Alberto fue elegido prior provincial y seis años después fue

nombrado obispo de Ratisbona, cargo que dejó a los dos años pues se sentía llamado a recuperar su vida académica.

En 1267 estaba de nuevo en Colonia dando clases. En 1274 asistió al II Concilio de Lyon. Tres años después tuvo que defender en París el pensamiento teológico de santo Tomás, pues éste había fallecido. Y pasados otros tres años, en 1280, teniendo fray Alberto unos 74 años, falleció en el convento de Colonia. En 1931, el Papa Pío XI le declaró Doctor de la Iglesia.

Ya hemos comentado que este dominico escribió grandes obras de teología y de otras materias. Se le considera el principal biólogo medieval gracias, sobre todo, a estas dos obras: *Sobre los animales* y *Sobre los vegetales y las plantas*. Ésta última es, además, una de las más importantes obras medievales de la historia de la jardinería. También debemos citar dos obras suyas de carácter moral: *Sobre el bien* y *Sobre el hombre*, las cuales tienen un gran valor teológico, aunque han sido poco conocidas. Su escrito de mayor valor espiritual son sus *Comentarios a Dionisio Areopagita*. También podemos subrayar estas otras obras de carácter espiritual: el *Paraíso del alma*, *Sobre la adhesión a Dios* y el *Libro sobre la perfección de la vida espiritual*.

Su aporte a la espiritualidad de la Orden es muy importante. Él dio clases durante bastantes años en Colonia, una ciudad situada en medio de la zona renana (es decir, en la región aladaña al río Rin). Ésta, ya por entonces, destacaba por la profunda vivencia mística que compartía parte de su población, incluidas muchas dominicas y dominicos. Por eso, sus alumnos eran muy receptivos a todo aquello que les ayudase a relacionarse con Dios.

Hablaremos sobre el pensamiento espiritual de san Alberto en el próximo capítulo para enlazarlo con la mística renana.

► Santo Tomás de Aquino

El más conocido teólogo dominico nació en torno al año 1225, en el castillo que su familia tenía en Roccasecca, situado aproximadamente a mitad de camino entre Roma y Nápoles, y a unos 25 kilómetros de la abadía de Montecassino, fundada por san Benito de Nursia hacia el año 529. Desde muy pequeño, sus padres desearon que él llegara a ser el abad de Montecassino, pues eso daría aún más prestigio a la familia. Por ello, con cinco años fue enviado a esta

abadía y allí hizo los estudios necesarios para acceder después a la teología. Pero, debido a un conflicto bélico, Tomás tuvo que hacer dichos estudios en la cercana Universidad de Nápoles, a donde llegó con unos 14 años. Pronto entabló amistad con algunos innovadores dominicos que estaban introduciendo el pensamiento aristotélico en la teología.

En 1243, con unos 18 años, se graduó. Al año siguiente ingresó en el noviciado de los dominicos de Nápoles, lo cual disgustó mucho a su familia, tanto, que lo raptaron y lo encerraron en su castillo para que volviese a la abadía de Montecassino. Pero, tras más de un año sin que Tomás cambiase de parecer, le dejaron regresar a su convento y allí profesó en la Orden. Dada su gran inteligencia, en 1247 le enviaron a estudiar a París, donde fue alumno de san Alberto. Y con él se fue al año siguiente a Colonia a continuar sus estudios, que finalizó en 1251, siendo ordenado sacerdote. Siguiendo los pasos de san Alberto, en este periodo fray Tomás estudió a fondo el pensamiento aristotélico y lo aplicó a la teología. En el curso siguiente dio clases en Colonia y comenzó a escribir obras teológicas.

Ese mismo año, el Maestro de la Orden fray Juan Teutónico envió a fray Tomás a París. Allí dio clases en la cátedra de los dominicos extranjeros. Pero pronto encontró una fuerte oposición por parte de algunos prestigiosos profesores seculares de aquella universidad, por su novedosa postura aristotélica. Éstos, además, querían expulsar a los profesores pertenecientes a las Órdenes mendicantes. Afortunadamente, fray Tomás supo sobrellevar aquellas dificultades con la ayuda de la Orden y del Papa, y con unos 31 años obtuvo el grado de maestro en sagrada escritura y siguió dando clases en París. Tras aquello, durante nueve años, de 1259 a 1268, estuvo dando clases en la corte papal, que se iba desplazando por Italia, y continuó escribiendo numerosas obras.

En 1269, con unos 44 años, fray Tomás regresó a París a petición del Maestro de la Orden fray Juan de Vercelli, con el fin de ayudar a la Orden a resolver varios conflictos con los profesores seculares. Allí estuvo tres años realizando una actividad muy intensa, lo cual hizo que su salud se resintiese mucho. Por ello, para que sanase, le enviaron en 1272 a su convento de Nápoles, donde dio clases en el estudio general de la Orden.

Pero su salud no se recuperó. Y estando así las cosas, cuenta una antigua tradición que fray Tomás tuvo una intensa experiencia mística mientras contemplaba un crucifijo en la capilla de San Nicolás, tras lo cual dejó de escribir tratados teológicos, pues descubrió que lo que él pensaba racionalmente sobre Dios, no era nada en comparación con lo que había conocido de Él en aquella experiencia mística. Además, fray Tomás estaba ya bastante débil. De hecho, unos meses después, en 1274, falleció yendo de camino al II Concilio de Lyon. Tenía en torno a 49 años. Tras su fallecimiento, la Orden apoyó con entusiasmo su teología. Fue canonizado en 1323 por el Papa Juan XXII. Y en 1567 el Papa san Pío V lo declaró Doctor de la Iglesia.

Santo Tomás no escribió ningún tratado de temática expresamente espiritual. Pero estudiando sus obras, sobre todo la *Suma Teológica*, y observando su vida, podemos intuir estos cuatro pasos que marcaron su camino interior cuando desarrolló su pensamiento teológico: (1) contemplando lo que Dios le comunicó por medio del estudio, (2) movido por la devoción y (3) guiado por la teología, (4) santo Tomás supo transmitir caritativamente lo que había contemplado. Pues bien, esto que él vivió, nos lo ofrece a todos como camino espiritual:

1. Santo Tomás nos anima a contemplar lo que Dios nos comunica por medio de aquello que estamos estudiando, aunque no sea algo propiamente cristiano. Sabemos que Dios se ha revelado por medio de las Sagradas Escrituras. Y podemos conocerle en los muchos escritos que ha producido la tradición de la Iglesia. Pero Dios también ha dejado muestras de su sabiduría en la naturaleza –que es obra suya– y en otras culturas y religiones, con el fin de ayudar a aquellos que no han podido conocer el Evangelio predicado por su Hijo, que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6). Por ello, si bien santo Tomás estudió intensamente la teología cristiana, también se aventuró a buscar las huellas de Dios en el pensamiento de Aristóteles.
2. Pero él sabía que buscar a Dios estudiando a un filósofo no cristiano conlleva un peligro, pues podemos contaminar el Evangelio con el pensamiento pagano que estamos investigando. También podemos sentirnos más atraídos por lo que descubrimos fuera del Evangelio, pudiendo perder la fe. Y

además, corremos el riesgo de caer en el desánimo, pues es duro y difícil buscar las huellas de Dios fuera de la Iglesia. Para todo eso santo Tomás tenía un antídoto: la devoción, que él define como *nuestra entrega amorosa a Dios para darle culto y hacer su voluntad*. Y nos anima a acrecentar nuestra devoción a Dios dando culto a los santos y a la Virgen, pues el amor que a ellos les dirigimos va encaminado hacia Dios. Las dos grandes devociones de santo Tomás eran Cristo crucificado y la Eucaristía.

3. Pero aquí nos encontramos con otros dos obstáculos. Por una parte, Dios es, ante todo, un misterio, pues es infinitamente superior a nosotros. Y por otra parte, siguiendo el pensamiento de Aristóteles, sabemos que el amor, por sí solo, es ciego y, por tanto, nos puede guiar equivocadamente. Así es, una devoción mal encauzada puede convertirnos en idólatras o en fanáticos. Por eso, el amor debe ser guiado por una inteligencia bien formada por el Evangelio. En efecto, saber teología nos ayuda a no confundirnos cuando nos aventuramos a contemplar a Dios en la realidad que estamos estudiando. Porque, siendo Dios un misterio, la teología nos da las pautas para detectar aquello que no es Dios y ayuda a nuestro amor a dirigirse correctamente hacia Él.
4. Una vez que logramos contemplar a Dios en lo que estamos estudiando, ¿qué hacemos? La respuesta de santo Tomás es clara: dejarnos mover por la caridad, que nos impulsa a compartir con los demás lo que hemos contemplado. Éste es otro lema dominicano: *contemplar y dar lo contemplado*. El predicador debe predicar lo que ha descubierto de Dios en el fondo de su corazón. La persona contemplativa debe ponerlo en manos de Dios en su oración. Y todos debemos transmitirlo en nuestra actividad cotidiana, ya sea dando clases a niños, cuidando enfermos o ayudando a un vecino. Así es, la espiritualidad tomista hace mucho hincapié en que el camino espiritual cristiano no acaba en la contemplación de Dios, buscando únicamente la consolación que uno siente al estar con Él, sino que, según santo Tomás, el fin de dicho camino espiritual es convertirnos en personas caritativas, compartiendo

generosamente con los demás el fruto de nuestra contemplación. Sólo así seremos coherentes con el Evangelio.

En conclusión, en el sistema teológico de santo Tomás, la espiritualidad está íntimamente ligada a la moral. Por ello, según este autor, nuestra buena relación con Dios debe verse reflejada en nuestro buen comportamiento con las personas. Y viceversa, nuestro buen comportamiento con las personas repercute positivamente en nuestra relación con Dios.

Iremos viendo a partir del próximo capítulo cómo la espiritualidad de santo Tomás ha influido enormemente en la Orden de Predicadores. Eso incluye, como es obvio, el modo en que las dominicas y los dominicos han realizado el acompañamiento espiritual y, en concreto, las pautas que éstos han seguido a la hora de realizarlo, con el fin de ayudar a la persona acompañada a seguir certeramente a Cristo, según su propia conciencia, con libertad.

Esto no impide que los miembros de la Orden hayan tenido, junto a santo Tomás, otras importantes referencias espirituales.

AUTORES ESPIRITUALES

En este primer periodo de la Orden dominicana, sobresalió el obispo francés fray Guillermo de Peyraut por su obra *Suma de las virtudes y de los vicios*. Si bien es de temática moral, contiene también una gran riqueza espiritual. Fue muy difundida en la Edad Media y se reeditó en tiempos posteriores. Fray Humberto de Romans la valoraba mucho, recomendando a todas las comunidades que la incorporasen en sus bibliotecas.

Pero sobre todo debemos hablar de un dominico que escribió vidas de santos. Éste es un importante género literario que, desde tiempos de la Iglesia primitiva, ha servido para exponer de un modo ameno y sencillo los elementos fundamentales de la espiritualidad cristiana. Veamos la vida de este autor.

► Beato Santiago de la Vorágine

Nació el año 1230 en Varezze (Italia). Con 14 años ingresó en el noviciado del convento de Santo Domingo de Génova. Tras finalizar

el aprendizaje de la filosofía en el estudio general de su convento, estudió teología junto a santo Tomás en Colonia, teniendo a san Alberto como profesor. Es en esta época cuando comenzó a escribir su gran obra: la *Leyenda áurea*, que también será conocida como *Leyenda dorada* o *Flos sanctorum*. Tras obtener el grado de lector en teología, regresó a Génova para impartir clases en su convento. Allí, además de destacar como buen predicador, tradujo al italiano toda la *Biblia Vulgata* y escribió otras obras. Y cuando tenía 30 años publicó la primera edición de la *Leyenda áurea*.

Siete años después fue elegido prior provincial, cargo que ocupó durante 20 años, pues fue reelegido cuatro veces. En ese periodo publicó una segunda edición de la *Leyenda áurea*. Habiendo realizado importantes labores diplomáticas para el Papa y la ciudad de Génova, fue nombrado arzobispo de dicha diócesis en 1292. Tras desempeñar ejemplarmente este cargo, murió en 1298, con 68 años.

La *Leyenda aurea* está escrita con una gran solidez teológica y en ella se ve la huella de san Alberto. Dado que es una colección de «hagiografías», es decir, de narraciones ejemplarizantes, en esta obra no prima el rigor histórico y biográfico sino la edificación espiritual, pues el objetivo del beato Santiago de la Vorágine era que los lectores adquirieran una adecuada formación espiritual, tomando como ejemplo a los santos. Pues bien, ésta es la colección de vidas de santos que más ha influido en la historia de la Iglesia. Durante varios siglos fue muy leída por hombres y mujeres –tanto laicos como religiosos–. Asimismo, el Espíritu Santo se ha servido de ella para convertir a muchas personas, entre ellas a san Ignacio de Loyola, que la leyó –junto a otras obras– cuando estuvo convaleciente en su casa en 1521. Además, esta obra influyó determinadamente en la iconografía de los santos. Y eso es así porque de ordinario la consultaban los artistas cuando tenían que pintar o esculpir la imagen de un santo. Por ejemplo, de ella proviene la imagen de santo Domingo junto a un perro blanco y negro llevando una antorcha en la boca.

ARTE

Aunque en los primeros años de la fundación de la Orden se consideró al arte como un «adorno» que podía atentar contra la pobreza, lo cierto es que pronto se vio que era, junto al estudio de la

teología y la coherencia de vida, el mejor aliado de la predicación. Y es así porque cuando se predica haciendo uso del buen gusto, la belleza y la armonía, el Evangelio llega mejor al corazón de la gente. Además, el arte permite que una predicación permanezca perenne en el tiempo, por siglos y siglos, pues las buenas obras musicales, pictóricas, escultóricas o literarias guardan su capacidad predicadora para siempre. Pensemos en *La Anunciación* de Fra Angelico que está expuesta en el Museo del Prado de Madrid. ¿Cuántas personas han contemplado o contemplarán esa pintura?

Lo primero en lo que se mostró el gusto artístico dominicano fue en la liturgia de la Orden, pues se ora mucho mejor cuando se hace en bellas ceremonias. Ahí desempeñaron –y siguen desempeñando– un papel muy importante las cantoras y los cantores que con sus hermosas voces ayudan a su comunidad a unir su corazón y su alma hacia Dios. Lo mismo debemos decir de los músicos que embellecen la liturgia tocando armoniosamente un instrumento, principalmente el órgano. Asimismo, se compusieron en este periodo bellísimos himnos, así como cálidas melodías para cantar los salmos.

Pronto surgieron excelentes escultores y pintores. Entre éstos últimos, hay que hacer una especial mención a los miniaturistas o «iluminadores» de libros. En efecto, son numerosos los dominicos y las dominicas que, anónimamente, invirtieron muchas horas en decorar bellamente los cantorales, misales, biblias u otros libros de la comunidad.

También florecieron buenos arquitectos que construyeron iglesias de predicación y conventos que ayudaban a vivir el Reino de Dios. Destacan los frailes que diseñaron la iglesia de Santa María Novella de Florencia: fray Ristoro da Campi y fray Sixto Fiorentino. Por otra parte, en el campo literario sobresalieron en este periodo el *Oficio del Corpus Christi* de santo Tomás de Aquino, y dos obras que ya hemos citado anteriormente: la *Leyenda aurea* del beato Santiago de la Vorágine y el *Espejo mayor* de fray Vicente de Beauvais.

INQUISICIÓN

En un libro como éste, es necesario abordar el complejo y espinoso tema de la Inquisición, aunque sea muy brevemente. De ella tenemos informaciones contrapuestas. Hay grandes diferencias entre lo que afirman los especialistas y lo que podemos ver en las películas o novelas. Tampoco es igual juzgar a la Inquisición con los criterios de su época, a hacerlo con los criterios actuales y, por tanto, fuera de contexto. Además, hubo varios tipos de Inquisiciones: la episcopal o diocesana, la legatina, la pontificia o medieval, y la moderna, con sus derivaciones hispano-americanas, portuguesa y romana. Y asimismo existieron las «Inquisiciones», por así decirlo, que crearon las Iglesias protestantes a partir del siglo XVI. También es importante tener en cuenta que la mayoría de los inquisidores no fueron dominicos, y la gran mayoría de los dominicos no fueron inquisidores, ni colaboraron con esta institución. Pero, como decíamos, es preciso decir algo al respecto.

El hecho es que, a medida que en el siglo XII fueron surgiendo diversos movimientos heréticos, en algunas ciudades el poder civil trató de frenarlos con gran dureza, produciéndose grandes injusticias, pues, debido a las rencillas personales, hubo personas que, habiendo sido falsamente acusadas de herejía por sus enemigos, acabaron siendo ajusticiadas. Para evitar todo ello, el Papa Lucio III en 1284 promulgó unas disposiciones para que los obispos pudiesen establecer en su diócesis un tribunal para investigar y juzgar ecuanímicamente a los acusados de herejía. Es la llamada *Inquisición episcopal* –o *Inquisición diocesana*–. Y se dictaminó que fuera el poder civil el encargado de llevar a cabo los castigos. Pero, debido a que hubo obispos que apenas se interesaron por este asunto, pocos años después se permitió que los legados pontificios también estableciesen sus propios tribunales. Surgió así la *Inquisición legatina*, que complicó aún más las cosas, pues tuvo roces y desencuentros con la Inquisición episcopal. Por todo ello, en 1231, el Papa Gregorio IX decidió reemplazar ambas Inquisiciones por una nueva, la *Inquisición pontificia*, la cual perduró durante varios siglos.

Es importante subrayar que la Inquisición tuvo un origen bien intencionado: velar –con justicia y mesura– por la pureza de la fe de la Iglesia. De hecho, «Inquisición» significa «investigación» o

«indagación», es decir, indagación que busca la verdad. Así, el Papa pidió a los frailes dominicos y poco después a los franciscanos que colaborasen activamente con la Inquisición pontificia, pues consideraba que eran los mejor preparados para investigar los casos de herejía. Una vez que dichos frailes habían identificado a un hereje, debían procurar guiarlo por el buen camino por medio del diálogo y la predicación. Con el fin de juzgar justamente a los acusados, en 1234 Gregorio IX creó los tribunales de la Inquisición. Dado que el primer inquisidor de Toulouse fue fray Pedro Seila, éste decidió emplazar dicho tribunal en su antigua casa, donde la Orden de Predicadores había sido fundada 19 años atrás. Y esa casa, con el tiempo, pasó a ser conocida como la «Casa de la Inquisición».

Pues bien, aquellas buenas formas que empleaba la Inquisición comenzaron a cambiar y a endurecerse cuando un inquisidor fue asesinado por cátaros, convirtiéndose en el primer mártir de la Orden de Predicadores. Veamos su vida.

► San Pedro de Verona

Nació en torno al año 1200 en Verona, en el norte de Italia. En su familia había grandes adeptos al catarismo, el cual estaba muy extendido por aquella región. Pero Pedro mostró pronto un claro interés por la fe católica. Cuando fue a estudiar a la Universidad de Bolonia, probablemente conoció a santo Domingo. En todo caso, atraído por el carisma dominicano, ingresó en la Orden en 1221, unos meses antes de morir el santo fundador.

Cuando acabó su formación teológica, fray Pedro se sintió llamado a reconducir a los cátaros hacia la verdadera fe. Para ello, predicó por el norte de Italia y, centrandó su actividad en Milán, allí organizó debates públicos con los cátaros, se preocupó de la formación teológica de las personas laicas, creó cofradías de la Virgen y fundó sociedades de fe.

Pues bien, su celo por evangelizar a los cátaros, su buena formación teológica y su equilibrado carácter, animó al Papa Inocencio IV a nombrarle inquisidor de las ciudades de Como y Milán. Los testigos afirman que, en el desempeño de este cargo, fray Pedro buscaba convertir con la predicación a los cátaros. Tan eficaz era su labor, que en 1252 fue asesinado por un cátaro en un bosque,

cuando iba de camino entre Como y Milán. Esto, y la fama de santidad que ya tenía en vida, movieron su pronta canonización, que tuvo lugar el año siguiente. El cántaro que confesó su asesinato, arrepentido por su crimen, ingresó en la Orden de Predicadores como hermano cooperador.

Tras este trágico suceso, la Iglesia perfeccionó jurídicamente el proceso inquisitorial y, asimismo, decidió endurecer los interrogatorios y los castigos a los herejes –de todo lo cual se ocupaba el poder civil–, con las graves consecuencias que ello tuvo, como bien sabemos. Aunque la Inquisición era un tribunal jurídico que buscaba la verdad por medio de la justicia, el equilibrio, el perdón y la proporcionalidad, el hecho es que, en ciertas circunstancias, abusó de su poder. Y así, en mayor o menor medida, tal y como iremos viendo más adelante, condicionó la espiritualidad de las personas, así como el libre desarrollo del pensamiento y de la ciencia. En la Jornada del Perdón celebrada en el año 2000, el Papa san Juan Pablo II pidió perdón por los pecados cometidos por la Inquisición.

La leyenda negra de santo Domingo

Ahora se sabe con certeza que santo Domingo no fue inquisidor, pues, como ya hemos dicho, la Inquisición pontificia fue fundada en 1231 y sus tribunales en 1234. Y de haber cooperado con algún tribunal de la Inquisición episcopal o de la Inquisición legatina, sin duda habría aparecido este dato en su proceso de canonización y en sus primeras biografías, pues, en aquella época, dicho servicio se habría visto como algo bueno y positivo. Pero no se dice nada al respecto. Sin embargo, la falsa noticia de que santo Domingo había sido inquisidor fue difundida por la propia Orden de Predicadores durante siglos, influyendo en su espiritualidad y, asimismo, en su imagen pública. Veamos por qué se produjo este desatino.

Los dominicos eran reticentes a colaborar con la Inquisición, pues habían ingresado en la Orden para ser predicadores, no inquisidores. Y esto se convirtió en un problema, pues la Iglesia reclamaba a la Orden dominicana cada vez más implicación en esta institución. Por ello hubo frailes que, con buena intención, interpretaron erróneamente dos cartas que santo Domingo había escrito y un pasaje de las *Vidas de los hermanos* de fray Gerardo de

Frachet, y dedujeron que su santo fundador fue inquisidor. Sin darse cuenta, habían creado la leyenda negra de santo Domingo.

En este desafortunado proceso tuvo un papel importante el historiador francés fray Bernardo Gui, pues afirmó –erróneamente– que el legado pontificio encargó a santo Domingo que ejerciera el oficio de inquisidor contra los herejes cátaros. Pues bien, además de ser un buen fraile, fray Bernardo fue inquisidor en Toulouse en los años 1307 a 1323. Dicho oficio lo ejerció en la «Casa de la Inquisición», que ya conocemos. Es importante decir que este fraile intervino decisivamente en la mejora del proceso jurídico inquisitorial, mejorando las garantías procesales que los acusados tenían en dichos procesos. Tras dejar el duro oficio de inquisidor, fray Bernardo fue nombrado obispo y murió en 1331 con unos 60 años de edad.

El hecho es que, en efecto, en el siglo XIV la Orden de Predicadores asumió la Inquisición como algo propio, y este oficio acabó dentro de su carisma, viéndolo como un instrumento para la búsqueda de la verdad. Por desgracia, la leyenda negra se fue acrecentando con el paso del tiempo, pues hubo importantes historiadores dominicos que afirmaron con rotundidad que santo Domingo fue el primer inquisidor.

Ciertamente, es preciso reconocer que la Inquisición ha marcado espiritualmente a la Orden de Predicadores, aunque no como lo describen las novelas históricas, en las que los dominicos son unos seres malvados que buscan hacer el mayor daño posible. Los datos históricos demuestran que esto no fue así. Si la Iglesia pidió a los frailes mendicantes que se ocuparan de esta institución, fue porque éstos estaban bien formados teológicamente. De hecho, la historia nos muestra que los dominicos destacaron como organizadores, sistematizadores y peritos en los procesos jurídicos de los tribunales de la Inquisición, buscando que floreciese realmente la justicia, el equilibrio, el perdón y la proporcionalidad.

Además, se escogía a aquellos que mostraban un carácter más equilibrado y bondadoso, para evitar los abusos. Y es que, como es bien sabido, en ciertas circunstancias se intentó usar a la Inquisición para eliminar a los enemigos, acusándoles falsamente de herejía. Por ello, los frailes que trabajaban para esta institución sufrían grandes presiones, pues muchos intentaban coaccionar sus decisiones. De ahí

que hubiese que escoger a los frailes más íntegros y mesurados. Y es fácil suponer que para ellos fue muy doloroso ver cómo se encarcelaba, maltrataba y ejecutaba a la gente en algunos procesos inquisitoriales.

En definitiva, colaborar con la Inquisición fue una carga dura y desagradable que la Orden de Predicadores tuvo que aceptar porque la Iglesia así se lo pidió, y equivocadamente lo asumió como algo propio de su carisma, lo cual tuvo lugar en un contexto en el que la mentalidad era muy diferente a la nuestra. Es preciso subrayar el considerable esfuerzo que los historiadores y canonistas de la Familia Dominicana han hecho en las últimas décadas para conocer el papel que desempeñaron los dominicos en la Inquisición.

1285-1380: CRISIS Y DECADENCIA

Llegamos al final de la época del esplendor dominicano. Se suele poner como comienzo de la decadencia el mandato de fray Munio de Zamora (1285-1291), pues fue el primero de un grupo de Maestros cuyos mandatos fueron bastante cortos, y eso repercutió negativamente en el gobierno de la Orden. Además, ya quedaban lejos aquellos tiempos tan carismáticos en los que aún se sentía el impulso de santo Domingo. Y lo peor vino en el siglo XIV, cuyas guerras, hambrunas y epidemias causaron una larga crisis en Europa occidental y, concretamente, en la Iglesia, que se sumió en la peor de sus decadencias.

Por fortuna, la Orden comenzó a dar pasos en firme para reformarse y salir de la crisis gracias al Maestro de la Orden el beato Raimundo de Capua, que fue elegido en 1380, el mismo año en que murió santa Catalina de Siena, que fue la inspiradora de dicha reforma. Pero eso lo veremos el próximo capítulo.

CONTEXTO

Acontecimientos negativos

A nivel europeo, el primer factor desestabilizante fue el traslado de la corte papal durante casi setenta años (1309-1378) a Aviñón. Ésta era una pequeña ciudad del sur de Francia, situada a orillas del río Ródano, que gozaba de un excelente clima mediterráneo, tenía una universidad y estaba muy bien comunicada. Este traslado se debió a que la mayoría de los cardenales eran franceses y el rey de Francia presionó para que se establecieran en su territorio. El primer Papa que decidió trasladarse –provisionalmente– a esta ciudad fue Clemente V, en 1309. Tras él, los siguientes Papas, que también eran franceses, decidieron quedarse en Aviñón, de tal forma que construyeron el palacio papal y otros edificios administrativos que hicieron de esa ciudad la sede permanente de la corte papal. Pero en el resto de la Cristiandad no fue bien acogida esa decisión, sobre todo en Roma, donde despectivamente se definía esa situación con expresiones como: «destierro de Aviñón» o «cautividad babilónica».

El siguiente acontecimiento negativo fue la Guerra de los Cien Años, que enfrentó a Inglaterra y Francia en territorio francés desde 1337 hasta 1453, año en el que los ingleses fueron definitivamente expulsados. Dada la importancia que ambas naciones tenían, este conflicto alteró y empobreció al occidente europeo.

Pero, sin duda, la peor catástrofe que sufrió Europa en este siglo –y en muchos siglos– fue la irrupción en 1347 de la peste negra procedente de Oriente, fruto de los crecientes intercambios comerciales. En efecto, en barcos que transportaban productos procedentes de Asia, llegaron a Italia, entre el cargamento, ratas con pulgas que portaban la peste negra. Y así, en muy pocos años esta pandemia eliminó un tercio de la población europea y, después, fue reapareciendo esporádicamente en las ciudades, generando nuevas mortandades. Hubo ciudades en las que la peste negra mató a un 80 por ciento de su población.

Por desgracia, la situación empeoró aún más con el Cisma de Occidente. Hablaremos de ello más adelante, al comentar la vida de santa Catalina de Siena. El hecho es que desde 1378 hasta 1417, en Europa hubo dos Papas, uno en Roma y otro en Aviñón. Al ser apoyado cada uno de ellos por diversos Estados, la Cristiandad quedó dividida, lo cual también afectó a las Órdenes religiosas.

Pesimismo y miedo

Estos penosos acontecimientos provocaron que la desconfianza y la desesperación anidaran en el corazón de la gente, que veía en todo ello un castigo divino. Ante tal situación, se popularizaron las imágenes de la flagelación de Cristo, del *Ecce Homo* –con Jesús flagelado mostrado ante el pueblo– y la de la *Pietá* –con María tomando en brazos a su Hijo que ha muerto en la Cruz–. La gente, que tanto sufría, se sentía muy identificada con estas imágenes de Cristo y su Madre.

En paralelo a esto, surgió un movimiento espiritual muy influyente: los *flagelantes*. Se trataba de largas filas de mujeres y hombres que iban de pueblo en pueblo flagelándose y cantando cantos de perdón, intentando así aplacar la supuesta ira de Dios. A la cabeza de estos grupos de flagelantes solía ir un predicador. Veremos más adelante que ese fue el caso de san Vicente Ferrer.

Decadencia de la vida religiosa

La peste provocó una gran mortandad en los monasterios y conventos pues, al acoger caritativamente a los enfermos de peste, muchos de los inquilinos quedaban infectados y morían. Teniendo en cuenta que las Órdenes mendicantes y monásticas ya estaban en clara decadencia, no hubo reparos en rebajar el nivel de exigencia de los postulantes, para así evitar el cierre de sus comunidades. El resultado fue devastador, pues éstas comenzaron a llenarse de gente de muy baja calidad espiritual y moral, que hundieron aún más la vida religiosa. En el clero secular pasó lo mismo.

DECADENCIA DOMINICANA

Como ya hemos comentado, el declive dominicano comenzó en la época en la que se sucedieron varios Maestros de la Orden cuyo mandato fue demasiado corto. Concretamente, en los 18 años que transcurrieron entre 1285 y 1303 hubo cinco Maestros. Pero fue la crisis política y social que vivió Europa en el siglo XIV, y sobre todo la pandemia de la peste negra, lo que abocó a la Orden de Predicadores a una profunda decadencia.

Fueron tantos los frailes y las monjas que murieron por la peste, que un Capítulo general celebrado tras esta devastación animó a las comunidades a incorporar urgentemente nuevas vocaciones. Y esto fue un grave error, porque es mucho más importante cuidar la calidad espiritual de las monjas y los frailes que su cantidad. El resultado de dicho error lo podemos deducir fácilmente: entraron en la Orden jóvenes que, en lugar de buscar a Dios, buscaban su propio beneficio. Esto hizo que se relajara mucho la observancia regular. Así por ejemplo, había dominicas y dominicos de familias ricas que reservaban partes de sus conventos para vivir ahí con sus sirvientes, no comían el menú comunitario, sino que hacían que les trajeran la comida de fuera, usaban hábitos especiales confeccionados por sastres, no asistían a la oración comunitaria y tenían un trato demasiado cercano con gente de fuera. Santa Catalina de Siena se quejó amargamente de esta situación en algunas de sus cartas, e hizo todo lo posible para corregirlo.

Además, la pobreza quedó muy comprometida a nivel comunitario. Antes de la peste ya había conventos que se habían visto forzados a tener rentas y otros ingresos, porque con las limosnas les era imposible subsistir, dada la crisis económica que vivían muchas ciudades. Esto, que era razonable, sirvió después como excusa para caer en excesos, de tal forma que muchos monasterios y conventos incrementaron enormemente sus ingresos y dejaron de vivir pobremente, gastando mucho dinero en lujos y cosas innecesarias. Y esto, como es bien sabido, es algo que tiende a corromper a las comunidades, porque se olvidan de que están en manos de Dios y ponen su vida sobre la falsa seguridad de sus rentas y posesiones. Asimismo, a nivel particular, había monjas y frailes que manejaban personalmente mucho dinero, lo cual es algo muy seductor, porque es muy fácil olvidarse del voto de pobreza malgastando dicho dinero en caprichos, vanidades y deleites. De ahí la importancia que en la Orden de Predicadores tiene la pobreza comunitaria y personal, y lo grave que es faltar a este voto.

El hecho es que todas estas duras circunstancias abocaron a la Orden en 1374 a dejar de celebrar Capítulos generales anualmente y pasaron a tener lugar cada dos o tres años. Esto hizo que aumentara el poder del Maestro de la Orden y su Curia generalicia, centralizándose así el poder en Roma.

Pero, mientras el Maestro de la Orden y la Curia generalicia ganaban poder a expensas de los Capítulos generales, lo perdían por la intrusión de la Santa Sede, pues, dada la calamitosa situación en que había quedado la Orden, los Papas intervenían cada vez más en ella. Así, en 1373 el Papa Gregorio XI nombró un Cardenal Protector de la Orden, que también ejercía de «controlador». Este cargo existió durante varios siglos.

Como es lógico, el Cisma de Occidente afectó de lleno a la Orden, pues, dado que hubo Provincias que apoyaron al Papa de Aviñón en Francia, España, Escocia y varias zonas de Italia, éstas pasaron a depender de otro Maestro de la Orden y otros Capítulos generales. Fruto de esta desunión es que grandes figuras de la Orden se vieron abocadas a defender posturas contrarias. Un caso claro son santa Catalina de Siena, que apoyó al Papa de Roma, y san Vicente Ferrer que, por un tiempo, apoyó al Papa de Aviñón.

MÍSTICA RENANA

En este largo apartado que ahora empieza, vamos a tratar sobre el complejo tema de la mística que generó el Maestro Eckhart. Intentaremos mostrar de dónde surgió su pensamiento, hacia dónde derivó y qué influjo tuvo.

Como iremos viendo, es importante subrayar el significativo papel que tuvieron en el desarrollo de la mística renana dos estudios generales dominicanos: el de Colonia y el de Estrasburgo. Ambos estaban emplazados en la ribera del Rin.

Espiritualidad de san Alberto Magno

Podemos situar el origen de la mística dominicana alemana en el pensamiento espiritual de san Alberto, que fue director del estudio general de Colonia, y desde ahí ejerció una gran influencia en los dominicos alemanes del siglo XIII.

Cuando estudiamos su figura en el capítulo anterior, vimos que este pensador que tantas ramas del saber dominó, supo inculcar en sus alumnos lo importante que es tener una íntima experiencia de Dios, pues eso es lo que da sentido a todo nuestro saber y conforma nuestro modo de ver la realidad. Pues bien, san Alberto afirmaba que el camino cristiano es el camino del amor, el cual nosotros podemos experimentar cuando pensamos, sentimos y actuamos en armonía con la voluntad de Dios.

En efecto, según este autor, la experiencia mística se apoya en el amor que recibimos de Dios, y que nosotros, a su vez, debemos vivir siendo caritativos con los demás. Dicho de otro modo, debemos comunicar a nuestro prójimo el amor que recibimos de Dios en nuestra experiencia mística. Así, la relación que establecemos con Dios nos impulsa a ser coherentes mediante la práctica de las virtudes y, en el caso de los religiosos, viviendo auténticamente los votos.

Eso, obviamente, requiere un gran esfuerzo ascético, pues debemos vencer todo aquello que nos aleja de Dios, y que resulta muy atrayente para nosotros. Pero sobre todo requiere orar, sintiendo la presencia divina en nuestro interior. Esto se consigue con introspección, es decir, penetrando dentro de nuestra alma, para

conocer cómo somos realmente –y en qué nos debemos corregir– y, fundamentalmente, para descubrir en ella la presencia de Dios. Y así, recogiéndonos interiormente, alcanzamos la sabiduría: el arte de saber guiarnos bien en la vida.

Todo esto se lo decía san Alberto a sus alumnos.

► **Fray Ulrico de Estrasburgo**

Este teólogo también intervino en el desarrollo de la mística renana. Fue discípulo de san Alberto, profesor en el estudio general de Estrasburgo y prior provincial de Alemania. Escribió dos buenas obras: una *Suma Teológica* y un tratado *Sobre el bien supremo*.

La importancia de este fraile radica en que supo articular la teología aristotélica de san Alberto con el pensamiento neoplatónico de dos autores orientales del siglo V: el teólogo cristiano Dionisio Areopagita y el filósofo pagano Proclo. Así, gracias al pensamiento neoplatónico, fray Ulrico consiguió profundizar teológicamente en la experiencia mística. Y como hizo san Alberto, no se limitó a hablar de teología espiritual, también animó a sus alumnos a practicar y fomentar la mística. Todo esto le convirtió en el nexo de unión entre san Alberto y el Maestro Eckhart, el cual ingresó en la Orden en una fecha próxima a 1277, año en el que falleció fray Ulrico.

Acompañamiento espiritual a mujeres

El pensamiento espiritual que san Alberto, fray Ulrico y otros dominicos alemanes transmitieron a sus alumnos, hizo que éstos fueran conscientes de la importancia que tenía su mundo interior, y no valorasen solamente su saber intelectual y su entrega a la predicación. Y ellos, a su vez, compartieron esta inquietud sobre todo con dos grupos de mujeres: las monjas y las beguinas –de las que hablaremos a continuación–, pues en ellas encontraban a personas muy interesadas y abiertas a compartir su experiencia mística. Es más, las monjas y las beguinas reclamaban la ayuda teológica y espiritual de los dominicos, y éstos respondieron positivamente a esta demanda. Esto nos hace recordar al beato Jordán de Sajonia, que hablaba de su vivencia interior con algunas monjas dominicas, destacando entre ellas su amiga la beata Diana de Andaló.

Hay que subrayar aquí la labor que realizaron los dominicos del convento de Halle en el cercano monasterio cisterciense de Helfta, donde floreció una generación de grandes místicas en la segunda mitad del siglo XIII, destacando santa Matilde de Magdeburgo, santa Matilde de Hackeborn, santa Gertrudis la Grande y sor Gertrudis de Hackeborn. En dicho monasterio, con ayuda de los dominicos, esta comunidad cisterciense destacó en el estudio de la teología, trayendo a profesores para que formasen a las hermanas. Para ello, se preocuparon de crear, además, una buena biblioteca. También destacaron en la formación musical. Pero estas monjas cistercienses han pasado a la historia, ante todo, por sus escritos espirituales, en los que ellas exponen sus sentimientos y vivencias en lo profundo de su ser. Así, en esta comunidad se desarrolló la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que siglos más tarde ha tenido tanta importancia en la Iglesia.

Esta corriente mística que se vivió en el seno de las monjas alemanas medievales, tuvo su origen en el siglo XII con la benedictina santa Hildegarda de Bingen, declarada Doctora de la Iglesia por el Papa Benedicto XVI en 2010.

Beguinas

Ya hemos comentado cómo en Europa occidental surgieron beaterios –de laicas consagradas– en paralelo al desarrollo de las Órdenes mendicantes, pues la Iglesia aún no había asumido canónicamente la vida religiosa apostólica femenina. Entre los beaterios, sobresalieron los formados por *beguinas*, que se localizaron sobre todo en las regiones aledañas del río Rin, esto es, en las actuales Suiza, Alemania, Bélgica y Holanda⁴, aunque también se extendieron por otras regiones centroeuropeas, llegando a París. Éstas fueron apoyadas por los frailes mendicantes, sobre todo por los franciscanos y los dominicos, de tal forma que algunas comunidades vestían una especie de hábito inspirado en el de los frailes. Hubo también varones –llamados «begardos»– que siguieron esta forma de vida, pero su número fue mucho menor que el de las beguinas.

⁴ Cuando hablemos de los Países Bajos y sus habitantes emplearemos los términos «Holanda» y «holandeses», pues es así como coloquialmente se les conoce en España.

Pues bien, los beaterios de beguinas –llamados «beguinatos»– se distinguieron por desarrollar un movimiento místico, que aquellas mujeres compartían con otras personas piadosas. Algo importante a resaltar, y que trajo problemas, es que aquellas mujeres transmitían su espiritualidad en sus propias lenguas nativas, que por entonces no estaban suficientemente desarrolladas como para expresar conceptos tan complejos como los místicos. Por ello, las beguinas crearon su propia terminología mística para poder comunicar lo que su lengua materna no les permitía.

Fue un movimiento social y religioso importante. Según parece, hubo zonas donde más de un cinco por ciento de la población estaba constituido por beguinas y begardos. De ahí que los beguinatos sean los beaterios más conocidos y famosos de esta época. En algunas ciudades ocupaban barrios enteros, que estaban cercados con un muro cuya puerta se cerraba a los de fuera. Dentro tenían su propia parroquia y otros edificios comunitarios. A la beguina que ejercía de superiora de una comunidad se la llamaba «Marta». Y tenían un capellán que solía ser un fraile mendicante. De hecho, era normal que los beguinatos se instalasen entorno a conventos de franciscanos y dominicos.

Entre las beguinas hubo escritoras místicas, algunas de las cuales influyeron en los místicos renanos. Destacan: santa Matilde de Magdeburgo (que después ingresó en el monasterio de Helfta), Beatriz de Nazaret, Margarita de Oingt y Hadewijch de Amberes. Hay que tener en cuenta que el nivel cultural de algunas beguinas era bastante alto, bien porque habían recibido una buena educación en su familia, o bien porque en su beguinato se habían preocupado de contratar a buenos profesores.

Hermanos y hermanas del libre espíritu

Por desgracia, cada vez que ha surgido un movimiento místico en el seno de la Iglesia, se ha generado en torno a él un movimiento herético. Pasó en el siglo I en las comunidades joánicas, que se vieron contaminadas por el gnosticismo (cf. 2Jn 7) o en las colonias de monjes del desierto de Egipto en el siglo IV, donde, además del gnosticismo, sufrieron el origenismo. Posteriormente veremos que la mística española del siglo XVI tuvo problemas con el iluminismo, y en el siglo XVII surgieron el quietismo italiano y el semiquietismo francés.

Estos movimientos heréticos surgen por la tentación que anida en el corazón humano de pensar que puede relacionarse con Dios por sí sólo, sin la ayuda de la Iglesia, la cual le ofrece la revelación –es decir, los textos bíblicos– y la tradición –esto es, el magisterio y la teología–. Y cuando nos aventuramos a buscar a Dios sin la ayuda de la comunidad eclesial, nos extraviamos, porque es muy fácil –y tentador– manipular la imagen de Dios según nuestra conveniencia y nuestros caprichos. La Iglesia nos ofrece su doctrina para ayudarnos a encaminar nuestro amor certeramente hacia Dios, y no hacia un ser imaginario que nosotros hemos creado –sin darnos cuenta– en nuestra mente.

Es importante subrayar que los movimientos heréticos suelen surgir de personas que, con buena voluntad, intentan ayudar a los demás siguiendo su propio entender. Desgraciadamente, cuando se les hace ver que están equivocadas, algunas reaccionan mal, empeñándose en su error, posicionándose contra la Iglesia y buscando adeptos para su causa: creando así un movimiento herético.

Bueno, pues eso pasó también en la zona renana, ya que allí apareció un movimiento espiritual herético. Se trata de los *hermanos y hermanas del libre espíritu*. Los historiadores afirman que la mayoría de los beguinos consiguieron no mezclarse con este movimiento herético, pero el hecho es que a finales del siglo XIII y comienzos del XIV, éste se fue haciendo cada vez más presente en la zona renana y, concretamente, en los beguinos, los cuales, como ya dijimos, se habían extendido por otras zonas, como París. Así, a resultas de esta contaminación, la beguina parisina Margarita Porète publicó una obra mística que, según parece, contenía errores doctrinales. Y la Inquisición reaccionó quemándola en la hoguera en 1310 en París.

¿Qué proponían los hermanos y hermanas del libre espíritu? No parece que fueran un grupo unitario y organizado, sino, más bien, una amalgama de diversos «maestros» y «maestras» espirituales que coincidían en animar a la gente piadosa a desvincularse de la Iglesia y a buscar interiormente a Dios por su cuenta, practicando la pobreza y algunos ejercicios ascéticos. Así pues, cuando los capellanes comenzaron a ver que había cada vez más beguinas que discutían tenazmente la doctrina de la Iglesia, saltó la voz de alarma.

Concilio de Vienne

La Iglesia afrontó el problema de las beguinas en 1313, en el Concilio que se estaba celebrando en la ciudad francesa de Vienne. Allí, los padres conciliares decidieron tomar medidas drásticas y definitivas ante algo que parecía írseles de las manos. En lugar de centrarse únicamente en los beguinatos contaminados por la herejía, consideraron que el mal estaba en todos ellos, condenando y prohibiendo esta forma de vida por no estar sujeta a las leyes y las estructuras eclesiales, y –según los padres conciliares– por ir espiritual y doctrinalmente por su cuenta, sin seguir lo marcado por la Iglesia.

De este modo, el Concilio ordenó a las beguinas suprimir sus comunidades y les dio tres opciones: quedarse en sus casas, pero viviendo como buenas laicas cristianas; ingresar en un monasterio, si es que se sentían llamadas por Dios a la vida religiosa contemplativa; o incorporarse a una Tercera Orden, si querían formar una comunidad cristiana sin ser religiosas. Además, el Papa Clemente V pidió a las Órdenes mendicantes, que eran las más cercanas a las beguinas, que se ocuparan de hacer cumplir la resolución del Concilio, reconduciéndolas doctrinalmente. Pues bien, los dominicos alemanes reaccionaron a este mandato papal pidiendo al Maestro Eckhart, su más importante teólogo, que organizara la predicación a las beguinas.

Es importante subrayar que muchos beguinatos no fueron disueltos, a pesar de lo ordenado expresamente por el Concilio, pues contaban con el apoyo de los gobernantes y las Órdenes mendicantes y, sobre todo, con el cariño del pueblo fiel.

Amigos de Dios

Ante la delicada situación de los beguinatos, tomaron importancia algunos grupos de personas que compartían su experiencia espiritual, reuniéndose periódicamente en la casa de uno de ellos. Son los *amigos de Dios*. Estaban formados fundamentalmente por personas laicas con una cierta vocación contemplativa, sacerdotes seculares, frailes mendicantes, monjas y monjes. Éstos últimos se comunicaban por medio de cartas, o recibiendo a sus interlocutores en el locutorio del monasterio. No formaban comunidades, sino que,

más bien, eran grupos de amigos de confianza, personas con las que se podía compartir lo más íntimo de uno mismo: la experiencia de Dios.

El hecho es que una vez que los beguinatos fueron intervenidos por las autoridades eclesiales y, como veremos más adelante, la doctrina mística del Maestro Eckhart quedó bajo sospecha, la mística renana se mantuvo viva durante varias décadas gracias a los amigos de Dios, en los que hubo dominicas y dominicos.

► Maestro Eckhart

Juan Eckhart (o Eckhart von Hochheim) nació en torno al año 1260 en Hochheim, en la región de Turingia. Con unos 15 años ingresó en el convento de Erfurt. Tras realizar los primeros cursos de teología en su convento, fue enviado al estudio general de Colonia donde consiguió el grado de lector y regresó a su convento para ser profesor. Tiempo después fue enviado a París para continuar sus estudios teológicos. Con unos 34 años fue elegido prior en Erfurt. En esa época escribió su primera obra: *Conversaciones espirituales*, y tenía el cargo de vicario general de las dominicas y los dominicos de Turingia.

Tras cuatro años en Erfurt, el Capítulo general le envió a París para que obtuviese el grado de maestro en sagrada escritura. Tenía unos 42 años cuando obtuvo dicho título y, desde entonces, comenzó a ser llamado «Maestro Eckhart». Poco después fue nombrado por el Capítulo general prior provincial de Sajonia, que ocupaba el este de Alemania y parte de Polonia y Chequia. Este cargo lo desempeñó durante ocho años, teniendo bajo su responsabilidad a 70 monasterios de dominicas y 47 conventos de dominicos. En 1307 fue nombrado, además, vicario general de la Provincia de Bohemia. Cuando en 1311 fue elegido prior provincial de Teutonia, el Capítulo general no confirmó dicha elección y le envió a dar clases a París.

Estando él en dicha ciudad, el Concilio de Vienne prohibió en 1313 los beguinatos. Y como ya sabemos, la Orden nombró ese mismo año a Eckhart vicario del Maestro para que organizase la predicación y el acompañamiento espiritual de las monjas dominicas y de las beguinas que habitaban en Alsacia, Suiza y el sur de Alemania. Eckhart se instaló entonces en el convento de Estrasburgo, donde fue

elegido prior, y ocupó los cargos de catedrático de teología bíblica y de regente de estudios del centro teológico.

Pero cuando Eckhart acometió el encargo de predicar a las beguinas, no lo hizo imponiéndolas su gran saber teológico, sino que habló con muchas de ellas y, de ese modo, conoció a fondo su espiritualidad y su lenguaje místico. Y con ese conocimiento, las predicó en su propia lengua: el «alto alemán medio», exponiéndolas la espiritualidad mística que ellas vivían, pero sin errores doctrinales y enriqueciéndola con una teología neoplatónica que se adaptaba muy bien a dicha espiritualidad. El fruto de ello es la *mística renana*, la cual Eckhart compartió con sus alumnos.

Cuando él tenía 63 años, y llevaba en Estrasburgo casi 10 años, el Capítulo general le envió a dar clases al estudio general de Colonia. Asimismo, debía ocuparse de las dominicas y las beguinas de la zona. Pronto fue nombrado director de dicho estudio general, cuyos profesores no estaban bien avenidos, pues había diversos bandos teológicos. Pero fuera del convento Eckhart se hizo muy popular por sus homilias de temática espiritual, en lengua alemana, que eran muy bien acogidas por las beguinas y las dominicas. Eso comenzó a levantar sospechas por parte de algunos opositores que no veían bien ese estilo de predicación, pues, según ellos, podía confundir espiritual y doctrinalmente al pueblo fiel.

El hecho es que, en 1325, dos dominicos acusaron formalmente a Eckhart de propagar errores teológicos en sus homilias, y entonces el arzobispo de Colonia puso el asunto en manos de la Inquisición y el proceso pasó a Aviñón, donde estaba la corte papal. La Orden castigó a esos dos dominicos e hizo todo lo posible por ayudar a Eckhart. Y él mismo se desplazó a Aviñón y pidió perdón por los errores que hubiera podido cometer. Todo aquello le afectó tanto que murió, probablemente en el convento de los dominicos de Aviñón, con unos 67 años.

En 1329 el Papa Urbano V promulgó la bula *In agro dominico* respecto al Maestro Eckhart, en la que declaraba heréticas 17 sentencias suyas y 11 sospechosas de herejía. También afirmaba que, salvo esas expresiones, la doctrina expuesta por el Maestro Eckhart era totalmente válida, y reconocía además que el propio Eckhart se

había retractado públicamente de sus errores. Dicho de otro modo, dejó claro que este fraile no era un hereje.

A pesar de esto, aquella bula supuso para la Orden una gran deshonra. Por ello, se ordenó deponer de sus cargos académicos a los discípulos de Eckhart e hizo lo posible para ocultar todo lo referente a él y a su pensamiento místico. De hecho, aún a mediados del siglo XX había centros de estudios de la Orden en los que se afirmaba que era un hereje panteísta.

Eckhart dejó obras escritas en latín y otras en alemán. Entre los textos latinos, podemos destacar su *Tratado sobre el Padrenuestro*, sus comentarios a diversos libros de la Biblia y a las *Sentencias* de Pedro Lombardo, y 56 sermones. En sus textos alemanes tenemos, entre otros, *El libro de la consolación divina*, *Del hombre noble*, *Del desasimiento* y 116 sermones –según la última edición crítica–.

Ciertamente, hay textos del Maestro Eckhart que son difíciles de comprender, lo cual se debe a los siguientes motivos: habló de temas místicos muy elevados que, ya de por sí, son muy complejos; intentando ser más preciso en sus descripciones, Eckhart empleó terminología metafísica; dicha terminología la transmitió en alto alemán medio que, por entonces, no estaba suficientemente desarrollado; por ello, para facilitar su comprensión, empleó unos símiles que han perdido su significado original –es decir, eran símiles que su público entendía muy bien, pero que ahora no se comprenden–; y, además, se vio forzado a emplear términos nuevos creados por él –o por las beguinas– cuando no encontraba las palabras oportunas en su idioma. En consecuencia, hay expresiones en los textos de Eckhart cuyo significado original se ha perdido.

El hecho es que cuando esos sermones en lengua alemana fueron analizados por los consultores de la Inquisición –habiendo sido previamente traducidos al latín y descontextualizados– afloraron los errores que ya hemos comentado.

Veamos ahora en qué consiste, básicamente, el pensamiento espiritual del Maestro Eckhart. Es importante subrayar que hizo un gran esfuerzo por desarrollar la teología mística. Mientras que la mayoría de las autoras y los autores místicos, al describir la unión con Dios, se limitan a reconocer que son incapaces de expresar en

palabras lo que experimentan o, a lo sumo, hablan de un amor que les desborda, Eckhart, como teólogo, intentó explicar con términos metafísicos esa experiencia. Éste es uno de los principales aportes de este autor. Pero, como ya hemos comentado, es también lo que a veces le hizo ser tan confuso y lo que, a la postre, motivó que la Inquisición condenara algunas de sus expresiones.

En ciertas ocasiones, Eckhart escribía expresándose desde el punto de vista de la realidad divina, en la que no hay tiempo, pues todo es eternidad, y donde no hay multiplicidad, pues la esencia divina es la pura unidad. Y es a esa eterna unidad divina a la que Eckhart trató de guiarnos en su camino espiritual. Esta experiencia de la unidad divina –en la que el creyente siente que es «uno» con Dios– se recibe místicamente como un don divino, pues el ser humano –temporal e imperfecto– es incapaz ascéticamente de llegar ahí por sí solo. A esta experiencia la llamó Eckhart «el nacimiento de Dios en el fondo del alma».

El *fondo del alma* –o *chispa del alma*– es lo más profundo y auténtico de nosotros. Ahí somos realmente nosotros mismos, sin caretas. Y es ahí donde Dios mora en nuestra persona. Por eso, cuando nuestro fondo se une a Dios, sentimos que Él nace en nosotros.

Pues bien, para llegar al fondo y unirnos con él a Dios, Eckhart nos anima a realizar el ejercicio espiritual del *desasimiento*, que consiste en desasirnos, es decir, en soltarnos de todo aquello en lo que sostenemos nuestra vida, ya sea sensible, afectivo o intelectual. Se trata de esos caprichos que nos alejan de Dios y de las personas, de los sentimientos que enturbian nuestro corazón, de los conceptos infantiles de Dios, y de todo lo negativo que hay en nuestro interior. Claro, desprendernos de todo eso es durísimo, y requiere de nosotros un gran esfuerzo, por eso muchos textos de Eckhart son de temática ascética. Porque el creyente que tiene dominio sobre sí mismo, contacta más fácilmente con Dios en el fondo de su alma.

Eckhart afirma que cuando conseguimos desasirnos de todo lo que nos impide unirnos a Dios, se crea un vacío en nuestro interior, y ese vacío es llenado por Él. Así, todo el fondo de nuestra alma pasa estar ocupado por Dios. Es decir, Él nace en el fondo de nuestra alma. Y entonces Dios, que actúa caritativamente –hacia fuera–, nos transmite todo su amor para que nosotros, a su vez, lo transmitamos

caritativamente –hacia afuera– a los demás. Así completamos el camino espiritual propuesto por el Maestro Eckhart, el cual se puede resumir en estos seis pasos:

1. El punto de partida consiste en procurar el *conocimiento* de nosotros mismos, de nuestras virtudes y flaquezas, y de Dios que, siendo el origen y la meta de nuestra existencia, desea unirse a nosotros en el fondo de nuestra alma.
2. Este conocimiento nos hace madurar espiritualmente y nos mueve a emprender la *búsqueda* de Dios, caminando hacia nuestro interior.
3. Para llegar al fondo de nuestra alma es preciso practicar el *desasimiento*, desprendiéndonos de nuestras falsas seguridades y de todo aquello que nos separa de Dios y de su Evangelio. Para ello debemos esforzarnos y, asimismo, pedir a Dios que nos ayude con su gracia.
4. Pero esto provoca en nosotros una *crisis espiritual*, pues el desasimiento nos descoloca interiormente.
5. Esta crisis finaliza cuando, habiendo quedado nuestro interior vaciado, sumido en el silencio, contemplamos cómo *Dios nace en el fondo de nuestra alma*, iluminándola. Entonces sentimos que somos «uno» con Él. Es decir, sin dejar de ser nosotros mismos, sentimos que –en cierto modo– nuestra esencia se ha unido íntimamente a la esencia de Dios y, así, Él ocupa todo nuestro interior. Es lo que los tratados de espiritualidad llaman *perfección espiritual, matrimonio espiritual, unión mística* o *unión transformante*. Esto sólo se alcanza por gracia divina, es decir, es un regalo de Dios.
6. Y entonces experimentamos cómo el Amor divino nos llena y nos desborda, moviéndonos a transmitirlo caritativamente a los demás: *haciendo el bien*.

Ésta es la propuesta espiritual del Maestro Eckhart, que él compartió con sus alumnos, las beguinas, las monjas dominicas y el pueblo fiel. A pesar del esfuerzo que hizo la Orden por eliminar el pensamiento místico de Eckhart, hubo discípulas y discípulos que lo

mantuvieron vivo y, además, lo clarificaron. Destacan: fray Juan Taulero –o Tauler– y el beato Enrique Susón –o Suso, o Seuse–.

► Fray Juan Taulero

Nació en torno al año 1300 en Estrasburgo. Con unos 15 años ingresó en el convento de los dominicos de dicha ciudad, donde el Maestro Eckhart llevaba un tiempo dando clases y ocupándose de la predicación a las dominicas y a las beguinas. Allí había otros profesores que, como Eckhart, transmitían a sus alumnos su sensibilidad mística. En 1324 fue trasladado a Colonia para continuar sus estudios, y allí volvió a coincidir con Eckhart y, probablemente, con fray Enrique Susón. De regreso a Estrasburgo, Taulero ocupó una plaza de profesor en el estudio general. En 1329 apareció la bula *In agro dominico*. En esa época la ciudad de Estrasburgo fue castigada con un entredicho por el Papa Juan XXII, lo que obligó a Taulero a trasladarse al convento de la ciudad suiza de Basilea, en la ribera del Rin.

Y ahí cambió su vida, pues conoció al sacerdote secular Enrique de Nördlingen, que era el acompañante espiritual de la beata Margarita Ebner, una mística dominica que conoceremos posteriormente. Este sacerdote le introdujo en su grupo de amigos de Dios, y eso le ayudó a abrirse a su experiencia interior. Además, Taulero se dedicó a predicar y a acompañar espiritualmente a dominicas de esta región, especialmente a las del monasterio de la beata Margarita, en Medingen. Asimismo, viajó a otras regiones alemanas, estuvo en Colonia y estudió los escritos de santa Hildegarda de Bingen y de santa Matilde de Magdeburgo, y también asimiló el *Horologium Sapientiae* de fray Enrique Susón. Por otra parte, entabló una enriquecedora amistad con fray Venturino de Bérgamo, un dominico italiano del que hablaremos más adelante. Todo esto hizo que Taulero madurase espiritualmente, siguiendo muy de cerca la espiritualidad del Maestro Eckhart.

En 1347, levantado el castigo a Estrasburgo, regresó a su convento. Pero Taulero, que por entonces tenía unos 47 años, era una persona diferente a la que, años atrás, tuvo que ir a Basilea. De hecho, cuando se puso a predicar a las dominicas de Estrasburgo, éstas vieron que sus homilías eran mucho más profundas y espirituales que las que les predicaba antes de su marcha a Basilea. Por ello,

decidieron escribirlas y, tras revisarlas el propio autor, las copiaron para otras comunidades. Esos son los sermones de Taulero que hoy se conservan. Es sabido que predicó en el monasterio de Engelthal, donde sor Cristina Ebner –a la que conoceremos posteriormente– escribió que sus homilías inflamaban el mundo. Asimismo, Taulero se relacionó con sor Isabel Stagel, que era la priora del monasterio de Töss. Y en 1361, con unos 61 años, Taulero falleció en Estrasburgo.

Los únicos escritos que tenemos de él son las 84 homilías predicadas en alto alemán medio a sus hermanas dominicas tras su regreso de Basilea. En ellas encontramos una mística muy fiel a la del Maestro Eckhart, pero expuesta de un modo mucho más sencillo. Sin embargo, debemos advertir que la obra *Instituciones divinas* –o *Instituciones espirituales*–, que ha sido muy divulgada, fue erróneamente atribuida a Taulero, pues se trata en realidad de un conjunto de distintos textos procedentes de la mística renana y de la *devotio moderna*, de la que hablaremos más adelante.

► Beato Enrique Susón

Nació en torno al año 1295 en el sureste de Alemania, muy cerca de Suiza, e ingresó en el convento de Constanza con sólo 13 años, probablemente porque su padre –que tenía muy mal carácter– quería deshacerse de él. En 1318, siendo aún bastante joven, experimentó una fuerte conversión, y comenzó a considerarse «el servidor de la Sabiduría Eterna», entregándose a una vida muy ascética y solitaria. En 1324, con unos 29 años, fue enviado a Colonia para continuar sus estudios, coincidiendo con el Maestro Eckhart y, probablemente, con fray Juan Taulero. Allí vivió otra conversión espiritual, pues fue dejando los ejercicios ascéticos y abriéndose a la mística de Eckhart. En la misma época en la que éste murió en Aviñón, Susón regresó a su convento y fue nombrado profesor principal.

Dada la delicada situación en la que quedó el difunto Eckhart, decidió defender y aclarar su pensamiento místico en una obra titulada *Diálogo de la Verdad*. Eso le creó problemas. De hecho, tras promulgarse en 1319 la bula *In agro dominico*, se le prohibió dar clases, lo cual hizo que se dedicase por entero a predicar y a asistir espiritualmente a las dominicas y las beguinas. También aprovechó para escribir el *Diálogo de la eterna Sabiduría*. A pesar de los conflictos que le trajo ser discípulo de Eckhart, fue elegido prior en 1333. Y seis

años después tuvo que trasladarse a un convento de Suiza, pues Constanza había sido castigada por el Papa Benedicto XII con un entredicho. Allí fue elegido de nuevo prior. En 1347 regresó a Constanza y recuperó su ardua labor predicadora y espiritual. Llegó a ser muy valorado entre los amigos de Dios y entabló una estrecha relación de amistad espiritual con la priora del monasterio de Töss, sor Isabel Stigel.

Estando así las cosas, Susón fue difamado por una señora y la gente comenzó a rumorear contra él. Su prior provincial, para protegerle, decidió trasladarle al convento de Ulm, donde Susón siguió predicando a dominicas y beguinas. Allí compuso el *Exemplar*, en el que retocó y juntó sus cuatro principales escritos –la *Autobiografía espiritual*, el *Diálogo de la eterna Sabiduría*, el *Diálogo de la Sabiduría y su siervo*, y el *Diálogo de la Verdad*– y un compendio de las cartas que él había enviado a varias dominicas, y que conservaba sor Isabel. Por otra parte, la señora que le había difamado se retractó antes de morir, quedando limpia la imagen de este fraile, pero no regresó a Constanza. En 1365, con unos 70 años, Susón murió con fama de santidad en el convento de Ulm.

Con el fin de que sus obras se difundieran entre el pueblo fiel, Susón las escribió en el idioma que se hablaba en su zona, el alto alemán medio. Además de las cuatro obras incluidas en el *Exemplar*, se conservan 38 cartas dirigidas a varias dominicas –recopiladas por sor Isabel– y varios sermones en alemán. La *Autobiografía espiritual* –o *Vita*– fue elaborada por Susón con las notas que tomó sor Isabel a partir de lo que él le contaba en sus conversaciones. El *Diálogo de la eterna Sabiduría* es considerada como una obra maestra de la mística alemana. Cuando Susón publicó su traducción en latín, titulada *Horologium Sapientiae*, se convirtió en el libro de espiritualidad más difundido de esta época. Esta obra influyó en Taulero y, unos años más tarde, en Gerardo Groote, el fundador de la devotio moderna. Ciertamente, las obras de Susón han sido las que más han difundido la mística renana.

Así como Taulero fue muy fiel al pensamiento espiritual de Eckhart, en Susón encontramos varias diferencias. Primero, llama la atención su calidad literaria. De hecho, las obras de Susón se sitúan entre las más destacadas de la prosa alemana medieval. Encontramos también diferencias terminológicas: en vez de hablar del «nacimiento

de Dios en el fondo del alma», emplea la expresión «inmersión en la unidad». Asimismo, Susón distingue en sus obras los tres estadios clásicos de maduración espiritual, a saber: principiante, avanzado y perfecto. Y muy a tono con la espiritualidad gótica de su época, se centra mucho en la humanidad sufriente de Cristo, por quién Susón, siendo joven, con un punzón incandescente se gravó en el pecho las iniciales: «JHS».

Literatura mística de las monjas dominicas alemanas

Sabemos que el número de monasterios de dominicas se redujo mucho en el siglo XIII a causa del conflicto de las capellanías. Pues bien, fueron una excepción las dominicas alemanas, ya que siempre estuvieron muy apoyadas por sus hermanos dominicos. A comienzos del siglo XIV, mientras en España sólo había 6 monasterios, en Francia 7 y en Lombardía 13, en la Provincia de Teutonia (que abarcaba Suiza, Austria, Bélgica y el oeste de Alemania) había 64, y sabemos que la Provincia de Sajonia (que ocupaba el este de Alemania y parte de Polonia y Chequia) contaba con 70 monasterios. Sólo en la zona de Estrasburgo había 6 monasterios, lo cual se entiende por la importancia que se le daba a la mística en el estudio general de los dominicos de esa ciudad y por el fuerte movimiento espiritual que había en la zona renana.

El hecho es que los monasterios dominicanos se convirtieron en un importante foco de experiencia y diálogo místico en el siglo XIV, fruto de la estrecha relación que tuvieron las dominicas con sus hermanos dominicos y con los grupos de amigos de Dios.

Así, si en el siglo XIII destacaron los textos místicos de las cistercienses de Helfta, en el siglo XIV sobresalieron los de las clarisas y, sobre todo, los de las dominicas. Estos fueron escritos para ser leídos públicamente en el refectorio durante las comidas y para la formación de las novicias. En ellos se ve la espiritualidad gótica que se vivía por entonces, valorándose mucho el amor a Cristo crucificado, compartiendo con Él su sufrimiento. Pero se ve también una gran influencia de la mística renana, que las monjas compartían con los dominicos y los amigos de Dios.

Las dominicas desarrollaron tres formas literarias para exponer su experiencia mística: las autobiografías, las «vidas de las hermanas»

y las crónicas. De éstas últimas destacan las de los monasterios de Medingen, Unterlinden, Adelhausen, Kirchberg, Oetenbach, Engelthal, Töss y Diessenhofen. Entre las autobiografías, podemos citar: el *Pequeño libro de la vida y revelación*, de sor Isabel von Oye del monasterio de Oetenbach; las *Revelaciones*, de la beata Margarita Ebner del monasterio de Medingen; las *Revelaciones*, de sor Adelaida Langmann del monasterio de Engelthal; y la *Vida de la hermana Irmegard*, de sor Isabel de Kirchberg.

Asimismo, en muchos monasterios de dominicas y clarisas se ponían por escrito las «vidas de las hermanas» que más habían sobresalido, para que sirviesen de edificación espiritual para las siguientes generaciones. Como es normal en la mística femenina, en estas obras se le dio más importancia al aspecto vivencial y místico que a los datos históricos o teológicos, detallando qué sentían y experimentaban las hermanas. Relatan las visiones que tuvieron de la niñez de Jesús y las de sus sufrimientos en la pasión, cuentan los diálogos que ellas mantuvieron con Él, y las que también tuvieron con el Espíritu Santo, la Virgen o un santo, y describen cómo experimentaron su desposorio con su Amado.

Respecto al «nacimiento de Jesús en el fondo del alma», del que tanto habló el Maestro Eckhart, estas hermanas lo describen como una experiencia de unión con su Esposo, narrando cómo es esta honda vivencia interior. Otras veces, nos hablan de su unión con el Niño Jesús, que nace en su corazón. En efecto, las dominicas aportaron a la mística renana un punto de vista íntimamente femenino, con el que describieron sus más profundos sentimientos.

En estos escritos también podemos encontrar cómo eran los ejercicios ascéticos que estas hermanas practicaban. Y a un nivel más existencial, narran sus momentos de alegría y felicidad, así como las dificultades que tuvieron que afrontar, describiendo sus problemas personales, las humillaciones por las que pasaron, sus enfermedades, sus diversas dolencias y otras penurias. Entre estas obras podemos citar: la *Vida de varias hermanas de su monasterio*, escrito por sor Catalina de Gebweiler, que fue priora del monasterio de Unterlinden, y *Las vidas de las monjas de Töss*, de sor Isabel Stigel.

Es preciso mencionar, aunque sea muy brevemente, a la beata Isabel de Hungría. Esta noble húngara fue monja en el monasterio de

Töss. Si bien no dejó ningún escrito, destacó por su gran cultura y, sobre todo, por su testimonio contemplativo. También sobresalieron, entre otras, dos dominicas alemanas ya citadas, que tenían el mismo apellido, aunque no eran parientes. Veamos su vida.

► Beata Margarita Ebner

Margarita –también llamada Ebnerin en algunos textos antiguos– nació en 1291 en Donauworth (Baviera). Recibió una buena educación en el seno de su familia, que era de clase alta. Margarita destacó desde muy pequeña como una niña piadosa y muy devota del Niño Jesús. También desde entonces tuvo una salud débil, lo cual influyó en su camino espiritual.

En 1306, con 15 años, ingresó en el monasterio de la Asunción de Medingen, donde era monja una tía suya. Este monasterio destacaba por su testimonio espiritual. Al poco de ingresar, comenzó a tener dificultades para la vida monástica debido a su salud. Pero sor Margarita siguió fiel a su compromiso. Y así, como consecuencia de una grave enfermedad que tuvo con 20 años, comenzó a experimentar una gran conversión interior. Aquella dolorosa enfermedad le ayudó a unirse amorosamente a Cristo en la Cruz. Cuando, dos años después, sor Margarita quedó sana, le dio gracias a Dios por hacerla pasar por esa experiencia y le pidió estar íntimamente unida a Él. Y Dios se lo concedió.

Como les pasó a Taulero y a Susón, su ciudad fue castigada por un entredicho del Papa Juan XXII, y durante dos años sor Margarita tuvo que vivir en su casa familiar. Cuatro años después de su regreso, el sacerdote secular Enrique de Nördlingen visitó su monasterio y entre ambos surgió una entrañable amistad espiritual. Asimismo, este sacerdote la puso en contacto con su grupo de amigos de Dios, de tal forma que pronto pasó ella a ser el centro de dicho grupo. Se conserva una valiosa colección de cartas entre ambos amigos. Interiormente, sor Margarita fue uniéndose cada vez más a su divino Esposo, por ello recibió con 48 años el don de los estigmas de Cristo.

Cinco años después, el padre Enrique de Nördlingen le pidió que pusiese por escrito su experiencia mística, de lo que resultó su obra *Revelaciones*. En 1346 Taulero comenzó a atender espiritualmente al monasterio de Medingen. Se conserva una colección de cartas de

sor Margarita y Taulero, y otra de ella y el abad Ulrico III Niblung de Kaisheim. Cuando tenía 56 años, sor Margarita alcanzó la unión mística con su Amado. Y cuatro años después, en 1351, falleció en su monasterio. Pronto el pueblo fiel comenzó a rezar en su tumba y hubo noticias de muchos milagros. Su sepulcro sigue siendo un importante lugar de peregrinación de Baviera.

Los expertos encuadran sus escritos entre las mejores obras espirituales alemanas del siglo XIV. Éstos destacan sobre todo por cómo la beata Margarita describe su relación de amor con Cristo. En su diario espiritual, las *Revelaciones*, ella habla de sus sufrimientos y alegrías, de las gracias que recibió de Cristo y de sus inspiraciones, aunque no describe sus experiencias místicas. Tienen también un gran valor sus cartas y su *Comentario al Padrenuestro*.

► Sor Cristina Ebner

Esta mujer guarda varias similitudes con sor Margarita Ebner: era bávara, pero de Núremberg, que está situada a 60 kilómetros de Donauworth; también recibió una buena educación en el seno de su familia, que era de clase alta; y tenía una salud débil.

Con 12 años, en 1289, Cristina ingresó en el monasterio de San Juan Bautista de Engelthal que, como el de Medingen, era un importante centro de formación y vivencia espiritual. Debido a su endeble salud, con 14 años cayó gravemente enferma y eso lo vio ella como una oportunidad que su Esposo le daba para compartir –en cierta medida– sus padecimientos en la Cruz. Además, tenía visiones espirituales. Esta fue la primera de otras enfermedades que sufrió esta hermana. Cuando tenía 40 años, su amigo espiritual, el dominico fray Conrado von Füssen, le rogó que dejase por escrito sus visiones. Y eso hizo ella, concluyendo hacia 1324 su primer libro: *Vida y visiones*. Dada la amistad que le unía a fray Conrado, en este libro narró también algunas experiencias espirituales de él. Unos años después, hacia 1330, ingresó en el monasterio de Engelthal sor Adelaida Langmann, que veinte años más tarde narró también sus experiencias místicas en la obra *Revelaciones*.

Cuando sor Cristina era una veterana monja de 61 años, comenzó a cartearse con un importante promotor y escritor místico que ya conocemos: el sacerdote secular Enrique de Nördlingen, el

cual la puso en contacto con su grupo de amigos de Dios, al que también pertenecía fray Juan Taulero, que por entonces estaba en Basilea. Como ya sabemos, la principal referencia espiritual de este grupo era la beata Margarita Ebner. Dos años después, sor Cristina comenzó a escribir el *Librito del abandono a la gracia* (o *Libro de las hermanas*). Y con 67 años escribió otro libro autobiográfico: *Revelaciones*, en el que, además, narró y comentó los acontecimientos históricos y políticos de su época.

Pues bien, se extendió tanto la fama de esta hermana, que pasó a ser una acreditada consejera, no sólo a nivel espiritual, pues también intervino para solucionar problemas políticos. En 1350 el propio emperador Carlos IV la visitó buscando en ella consejo y oración. Al año siguiente finalizó otro escrito místico: *La luz que fluye de la Divinidad*, y se lo dio al padre Enrique de Nördlingen cuando éste la visitó. Y con 79 años, en 1356, falleció en su monasterio. En sus obras podemos ver desarrollada una hermosa mística nupcial, la que ella vivió con su Esposo en la intimidad de su corazón.

Influencia posterior de la mística renana

Dado que este movimiento quedó bajo sospecha tras la bula *In agro dominico*, éste subsistió en los grupos de amigos de Dios hasta que fallecieron sus últimos grandes difusores: Susón y Taulero. Como la gente de aquella basta región seguía buscando a Dios, en torno a 1380 nació la *devotio moderna* de manos de Gerardo Groote. Si bien este nuevo movimiento espiritual tomó algunos elementos de la mística renana, se separó de ella en lo esencial, pues, en lugar de ayudar a la gente a tener una íntima experiencia de Dios en lo profundo de su corazón, animaba a orar de un modo muy metódico –indicando cómo, dónde y cuándo se podía orar– para evitar desviaciones y, asimismo, alentaba a imitar a Cristo llevando una vida virtuosa, desaconsejando a los fieles el estudio de la teología. Ciertamente, la *devotio moderna* fue el principal camino espiritual en el seno de la Iglesia hasta mediados del siglo XVI, y ha estado muy presente hasta hace unas décadas. No parece que haya tenido mucha difusión dentro de la Orden de Predicadores, aunque sí la tuvo en otras Órdenes.

Es importante señalar que, al desaparecer la mística renana y ser reemplazada por la *devotio moderna*, se separaron desde

entonces la teología y la espiritualidad en el seno de la Iglesia. En efecto, tras la muerte de Eckhart, Taulero y Susón, será raro encontrar a teólogos que también sean maestros espirituales o, dicho de otro modo, serán pocos los místicos que tengan un elevado conocimiento teológico. La teología se hizo muy académica y poco experiencial, y la espiritualidad se simplificó para evitar confundir al pueblo fiel.

Pasado el siglo XIV, la mística renana no quedó totalmente olvidada, pues las obras del Maestro Eckhart se conservaron en algunos conventos de Alemania y más adelante fueron estudiadas por grandes pensadores. Y como ya hemos dicho, quien más difundió su espiritualidad fue el beato Enrique Susón por medio de algunas de sus obras, que fueron muy leídas. Más tarde, en el siglo XVI, el cartujo fray Lorenzo Surio hizo una traducción al latín del *Exemplar* de Susón y otra de los sermones de Taulero, añadiendo aquí varios sermones de Susón y Eckhart, y otros escritos espirituales.

Estas dos traducciones tuvieron una gran difusión. San Juan de la Cruz, cuando era un joven carmelita que realizaba sus estudios de teología en Salamanca en los años 1564 a 1568, las leyó, quedando muy marcado por la espiritualidad de Taulero, cuya huella puede verse en los escritos de este fraile. Otros grandes autores de los siglos XVI al XVIII han valorado mucho las obras de Susón y Taulero. Más tarde, en el siglo XIX, la mística del Maestro Eckhart y sus discípulos fue estudiada por el mundo intelectual, fundamentalmente en el ámbito alemán. Y ya en el siglo XX, la Iglesia católica volvió a valorar a Eckhart, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965). Pero hay que reconocer que, por desgracia, la mística renana –sobre todo la femenina– sigue siendo poco conocida en el seno de la Familia Dominicana.

AUTORES ESPIRITUALES

Ya hemos hablado de las místicas y los místicos renanos. En Italia también destacaron varios autores espirituales, en especial santa Catalina de Siena, de la que hablaremos cuando lleguemos al apartado de la Tercera Orden.

Antes de hablar de tres frailes italianos que sobresalieron por su espiritualidad, debemos mencionar esta obra: *Vergel de la consolación*

(o *Viridario*), del dominico castellano fray Jacobo de Benavente. Versa sobre la lucha contra los pecados y el fomento de las virtudes, para que el creyente camine interiormente hacia Dios. Más adelante, en el apartado de Predicación, veremos a fray Vicente Ferrer, autor del excelente *Tratado de vida espiritual*.

► Fray Domingo Cavalca

Nació en torno al año 1270 en Vicopisano. Con unos 15 años ingresó en el convento de Santa Catalina Mártir, en Pisa, donde residió toda su vida, destacando como predicador, acompañante espiritual y, sobre todo, como un fraile entregado a la ayuda de los pobres, presos, enfermos y prostitutas, a las que ayudaba a reinsertarse en la sociedad. Fue también acompañante espiritual de varios monasterios de dominicas. En 1342 fundó el monasterio de Santa Marta con exprostitutas que él había sacado de la calle. Y poco después, con unos 72 años, murió.

Pero si lo citamos aquí es por sus obras espirituales, que él publicó con el fin de formar a sus fieles devotos. Su obra más destacable es el *Espejo de la Cruz*, en la que muestra las perfecciones de Cristo crucificado como ejemplo y modelo para que vencamos nuestros vicios y defectos. Como pasa con todas las obras que se titulan «espejo», se trata de un manual de carácter divulgativo destinado al pueblo fiel. Esta obra tuvo una gran difusión, y fue muy apreciada –y estudiada– por santa Catalina de Siena. También podemos subrayar estas otras obras: la *Medicina del corazón*, es decir, *tratado de la paciencia*, el *Espejo de los pecados*, las *Punzadas de la lengua*, los *Frutos de la lengua*, la *Disciplina del hombre espiritual* y el *Tratado de las treinta estupideces del hombre*.

En todas ellas, fray Domingo Cavalca nos invita a contemplar el amor de Cristo para que respondamos a él con nuestro amor. Nos dice que, meditando el misterio de la Cruz, podremos llegar a conocer a Dios –en la medida de nuestra humana capacidad– y a nosotros mismos. Es necesario para ello que seamos capaces de sacrificarnos y dominarnos ascéticamente. Este autor tuvo como fuente de inspiración una obra que hemos citado en el capítulo anterior: la *Suma de las virtudes y de los vicios* de fray Guillermo de Peyraut.

► Fray Santiago Passavanti

Nació en torno al año 1300 en Florencia y en 1317 ingresó en el convento de Santa María Novella. Completó sus estudios en París, donde llegó en 1330. Fue profesor y prior en varios conventos. En 1343 recibió el título de predicador general. Como veremos más adelante, fue el arquitecto de la biblioteca de su convento y concluyó la construcción de la iglesia. También participó como arquitecto en la construcción de otros edificios de Florencia. Murió en 1357.

Su obra espiritual más importante es el *Espejo de la verdadera penitencia*, o *Specchio*, que es como comúnmente se la conoce. Es un sencillo –e inconcluso– tratado sobre el sacramento de la Reconciliación, que destaca, además, por su gran calidad literaria. En él se apoya en la teología de santo Tomás y cita numerosos textos bíblicos y patrísticos. Su tema central es el amor que todos debemos tener a Dios y al prójimo. Así, fray Santiago Passavanti define el pecado como nuestro rechazo a dicho amor.

► Beato Venturino de Bérghamo

Nació en 1304 en Bérghamo. Su padre era un erudito tutor de hijos de familias nobles. Con 14 años, Venturino ingresó en el convento de San Esteban de su ciudad. Tras finalizar sus estudios, con 24 años, fue nombrado maestro de novicios. Aunque deseaba ser misionero en Oriente, no llegó a hacerlo, sino que fue un apasionado y carismático predicador en el norte de Italia. En 1335 organizó una masiva peregrinación a Roma y después fue a Aviñón para presentarse ante el Papa Benedicto XII, pues había sospechas –apoyadas en calumnias– de que era un agitador. El hecho es que fue juzgado y condenado, prohibiéndole celebrar sacramentos y obligándole a vivir exiliado en Aubenas (Francia).

Durante sus ocho años de exilio, fray Venturino escribió tratados espirituales y cartas. Es así como entabló amistad con el místico renano fray Juan Taulero y con el teólogo dominico alemán fray Juan Tambach. Cuando fray Venturino tenía 39 años, el Papa Clemente VI le levantó el castigo y pudo recuperar su labor predicadora. Tres años después, en 1346, se embarcó junto a miles de entusiastas italianos rumbo a Esmirna (situada en la costa de la actual Turquía) con el fin de hacer una cruzada en Tierra Santa. Pero fue un

total fracaso y fray Venturino murió de fiebre a las dos semanas de desembarcar en Esmirna.

Entre sus obras destaca el tratado *Sobre el progreso espiritual*, en el que expone su experiencia interior. Escribió otros tratados como *Sobre el Espíritu Santo*, *Sobre la humildad* –del que se conserva un fragmento– y *Sobre los remedios contra las tentaciones espirituales*.

MONJAS

Dejando aparte la valiosa aportación de las monjas dominicas alemanas, que ya hemos visto al tratar la mística renana, cabe señalar en esta época a dos dominicas italianas.

► Santa Inés de Montepulciano

Inés Segni nació en 1268 en Gracciano Vecchio. Con 9 años, pidió a sus padres ingresar en un monasterio de las «monjas del Sacco» donde aquellas hermanas vivían con gran austeridad. Estaba en la cercana localidad de Montepulciano. A pesar de su corta edad, Inés recibió los permisos necesarios e ingresó en dicho monasterio. Con 12 años fue nombrada procuradora de la comunidad y con 15 tuvo que trasladarse a otro monasterio que las monjas del Sacco estaban edificando en Procena, a 50 kilómetros de Montepulciano. Aunque en un principio ella iba a ser la maestra de novicias, en menos de un año fue elegida abadesa, con la dispensa del obispo, pues no tenía la edad mínima para ocupar ese cargo.

Pasados 22 años, un grupo de personas ilustres de Montepulciano le pidió que fundara en esa localidad un monasterio de dominicas. Sor Inés accedió a ello y eligió para su construcción el lugar ocupado por un conocido prostíbulo, que ella hizo derribar. La construcción del nuevo monasterio concluyó en 1306 y sor Inés lo dedicó a Santa María Novella. Unos años después, aquella comunidad consiguió cumplir todos los trámites necesarios y se incorporó definitivamente a la Orden de Predicadores, de tal forma que sor Inés pasó de ser abadesa a ser priora. Aquella comunidad floreció en vocaciones y, sobre todo, por su vida contemplativa, muriendo sor Inés en 1317, con 49 años.

En 1363, fray Raimundo de Capua fue nombrado capellán de esa comunidad y tuvo a bien poner por escrito los recuerdos que aún se conservaban de la hermana fundadora. Es la *Leyenda* de sor Inés, que fray Raimundo publicó en 1367, conmemorando los cincuenta años de su muerte.

► **Beata Imelda Lambertini**

También sobresalió en esta época esta dominica, que murió con sólo 13 años en el monasterio de Val di Pietra, en Bolonia. En 1910 fue declarada por el Papa san Pío X patrona de los niños que hacen la Primera Comunión. Esto se debe a que, según cuentan las crónicas, movida por su gran amor a Cristo, sor Imelda deseaba recibirla antes de la edad permitida, aunque no se lo concedían. Pero un día en que ella estaba rezando en la capilla, le fue enviada la Sagrada Comunión desde el Cielo por medio de un sacerdote. Aquello le provocó un fuerte éxtasis, y falleció.

TERCERA ORDEN

Inspirándose en la legislación de los terciarios franciscanos y de las «Milicias de Jesucristo», el Maestro de la Orden fray Munio de Zamora, a comienzos de su mandato, en 1285, redactó la *Regla de los Hermanos y Hermanas de la Orden de la Penitencia de Santo Domingo*, más conocida como la *Regla de fray Munio de Zamora*. A partir de entonces, el laicado dominicano quedó legalmente unido a la Orden y sujeto a la jurisdicción del Maestro. Si bien dicha Regla fue elogiada por el Papa Honorio IV al año siguiente, no obtuvo su aprobación oficial. Esto se debió, según parece, a que hubo algún problema y, ante esa dificultad, los terciarios dominicos optaron por no insistir. Y es que, dado que ellos pertenecían a la Orden de Predicadores, en la práctica bastaba con la aprobación del Maestro y no era necesaria la del Papa. Hubo que esperar más de un siglo a que los terciarios dominicos se decidiesen a solicitar formalmente la aprobación papal de su Regla.

Como ya se ha comentado anteriormente, la *Regla de fray Munio de Zamora* fue adoptada por algunas comunidades de beguinas y por otros beaterios que quisieron incorporarse a la Orden. Eran laicas consagradas que, sin estar integradas canónicamente en la vida religiosa, vivían el voto de castidad y estaban bajo la jurisdicción del

Maestro de la Orden. Estas hermanas vestían un hábito de inspiración dominicana, que constaba de una túnica blanca, un velo y una toca también de color blanco y una capa negra. Son estas terciarias las que más destacaron dentro de la Tercera Orden dominicana. En este periodo sobresalió santa Catalina de Siena. Pero antes vamos a ver la edificante vida de otras dos terciarias italianas.

► **Beata Sibilina Biscossi de Pavía**

Nació en 1287 en Pavía. Por desgracia, pronto murieron sus padres y, siendo aún una niña, tuvo que trabajar de sirvienta en una casa. Pero Sibilina se quedó ciega con 12 años y su vida se hizo mucho más difícil. Ella entonces se puso en manos de Dios. Y así, cuando tenía 15 años, en 1302, pudo ingresar en la Tercera Orden dominicana, optando por vivir enclaustrada, aunque sin perder contacto con otras personas de la Orden que la visitaban, sobre todo el fraile que acompañaba espiritualmente a los terciarios.

Recordemos que las enclaustradas –o emparedadas– eran mujeres que, deseando vivir como ermitañas, lo hacían dentro de la ciudad, en pequeñas casas. Éstas, generalmente, o bien estaban pegadas a las murallas de la ciudad, o bien estaban adosadas a una iglesia, comunicando con ella por medio de una ventana, gracias a la cual, la enclaustrada podía participar en la Eucaristía y en los rezos comunitarios, y contemplar a Cristo en el sagrario. Lo normal era que tuvieran otra ventana que daba a la calle. Éste es el caso de Sibilina, cuya casa estaba pegada a la iglesia de los dominicos. Por medio de su ventana que daba a la calle proporcionaba consejos a las personas que se lo pedían, a otras las acompañaba espiritualmente y también daba catequesis a niños. Y ella comía de lo que la gente caritativamente la llevaba.

Su ventana se hizo muy famosa en la ciudad de Pavía, pues todos sabían que en ella siempre iban a encontrar a una mujer contemplativa, con un corazón dispuesto a escuchar y a transmitir su amor. Cuando en 1348 llegó la peste negra a la ciudad, muchos se acercaron a ella pidiéndole su consuelo y oración. Sibilina vivió enclaustrada durante 65 años, sin salir nunca de su pequeña casa. Esta buena mujer murió en 1367, con 80 años.

► Santa Margarita de Castello

Esta laica dominica, recientemente canonizada, también es conocida como santa Margarita de Metola o santa Margarita de Città di Castello. Si bien ha habido muchos miembros de la Orden con alguna discapacidad, por ejemplo, acabamos de ver que la beata Sibilina se quedó ciega a los 12 años, la vida de santa Margarita llama la atención porque nació con una múltiple y grave discapacidad física, lo que provocó que su niñez fuera dura y desgraciada. Pero supo ponerse en manos de Jesús.

Nació en 1287 en el castillo de Metola, en el seno de una familia noble y adinerada, pero también muy inhumana. Debido a que Margarita había nacido ciega, con una pierna algo atrofiada y con la columna vertebral deformada, su padre, avergonzándose de ella, decidió encerrarla en una celda pegada a la iglesia de su castillo, para que la gente no la viera. Allí, haciendo vida de enclaustrada, la pequeña Margarita comenzó su camino espiritual, pues encontró el consuelo de Jesús en el silencio y la soledad de aquella celda.

Pasados unos años, su familia la llevó a Città di Castello – situada a unos 25 kilómetros del castillo de Metola–, a la tumba de un fraile franciscano recientemente fallecido con fama de santidad, esperando que él intercediera para librarla de su discapacidad, pero no ocurrió tal cosa, por lo que su familia la dejó abandonada en aquella ciudad. Ante esa situación, Margarita, sabiendo que Jesús la ayudaría, se puso a pedir limosna y a dormir en la calle. Poco después fue acogida en un monasterio, pero las monjas –que debían ser poco observantes– la acabaron echando, porque su ejemplar vida las dejaba en evidencia.

Por fortuna, fue acogida por una familia muy cristiana, que la cedió una apartada habitación del desván de su casa para que en ella pudiera orar tranquilamente y entregarse a su amado Jesús. Margarita les correspondió con su generoso amor, haciendo algunas labores del hogar, y ayudando a cuidar, educar y evangelizar a los niños de la familia. Su fama se extendió pronto en la ciudad, y comenzaron a acudir personas buscando su consejo espiritual. También entabló una gran amistad con los frailes dominicos, por lo que decidió ingresar en la Tercera Orden dominicana. Pero, debido a su grave discapacidad, sufrió un paulatino deterioro físico que, a la

postre, le produjo la muerte cuando tenía 33 años, en 1320. Fue enterrada en la iglesia de los dominicos.

Santa Margarita nos muestra el gran valor que tienen las personas discapacitadas, ya sea su discapacidad física o psíquica. Aunque tengan algún tipo de carencia, Dios les ha dado otro tipo de cualidades con las que pueden hacer un gran bien a los demás. Santa Margarita estaba físicamente muy mermada, pero Dios le dio inteligencia y, sobre todo, mucho amor, gracias a lo cual pudo superar diversos problemas y dificultades, y trabajar felizmente por el Reino de Dios, predicando el Evangelio con su palabra y, fundamentalmente, con su ejemplar testimonio de vida.

► Santa Catalina de Siena

Nació en 1347 en Siena. Era la duodécima cuarta de los veinticinco hijos que tuvieron Jacobo Benincasa y Lapa. De ellos sobrevivieron trece. Su padre era tintorero de pieles y el taller lo tenía en la propia casa, y en ella vivían también algunos empleados, tres cuñados y, a veces, niños acogidos, como Tomás della Fonte, que después ingresó en la Orden de Predicadores.

Cuando Catalina tenía 5 o 6 años, yendo con un hermano suyo, tuvo una visión en la que Jesucristo se le apareció junto al campanario de los dominicos, vestido de Papa y rodeado de varios santos. Y sintió que Jesucristo la bendecía. Aquello la dejó muy marcada y, pasados unos meses, decidió consagrarse a Cristo para toda su vida. Desde entonces, estableció una íntima relación con su Amado en su «celda interior», es decir, en su corazón.

El problema surgió cuando ella cumplió 12 años, pues su madre se puso a buscarla pretendientes, y ella se opuso, porque ya estaba comprometida con Cristo. Entonces Catalina se cortó el pelo y se puso un velo. Su madre, por contra, la castigó haciendo que trabajase como criada de la sirvienta de la casa, y la obligó a dormir en un minúsculo cuarto. Eso hizo que Catalina incrementara su relación con Cristo en su celda interior.

Afortunadamente, los dominicos y su padre se pusieron de su parte, y entonces su madre accedió a que ingresase en una comunidad de terciarias dominicas, llamadas por entonces en Italia «mantelatas», por el llamativo manto negro que usaban sobre el hábito blanco. Su

toca y su velo eran también blancos. Estas dominicas eran laicas consagradas que hacían privadamente el voto de castidad; no formaban un beaterio, pues vivía cada una en su casa; se reunían asiduamente para formarse, dialogar y orar; seguían la *Regla de fray Munio de Zamora*; tenían una priora y un capellán dominico; y hacían una intensa labor caritativa atendiendo enfermos, visitando a presos y ayudando a familias necesitadas.

Cuando tenía unos 16 años, Catalina tomó el hábito. Las mantelatas entonces le pidieron que durante varios años se quedase en su casa orando, ayudando en las labores del hogar, haciendo ejercicios ascéticos y estudiando. Para ello, sus padres le cedieron una amplia habitación. Es entonces cuando Catalina aprendió a leer y varios dominicos, además, se ocuparon de formarla teológicamente. En todo este periodo fue fundamental el acompañamiento espiritual que recibió de su amigo fray Tomás della Fonte -que de niño había sido acogido en su casa-. Catalina fue madurando interiormente y teniendo una relación cada vez más cercana con su divino Esposo, de tal forma que Éste la regalaba grandes experiencias místicas. Aunque, cuando ella tuvo unos 18 años, Jesús la hizo pasar por una dura crisis espiritual durante dos años, para ayudarla a madurar aún más.

El final de la crisis llegó cuando ella tenía 20 años. Estando en su habitación, mientras Siena celebraba los Carnavales, Catalina experimentó el denominado «desposorio místico», en el que sintió que Jesús se desposaba con ella y la inundaba con su amor. Además, su Esposo la pidió que dejase su vida de clausura, dentro de su casa, y comenzase a hacer las obras de caridad propias de las mantelatas. Y éstas le dieron su consentimiento. De este modo, comenzó para Catalina una nueva etapa de su vida, en la que se volcó en ayudar a los pobres, visitar a los presos y atender a los enfermos. Catalina tenía, además, grandes experiencias místicas, a veces en la calle o en las casas que visitaba.

En 1368 murió su padre, lo cual provocó que la tintorería se cerrara. Por ello, y por problemas políticos, parte de la familia tuvo que emigrar a Florencia. Lapa, la madre, se quedó en Siena, junto a Catalina, haciéndose cargo de la casa.

Pues bien, es en estas fechas cuando comenzó a crearse un grupo de laicas y laicos que, movidos por el testimonio de Catalina,

decidieron colaborar con ella. Se puede decir que eran sus «discípulos», pues ella les formaba doctrinalmente y les aconsejaba espiritualmente. A este grupo se sumaron después algunas mantelatas, sacerdotes y frailes de diversas Órdenes religiosas. Catalina era su «maestra» y, sobre todo, su «mamma», de tal modo que todos formaban una familia espiritual. Este movimiento que se creó en torno a ella se explica por la decadencia que vivía la Iglesia y la sociedad de aquellos años. Catalina sobresalía como una luz en medio de tanta oscuridad.

Cuando ella tenía unos 24 años experimentó el «trueque de corazones», en el que sintió que Jesús le sacó el corazón de su pecho, y en él introdujo su divino corazón. Fue una «muerte mística», pues Catalina experimentó que su «yo» había muerto y había sido reemplazado por el propio Cristo, que era quien desde ese momento guiaba su vida. Catalina alcanzó así la perfección espiritual. Al año siguiente, contrajo una afección intestinal que la obligó a sobrevivir – casi milagrosamente – comiendo un poco de pan y hierbas. Esto, y sus públicas experiencias místicas, provocaron todo tipo de rumores en torno a ella, y los que estaban en su contra la acusaban de farsante.

Es en esta época cuando comenzó una nueva etapa en la vida de Catalina, pues se decidió a escribir cartas a autoridades civiles y eclesiásticas con el fin de animarlos a reformar la Iglesia y la sociedad. También exhortó a grandes figuras y autoridades a que ayudasen a convocar una nueva cruzada a Tierra Santa. Como es lógico, Catalina no conocía los estragos que los cruzados habían provocado en aquellas tierras en los siglos anteriores. Afortunadamente, fracasó en este proyecto.

También es ahora cuando Catalina emprendió su labor apostólica dirigiendo misiones populares, junto a sus discípulos, en ciudades y comarcas que se habían visto especialmente afectadas por la crisis espiritual y social. En estas misiones, los sacerdotes que acompañaban a Catalina se ocupaban fundamentalmente de predicar, celebrar la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación, y las laicas y los laicos daban catequesis, visitaban a las familias pobres, a los enfermos y a los presos, y a todos les consolaban y les daban buenos consejos espirituales. Y quien organizaba todo eso era Catalina, cuya sola presencia animaba a todos a trabajar por el Reino de Dios, combatiendo la decadencia espiritual de aquella época.

Asimismo, apoyada por algunos colaboradores, comenzó a ayudar a algunas ciudades para entablar la paz entre ellas o con el Papa.

En 1374, cuando Catalina tenía 27 años, los rumores acerca de ella habían llegado a tal magnitud en el norte de Italia, que el Capítulo general de la Orden de Predicadores, que ese año se celebraba en Florencia, la convocó para ser interrogada. Ella acudió, fue absuelta de todas las sospechas y recibió la aprobación del Capítulo. Pero encargaron a un fraile de buena formación teológica y espiritual, y que había sido capellán de monjas, que se ocupase de acompañarla espiritualmente. Ese fraile es el beato Raimundo de Capua, que fue transfiliado al convento de Siena. Él sólo conocía de oídas a Catalina y no recibió bien esta orden. Pero en poco tiempo se hizo amigo de ella y comenzó a colaborar en su labor caritativa y apostólica.

Al año siguiente, estando en Pisa realizando una labor diplomática y apostólica, mientras fray Raimundo celebraba la Misa del Domingo de Ramos, Catalina sintió que recibía los estigmas de la pasión de Cristo, en medio de un intenso éxtasis. Esto la animó a proseguir con su infatigable labor pastoral, recorriendo ciudades y pueblos, llamando a todos a la conversión.

En 1376, la ciudad de Florencia pidió a Catalina y a fray Raimundo que fuesen a Aviñón y pidiesen al Papa Gregorio XI que levantase el entredicho con el que estaba castigando a esta ciudad, y que les impedía celebrar los sacramentos. Allí fueron ambos y, si bien fracasaron en esta misión, Catalina consiguió convencer al Papa para que se trasladara, junto a toda su corte, a Roma. Cuando el Papa emprendió el traslado, Catalina y fray Raimundo reemprendieron sus misiones populares por el norte de Italia. En 1377 Catalina consiguió finalizar su gran obra, *El Diálogo*, con la que quería formar doctrinal y espiritualmente a sus discípulos.

Al año siguiente ocurrió una gran desgracia: murió el Papa Gregorio XI. Y entonces, presionados por el pueblo de Roma –que quería que el nuevo Papa se quedara en esa ciudad–, los cardenales eligieron al italiano Urbano VI. Ello provocó que un gran grupo de cardenales decidiera regresar a Aviñón, votando –mientras iban de camino– a otro Papa: Clemente VII, que era francés. Es el *Cisma de Occidente*, que dividió a la Iglesia católica durante 39 años.

Catalina y fray Raimundo apoyaron inmediatamente al Papa de Roma y se pusieron a sus órdenes. A ella le pidió que se instalara en Roma y le ayudara a resolver el problema. Y así hizo Catalina: dedicó largas horas a orar y a hacer ejercicios ascéticos, escribió muchas cartas a autoridades políticas y eclesiásticas, y habló con mucha gente relevante. El resultado fue que, en 1380, Catalina enfermó gravemente y, en lugar de descansar para reponerse, siguió adelante por el bien de la Iglesia, y pocos meses después murió. Tenía 33 años.

Bueno, pues unos meses después, influido por Catalina, el Capítulo general eligió como Maestro de la Orden a fray Raimundo de Capua, el cual pudo llevar a cabo el deseo de esta terciaria dominica: poner en marcha la reforma de la Orden.

Catalina fue canonizada en 1461 por el Papa Pío II, lo cual hizo que su testimonio, doctrina y espiritualidad pasaran a ser un ejemplo para la Iglesia y especialmente para la Orden de Predicadores. En ésta se convirtió en el gran referente femenino, como mujer contemplativa y apostólica. Y asimismo, ha sido un gran estímulo como reformadora, moviendo a muchas hermanas y hermanos de la Orden a promover valientemente el cambio de las malas costumbres de sus comunidades.

En los siglos XIX y XX, santa Catalina obtuvo varios reconocimientos eclesiales: en 1866 el Papa Pío IX la declaró Patrona de Roma; en 1940 el Papa Pío XII (que era terciario dominico) la declaró Patrona primaria de Italia; en 1943 el mismo Papa la declaró Patrona de las enfermeras católicas; en 1970 el Papa san Pablo VI la declaró Doctora de la Iglesia (junto a santa Teresa de Jesús); y en 1999, el Papa san Juan Pablo II la proclamó Patrona de Europa definiéndola «mensajera de paz en el mundo».

Conservamos de ella 382 cartas. Si bien muchas son exhortativas y doctrinales, en algunas de ellas, sobre todo en las que santa Catalina trata de aconsejar espiritualmente a su destinatario, encontramos su profunda vivencia de Dios y su modo de relacionarse con Él. También fueron recopiladas por sus discípulos 22 plegarias, la mayoría de las cuales son fruto de sus éxtasis.

Pero su gran obra es *El Diálogo*, llamada así porque es una conversación que ella tiene con Cristo en su celda interior. Como ya

hemos comentado, en esta obra santa Catalina trata de formar doctrinal y espiritualmente a sus discípulos. No es un mero tratado teológico, sino que transmite en él su propia experiencia de Dios. Y lo hace empleando una simbología muy sugerente. Con ese estilo tan propio de ella, habla de los principales temas doctrinales con gran precisión y, también, con mucha pasión.

Leyendo sus textos y observando su vida, podemos ver que su espiritualidad está muy ligada a la de santo Tomás. Su camino espiritual puede resumirse en estos cinco pasos: (1) apoyándose en el conocimiento de Dios y de sí misma, (2) movida por un profundo deseo de hacer la voluntad de Dios y de servir al prójimo, y (3) compartiendo el sufrimiento de su Esposo en la Cruz, (4) alcanzó la unión mística con Él, (5) lo que la impulsó a darse caritativamente a los demás.

1. Santa Catalina le dio una gran importancia al uso de la razón y al conocimiento intelectual y experiencial, tanto de Dios como de ella misma, pues sólo así podía conocer la realidad y pudo amar libremente y en verdad. El conocimiento introspectivo de su propio interior la ayudó a ser objetiva consigo misma, descubriendo sus muchos defectos, imperfecciones e infidelidades. Pero gracias a su conocimiento de Dios, supo que Él la perdonaba y la ayudaba a superar sus miserias. Y conociendo a Dios, santa Catalina descubrió cómo es el auténtico amor.

Hemos visto que esta santa se formó teológicamente con los dominicos de Siena, los cuales la animaron a estudiar diversas materias teológicas. Eso, a su vez, la ayudó a conocer a Dios experiencialmente. En *El Diálogo* nos habla de cuatro grados de amor a Dios: una vez que la persona deja de estar en pecado; pasa a amar a Dios con temor servil, pues le ama para evitar ser castigada; en el segundo grado la persona ama a Dios con un amor mercenario, pues lo hace para conseguir algún premio o recompensa; y después alcanza el amor filial, que es desinteresado y generoso. Hasta aquí, la persona debe esforzarse -ascéticamente-, además de apoyarse -místicamente- en la ayuda divina. Pero para alcanzar el cuarto grado, el más elevado, ya no vale la ascesis, pues es un puro regalo de Dios. En efecto, santa Catalina afirma que a los que

alcanzan el amor filial, Dios les otorga gratuitamente el cuarto grado: el amor perfecto, por medio del cual la persona se une totalmente a Dios en su corazón.

2. Para avanzar espiritualmente es necesario desear estar con Dios y anhelar el bien del prójimo. No tiene sentido desear a Dios pero desentenderse de las personas. Este «santo deseo» sólo se siente cuando buscamos a Dios amando al prójimo y conduciéndolo a la salvación. Efectivamente, cuando santa Catalina organizaba aquellas grandes misiones populares, o visitaba a enfermos de peste, lo hacía deseando la felicidad de los demás.
3. El deseo de santa Catalina no era egoísta ni caprichoso. Así como Jesús, su Esposo, se sacrificó por el bien de toda la humanidad padeciendo y muriendo en la Cruz, también ella sufrió buscando el bien común. Y al hacerlo, sentía cómo ella se unía a ese amor que impulsó a Cristo a entregarse por el bien de todos. Así es, santa Catalina se sacrificó padeciendo insultos y calumnias, y pasando hambre y frío. También se sacrificó haciendo grandes ejercicios ascéticos que la ayudaron, además, a ganar autodomínio. Es así, con ascesis, como ella pudo entregarse tanto a Dios y a los demás.
4. Y de ese modo, alcanzó santa Catalina la unión mística con su divino Esposo. Recordemos que ella le daba mucha importancia a su celda interior, pues es ahí, en lo más profundo de su corazón, donde ella abrazaba a su Esposo y se unía a Él con todo su amor. Por eso, santa Catalina nos dice que es muy importante que habitemos siempre en nuestra celda interior, estemos donde estemos, hagamos lo que hagamos. De ese modo, el amor que fluya de nuestro corazón será limpio y puro, pues será un amor que proviene de Dios. Pues bien, esta unión íntima con Dios, hizo que santa Catalina tuviera muchas experiencias místicas, con visiones y éxtasis.
5. Santa Catalina no buscaba egoístamente su propio bien, sino el de los demás. Por eso, el amor que ella recibía de Dios en su celda interior, lo transmitía caritativamente al sacrificarse por la gente. Es decir, lo que hizo su Esposo en la Cruz, ella también lo hizo, aunque -como es obvio- limitada por sus

imperfecciones humanas. Ese es el camino cristiano, el de la Cruz. Un camino que no termina en el sufrimiento y la muerte, sino en la resurrección, en la felicidad eterna, la cual podemos gozar en este mundo, a modo de anticipo, cuando nos sacrificamos caritativamente por el bien común.

Esto es lo que dio sentido al trágico final de la vida de santa Catalina, pues ella se entregó a sí misma para liberar a la Iglesia y a la sociedad de la decadencia que estaban viviendo. Así es, cuando la Iglesia se dividió en dos, ella optó por poner en riesgo su vida para ayudarla. Eso la llevó a la muerte. Y a la resurrección.

ESTUDIO

Hasta la irrupción de la pandemia de la peste negra, la vida académica de la Orden era boyante gracias al considerable número de teólogos dominicos y, sobre todo, gracias a su calidad formativa. Fue muy importante que en 1304 se obligara a todas las Provincias – salvo a las tres más pequeñas– a tener, al menos, un estudio general donde pudiera formarse la élite intelectual de la Orden. Además, los Capítulos generales de 1313, 1314 y 1315 fueron indicando las pautas para el funcionamiento de dichos estudios generales.

En coherencia con la importancia que la teología tenía en el carisma de la Orden, en 1303 ésta consiguió del Papa beato Benedicto XI (que era dominico) una importante bula que daba potestad a los Capítulos generales para dar a dominicos el título de maestro en sagrada teología.

En el Capítulo general de 1313 se dio un impulso fundamental al tomismo. Debido a los duros ataques que éste recibía por parte de algunos teólogos dominicos, se prohibió a los profesores de la Orden contradecir en sus clases la teología de santo Tomás. Es más, se les obligaba a exponer algunos de sus artículos. Este apoyo a santo Tomás hizo que hasta el Concilio Vaticano II todos los dominicos fueran tomistas. En consecuencia, la espiritualidad de santo Tomás influyó de un modo determinante en la Orden.

Un efecto del tomismo fue la oposición por parte de los dominicos a la doctrina de la Inmaculada Concepción de la Virgen

María, que defendían otros teólogos, sobre todo el beato franciscano fray Duns Escoto. Antes que santo Tomás hubo otros destacados teólogos que también se opusieron a esta doctrina, destacando san Bernardo de Claraval, el cual, como sabemos, sobresalió por ser un gran promotor de la devoción a la Virgen. El hecho es que los dominicos –y otros tomistas– se embarcaron en una larga batalla teológica que acabaron perdiendo, porque la doctrina de la Inmaculada fue asumida por el sentir común de la Iglesia, lo que condujo a la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854.

Es importante subrayar que santo Tomás afirma que, si bien la Virgen fue concebida con pecado original, como todo ser humano, fue redimida por su Hijo inmediatamente después de su concepción. El dogma, sin embargo, afirma que Jesús eximió a su Madre del pecado original antes de su concepción. Dicho de otro modo, si santo Tomás dice que María es «pura» porque no cometió ningún pecado y fue redimida del pecado original por su Hijo, el dogma de la Inmaculada Concepción dice que María es «purísima», pues ni siquiera tuvo pecado original. Obviamente, esta controversia generó problemas espirituales y teológicos a los miembros de la Orden de Predicadores.

Por otra parte, la pandemia de la peste negra fue muy perjudicial para los centros teológicos dominicanos, pues muchos profesores y alumnos murieron. A esto se sumó el Cisma de Occidente, que impidió ir a estudiar a París a los frailes que estaban bajo la obediencia del Papa de Roma. A pesar de todas estas dificultades, la Orden no dejó de apoyar el estudio, aunque le supuso un gran esfuerzo recuperar la excelencia perdida. De ello hablaremos en el próximo capítulo.

PREDICACIÓN

Precisamente en estos tiempos problemáticos, hubo dominicos que supieron estar a la altura de las circunstancias para elevar el nivel espiritual del pueblo fiel. Los historiadores nos dicen que sobresalieron tres frailes. De dos de ellos ya hemos hablado como autores espirituales: el beato Venturino de Bérghamo, que intentó pacificar el norte de Italia, y fray Santiago Passavanti, que predicó en su convento: Santa María Novella de Florencia. Pero destacó, ante

todo, san Vicente Ferrer, que formaba parte del amplio grupo de los «predicadores de la penitencia» que, en esta época de desgracias y miedo al infierno, exhortaba al pueblo fiel a arrepentirse de sus pecados, a pedir perdón a Dios y a hacer penitencia para obtener dicho perdón.

► San Vicente Ferrer

Nació en 1350 en Valencia, que formaba parte del reino de Aragón. Su padre, que era notario, procuró para él la mejor educación con el fin de que también fuese notario. Pero con 17 años ingresó en el Real Convento de Predicadores de Valencia. En 1368 fue enviado a estudiar filosofía a Barcelona, dos años después le pidieron que diera clases de lógica en el convento de Lérida y en 1373 regresó a Barcelona a estudiar sagrada escritura. En esta época fray Vicente se ordenó sacerdote. Pasados tres años, fue enviado a Toulouse a estudiar teología tomista.

Finalizado su largo periplo formativo, regresó en 1378 a su convento de Valencia para ser profesor. Tenía 28 años. Es entonces cuando aconteció el Cisma de Occidente, y el rey Pedro IV de Aragón decidió no rechazar al Papa Clemente VII de Aviñón, y mantenerse neutral respecto a los dos Papas. Al año siguiente, fray Vicente fue elegido prior de su convento. Y en 1385 comenzó a dar clases de teología en la escuela catedralicia de Valencia. Su fama de buen predicador iba en aumento. Es en este periodo de su vida cuando la Orden le concedió el grado de maestro en sagrada teología.

En 1390 se produjo un gran giro en su vida, pues el Papa Clemente VII envió a Valencia al cardenal Pedro Martínez de Luna (que era aragonés) para convencer al rey Juan I de Aragón de que se sumase a la causa de Aviñón. En esa tesitura, fray Vicente apoyó públicamente al Papa de Aviñón, y acompañó al cardenal Pedro Martínez de Luna en su estancia en los reinos de Aragón y de Castilla. En 1394, este cardenal fue elegido Papa en Aviñón, tomando el nombre de Benedicto XIII, y pidió a fray Vicente que se trasladase a la corte papal de Aviñón para ser nombrado penitenciario apostólico y maestro del sacro palacio.

Fray Vicente aceptó, pero al poco de instalarse en Aviñón se dio cuenta de que Benedicto XIII pensaba más como un príncipe terrenal

que como un Papa. Por eso fray Vicente le pidió que renunciara a su cargo en favor del Papa de Roma, por el bien de la Iglesia. Pero recibió de Benedicto XIII un rotundo rechazo. Sintiendo muy incómodo en el ambiente secularizado y politizado de la corte papal, se trasladó al convento que los dominicos tenían en Aviñón. Es entonces cuando escribió su *Tratado de vida espiritual*, que se difundió mucho entre el pueblo fiel y ha sido muy valorado durante varios siglos. Esta obra trata sobre la maduración espiritual de la persona y su camino interior hacia Dios.

En 1398 fray Vicente sufrió una grave enfermedad, por lo que fue cesado de todos sus cargos. Estando postrado en la cama, tuvo una visión en la que Dios le encomendaba la misión de ser el «legado de Cristo». Fray Vicente la aceptó y, milagrosamente, quedó sanado y preparado para emprender dicha misión. A pesar de que las autoridades de Valencia le pidieron que regresase y de que el Papa le ofreciese ser obispo de esa diócesis, fray Vicente, fiel a su compromiso con Dios, le pidió al Papa que le dejase emprender una gran misión predicadora. Y éste se lo concedió, dándole los poderes necesarios para hacerlo. Comenzaba así una nueva etapa de su vida. Era el año 1399 y fray Vicente tenía 49 años.

Fue predicando de modo itinerante sobre todo por las zonas sujetas al Papa de Aviñón –es decir, por Francia, Aragón, Castilla y el norte de Italia–, dando preferencia a las ciudades que habían sido más devastadas por la peste negra. Fray Vicente, si bien destacó como un «predicador de la penitencia», como ya hemos comentado, sobre todo infundía esperanza. En aquellos días tan aciagos en los que la gente tanto sufría, este fraile predicaba un mensaje evangélico de consolación, anunciando que Dios siempre ayuda al que se convierte y hace su voluntad. Además, son muchos los milagros que hacía fray Vicente, mostrando así que el Reino de Dios se estaba haciendo presente en medio del mundo.

Hubo otros sacerdotes seculares y religiosos que colaboraron con él en sus misiones populares. También se le unió una asociación de flagelantes formada por cientos o miles de mujeres y hombres que, con el cuerpo ensangrentado y cantando himnos penitenciales, formaban largas filas que atravesaban las ciudades en las que fray Vicente iba a predicar, creando así un ambiente muy impactante. Aunque se ha hecho famosa esta frase suya: «*Timete Deum*» (es decir,

¡Temed a Dios!), lo cierto es que en sus predicaciones no alentaba el temor a Dios sino todo lo contrario: transmitía amor y confianza en Él. De hecho, era tal el deseo que la gente tenía de escucharle, que a veces las autoridades tenían que poner vallas protectoras en las calles para evitar que se le echasen encima. En la plaza principal construían un púlpito, y desde él fray Vicente predicaba durante varias horas, dejando a la gente llena de paz y esperanza.

En varias ocasiones tuvo que interrumpir su predicación itinerante. En 1408 asistió al Concilio de Perpiñán y allí convenció a los cardenales para que pidiesen a Benedicto XIII que abdicase por el bien de la Iglesia, pero éste no lo hizo, a pesar de que el rey Carlos VI de Francia también le había retirado su apoyo. En 1412, con 62 años, participó como juez en el Compromiso de Caspe, en el que Fernando de Antequera fue proclamado rey de Aragón.

Por entonces, viendo el empecinamiento de Benedicto XIII en no querer abdicar, fray Vicente decidió predicar a favor de la unidad de la Iglesia y contra él, lo cual hizo también delante del propio Papa, cuando tuvo ocasión. Afortunadamente, en 1417, el Concilio de Constanza depuso a los Papas que por entonces había en la Iglesia, y eligió a Martín V, dando fin al Cisma de Occidente. Mientras, fray Vicente siguió predicando, a pesar de que su salud era cada vez más débil. Y así, en 1419, estando en Bretaña (Francia), enfermó gravemente y murió en la ciudad de Vannes, en cuya catedral fue enterrado. Los últimos 20 años de su vida, desde que salió de Aviñón, los dedicó a cumplir su misión de predicador itinerante.

Una vida tan entregada a la predicación sólo se puede sostener con mucha oración y ascesis. San Vicente siempre se desplazaba a pie, salvo cuando estaba enfermo, que iba montado en burro. Comía y dormía muy austeramente, siempre a expensas de la caridad de la gente. Soportaba con paciencia el duro calor del verano y la fría nieve del invierno. Ciertamente, este edificante testimonio reforzaba y daba sentido a su predicación. La gente sabía que su predicación era verdadera.

MISIONES

Habiendo sido expulsados los cruzados de Tierra Santa, en la Orden hubo numerosos frailes que se presentaron voluntarios para evangelizar a los pueblos de Oriente, pero hacía falta que una entidad dominicana se hiciera cargo de dicha misión. Por eso surgió a comienzos del siglo XIV la *Sociedad de Hermanos Viajeros por amor de Cristo entre los gentiles*, que años más tarde tomó el nombre de *Congregación de Hermanos Peregrinantes por Jesucristo entre infieles*. En 1314 fueron aprobados sus estatutos. Se trataba de una Congregación de conventos dominicanos que estaba regida por un vicario general que dependía directamente del Maestro de la Orden, que por entonces era fray Berengario Landore. Su convento principal fue emplazado en Constantinopla, la capital de Bizancio.

Esta Congregación de conventos no tenía un territorio propio y podía reclutar frailes voluntarios del resto de las Provincias, pues la misión de Oriente era algo prioritario en la Orden. Su objetivo era tener conventos en las zonas de frontera con el mundo musulmán y pagano. Enviaban pequeños grupos de frailes para predicar itinerantemente por vastas regiones, e iban fundando conventos donde era necesario. A mediados del siglo XIV tenían comunidades en Grecia, Anatolia, Turquestán, Armenia, Georgia, Persia y la India, aunque no lograron establecerse en China, pues la dinastía Ming cerró en 1368 aquel país a todo influjo extranjero y, de hecho, expulsó a los misioneros franciscanos que allí había.

Los hermanos peregrinantes, cuando era necesario, trabajaban en colaboración con los dominicos de las Provincias del este europeo. Por desgracia, la pandemia de la peste negra asoló sus comunidades, reduciéndose mucho el número de misioneros. Sufrieron otro contratiempo con el Cisma de Occidente, pues las Provincias que quedaron bajo el Papa de Aviñón no pudieron enviar voluntarios. A pesar de todo ello, a finales del siglo XIV se habían logrado extender por el noreste de Europa, llegando al mar Báltico y Rusia. Pasado el tiempo, esta Congregación fue subsistiendo hasta que fue adsorbida en 1857 por la Provincia italiana del Piamonte.

Por otra parte, de la presencia de los hermanos peregrinantes en Armenia surgió a mediados del siglo XIV otra entidad dominicana:

los *Hermanos unionistas de San Gregorio el Iluminador*, fruto de la conversión de varios monasterios de rito armenio. Éstos asumieron la legislación y la liturgia dominicanas, y tomaron el hábito de los hermanos cooperadores (con escapulario y capilla negros). Su objetivo era lograr con su predicación que la Iglesia armenia se uniera a la Iglesia católica. Cuando ya se habían extendido por Armenia, Georgia y Crimea, el Papa Inocencio VI los puso oficialmente bajo la autoridad del Maestro de la Orden. Poco a poco fueron asimilando las formas y costumbres dominicanas, de tal forma que en 1583 la Orden los transformó en la Provincia de Naxivan, incorporándolos así definitivamente. Por desgracia, sufrieron las guerras y conflictos que asolaron aquella zona en el siglo XVIII y comienzos del XIX. En 1813 murieron en Esmirna los últimos frailes de esta Provincia.

Como es obvio, para poder evangelizar en zonas musulmanas y paganas, había que aprender los idiomas nativos. Por ello, la Orden alentó a crear escuelas de idiomas para los frailes que voluntariamente se presentaban para ser misioneros. En ellas se aprendían idiomas como el griego, el persa, el armenio, el tártaro o el ruso.

ARTE

Tampoco dejó la Orden de promover el arte en estos tiempos de crisis, sobre todo en el norte de Italia. Fray Venturino de Bérgamo, siendo un buen miniaturista (o iluminador de libros), destacó asimismo como gran promotor del arte. Además de él, hubo otros dominicos y dominicas que destacaron como miniaturistas, sobresaliendo los conventos de Santa María Novella de Florencia y Santa Catalina Mártir de Pisa.

Debemos hacer aquí un breve inciso. Fray Alejandro della Spina, que era copista y miniaturista del convento de Santa Catalina Mártir de Pisa, hacia 1286 fabricó las primeras gafas conocidas en la historia –a partir del diseño ideado por otro dominico–, y divulgó este invento para que otras personas pudieran beneficiarse de él.

Para finalizar la construcción del convento de Santa María Novella de Florencia, participaron dos destacados arquitectos de la Orden: fray Juan de Campi y fray Santiago Talenti de Nipozzan.

También hay que subrayar la labor de buenos vidrieristas, como fray Domingo Pollini, del convento de Pisa y fray Ambrosio de Bindo, del convento de Siena. Respecto a la literatura, ya hemos hablado de las místicas y los místicos renanos, y de santa Catalina de Siena. También debemos destacar al humanista fray Jordán de Rivalta (o fray Jordán de Pisa), considerado uno de los padres de la lengua italiana.

1380-1566: REFORMA Y RENACIMIENTO

En dos ocasiones tuvo la Orden que rehacerse: la primera la vamos a ver ahora, pues necesitaba salir de la crisis en la que estaba inmersa en el siglo XIV, y la segunda la veremos al llegar al siglo XIX, cuando tuvo que recuperarse del cierre de conventos y de la expulsión de los dominicos de muchos países, en los que la Orden tuvo que ser «restaurada».

Este periodo que vamos a ver a continuación, comienza con la elección como Maestro de la Orden del beato Raimundo de Capua, el cual, inspirado en su amiga santa Catalina de Siena, puso en marcha la reforma de la Orden. Y finaliza con el mandato de san Pío V, que puso en práctica lo decidido por el Concilio de Trento, con el que comenzó un nuevo periodo espiritual en la Iglesia.

CONTEXTO

Renacimiento

En la segunda mitad del siglo XIV y en la primera del siglo XV, el Imperio Turco Otomano fue realizando conquistas en territorios bizantinos y de Europa oriental. Ante tal amenaza, fueron trasladándose a Italia bibliotecas procedentes de Bizancio en las que había obras de la antigua Grecia, algunas de las cuales no se conocían en Occidente o sólo se contaba con traducciones realizadas por autores musulmanes. Esas obras griegas que llegaron a Italia destacaban, ante todo, por el valor que sus autores daban al ser humano, al cual estudiaron desde el punto de vista anatómico, político, psicológico, metafísico y en otros aspectos. También llegaron escritos de los Padres de la Iglesia orientales. Todas estas obras fueron muy bien recibidas y pronto se hicieron buenas traducciones al latín. Además, gracias al uso de la imprenta (que comenzó a usarse a mediados del siglo XV) éstas se difundieron por el oeste europeo.

Esto trajo como consecuencia el renacer del arte y el pensamiento occidental. Es el llamado «Renacimiento», cuyo principal elemento es el *humanismo*, es decir, la valoración del ser humano en todas sus facetas. La sociedad europea, que estaba sumida aún en una grave crisis, comenzó a ver al mundo y a la persona desde

un punto de vista más positivo y optimista. Y esto lo reflejaron los artistas italianos en sus obras, pues se inspiraron en los cánones de los antiguos artistas griegos.

Las universidades se esforzaron en incorporar las obras griegas que habían llegado desde Bizancio y otras muchas obras humanistas grecorromanas. Lo mismo ocurrió en los centros de estudios teológicos, en los cuales, además de estudiar a Dios, se estudió al ser humano, hecho a imagen y semejanza de Dios. Esto tuvo dos consecuencias en el siglo XVI español: el surgimiento de la mística española y la defensa de los derechos humanos en los territorios colonizados.

Un elemento negativo del renacimiento fue la decadencia en la que entró el Papado y su Curia cardenalicia. Salvo algunas excepciones, las autoridades eclesiásticas de Roma se dejaron llevar por el lujo y la frivolidad de los nobles y los ricos de su tiempo, dando un testimonio muy negativo. Y peor aún, ese despilfarro lo financiaron con las *indulgencias* y los *jubileos*. Si la teología nos dice que las indulgencias son un acto formal de la Iglesia que disminuye la pena temporal contraída por el pecado, y los jubileos son una forma particular de indulgencia general o plenaria, en la práctica, en aquellos penosos tiempos, se convirtieron en un eficaz método con el que se cobraba al pueblo fiel para librarle de las penas de la otra vida. De ese modo, aquellos «príncipes de la Iglesia» se enriquecieron enormemente y se convirtieron en grandes mecenas, gracias a los cuales podemos disfrutar ahora del arte renacentista de Roma.

Iglesias protestantes

El problema de los jubileos y las indulgencias fue uno de los motivos por los que el agustino alemán fray Martín Lutero emprendió el movimiento protestante, que desembocó en el nacimiento de la Iglesia luterana en 1517, y a la que después se unieron las Iglesias anglicana en 1534 y calvinista en 1541. A Lutero le parecía bochornoso que la Iglesia se aprovechara económicamente del miedo que el pueblo fiel tenía de ir al infierno. A eso se sumaba la decadencia generalizada que se vivía en la Iglesia católica, en la que el pueblo no conocía las Sagradas Escrituras, estaba escasamente formado doctrinalmente y su espiritualidad estaba, en ocasiones, demasiado contaminada de elementos paganos. Lutero veía urgente

una purificación de la Iglesia, regresando a las fuentes originales del siglo I.

Aunque la Iglesia católica hizo un gran esfuerzo por llegar a un acuerdo con Lutero, no se pudo evitar la separación debido a la presión que ejercieron algunos gobernantes centroeuropeos, los cuales querían independizarse del poder papal, pues ya les había causado demasiados problemas. El resultado es que una gran parte del centro y norte de Europa occidental se separó de la Iglesia católica y ello ocasionó duros conflictos, persecuciones y «guerras de religión», con miles de víctimas por ambas partes. Además, las Iglesias protestantes crearon sus propias «Inquisiciones» para preservar la pureza de sus creencias. Ante toda esta nueva realidad, los territorios protestantes se convirtieron en lugar de misión, y desempeñando esta labor murieron muchos mártires.

Respecto al cristianismo ortodoxo, tras la caída definitiva del Imperio Bizantino en 1453, éste se hizo fuerte en Grecia y Europa oriental, sobre todo en Rusia, la cual lo fue extendiendo por los amplios territorios del norte de Asia que fue conquistando en siglos posteriores.

Descubrimiento y colonización de nuevos mundos

En este periodo se expandió enormemente el mundo conocido por los europeos. Buscando abrir nuevas vías comerciales, en 1415 Portugal creó su primera colonia en el norte de África. Tras seguir fundando colonias en la costa atlántica africana, en 1487 sus navegantes bordearon el Cabo de Buena Esperanza (en el extremo sur de África). España, por su parte, intentando crear una nueva ruta comercial con Asia, envió una expedición que, casualmente, descubrió el continente americano en 1492. Estando así las cosas, en 1494 Portugal y España decidieron evitar conflictos firmando el *Tratado de Tordesillas*, en el que se repartieron las tierras de ultramar. Y continuaron las expediciones.

En Oriente, los portugueses llegaron a la India en 1498, en 1510 establecieron allí su primera colonia y a lo largo del siglo XVI siguieron adelante extendiendo una amplia red de colonias en Extremo Oriente y consolidando las que ya tenían en África. Mientras tanto, España envió una expedición que logró dar la primera vuelta

al mundo en 1522 y en 1565 conquistó –desde México– las Islas Filipinas. Asimismo, ambos reinos enviaron expediciones que descubrieron numerosas islas en el Pacífico y el Índico, entre otras Nueva Guinea, Australia y Nueva Zelanda.

En América, tras establecerse España en el Caribe, en 1527 ya había consolidado la conquista del Imperio Mexica (o Azteca) y en 1535 la del Imperio Inca. Y Portugal se asentó definitivamente en la costa de Brasil en 1530. De hecho, a finales del siglo XVI, Portugal y España controlaban casi en su totalidad la costa del Caribe, Centroamérica y Sudamérica, y la costa sur de Norteamérica. Y España se había adentrado tierra adentro, conquistando vastos territorios. Todo eso lo hizo con el propósito de adueñarse de abundantes y lucrativos recursos naturales, sobre todo oro y plata, aunque también quiso que los habitantes de aquellas tierras asumieran la fe y la civilización católicas, reproduciendo en los territorios americanos lo que, durante más de siete siglos, los reinos cristianos habían estado haciendo en los territorios que habían reconquistado a los musulmanes en la península ibérica.

Si bien los españoles, sintiéndose superiores, minusvaloraron muy equivocadamente las culturas que en América fueron encontrando, podemos entender que se quedaron horrorizados ante ciertas costumbres de algunos pueblos nativos, como eran, por ejemplo, la práctica del canibalismo o el brutal sacrificio de personas en honor a los dioses. Los españoles también descubrieron que había pueblos poderosos que tenían sometidos a otros pueblos. Asimismo, les llamó la atención la mala relación que generalmente había entre las poblaciones vecinas, por lo que era normal que guerrearán unas contra otras. Esto lo supieron aprovechar muy bien los conquistadores que, en comparación con los nativos, eran muy pocos, aunque usaban mejores tácticas de combate y tenían un armamento mucho más avanzado, pues contaban con artillería, espadas de acero, corazas de hierro y, sobre todo, caballos, los cuales eran totalmente desconocidos en América (como también lo eran las vacas, los cerdos, las gallinas, las ovejas, las cabras y otros animales que también llevaron los españoles). Además, en algunos pueblos nativos había antiguas leyendas sagradas que sugerían que esos hombres barbudos venidos en grandes naves desde un lejano y misterioso lugar situado en oriente, al otro lado del vasto océano, eran seres divinos.

En efecto, valiéndose de la admiración que despertaban entre los nativos, los españoles entablaron estratégicas alianzas para derrocar a los pueblos más poderosos, dejando que los bravos guerreros nativos lucharan entre ellos, con ayuda de los soldados españoles, para que después fuera la corona española la que asumiera el control y dominio del territorio, con el fin de cristianizarlo, civilizarlo y explotarlo. Ciertamente, a medida que fue avanzando la conquista, la corona española emprendió la rápida construcción de amplias y hermosas ciudades renacentistas, bien trazadas y acondicionadas. Gracias a la presencia de diversas Órdenes religiosas, además de bellas iglesias, en dichas ciudades se crearon escuelas para niños nativos y criollos (es decir, descendientes de españoles), hospitales donde se atendía a personas de todos los estratos sociales, comedores para pobres, buenos centros de estudios y universidades que tenían como modelo las de Salamanca y Alcalá de Henares, con facultades de medicina, derecho, matemáticas, teología y otras carreras. Durante el periodo colonial, el nivel económico de aquellas ciudades americanas, en términos generales, fue mayor que el de las ciudades europeas. Asimismo, la corona española desarrolló una amplia red de caminos y rutas marítimas que llegó a unir Oregón con la Patagonia en el siglo XVIII.

Pero todo ese bienestar se generó gracias a las prósperas explotaciones agrícolas, ganaderas y mineras, en las que, sobre todo en los primeros años de la colonización, los nativos fueron la principal mano de obra. Así es, aunque normalmente a los pueblos que ayudaron a los conquistadores les fue relativamente bien, por lo general, la conquista fue vivida por los nativos como la imposición de un régimen opresor que, además de explotarles, destruyó o transformó muchas de sus sociedades y culturas, para cristianizarlas e integrarlas en la nueva sociedad colonial. Algunas eran poblaciones nómadas de cazadores-recolectores, abundaban los pueblos que vivían de la agricultura, la pesca, la cría de animales o la artesanía, y había algunas sociedades que constituían grandes civilizaciones que lograron alcanzar un significativo desarrollo, superior en algunos aspectos al europeo. Pero todas, en cualquier caso, tenían un inmenso valor y su pérdida fue irreparable.

A esto se sumó una desgracia aún mayor. Nos referimos a los millones de nativos americanos que murieron a causa de la terrible

pandemia ocasionada por las múltiples enfermedades europeas que los españoles y sus animales llevaron a América, la cual había permanecido hasta entonces aislada, por lo que los pueblos nativos no tenían defensas frente a dichas enfermedades. Entre ellas estaban el sarampión, la difteria, la tos ferina, el tifus y la tuberculosis. Pero sobre todo fue devastadora la viruela, que a menudo se adelantaba a los conquistadores, pues se difundía con gran rapidez y contundencia entre los nativos. Estas enfermedades hicieron que a comienzos del siglo XVII la población nativa americana se hubiese reducido un 90 por ciento en los territorios españoles. Obviamente, también influyó en esta mortandad, como sabemos, la violencia ejercida en el proceso conquistador y, asimismo, los drásticos cambios a los que se vieron sometidos los pueblos nativos a causa de la colonización de sus territorios. En la zona colonizada por Portugal también hubo una gran mortandad, aunque dicha zona estaba mucho menos poblada. Pero la pandemia fue especialmente devastadora en las islas del Caribe, pues, debido a su aislamiento insular, provocó la muerte del 99 por ciento de la población nativa en el siglo XVI.

Ciertamente, aquella imprevista pandemia facilitó mucho la conquista y colonización de los territorios americanos. Pero también generó a los colonos un grave problema, pues se quedaron sin suficiente mano de obra para sus explotaciones agrícolas, ganaderas y mineras. Por ello, pronto recurrieron a la importación de esclavos africanos. Éstos no sólo eran más resistentes a las enfermedades europeas, sino que, además, también estaban parcialmente inmunizados a enfermedades tropicales como la malaria y la fiebre amarilla, de origen africano, contra las que los europeos se hallaban indefensos. Además, resultaba bastante asequible conseguir grandes cantidades de esclavos en las costas occidentales de África subsahariana, pues estaban relativamente cerca de las costas americanas y el mercado árabe esclavista ya estaba muy desarrollado, ya que desde allí se enviaban –por rutas terrestres que atravesaban el desierto del Sahara– numerosos esclavos a los mercados de Oriente Próximo y de otras zonas musulmanas.

El hecho es que, dado que Portugal tenía colonias en las costas africanas, algunos comerciantes portugueses habían logrado introducirse en este negocio, comprando esclavos africanos y transportándolos en sus barcos negreros para después venderlos en

puertos del Mediterráneo, sobre todo en países musulmanes, pues en Europa, aunque estaba permitida la esclavitud, había poca necesidad de este tipo de mano de obra. En todo esto desempeñaban un papel muy importante algunos jefes tribales africanos, pues eran ellos los que se ocupaban de capturar a personas de otros poblados, para después venderlas a los comerciantes musulmanes o cristianos. Pues bien, cuando fueron necesarios los esclavos africanos en América, los comerciantes portugueses supieron aprovechar la ocasión que se les brindaba. En efecto, apoyados en el *Tratado de Tordesillas*, que impedía a los barcos españoles fondear en puertos africanos –salvo en las Islas Canarias–, mantuvieron el monopolio del comercio de esclavos con las colonias americanas durante más de cien años, hasta mediados del siglo XVII, lo que les generó cuantiosos beneficios económicos. España, en la medida de sus reducidas posibilidades, participó en este detestable comercio.

El proceso colonial de Portugal y España tuvo otras grandes repercusiones. A pesar de que en dichos países estaba prohibido difundir las crónicas, informes, mapas y cartas marítimas elaborados por sus exploradores y cartógrafos –para evitar la competencia de otros países–, el hecho es que mucha de esa valiosa información fue difundida por el resto de Europa, lo cual ayudó a ampliar enormemente el conocimiento que por entonces se tenía del mundo. Además, el éxito económico de la expansión de ambas naciones ibéricas no había pasado desapercibido, por lo que otros países europeos decidieron seguir su ejemplo. En consecuencia, con las empresas expansionistas emprendidas por Portugal y España dio comienzo un largo proceso colonizador en el que –durante cinco siglos– varios países europeos se fueron adueñando progresivamente de grandes regiones del mundo, dejando en ellas una profunda huella. También se sumaron al comercio de esclavos. En los próximos capítulos seguiremos hablando de ello.

Espiritualidad española

A nivel religioso, el Renacimiento produjo dos significativos frutos en España. Uno de ellos fue la defensa de los habitantes de los territorios conquistados por España en América. Ya que al principio esto fue protagonizado por los dominicos, lo trataremos con detalle más adelante.

Otro fruto del Renacimiento fue la corriente espiritual que se desarrolló en España a lo largo del siglo XVI. Todo empezó cuando, a finales del siglo XV, fue tomando fuerza el humanismo en las universidades y conventos españoles, a resultas de lo cual, hubo teólogos que centraron la búsqueda de Dios en la persona, en lo más profundo de ella, desarrollando así una corriente de espiritualidad mística que trataba de describir lo que el ser humano experimenta cuando se relaciona con Dios en su interior. Esto fue muy bien acogido dentro del movimiento de observancia franciscano español y dio origen al *recogimiento franciscano*.

Los franciscanos recogidos vivían generalmente en «recoletas» o «recoletorios», es decir, en pequeños y austeros conventos que construían a las afueras de las ciudades para vivir apartados del mundanal ruido, llevando en ellos una ascética y observante vida regular, dedicando mucho tiempo a la oración de *recogimiento*, que explicaremos un poco más adelante. Aunque estaban pensados para la vida contemplativa, algunos de sus frailes salían a predicar. Aquellos conventos servían de ejemplo de vida observante para el resto de los conventos reformados franciscanos.

Las otras Órdenes mendicantes también fundaron este tipo de conventos, pues el recogimiento fue un movimiento que abarcó, en mayor o menor medida, a toda la vida religiosa. Los dominicos fundaron algunos conventos apartados, a modo de recoletorios, pero en todos ellos se salía a predicar. Y no llegó a formarse un movimiento de «dominicos recogidos» dentro de la Orden.

Pues bien, entre los franciscanos recogidos, algunos escribieron obras muy sencillas, en lengua castellana, en las que enseñaban al pueblo fiel a practicar la oración mental y, concretamente, la oración de recogimiento, que consiste, básicamente, en recogerse interiormente, aislándose del «ruido» exterior para unirse amorosamente a Dios en lo profundo de su corazón. Se trata de una espiritualidad muy mística y afectiva que ha sido practicada en el seno de la Iglesia desde la antigüedad, sobre todo por los antiguos monjes del desierto. Los dos autores principales del recogimiento franciscano son fray Francisco de Osuna y san Pedro de Alcántara.

Esto tuvo mucho éxito entre las personas laicas y las monjas. Por ello, en la década de 1550 surgió una segunda generación de

autores espirituales españoles que, siguiendo el camino marcado por el recogimiento franciscano, escribieron para el pueblo fiel obras de temática espiritual con un marcado carácter místico-afectivo. En este grupo de autores encontramos a los agustinos santo Tomás de Villanueva, fray Alonso de Orozco y fray Luis de León, al jesuita san Francisco de Borja, al sacerdote secular san Juan de Ávila y al dominico fray Luis de Granada, del que hablaremos más adelante.

Por desgracia, como ya hemos visto que ha sucedido en otras etapas de la historia, en torno a este movimiento místico se generó un movimiento herético que, además, estaba influenciado por el luteranismo. Es el *iluminismo* o *movimiento alumbrado*, el cual animaba al pueblo fiel a buscar por sí solo a Dios en su corazón, prescindiendo de las mediaciones y ayudas que ofrecía la Iglesia. Parece que esto se extendió sobre todo entre algunos grupos de personas laicas y en ciertos beaterios. Y cuando los confesores vieron que cada vez más personas tenían estas ideas, dieron la voz de aviso, y la Inquisición española actuó de un modo contundente. El hecho es que hubo algunos dominicos que, para evitar la difusión de dicha herejía, hicieron lo posible por promover una espiritualidad de corte ascético, y hubo otros que, además, colaboraron con la Inquisición para identificar los libros que podían fomentar el iluminismo.

En 1559 sucedió algo muy significativo: el inquisidor general Fernando Valdés, asesorado por el teólogo dominico fray Melchor Cano, publicó un *Índice de libros prohibidos* en el que aparecían, entre otras, muchas obras de autores españoles, escritas en lengua castellana, que ahora son consideradas perfectamente válidas. La Inquisición argumentó que dichas obras contenían expresiones confusas que podían inducir al error al pueblo fiel. En dichas obras prohibidas había tres de fray Luis de Granada, una de fray Bartolomé de Carranza y la traducción de Surio de las obras de fray Juan Taulero. La consecuencia de este *Índice* no se hizo esperar: dejaron de publicarse en España nuevos libros de temática mística.

Pero fue algo momentáneo, pues al año siguiente murió Cano y en 1566 Valdés dejó el cargo de inquisidor general, por lo que fray Luis de Granada y otros autores reeditaron sus obras, redactando de nuevo las partes confusas que la Inquisición había encontrado en ellas. En 1565 la reformadora carmelita santa Teresa de Jesús finalizó su primera obra: el *Libro de la vida*, que escribió a petición del teólogo

dominico fray Domingo Báñez. Con santa Teresa y su discípulo san Juan de la Cruz la literatura mística española alcanzó su máxima cota en la segunda mitad del siglo XVI. Es preciso subrayar que la estricta vigilancia ejercida por la Inquisición hizo que ambos autores se esmerasen en evitar las expresiones confusas, y ello, a la postre, ayudó a mejorar la calidad teológica y espiritual de sus escritos.

La Inquisición española fue fundada en 1478. No dependía del Papa sino de los monarcas, que eran los que nombraban a los inquisidores. Y, ciertamente, fue excesivamente rigurosa durante sus más de 300 años de historia. Esto es así, no porque sobresaliera en el maltrato a los presos, pues sus cárceles eran bastante más habitables que las civiles y, a pesar de lo que ahora se diga a los turistas en los «museos de la Inquisición», ésta recurría a la tortura mucho menos de lo que era normal en las indagaciones judiciales de aquella época, a sabiendas de que las confesiones obtenidas de ese modo, además de ser inhumanas, tienen escaso valor. Tampoco ejecutaba a muchas personas, pues, de hecho, los datos nos muestran que ha sido una de las Inquisiciones que menos gente condenó a muerte. Además, aunque es sabido que cometió graves errores –como pasó en el proceso a fray Bartolomé de Carranza, que veremos más adelante–, ofrecía unas garantías procesales superiores a las de otros tribunales de su época. Las personas que trabajaban para esta institución debían cumplir escrupulosamente las normas establecidas y poner por escrito todo lo que se hacía (y ahora podemos estudiar aquellos minuciosos documentos en el Archivo Histórico Nacional). Pero, como decíamos, fue excesivamente rigurosa en hacer cumplir la doctrina de la Iglesia. Y así, la Inquisición española condicionó el desarrollo y la creatividad del mundo intelectual español, y vigiló muy de cerca la espiritualidad y las creencias del pueblo fiel. Un buen ejemplo es la desproporcionada persecución llevada a cabo contra el movimiento de los iluminados, que ya hemos comentado. También lo fue la que se produjo contra los «falsos conversos» del judaísmo al cristianismo. Sin embargo, a diferencia de otros países católicos y protestantes, la Inquisición española apenas condenó a mujeres acusadas de brujería.

REFORMA E INNOVACIÓN EN LA VIDA RELIGIOSA

Movimiento de observancia

A comienzos del siglo XV la Santa Sede era muy consciente de que la vida religiosa necesitaba urgentemente una reforma, por ello trató sobre este problema en el Concilio de Constanza (1414-1418), formulando un conjunto de disposiciones de carácter jurídico que ayudaron a los superiores generales a reconducir sus Institutos religiosos.

Pero la decadencia espiritual no se resuelve simplemente con normas jurídicas, sino que necesita ser corregida a nivel interno, viviendo de un modo más fiel y auténtico el carisma fundacional. Por ello surgió el *movimiento de observancia*, que animaba a cada Orden a observar con rigor su propia espiritualidad. Y así, de un modo u otro, las Órdenes fueron reformándose. Como ya veremos, dado que los dominicos ya habían iniciado su propia reforma tres décadas atrás, lo ordenado por el Concilio de Constanza les ayudó mucho a fortalecer y acelerar los pasos que estaban dando en esa dirección.

Pues bien, el movimiento de observancia duró hasta que, en las primeras décadas del siglo XVII, se desplegó definitivamente la espiritualidad impuesta por el Concilio de Trento.

Vamos a hacer ahora un pequeño inciso para aclarar el término «Congregación», pues hace referencia a dos agrupaciones diferentes. Por una parte, en algunas Órdenes religiosas, además de Provincias, había Congregaciones de conventos. En la Orden de Predicadores, estas Congregaciones no dependían de un prior provincial sino de un vicario que, a su vez, dependía directamente del Maestro de la Orden. Recordemos la *Congregación de Hermanos Peregrinantes por Jesucristo entre infieles*, que fue fundada a comienzos del siglo XIV para evangelizar en Oriente. Tiempo después, durante la reforma de la Orden surgió un buen número de Congregaciones reformadas, muchas de las cuales acabaron siendo Provincias. En el siglo XX ya no había Congregaciones en la Orden dominicana.

Por otra parte, a partir del siglo XVI la Iglesia puso muchas trabas para admitir nuevas Órdenes. La última en ser admitida fue la *Orden de las Escuelas Pías* (los escolapios), que adquirió

definitivamente el estatus de Orden en 1649. Por ello, a la mayoría de los numerosos Institutos religiosos femeninos y masculinos que surgieron a partir del siglo XVI se les va a denominar «Congregaciones», aunque entre ellas había diferentes tipos de vida consagrada. Básicamente, los miembros de las Órdenes hacían votos solemnes y los de las Congregaciones hacían votos simples –que, a su vez, podían ser temporales o perpetuos–. Pero esta distinción entre votos solemnes y votos simples se eliminó en el siglo XX.

Compañía de Jesús

Ante los importantes cambios que se estaban viviendo al llegar el siglo XVI, el Espíritu Santo tuvo a bien inspirar a san Ignacio de Loyola la fundación de la Compañía de Jesús en 1534. Esto trajo a la Iglesia un innovador modo de vivir el Reino de Dios. Si las monjas y los monjes oraban y trabajaban dentro de su monasterio, y los frailes mendicantes salían de su convento a predicar, los jesuitas ahora van a trabajar y predicar en las instituciones que ellos van a crear en medio del mundo y para mejorar el mundo.

Son el primer Instituto religioso especializado en gestionar colegios de gran capacidad y calidad. No se trataba de las pequeñas escuelas que muchas comunidades –femeninas y masculinas– habían integrado en la planta baja de sus beaterios, conventos o monasterios, o en algún local cercano. Más bien era a la inversa: se trataba de grandes colegios en cuya planta superior los jesuitas habían emplazado las pequeñas estancias donde ellos vivían. También crearon buenas universidades en las que impartían todo tipo de materias, por lo que los jesuitas no sólo debían estudiar bien la teología, sino que, además, tenían que especializarse en otras ramas del saber. Así, si los dominicos estudiaban para contemplar a Dios y después dar lo contemplado, los jesuitas van a orientar el estudio para poder servir mejor a Dios y a la humanidad.

Este proyecto de san Ignacio no podía sustentarse en el modelo clásico de la vida conventual. Los jesuitas necesitaban un estilo de vida mucho más flexible. En efecto, en la novedosa Compañía de Jesús el principal vínculo de unión comunitario no era la vida conventual sino el trabajo en equipo, es decir, la misión que los jesuitas debían llevar a cabo. De hecho, para poder trabajar más eficazmente por el Reino de Dios, san Ignacio eliminó todos los actos

comunitarios, no sólo el Capítulo, también la oración coral y la comida en el refectorio. Así, los jesuitas se limitaban a hacer oración privada y a celebrar la Eucaristía y, a la hora de comer, se ajustaban al horario del colegio o de la universidad donde estuviesen trabajando. Además, al no depender del Capítulo, el superior podía tomar decisiones más rápidamente, consultando antes a varios jesuitas de confianza.

A la base de esta nueva forma de vida religiosa se encuentra la *contemplación en la acción*. Si los benedictinos distinguían un tiempo especialmente destinado a trabajar y otro a orar, y de santo Domingo se nos dice que dedicaba el día principalmente para predicar y las noches para orar, san Ignacio deseaba eliminar la separación entre estos dos tipos de tiempos, pidiendo a los jesuitas que fueran hombres contemplativos incluso cuando estaban en plena acción. Y esto no es fácil. Por ello, para que los jesuitas pudieran afrontar esta especial forma de vida, san Ignacio ideó un largo proceso de formación que difería bastante al que se llevaba a cabo en las Órdenes monásticas y mendicantes. Y quiso que en su espiritualidad fueran fundamentales sus *Ejercicios Espirituales*. Todo esto hizo de la Compañía de Jesús un moderno Instituto religioso muy adaptable y eficaz, bien preparado para afrontar las nuevas circunstancias que se abrían en el mundo. Y podían realizar las complejas misiones que el Papa quisiera encomendarles, pues se unieron a él con un cuarto voto.

El hecho es que las nuevas Congregaciones -masculinas y femeninas- que surgieron a partir de entonces, por lo general tuvieron como referencia, en mayor o menor medida, a los jesuitas. Pero, si bien muchas de ellas van a trabajar en instituciones, la mayoría no fueron tan radicales como ellos, pues dejaron algunos actos comunitarios como, por ejemplo, la oración comunitaria. Asimismo, llegado el siglo XX, también las Órdenes mendicantes y la Orden benedictina tuvieron que mirar, en cierto modo, hacia el estilo de vida de los jesuitas, pues muchas comunidades crearon sus propias instituciones o aceptaron la gestión de parroquias, y vieron que debían adaptar la vida conventual a esas nuevas circunstancias. De esto hablaremos más adelante.

Vida religiosa apostólica femenina

Veremos en este capítulo que, a finales del siglo XV, surgieron algunos beaterios de religiosas terciarias que optaron por no vivir bajo la estricta clausura de las monjas contemplativas, pues se sentían llamadas a realizar labores caritativas fuera de sus beaterios. Surgió así la vida activa –o vida apostólica– en el seno de la vida religiosa femenina, que hasta entonces era exclusivamente contemplativa.

Bueno, pues siguiendo el ejemplo de estas terciarias, en el siglo XVI nacieron los primeros Institutos religiosos femeninos de vida apostólica. Así, en 1530 san Antonio María Zaccaria fundó en Italia a las *Hermanas Angélicas de San Pablo*, las cuales se dedicaban a cuidar a niños huérfanos, educar a mujeres conversas, atender a enfermos y a realizar otras labores fuera de la clausura. Fueron aprobadas por el Papa Pablo III en 1535. Ese mismo año santa Angela Merici fundó la *Compañía de Santa Úrsula*, más conocidas como ursulinas, que recibieron la aprobación papal en 1544 y se organizaron como Congregación en 1565, bajo el patrocinio de santa Úrsula. Y así, en estos años fueron surgiendo diversas Congregaciones religiosas femeninas de vida apostólica. Pero no perduraron mucho tiempo, pues, como veremos en el próximo capítulo, esta forma de vida fue prohibida por la bula *Circa pastoralis*, firmada en 1566 por el Papa san Pío V.

Todo esto sucedió en el siglo XVI. Pero volvamos ahora dos siglos atrás, a la segunda mitad del siglo XIV, donde comienza el periodo que estamos estudiando en este capítulo.

GOBIERNO DE LA ORDEN

En paralelo a lo que estaba ocurriendo en los Estados de Europa occidental, que cada vez centralizaban más su poder en la figura del rey y su corte, la Orden también fue centralizando su poder en el Maestro de la Orden y su Curia. Recordemos que a partir de 1374 los Capítulos generales ya no fueron anuales, sino cada dos o tres años. En efecto, si en el siglo XIV hubo 76 Capítulos generales, en el siglo XV se celebraron 47 y en el siglo XVI sólo 28. Y esto, como veremos más adelante, fue a peor en siglos posteriores.

Recordemos también que, a su vez, la Santa Sede había creado en 1373 la figura del Cardenal Protector, por medio del cual «controlaba», en cierta medida, a la Orden. De hecho, dicho cargo fue ganando poder e influencia en el siglo XV, ejerciendo en ocasiones de vicario general, que administraba la Orden cuando no había Maestro. Hubo que esperar a 1887 para que el Papa León XIII suprimiese dicho cargo, asumiendo desde entonces –y hasta la actualidad– el propio Papa esta función «protectora».

A nivel provincial, también fue ganando posiciones la tendencia centralizadora, pues en 1410 dejaron de celebrarse los Capítulos provinciales anualmente. En definitiva, en consonancia con lo que ocurría con las autoridades civiles, las autoridades dominicanas fueron pasando a tener un poder cada vez más autoritario, también a nivel provincial y conventual.

REFORMA DE LA ORDEN

Es bien sabido que, a lo largo de la historia, muchas Órdenes acabaron rompiéndose cuando tuvieron que afrontar un proceso de reforma. Por eso, que los dominicos no se dividieran es un fenómeno excepcional en la vida religiosa. La clave está en la solidez del sistema de gobierno democrático. Es un sistema sólido, pero también muy lento, pues pasaron más de cien años hasta que los dominicos reformados se hicieron definitivamente con el control de la Orden. Y aun así, quedaron bastantes conventos sin reformar durante un buen número de años.

La dificultad que conlleva la reforma de una Orden como la dominicana, se constata en que hubo una anterior tentativa que quedó truncada. En efecto, once años antes de que el beato Raimundo de Capua fuese elegido Maestro de la Orden, el prior provincial de la Provincia Romana, el francés fray Esteban Lacombe –que también era el vicario del Maestro de la Orden en Italia– hizo un intento por comenzar la reforma de la Orden, pero todo su plan se vino abajo cuando en 1378 se produjo el Cisma de Occidente, y él, como era francés, se tuvo que poner bajo la autoridad del Papa Clemente VII de Aviñón.

Pero dos años después, animados por santa Catalina de Siena, los miembros del Capítulo general eligieron a fray Raimundo con la idea de que emprendiese la reforma. Veámoslo.

► Beato Raimundo de Capua

Nació en torno al año 1330 en la ciudad de Capua, en el reino de Nápoles. Su familia pertenecía a la alta nobleza. Con unos 15 años le enviaron a estudiar derecho a Bolonia, donde tuvo contacto con los frailes del convento de Santo Domingo. Y allí, en 1348, ingresó en la Orden. Ese mismo año la peste negra irrumpió en Bolonia. Siete años después, acabados los estudios de lector en teología, fue ordenado sacerdote y comenzó a ejercer de profesor en Bolonia y Roma.

Fray Raimundo vivió las grandes mortandades que generó la peste y fue viendo cómo se dejaba ingresar en los conventos a personas sin vocación que buscaban medrar en la vida. Dado que él tenía una salud muy débil, sus priores tenían tendencia a dispensarle de los ayunos conventuales, lo que, en apariencia, le igualaba a los frailes menos observantes que no ayunaban porque no querían. Ese fue un problema que él arrastró toda su vida, pues, en aquellos tiempos de crisis, era muy importante dar un buen testimonio.

Cuando tenía unos 33 años su vida cambió, pues se le pidió que ejerciera de capellán en el monasterio dominicano de Montepulciano, teniendo que dejar su labor de profesor. Allí, las hermanas comenzaron a hablarle de su fundadora, sor Inés Segni. Aquello que escuchaba sobre ella le gustó tanto a fray Raimundo, que decidió ponerlo por escrito con el fin de que no cayera en el olvido. Para ello, completó la información que le dieron las hermanas que conocieron a sor Inés, con lo que él fue averiguando en los archivos de la ciudad y en otras fuentes. Cuatro años después, conmemorando el cincuenta aniversario del fallecimiento de sor Inés, publicó su vida, titulada: *Leyenda*. Ese mismo año fray Raimundo fue elegido prior de Santa María Sopra Minerva de Roma. Y en 1370 fue enviado a Florencia para dar clases en Santa María Novella.

Pero cuatro años después, teniendo fray Raimundo unos 44 años, su vida volvió a dar un giro inesperado cuando, a petición del Capítulo general, el Maestro de la Orden le envió a Siena para asistir espiritualmente a una controvertida terciaria dominica llamada

Catalina. Aquello no le gustó mucho, pero obedeció. Nada más llegar a Siena, conoció la gran labor que hacía aquella joven (que por entonces tenía 27 años) y, sobre todo, su atrayente carisma. Y pronto se unió a su grupo de discípulos para colaborar con ella. Además, fray Raimundo cayó gravemente enfermo y eso les ayudó a crear una estrecha amistad, pues Catalina le asistió hasta que él sanó. Ese mismo año, le pidieron a fray Raimundo que regresara a Montepulciano (que estaba a 50 kilómetros) para asistir a las dominicas durante unos meses. A su regreso a Siena, se unió plenamente a la familia espiritual de Catalina y colaboró activamente en una misión popular que ella había organizado en Pisa.

En 1376 las autoridades civiles de Florencia pidieron a fray Raimundo y a Catalina que fuesen a Aviñón para conseguir que el Papa Gregorio XI les levantase el castigo. Como ya sabemos, ambos dominicos no consiguieron que el Papa rectificase respecto a Florencia, pero Catalina le convenció para que trasladara la corte papal a Roma. Una vez que el Papa emprendió el traslado, ambos – junto con muchos otros discípulos– siguieron predicando en ciudades y comarcas del norte de Italia.

Pero en 1378 falleció el Papa Gregorio XI en Roma, fue elegido Urbano VI y poco después un gran grupo de cardenales salió de Roma de regreso a Aviñón, eligiendo en el camino a otro Papa: Clemente VII, originando así el Cisma de Occidente. Entonces Urbano VI pidió a Catalina que se instalara en Roma para ayudarle a reunificar la Iglesia y envió a fray Raimundo a París para llegar a un acuerdo con el rey Carlos V de Francia, que era el principal instigador del Cisma. Pero fray Raimundo, a medio camino, tuvo que regresar pues le avisaron de que un grupo de enemigos del Papa Urbano VI le iba a asesinar.

Al año siguiente, el Papa le concedió el grado de maestro en sagrada teología y poco después fue elegido prior provincial de los conventos de la Provincia de Lombardía que eran fieles al Papa de Roma. Y un año después, en 1380, Urbano VI depuso al Maestro de la Orden, fray Elías Raymond, de Toulouse, por apoyar al Papa de Aviñón. En abril, Catalina falleció en Roma tras haberse entregado totalmente por la unión de la Iglesia y habiendo animado a los dominicos a que eligiesen a fray Raimundo para que emprendiese la reforma de la Orden.

Y así se hizo: en el Capítulo general de 1380 fray Raimundo fue elegido Maestro. Tenía unos 50 años. Ante él se abría una dura y complicada tarea, pues una gran cantidad de conventos estaban sumidos en una mísera decadencia, de la que demasiados frailes no querían salir porque estaban muy cómodos así. Además, la Orden estaba dividida por el Cisma, lo cual dificultaba aún más las cosas.

Entonces, fray Raimundo decidió salir de Roma para recorrer las Provincias y conocer personalmente a las comunidades. Sólo así podía hallar una solución viable. Afortunadamente, encontró a muchos frailes que, como él, deseaban recuperar la antigua observancia que santo Domingo inculcó en su Orden. Es decir, querían vivir fielmente las Constituciones. Y el mismo apoyo encontró entre las monjas y las terciarias consagradas.

Y así, a base de visitar comunidades y hablar con los frailes, fue ideando un plan en el que estableció unas estrictas pautas a seguir: comunitariamente, los dominicos reformados debían vivir pobremente de las limosnas -no de sus posesiones ni de rentas-; asimismo, los frailes debían comprometerse a cumplir las normas básicas de un convento dominicano, con sus ayunos, guardando el silencio normativo, cerrando las puertas por la noche, celebrando una digna liturgia, comiendo juntos en el refectorio lo que se ha preparado en la cocina, vistiendo todos el hábito que determinan las Constituciones y guardando cada uno la estricta pobreza que siempre deseó santo Domingo.

Pues bien, en 1388 fray Raimundo pidió a todas las Provincias que ayudasen a los frailes que voluntariamente quisiesen vivir la observancia dominicana a fundar, al menos, una comunidad reformada que cumpliese las Constituciones. Dichas comunidades deberían tener como mínimo doce frailes. Para poner en práctica esta petición, el propio fray Raimundo decidió fundar al año siguiente, en 1389, la primera comunidad reformada. Y lo hizo en Alemania, en el convento de Colmar, nombrando a fray Conrado de Prusia como vicario general de dicha comunidad. Como es obvio, también promovió la reforma en los monasterios y beaterios de dominicas.

Es importante subrayar que fray Raimundo quiso que la observancia se implantara en los conventos de un modo democrático y sin obligar a nadie a aceptarla. Una vez que una comunidad decidía

democráticamente sumarse a la reforma, los frailes que no deseaban hacerlo podían quedarse o irse a otra comunidad, de tal forma que hubo conventos reformados en los que convivieron pacíficamente frailes observantes y no observantes. Eso fue clave para evitar la ruptura de la Orden. Un año después, en 1390, dado el éxito que estaba teniendo la reforma de Colmar, fray Raimundo publicó el decreto de reforma para toda la Orden, el cual fue confirmado después por el Papa Bonifacio IX. Gracias a dicho decreto, se reformó el convento de Santo Domingo de Venecia en 1391, y se fue extendiendo poco a poco la reforma.

Pero fray Raimundo se dio cuenta de que muchos priores provinciales no cooperaban lo suficiente. Es más, él sabía que algunos querían hacer uso del Capítulo general para cambiar las estrictas pautas que él había determinado para la reforma, pues deseaban suavizarlas, sobre todo en lo que se refería a la pobreza comunitaria, pues no veían conveniente la obligación de depender sólo de las limosnas. Por ello, en 1397 fray Raimundo consiguió que el Papa Bonifacio IX firmase un decreto que prohibía modificar dichas pautas. Y en 1399, tras 17 años trabajando por la reforma y con unos 69 años de vida, fray Raimundo falleció en el convento de Nuremberg (Alemania).

Este fraile también destacó como autor espiritual. Además de la *Leyenda* de santa Inés de Montepulciano, fray Raimundo nos dejó la *Leyenda mayor*, que publicó en 1395, en la que narra la vida de santa Catalina de Siena, mostrándonos cómo fue su camino espiritual y describiendo sus más importantes experiencias místicas. Gracias a dicha obra, la Iglesia ha podido conocer mejor a esta santa dominica.

Expansión de la reforma dominicana

Fray Raimundo tuvo un valioso aliado en Italia: fray Juan Dominici. Éste, viendo que la reforma del convento de Colmar estaba funcionando, y sabiendo que en el norte de Italia había un buen grupo de dominicos que deseaban vivir en verdad su carisma, se aventuró a colaborar activamente. En 1391, como ya sabemos, reformó el convento de Santo Domingo de Venecia, después fundó el monasterio del Corpus Christi, también en Venecia, y en 1406 fundó a las afueras de Florencia el convento de Santo Domingo de Fiesole, donde ingresaron Fra Angelico -de quien hablaremos

posteriormente- y otros meritorios reformadores. De este modo, la reforma iba abriéndose paso.

En la segunda década del siglo XV las cosas mejoraron mucho para el movimiento reformador dominicano, gracias al Concilio de Constanza. En él, además de dar fin al Cisma de Occidente, que impedía tener un solo Maestro de la Orden e introducir la reforma en las naciones bajo la obediencia de Aviñón, se animó a todas las Órdenes a emprender la reforma, lo que impulsó definitivamente la dominicana. Así, fueron proliferando los conventos reformados que, a su vez, se unían formando Congregaciones que dependían directamente del Maestro de la Orden, y éstas fueron creciendo en número de conventos. A mediados del siglo XV, la reforma había tomado fuerza en las Provincias de España y Aragón, las cuales habían dependido de Aviñón durante el Cisma.

El año 1475 fue clave para que la reforma se impusiera en la Orden. Por una parte, ese año ya había una Provincia, la alemana, cuyo Capítulo provincial pasó a estar bajo el control de los reformados. Pero sobre todo se resolvió definitivamente el problema de la pobreza comunitaria que determinaban las Constituciones, las cuales prohibían que los conventos tuvieran posesiones y rentas. En efecto, por entonces había muchas comunidades de dominicos que deseaban la reforma, pero eran materialmente incapaces de subsistir con las escasas limosnas que recibían. A sabiendas de esto, en 1475 el Papa Sixto IV concedió a la Orden el derecho de tener propiedades y recibir rentas. Esto animó a muchos conventos a sumarse a la reforma. Y así, las Congregaciones de conventos reformados fueron transformándose en Provincias.

Con el apoyo de los Papas y de las autoridades civiles de muchas regiones, la reforma se fue abriendo paso. Además, los priores provinciales animaban a las comunidades no reformadas a cambiar de parecer. De esta forma, a finales del siglo XV los conventos no reformados pasaron a ser una minoría. Por ello, con el fin de ayudar a que la Orden se reformase definitivamente, en 1505 el Papa Julio II pidió a las autoridades de la Orden que promovieran activamente la reforma. Con aquel empujón, aunque aún había zonas en las que permanecía un significativo número de conventos no observantes, la reforma quedó implantada en la Orden.

De este modo, gracias a la reforma y a la difusión de la Orden en América y en Asia, ésta pasó de 22 a 35 Provincias durante el siglo XVI. Pero desaparecieron las Provincias de Escandinavia y Escocia a causa del protestantismo y también la de Palestina por la expansión del Imperio Turco Otomano.

La reforma trajo también una mejora de la vida espiritual de las comunidades dominicanas. El Capítulo general de 1505 ordenó que todas tuvieran un retiro anual, que en ellas se recitase comunitariamente el Rosario y que cada día se reservara un tiempo para la oración mental.

ULTRARREFORMADORES

Podríamos narrar la edificante vida de muchas dominicas y dominicos que hicieron un gran esfuerzo por difundir la observancia en la Orden. Más adelante hablaremos de algunos de ellos. Ahora vamos a centrarnos en dos frailes a los que, por su radicalidad, podemos definir como «ultrarreformadores», pues ambos reformaron comunidades que ya estaban reformadas, y dejaron una profunda huella en la Orden.

► Fray Jerónimo Savonarola

Nació en 1452 en Ferrara (Italia). Su padre era un adinerado comerciante y su madre pertenecía a una familia de la antigua nobleza de Mantua. Pero quien más influyó en él fue su abuelo paterno, Miguel, un hombre renacentista, bien formado en filosofía y teología, y gran amante de la Biblia. Él animó a su nieto a adquirir una sólida formación teológica y humanista.

El año 1468 fue importante para Jerónimo, pues murió su abuelo y comenzó a estudiar medicina, aunque se sintió más atraído por el saber que su abuelo le fue inculcando: la filosofía y la teología, interesándole mucho Aristóteles y santo Tomás. Ya con 20 años mostró su inconformidad con la corrupción moral y religiosa de la sociedad, expresándolo en dos poemas: *Sobre la ruina del mundo* y *Sobre la ruina de la Iglesia*.

Cuando tenía 23 años su vida dio otro giro. Un día entró en el convento de los agustinos de Faenza y al escuchar la homilía del fraile

que estaba predicando sintió la llamada de Dios, pero no ingresó en ese convento sino en el de Santo Domingo de Bolonia. Siendo fraile estudiante, buscó en el profetismo del Antiguo Testamento la solución a la corrupción del mundo. Con 27 años fue trasladado a Ferrara, acabando los estudios en el convento de Santa María de los Ángeles. Por entonces escribió su obra *Discursos*, sobre la clara decadencia del Papado renacentista. En sus homilias predicaba sobre la bondad de la vida sencilla y criticaba el lujo y el egoísmo de la jerarquía de la Iglesia.

En 1482 fue trasladado al famoso convento reformado de San Marcos de Florencia. Allí dio clases de Biblia y ejerció el oficio de predicador, que poco a poco fue dominando y mejorando, buscando que la sociedad abandonase sus vicios y se convirtiera. Pero sus duras homilias no gustaban en Florencia, por lo que fue trasladado en 1487 a Bolonia. Al año siguiente fue trasladado a Ferrara. Entre tanto, fray Jerónimo seguía esforzándose en mejorar su oratoria. En 1489 fue trasladado a Mantua, donde comenzó a ejercer como predicador itinerante por el norte de Italia, adquiriendo, ahora sí, una gran fama como predicador.

Ello hizo que, al año siguiente, Lorenzo de Medici –que era el gobernante de Florencia– pidiese al Maestro de la Orden que hiciese regresar a fray Jerónimo al convento de San Marcos, pensando que este fraile apoyaría a los Medici. Pero ocurrió lo contrario: fray Jerónimo, asumiendo la vocación de profeta, se propuso convertir a la corrupta república de Florencia, para después seguir con la reforma de Italia y de toda la Cristiandad. Él pretendía una reforma total, pues no se limitaba a la vida doméstica de cada persona, sino que apuntaba a tres importantes ámbitos: el político, el religioso y el eclesial. Y a quién más atacó en sus homilias fue a la poderosa familia Medici.

Pues bien, ante esta situación, los frailes de San Marcos decidieron elegirle prior de la comunidad, lo que le dio una gran autoridad moral. Fray Jerónimo tenía por entonces 39 años. A nivel religioso, emprendió la creación de una Congregación «ultrarreformada» con conventos de la Congregación reformada de Lombardía, a la que pertenecía San Marcos. A nivel eclesial, predicó muy duramente contra el Papa Inocencio VIII. Y para dar más fuerza a sus homilias, en ellas hacía profecías que, en cierto modo, se iban cumpliendo.

En 1492 murió Lorenzo de Medici, siendo sucedido por su hijo Pedro de Medici. También ese año fue elegido el Papa Alejandro VI, conocido después como el Papa Borgia. Al año siguiente este Papa aprobó la creación de la Congregación «ultrarreformada» de San Marcos, cuyo vicario general era fray Jerónimo Savonarola, que buscaba recuperar la más auténtica espiritualidad de santo Domingo, lo cual incluía renunciar a las rentas y posesiones, para vivir sólo de las limosnas.

En 1494 ocurrió algo que condujo al ascenso de fray Jerónimo, pasando a ser el famoso Savonarola que ha conocido la historia. Ese año el rey Carlos VIII de Francia conquistó Florencia y dejó que los partidarios de Savonarola se hiciesen con el poder de la ciudad. Entonces este fraile aprovechó esta situación para emprender la reforma a nivel político y social, pues pretendió convertir a Florencia en una especie de república teocrática.

Esta reforma buscaba que los ciudadanos viviesen con sencillez. Y así, persiguió todo aquello que –según él– se oponía a ello, a saber: los libros pecaminosos, los juegos de azar, los perfumes, las bebidas alcohólicas, las pinturas frívolas y otras cosas que mostraban la decadencia de la sociedad. Y mucho de eso fue destruido en la llamada «hoguera de las vanidades». A resultas de toda esta situación, se generaron dos grupos opuestos: los *piagnoni* –es decir, los llorones–, que eran grandes enemigos de los Medici y apoyaban la ultrarreforma de Savonarola, y los *arrabbiati* –es decir, los enojados– que, encabezados por algunos franciscanos, se oponían a Savonarola.

Ante esta situación, el Papa Alejandro VI intentó en un principio ser muy diplomático, pidiendo a Savonarola que se fuese de Florencia y aceptase un cardenalato. Pero él lo rechazó rotundamente. Entonces el Papa suprimió la Congregación de San Marcos y Savonarola reaccionó negándose a ello y predicando con gran dureza contra los vicios, los lujos y los excesos del Papa, su familia y sus amigos.

En estos años, además, Savonarola escribió su obra *Sobre la simplicidad de la vida cristiana*. Pero también publicó escritos muy críticos contra la decadencia del poder civil y eclesial. Esto hizo que el Papa lo excomulgase y que ordenase a las autoridades civiles de Florencia que lo arrestasen, pero éstas no lo hicieron. Entonces

Savonarola escribió a las principales autoridades de la Cristiandad para que convocasen un Concilio que depusiese al Papa Alejandro VI.

Bueno, pues todo cambió para Savonarola el 7 de abril de 1498. Él tenía por entonces 46 años. Ese día murió su gran defensor, el rey Carlos VIII de Francia. Al día siguiente se hizo efectiva la orden del Papa de arrestar a Savonarola y a otros dos dominicos discípulos suyos. Los tres fueron acusados ante la Inquisición de ser cismáticos, de predicar herejías y de inventarse profecías y visiones. Pues bien, tras varias semanas de interrogatorio, sufriendo horribles torturas, los tres dominicos se reconocieron culpables de todos los cargos. En esa penosa situación, Savonarola sacó fuerzas para escribir sus *Meditaciones sobre los Salmos 31 y 51*. Y tras este irregular proceso, los tres dominicos fueron ejecutados en la horca, sus cuerpos fueron después quemados en la hoguera y, por último, sus cenizas fueron arrojadas al río.

Si bien Savonarola fracasó como reformador político, pues no consiguió que los habitantes de Florencia renunciasen a sus lujos y frivolidades, y también fracasó en la reforma de la Iglesia, pues ésta no recuperó la sencillez de los tiempos de los Apóstoles, sí tuvo un cierto éxito en su reforma religiosa, pues su radical espíritu reformador influyó en diversas comunidades de dominicos y franciscanos.

Savonarola dejó algunos escritos espirituales de gran valor, como los ya citados: *Sobre la simplicidad de la vida cristiana* y *Meditaciones sobre los Salmos 31 y 51*. En estas obras anima al lector a hacer moderadamente ascesis para ganar autodomínio, pues, a su vez, eso va a mejorar su relación con Dios. Respecto a la práctica de la oración, Savonarola afirma que debe hacerse con humildad, sinceridad, alegría y, sobre todo, con mucho amor. Según este autor, la oración vocal debe estar al servicio de la oración mental, la cual debe recogerlos interiormente junto a Dios en el corazón. Siendo el fin último del camino espiritual convertirnos en personas caritativas y virtuosas.

Vamos a conocer ahora la vida de un significativo «ultrarreformador» español, el cual se inspiró en Savonarola.

► Fray Juan Hurtado de Mendoza

Nació en torno al año 1460 en Salamanca y estudió en su universidad. Tras participar en 1492 en la conquista de Granada –que era el último bastión musulmán de la península ibérica–, fue profesor de retórica en la corte de los Reyes Católicos (Isabel y Fernando) y participó en algunas misiones diplomáticas. Al año siguiente, con unos 33 años, Hurtado ingresó en el convento de los dominicos de Piedrahíta, y allí quedó impresionado con las noticias que llegaban desde Florencia de la reforma que estaba llevando a cabo Savonarola. Y así, desde novicio destacó por su austeridad y coherencia de vida.

En 1496 fue trasladado al convento de San Esteban de Salamanca y en 1500 comenzó allí a ejercer como profesor de *Sentencias*. Dos años después, el Capítulo provincial concedió a Hurtado el título de predicador general y le nombró profesor de teología y regente de estudios en el convento de Santo Tomás de Ávila. A los cuatro años regresó a Salamanca siendo nombrado maestro de estudiantes.

En 1513 la Provincia de Portugal no había iniciado aún la reforma, por lo que el rey Manuel I de Portugal decidió impulsarla. Por ello, el Maestro de la Orden, fray Tomás Cayetano, nombró a Hurtado su vicario general para tal empresa. El hecho es que, a pesar de que el Capítulo provincial ordenó la reforma de todos los conventos dominicos de aquel país, éstos no acataron tal ordenación y, ante eso, Hurtado decidió regresar a España. Cuando tenía unos 55 años, en 1515, el Capítulo general le otorgó el título de maestro en sagrada teología y el Capítulo provincial lo nombró de nuevo regente del estudio general de Ávila.

En 1517 fue elegido prior de San Esteban de Salamanca, pero dos años después fue depuesto de su cargo y entonces decidió emprender una «ultrarreforma», fundando al año siguiente dos austeros conventos: uno en Talavera de la Reina y otro en Mombeltrán, que debían mantenerse exclusivamente con las limosnas. En 1522 volvió a ser elegido prior de San Esteban y, con el respaldo de la comunidad, acometió la «ultrarreforma» de este convento. Pero, dado su gran número de frailes –muchos de ellos estudiantes–, no pudieron renunciar a las rentas y posesiones, pues les resultaba imposible vivir sólo con limosnas. Y al año siguiente

fundó otro convento «ultrarreformado» en Madrid: el convento de Nuestra Señora de Atocha.

Ciertamente, fray Juan Hurtado de Mendoza era un fraile muy carismático, cuyas predicaciones conmovían al pueblo fiel y animaban a sus hermanos a ser buenos frailes. Gracias a sus predicaciones en San Esteban, muchos estudiantes de la universidad ingresaron en el convento. Su fama llegó a tal extremo, que el rey Carlos I le ofreció el arzobispado de Granada y también el de Toledo, pero él rehusó. Estando él predicando en la corte de Madrid durante la Semana Santa de 1525, repentinamente murió, con unos 65 años. Fray Francisco de Vitoria –de quien hablaremos más adelante– llegó al convento de San Esteban al año siguiente, para ocupar la cátedra de prima en la universidad.

La «ultrarreforma» promovida por Hurtado siguió adelante, fundándose cuatro conventos y reformándose varios más. Pero también formó una observante generación de frailes que destacaron por su entrega teológica, predicadora y misionera, destacando, entre otros, fray Pedro de Córdoba, fray Antón de Montesinos, fray Juan de la Cruz y fray Melchor Cano.

¿En qué consistía su «ultrarreforma»? en ser frailes humildes, austeros y coherentes, amantes de la oración, el estudio y la predicación. En efecto, a diferencia de otros reformadores, fray Juan Hurtado de Mendoza no sólo promovió la observancia regular y la austeridad, también animó a los jóvenes a estudiar con ahínco para ser unos buenos teólogos y unos valientes predicadores.

ARTE

En el periodo del Renacimiento sobresalieron numerosos artistas dominicos. Vamos a dejar para el final de este apartado a dos grandes pintores florentinos: Fra Angelico y Fra Bartolommeo.

El arte dominicano estuvo muy ligado al movimiento observante. Fray Juan Dominici, el gran reformador italiano, quiso que las dominicas y los dominicos captaran la espiritualidad dominicana por medio de la belleza del arte. Él animó a las monjas y a los frailes reformados a que tuvieran unos cantorales bellamente

decorados que les ayudasen a elevar su alma hacia Dios, por lo que fomentó la creación de escuelas de miniaturistas en los conventos y monasterios. Además de los grandes pintores y miniaturistas de Florencia, también proliferaron los artistas en Venecia y en otros conventos y monasterios de la Orden. Destaca sor Plautilla Nelli, del monasterio de Santa Catalina de Siena de Florencia, pues plasmó en sus obras la espiritualidad de Savonarola y creó en su monasterio una fructífera escuela de pintura.

Como es lógico, en esta época se construyeron bellísimos conventos y monasterios renacentistas como Santa María de las Gracias de Milán, en cuyo refectorio se conserva la famosa *Ultima Cena* de Leonardo da Vinci, Santa María de los Ángeles de Ferrara, Santa Cruz la Real de Granada y San Esteban de Salamanca, cuya comunidad decidió derribar la iglesia y el claustro góticos (del siglo XIII) y reconstruirlos en un bellísimo gótico florido. En esta obra participó fray Martín de Santiago, un hermano cooperador que también colaboró, entre otras obras, en la construcción del convento de San Telmo de la ciudad de San Sebastián.

También hubo dominicas y dominicos vidrieristas. Por citar a dos de ellos, tenemos al beato Santiago de Ulm, un hermano cooperador alemán que desarrolló su trabajo artístico en Bolonia y creó una escuela de vidrieristas, y a sor Eufrosina Burlamachi, del monasterio de Santo Domingo de Lucca. Sobresalieron asimismo escultores, ebanistas y rejeros.

En música fue muy valorado el libro de *Cánticos espirituales* en lengua alemana escrito por fray Miguel Vebe. Destacaron también los poemas espirituales de sor Dómina del Paraíso del monasterio de Santa Cruz, en Florencia, y otros poetas dominicos. Y en literatura, además de fray Jerónimo Savonarola, es preciso citar a fray Luis de Granada y a fray Francisco de Colonna, de quienes hablaremos más adelante, y a fray Tomás Bandello por sus cuentos y novelas cortas.

► Fra Angelico

Recordemos que el beato Raimundo de Capua fundó el primer convento reformado en 1389 en Colmar (Alemania). Dos años después, el beato Juan Dominici reformó el convento de Santo Domingo de Venecia y desde ahí se extendió el movimiento

observante dominicano por Italia. Éste llegó a Florencia en 1406, fundando en la cercana localidad de Fiésole un convento reformado.

Guido de Pietro tenía por entonces unos 6 años y vivía en Vicchio, a unos 15 kilómetros al norte de Fiésole. En 1417, el joven Guido estudió pintura en un taller de Florencia. Y casi todos los días pasaba por Fiésole de camino entre Vicchio y Florencia. Movidado por la carismática figura de fray Juan Dominici, Guido ingresó en el convento de Fiésole y, siendo novicio, le animaron a que pintase –o «iluminase»– los misales y los cantorales de la comunidad, para ayudar a sus hermanos a orar y a celebrar la Eucaristía más devotamente. En ellos comenzó a plasmar pictóricamente la espiritualidad dominicana que difundía la reforma, algo que siguió haciendo durante toda su vida. Al profesar en la Orden tomó el nombre de fray Juan de Santo Domingo, aunque ha pasado a la posteridad como Fra Angelico, beato Angélico o fray Juan de Fiésole.

Como es bien sabido, el arte renacentista nació en Florencia a lo largo de las primeras décadas del siglo XV. Según los historiadores, el joven Fra Angelico intervino decisivamente en este proceso, gracias a las bellas pinturas que realizó en la década de 1420, tratando de plasmar la espiritualidad observante que él compartía con sus hermanos dominicos. Además, la Iglesia vivía inmersa en los beneficiosos efectos que tuvo el Concilio de Constanza, unificándola bajo el mandato de un único Papa, Martín V, y animando al clero secular y a la vida religiosa a que tomasen las medidas necesarias para superar la decadencia espiritual y moral vivida en el siglo XIV. Todo eso lo experimentó interiormente Fra Angelico y lo proyectó en sus pinturas, llenas de luz y vivos colores.

Estaba tan implicado en su predicación artística, que se animó a crear un taller de pintura en su convento. En dicho taller, entre otras obras, pintó dos cuadros especialmente pensados para ayudar a los frailes a orar comunitariamente en la austera capilla de aquel convento: *La Anunciación* (que ahora está expuesto en el Museo del Prado, en Madrid) y *La Coronación* (que está expuesto en el Museo del Louvre, en París).

Pero el Papa Martín V quería que hubiese un convento de dominicos reformados dentro de Florencia. Para ello habló con las autoridades de la Orden y éstas, con ayuda de los Medici, adquirieron

en 1437 el convento de San Marcos, que era un antiguo y deteriorado monasterio de los monjes silvestrinis, los cuales protestaron ante las autoridades y paralizaron las obras durante dos años.

Pero, superada esta dificultad, entre 1439 y 1444, financiados por los Medici, los dominicos convirtieron San Marcos en un edificio conventual modélico, con buenas –pero austeras– dependencias. Fra Angelico era por entonces el administrador de la comunidad y, animado por sus hermanos, decoró con sus pinturas muchas salas y dependencias del convento, tratando así de ayudar a los frailes a vivir la observancia dominicana. También influyó notablemente san Antonino de Florencia, que era el prior. Ambos se preocuparon de crear en aquel nuevo convento un hermoso jardín renacentista en el que los frailes pudieran descansar, pasear y, sobre todo, orar. Por fortuna, aún se conserva este edificio conventual, pues en 1869 se transformó en el Museo de San Marcos.

Finalizadas las obras de este convento, en 1445 Fra Angelico se trasladó a Roma a petición del Papa Eugenio IV, pues deseaba que decorase con murales la capilla del Santísimo Sacramento (que formaba parte de la basílica de San Pedro y fue derribada posteriormente). En este periodo el Papa le ofreció el arzobispado de Florencia, pero Fra Angelico cedió este cargo a fray Antonino. Asimismo, decoró la capilla de San Brizio en la catedral de Orvieto en 1447 y la capilla Nicolina de Roma en 1449. Al año siguiente fue elegido prior del convento de Santo Domingo de Fiésole. En este periodo realizó sus últimas obras. En 1453 regresó a Roma, y allí, en el convento de Santa María Sopra Minerva, falleció dos años después, con unos 55 años.

Ciertamente, las pinturas de Fra Angelico son una maravillosa predicación del Evangelio y, además, una bella expresión de su vivencia espiritual. En efecto, este dominico no se limitó a pintar escenas bíblicas o de las vidas de los santos, sino que compartió con nosotros su vivencia mística.

La luz es un elemento fundamental en las pinturas de Fra Angelico. Con ella nos muestra la presencia de Dios. Y con la oscuridad nos hace ver su ausencia. Asimismo, gracias a su excepcional manejo de los colores, fue capaz de transmitir bellamente los sentimientos de alegría, tristeza, amor o paz que se viven en la

escena que nos invita a contemplar. También es muy importante la perfección de sus figuras. Pero, a diferencia de otros pintores renacentistas, Fra Angelico no plasmó la belleza externa y superficial de los personajes, sino su hermosura interior e íntima. Es la perfección propia de Dios, que habita en el corazón humano y que ha creado la naturaleza.

Así es, Fra Angelico se esforzó en pintar con detalle y fidelidad las plantas y animales que aparecen en sus obras, pues sabía que, al contemplarlos en éstas, nosotros podemos relacionarnos con el Creador. Curiosamente, este fraile no pintó meros retratos, sino escenas vivas en las que sus personajes están inmersos en la Historia de la Salvación, invitándonos a nosotros a formar parte de ella, ya que ésta nos conduce a la felicidad eterna. Dicha felicidad se puede ver en muchas obras de Fra Angelico, sobre todo en aquellas en las que representa el Cielo, donde los santos cantan y danzan de alegría. En 1982 este pintor dominico fue beatificado por san Juan Pablo II y ahora comparte con los santos la alegría del Reino Celestial.

► **Fra Bartolommeo**

Baccio della Porta nació en 1472 en Florencia. Unos 45 años después de que Fra Angelico muriese en Roma, ingresó en el convento de San Marcos, pasando a llamarse Fra Bartolommeo en su profesión religiosa. Ya tenía por entonces 28 años y era un conocido pintor renacentista de Florencia, autor de algunas obras de temática religiosa, como *La Virgen con el Niño* y *San Juan Bautista* (que están actualmente expuestos en el Museo Metropolitano de Nueva York). Fue el carisma de fray Jerónimo Savonarola, que había sido ejecutado dos años antes por la Inquisición, el que le movió a ingresar en la Orden para vivir su «ultrarreforma». Tanto es así que, antes de ingresar, ya había quemado varias pinturas suyas que le resultaban demasiado frívolas para la estricta sencillez y pureza que predicaba el antiguo prior de San Marcos. Además, Fra Bartolommeo dejó de pintar al comenzar el noviciado.

Pero, cuatro años después, sus hermanos le animaron a que aprovechase sus dotes artísticas para la predicación, y montó un taller en el convento, volviendo a pintar obras de temática religiosa. En 1508 viajó a Venecia donde perfeccionó su estilo gracias a Juan Bellini. A su regreso a Florencia, colaboró en un retablo de la catedral y realizó

otras obras. En 1513 se trasladó a Roma donde realizó varias pinturas, destacando los *Santos Pedro y Pablo*. Allí su estilo ganó en movimiento y monumentalidad. Cuando retornó a Florencia, montó otra vez un taller de pintura en el convento de San Marcos, pasando a ser en esos años el pintor más destacado de la ciudad, junto a Andrea del Sarto. Murió en 1517, con 45 años, en su convento.

Destacó este dominico por su continuo deseo de mejorar su estilo pictórico, para lo que se esforzó en aprender de los grandes pintores de su época, llegando a convertirse en un gran maestro, no sólo como artista, sino también como predicador, pues con sus armoniosas pinturas, llenas de colorido y movimiento, supo transmitir su profunda experiencia de Dios.

MONJAS

Ya hemos comentado que las monjas dominicas se vieron inmersas en la decadencia y en la posterior reforma de la Orden de Predicadores. En aquellos años tan difíciles, hubo dominicas que destacaron por su espiritualidad y ejemplo de vida. Veamos a cuatro de ellas.

► **Beata Clara Gambacorta y beata María Mancini**

Tora nació en 1362 en Pisa (Italia), donde se casó con 12 años con un joven noble. En esa época ella conoció a santa Catalina de Siena, pues su padre la había pedido que fuera a Pisa para que ayudase a la ciudad a solucionar sus problemas con el Papa Gregorio XI. Dos años después, en 1377, Tora quedó viuda a causa de una epidemia que asoló la ciudad. Como era muy joven aún, su familia la quiso casar de nuevo, pero, persuadida por santa Catalina, Tora decidió consagrarse a Cristo, cortándose los cabellos, dando a los pobres sus pertenencias e ingresando en las clarisas del monasterio de San Martín, donde tomó el nombre de sor Clara. Pero su familia la sacó a la fuerza y la encerró en su casa para que cambiase de actitud.

A los seis meses de encierro, el obispo Alfonso de Valdaterra intercedió por ella y su familia acabó cediendo. Es más, su padre se comprometió a construir un monasterio para ella. A la espera de que se fundase dicho monasterio, sor Clara, por consejo de santa Catalina,

ingresó en el monasterio dominicano de la Santa Cruz. En él conoció a sor María Mancini, la cual había sufrido mucho, pues enviudó dos veces y perdió a sus ocho hijos. Afortunadamente ella también había conocido a santa Catalina y ésta la había ayudado a superar su gran pesar y tristeza interior.

Pues bien, en 1382 se abrió el monasterio que el padre de sor Clara se había comprometido a construir: el monasterio de Santo Domingo de Pisa. En él, sor Clara, que por entonces tenía 20 años, pasó a ser la subpriora y tiempo después fue elegida priora. También se trasladó a aquel monasterio su amiga sor María. Ambas siguieron el ejemplo reformador de su maestra espiritual, santa Catalina, brillando esta comunidad por su vida observante y por su fidelidad al carisma dominicano, dando siempre mucha importancia al estudio.

De este monasterio partieron varias dominicas para reformar otras comunidades. Sor Clara murió en 1419, con 57 años. Y doce años después murió sor María, con 76 años. La Orden decidió celebrar la fiesta de ambas beatas el mismo día, el 17 de abril. Y sus reliquias las conserva actualmente la *Congregación de Dominicas de Santa Catalina*.

► **Beata Margarita de Saboya-Acaya**

Nació en 1390 en el seno de la más alta nobleza italiana, pero pronto quedó huérfana. Por fortuna, san Vicente Ferrer supo consolarla y ayudarla a sobrellevar su dolor. Aunque deseaba consagrarse a Dios, en 1403, cuando ella tenía 13 años, su familia la casó por motivos políticos con el marqués de Monferrato: Teodoro II Paleólogo, que tenía 38 años y dos hijos pequeños, pues era viudo. En 1414 a su marido se le concedió el gobierno de Lombardía, pero murió cuatro años después y Margarita pasó a ser la consejera de su hijastro, Juan Jacobo, que heredó el cargo de su padre. Ella siempre empleó su influencia política para fomentar la paz y la concordia.

Cuando Margarita tenía 29 años, murió san Vicente Ferrer y ella sintió que éste se le aparecía pidiéndola que se consagrara a Cristo tomando el hábito de terciaria dominica. Y así hizo ella, asumiendo privadamente el voto de castidad y retirándose al palacio de Alba, situado en el Piamonte, que transformó en una especie de beaterio, donde ella vivió en comunidad con otras damas piadosas, dedicadas a la oración, el estudio y el trabajo caritativo. Su gran referencia

espiritual era santa Catalina de Siena, de la que conservaba una buena colección de cartas. Aunque varias veces pidieron su mano en matrimonio, ella siguió firme en su consagración a Cristo.

En 1423 murió su hijastro, Juan Jacobo, y ella tuvo que acudir a Lombardía para hacerse cargo provisionalmente de la regencia. Realizó esta labor con su hábito de terciaria, y fue admirada y respetada por su sabiduría. Pero pronto regresó a su palacio, y con la aprobación del Papa Eugenio IV, lo transformó en 1441 en el monasterio de Santa María Magdalena, según la observancia de la reforma dominicana. Ella tenía por entonces 51 años, y su salud, que siempre fue muy débil, fue empeorando. En 1448 alcanzó la perfección espiritual, y durante sus últimos 16 años tuvo grandes experiencias místicas, fruto de su profunda unión con Dios. Murió en 1464, con 74 años.

► Beata Juana de Portugal

La vida de esta dominica recuerda un poco a la de santa Margarita de Hungría. Era hija del rey Alfonso V de Portugal y doña Isabel. Su hermano era el príncipe Juan de Portugal. Aunque Juana quiso desde muy joven consagrarse a Cristo, su pertenencia a la familia real portuguesa se lo impedía. A pesar de que tuvo muchos pretendientes de otras familias reales, ella siempre decía que trabajaría mucho mejor por su patria siendo esposa de Cristo.

En 1472, cuando ella tenía 20 años, su padre venció en una importante batalla en el norte de África y, como agradecimiento a Dios, la permitió ingresar en un monasterio. Aunque quisieron que entrara en un rico monasterio cisterciense, ella consiguió que la dejaran ingresar en el pobre y apartado monasterio de Jesús de Aveiro, en el que había una comunidad de dominicas que destacaban por su observante vida.

Sin embargo, siendo novicia, su hermano, el príncipe Juan de Portugal, siguió insistiendo en que no era bueno que ella renunciase a casarse, y muchas otras autoridades de Portugal opinaban lo mismo. Mientras, sor Juana seguía queriendo consagrarse plenamente a Cristo. Pero, por desgracia, ella enfermó muy gravemente, y entonces el rey, respaldado por las autoridades eclesiásticas, prohibió a sor Juana hacer los votos solemnes. Pero sí pudo seguir viviendo en

el monasterio de Aveiro como una hermana más. Y en 1490, con 38 años, falleció, dejando en su comunidad y en todo Portugal un edificante ejemplo de entrega a Cristo.

TERCERA ORDEN

Como ya vimos en el capítulo anterior, los terciarios dominicos tuvieron en 1285 la *Regla de fray Munio de Zamora*. Pero no se preocuparon mucho de obtener la aprobación papal de dicha Regla pues, al no constituir una Orden independiente, sino que formaban parte de la Orden de Predicadores, con la aprobación de ésta era suficiente. Pero un siglo más tarde se abrió el proceso de canonización de santa Catalina de Siena, y en él debía constar que era terciaria dominica. Para ello, era preciso que la Regla que ella vivía como terciaria fuera aprobada por el Papa, lo cual hizo Inocencio VII en 1405.

Por otra parte, vimos que a lo largo de los siglos XIII y XIV fueron surgiendo beaterios que se unieron a la Orden, de tal forma que pasaron a estar formados por terciarias dominicas que seguían la *Regla de fray Munio de Zamora*, estaban bajo la jurisdicción del Maestro de la Orden, tenían una priora elegida por ellas y un capellán dominico, y vestían un hábito de inspiración dominicana. Pero no eran propiamente religiosas, sino laicas consagradas. Estas comunidades aumentaron mucho gracias a la popularidad de santa Catalina de Siena. Y dicha popularidad se multiplicó cuando fue oficialmente canonizada en 1461. Por ello, a muchos de los beaterios y monasterios que desde entonces se fueron fundando, se les puso el nombre de esta santa.

Es importante destacar que a lo largo del siglo XV hubo beaterios de terciarias que optaron por hacer sus votos públicamente, al modo en que lo hacían las religiosas. Y así, a finales de siglo, comenzaron a fundarse lo que eran, propiamente, comunidades religiosas de terciarias dominicas. En su mayoría, estas terciarias fundaron monasterios de vida contemplativa. Pero hubo beaterios muy pioneros que optaron por la vida apostólica femenina. Estas hermanas, además de asumir la vida regular en el interior de sus beaterios, hacían labores caritativas o pastorales fuera de ellos, atendiendo a huérfanos, pobres, enfermos y ancianos. Asimismo, era

normal que abrieran una escuela para niñas. También los monasterios podían tener una escuela.

El hecho es que esta eclosión de comunidades religiosas de la Tercera Orden movió al Capítulo general de 1498 a recomendar a estas comunidades que siguieran la *Regla de fray Humberto de Romans*, propia de las monjas dominicas, aunque las que optaban por la vida apostólica no estaban obligadas a vivir su estricta clausura.

En este periodo sobresalieron un buen número de terciarias y terciarios. Conozcamos a varias de estas personas.

► Beata Columba de Rieti

Nació en 1467 en Rieti (Italia) y fue bautizada con el nombre de Columba –es decir, Paloma–. Su familia era de comerciantes de paños, por lo que ella aprendió de niña a hilar y tejer. Asimismo, sus padres la llevaron a la escuela que tenían las terciarias dominicas, con las que aprendió a leer practicando con la *Leyenda mayor* del beato Raimundo de Capua, conociendo así la vida de santa Catalina de Siena, lo cual la dejó muy marcada, comenzando a tener una profunda relación con Cristo en su corazón.

Además, asistía con su familia a la Misa del convento de los dominicos y colaboraba con las terciarias en actividades caritativas. Y así, nació su deseo de consagrarse a Cristo, queriendo ingresar en el beaterio de las terciarias. Pero, cuando ella tenía 12 años, su familia decidió casarla con un rico aristócrata. Como ella se negó rotundamente, estuvo seis años castigada sin salir de casa, dedicándose a orar y a bordar, y recibiendo un trato muy duro por parte de algunos familiares, que ella soportó con paciencia.

Cuando tenía 19 años, su padre cedió y la dejó ingresar como laica consagrada en la Tercera Orden dominicana, tomando el hábito. Pero sor Columba siguió viviendo en su casa. Al año siguiente organizó una peregrinación de 60 kilómetros a pie al santuario dominicano de Santa María de la Quercia, patrona de Viterbo, junto a varios amigos y familiares. Y allí expulsó un «demonio» a una mujer que llevaba años poseída. Al año siguiente, movida por su vocación dominicana, decidió dejarlo todo por Cristo y fue caminando a Perugia (que está a unos 110 kilómetros de Rieti), y allí fue acogida en el beaterio de las terciarias dominicas. Como una más de la

comunidad, se dedicó a orar y a trabajar por los pobres, creciendo su fama de santidad en la región. Cuando más de cincuenta jóvenes se habían incorporado a aquel beaterio de terciarias, movidas por el testimonio de sor Colomba, ésta decidió que era el momento de fundar una comunidad religiosa de vida apostólica.

Y así, en 1491, cuando sor Colomba tenía 26 años, fundó el beaterio de Santa Catalina de Siena, llamado popularmente «la casa de las palomas». En esta comunidad, las hermanas hacían públicamente los tres votos, dedicaban parte de la jornada a la oración y otra a la educación de niñas y jóvenes, y salían a realizar un esforzado trabajo caritativo fuera de la comunidad. Es decir, no tenían la estricta clausura de las contemplativas. En esta fundación, sor Colomba tuvo muy en cuenta el espíritu «ultrarreformador» de Savonarola, que acababa de ser elegido prior de San Marcos de Florencia. De hecho, no tenían posesiones ni rentas y vivían sólo de las limosnas. Y, como Savonarola, sor Colomba presionó para que se reformase el Papado.

El año 1494 fue importante para ella, pues habló personalmente con el Papa Alejandro VI y trabajó arduamente junto a su comunidad para atender a los numerosos ciudadanos de Perugia que habían enfermado en una epidemia de peste que asoló la ciudad. En esa época, además, entabló una honda amistad espiritual con un teólogo dominico: fray Sebastián de Bontempi. Por desgracia, su arduo trabajo afectó a su salud, muriendo con sólo 34 años, en 1501. Pocos años después fray Sebastián publicó la *Leyenda*, en la que narra la vida espiritual de la beata Colomba.

En 1566 el beaterio de Santa Catalina tuvo que convertirse en un monasterio, pues, como veremos en el próximo capítulo, el Papa san Pío V obligó a todas las religiosas terciarias a vivir con la estricta clausura de las monjas contemplativas.

► Beata Estefanía Quinzani

Nació en 1457 en Orzinuovi, cerca de Brescia (Italia), en un sencillo hogar de campesinos. Desde niña sintió la presencia de Jesús en su corazón, consagrándose íntimamente a Él con 7 años, haciendo privadamente el voto de castidad. En esa época, su familia se trasladó a Soncino (también cerca de Brescia), donde su padre se puso a

trabajar para los dominicos de esa localidad. Pero unos años después murió su padre, y Estefanía tuvo que ayudar a su madre a sacar adelante a la familia.

Cuando tenía 15 años, los frailes la animaron a ingresar –como laica– en la Tercera Orden dominicana, y así lo hizo. Su vida espiritual seguía creciendo y madurando. Dos años después fue a trabajar como criada de un erudito doctor en ciencias y letras, llamado Juan Sabbatini, en Cremona. Allí estuvo 25 años, en los que aumentó su unión con Cristo y, asimismo, experimentó grandes crisis espirituales.

En 1499, con 42 años, Estefanía ingresó –como laica consagrada– en el beaterio de terciarias dominicas de Soncino y vistió el hábito dominicano. Pronto fue elegida priora y, tras dialogarlo en Capítulo con sus hermanas, decidieron dar el paso de fundar a las afueras de la ciudad un monasterio de religiosas de la Tercera Orden dominicana, en el que vivirían en estricta clausura, pero teniendo una pequeña escuela para educar a niñas y jóvenes. Y con ayuda de Dios, así lo hicieron.

Pues bien, sor Estefanía supo compaginar su vida contemplativa con la ayuda a los pobres e intervino en varias ocasiones para fomentar en su ciudad la paz y la concordia. Y así, tras muchos años de crecimiento interior, sufriendo también crisis espirituales, sor Estefanía alcanzó la perfección espiritual y recibió los estigmas de Cristo. En consecuencia, su popularidad fue creciendo en la región, y llegó a convertirse en una importante consejera y acompañante espiritual. Ello la obligó a dedicar mucho tiempo a hablar o escribir a numerosas personas del norte de Italia. Murió en 1530, con 73 años.

► **Beata Hosana de Kotor**

Esta terciaria fue reclusa, como también lo fue la beata Sibilina Biscossi, que conocimos en el capítulo anterior. Nació en 1493 en Montenegro, una región de la península balcánica que por entonces estaba bajo el dominio veneciano. Fue bautizada en la Iglesia ortodoxa con el nombre de Catalina. De niña fue pastora y, aprovechando la soledad que experimentaba en medio de la naturaleza, se aficionó a orar. También tenía visiones del Niño Jesús.

Deseando madurar espiritualmente, a los 12 años se trasladó a la ciudad de Kotor, donde se puso a trabajar como sirvienta de una señora católica, convirtiéndose al catolicismo.

Con 20 años Catalina sintió la llamada de Dios para ser una contemplativa solitaria, por lo que, con ayuda de su acompañante espiritual, se fue a vivir a una casa cercana a la iglesia de San Bartolomé. Después se trasladó a una casa pegada a la iglesia dominicana de San Pablo e ingresó en la Tercera Orden dominicana, tomando el nombre de Hosana. Fue muy querida y apreciada en aquella ciudad como consejera y acompañante espiritual. A esta terciaria se le fue uniendo un buen grupo de discípulas que acabaron fundando un beaterio de la Tercera Orden dominicana. Murió en 1565 con 72 años, habiendo vivido 52 años recluida.

► **Santa Catalina de Ricci**

Alejandrina Lucrecia Rómola nació en 1522 en Florencia. A los cinco años quedó huérfana de madre, por lo que su padre la internó en un monasterio de benedictinas donde educaban a niñas y jóvenes de la nobleza. Pero ella se sentía atraída por la vida dominicana. Por ello, cuando tenía 12 años, la dejaron pasar unos días en el monasterio de San Vicente. Se trataba de un monasterio de terciarias dominicas que había sido fundado en 1503 siguiendo la estricta observancia de la «ultrarreforma» de fray Jerónimo Savonarola y aquello le gustó mucho. Al regresar a su casa, Alejandrina enfermó gravemente y ella le dijo a su padre que Jesús la deseaba como esposa y que sanaría si ingresaba en el monasterio de las terciarias. Su padre accedió y Alejandrina recuperó la salud.

En la toma de hábito pidió ser llamada Catalina, como la santa terciaria de Siena. Durante su proceso de formación fue afianzando su relación con Jesús en su corazón. Debido a su débil salud, tuvo varias enfermedades, pero interiormente se sentía cada vez más unida a su amado Jesucristo. Con 19 años experimentó que se unía interiormente con Él. Al año siguiente, en la Pascua, Jesús la otorgó la gracia de alcanzar el matrimonio espiritual. Desde entonces, tuvo muchas vivencias místicas en las que sentía que compartía la pasión de Cristo, lo cual fue creando una cierta sospecha en algunas de sus hermanas. A pesar de ello, con 30 años fue elegida por primera vez

priora, y con las interrupciones que impone la legislación, ocupó este cargo durante siete periodos.

Su gran inspiración fue Savonarola, por lo que siempre promovió la observancia regular en su comunidad, la reforma de la Iglesia y la vida virtuosa entre los habitantes de Florencia. Fue una gran acompañante espiritual y una buena consejera de autoridades civiles y eclesiásticas, y tuvo una gran amistad con el Papa san Pío V, el cardenal san Carlos Borromeo, la santa carmelita María Magdalena de Pazzis y san Felipe Neri. En 1590, con 68 años, murió en su monasterio.

Se conserva de ella una buena colección de cartas de temática espiritual. Asimismo, varias hermanas de su comunidad pusieron por escrito sus experiencias místicas en una obra que pasó a llamarse *Éxtasis*. Esta obra nos muestra cómo santa Catalina de Ricci experimentó interiormente la pasión de Cristo, lo cual la ayudó a unirse íntimamente a Él y, así, alcanzar la perfección espiritual. Esto se notaba en la sana y profunda felicidad que ella transmitía, su buen hacer como priora, su sabiduría espiritual y su testimonio de contemplativa.

Otra terciaria dominica que destacó en este periodo fue la beata Lucía de Narni. Siendo muy joven estuvo casada con un conde de Milán y, tras abandonarlo, formó parte sucesivamente de las comunidades de dominicas de Narni, Viterbo y Ferrara. También estuvo hospedada durante unos años en la corte de Ferrara, donde fue consejera del duque Hércules I. Murió en 1544, con 78 años, en el monasterio de Ferrara, dejando escrita una *Autobiografía* espiritual.

Antes de finalizar este apartado, debemos hacer mención de otros tres miembros italianos de la Tercera Orden dominicana. Una es la beata Magdalena Panattieri. Se trata de una terciaria consagrada, muy caritativa con los niños pobres, que también destacó como consejera y acompañante espiritual, y logró que los dominicos de Vercellese se incorporasen a la reforma en 1490. Murió en 1503 con 60 años. También sobresale la beata Hosana de Mantua. Siendo muy devota de santa Catalina de Siena, ingresó, a pesar de la oposición de su familia –que formaba parte de la alta aristocracia–, en el beaterio de terciarias dominicas de su ciudad, donde destacó por su edificante vida de oración y los sabios consejos que transmitía por medio de

cartas. Fue una fiel seguidora de fray Jerónimo Savonarola. Murió con 56 años, en 1505. Y asimismo debemos mencionar al terciario Juan Pico della Mirandola, que fue un significativo pensador humanista de Florencia y un buen amigo de Savonarola. Murió en 1494 con 31 años y fue enterrado en el convento de San Marcos.

ESTUDIO

Mientras el movimiento de observancia no promovió el estudio en otras Órdenes, los dominicos reformados lo potenciaron todo lo que pudieron. El fruto de este esfuerzo se vio en el siglo XVI, con el nacimiento de la Escuela de Salamanca y la importante aportación de los teólogos dominicos en el Concilio de Trento.

Con el fin de impulsar el estudio en la Orden, se crearon estudios generales junto a las nuevas universidades que se fundaron en la Europa renacentista. Por desgracia, se perdieron los estudios generales de Oxford y Cambridge a causa de la separación de la Iglesia anglicana, y algunos en Centroeuropa por el protestantismo.

Por otra parte, con el apoyo de la Santa Sede, se crearon colegios teológicos, con capacidad de dar títulos de grado universitario. Podemos destacar el colegio de San Gregorio de Valladolid, fundado en 1501, donde, como veremos en breve, fray Francisco de Vitoria fue profesor tras acabar su estancia en París, y del que más tarde salieron los dominicos que formaron, con él, la Escuela de Salamanca.

En este periodo fue tomando fuerza el tomismo en algunas universidades y centros de estudios no dominicanos, pues fue dejando de ser una mera corriente teológica, como también lo eran el nominalismo o el escotismo, para convertirse en un significativo referente teológico. Aquí tuvo un papel muy importante fray Francisco de Vitoria. Asimismo, fue fundamental la imprenta, pues facilitó la difusión de los escritos de santo Tomás.

También sobresalió el humanismo. En efecto, los centros teológicos de la Orden hicieron un gran esfuerzo por conseguir buenas ediciones de las obras de la antigua Grecia que habían llegado a Europa con la caída de Bizancio, y adquirieron otras muchas obras de cultura clásica, que mejoraron enormemente la formación

humanista de los teólogos dominicos. Gracias a ello, éstos adquirieron amplios conocimientos de psicología, política o anatomía. Pero sobre todo tomaron conciencia del gran valor que tiene el ser humano, sea quien sea, pues todos somos una maravillosa obra de Dios y estamos hechos a su imagen y semejanza. Como bien sabemos, esto marcó la espiritualidad de los dominicos y su modo de enfocar la evangelización de los territorios recién descubiertos en otros continentes.

La fuerte apuesta que la reforma hizo por la teología tuvo su reflejo en el surgimiento de grandes autores teológicos y en otras ramas del saber. Así por ejemplo, el veneciano fray Francisco Colonna escribió una obra de gran valor humanista: el *Sueño de Polifilo*, que, asimismo, ha pasado a formar parte de la historia de la jardinería, pues describe con sumo detalle los jardines renacentistas. Entre los teólogos podemos destacar a san Antonino de Florencia. Como vimos anteriormente, formó parte de los primeros dominicos reformados italianos y fue prior de Fra Angelico. San Antonino brilló como gran moralista e historiador y fue arzobispo de su ciudad.

También resalta la figura del italiano fray Tomás Cayetano, autor del mejor comentario a la *Suma Teológica* de santo Tomás. Siendo Maestro de la Orden en los años 1508 a 1518, promovió el envío de los primeros misioneros a América y consolidó la reforma dominicana. En 1517 fue nombrado arzobispo de Palermo y después de Gaeta -su ciudad natal-, participando como Legado Pontificio en la Dieta de Frankfurt, donde las circunstancias políticas le impidieron alcanzar un acuerdo con Martín Lutero para dar fin al cisma protestante. Falleció con 66 años en Roma, en 1534. Otro gran comentarista de santo Tomás fue el teólogo francés fray Juan Capreolo, que recibió el sobrenombre de «Príncipe de los tomistas». Murió en el convento de Rodez en 1444, con unos 64 años.

► Fray Francisco de Vitoria y la Escuela de Salamanca

En este capítulo dedicado a la reforma y el Renacimiento, podíamos haber incluido un gran apartado sobre justicia y paz, en el que habríamos hablado de los teólogos de la Escuela de Salamanca junto a los misioneros fray Pedro de Córdoba, fray Antón de Montesinos y fray Bartolomé de las Casas, pues han pasado a la historia por trabajar en equipo en pro de los derechos humanos. Pero

creemos que es más clarificador situarlos en su sitio: unos como teólogos y otros como misioneros. Veamos ahora a los primeros.

La Escuela de Salamanca es un grupo de teólogos españoles que, amando a su patria, amaron más a Dios y al ser humano y, por ello, desarrollaron un pensamiento independiente y crítico frente al naciente imperio colonial español. Su creador fue fray Francisco de Vitoria.

Nació en 1483 en Burgos e ingresó en el convento de los dominicos en 1505. Con 25 años fue enviado a estudiar a París, y allí comenzó a dar clases de teología en 1516, obteniendo el grado de maestro en sagrada escritura seis años después. Al año siguiente, fue enviado al colegio teológico de San Gregorio de Valladolid como profesor. Y en 1526 logró la cátedra de prima de teología en la Universidad de Salamanca, que era la cátedra más acreditada de toda España. Allí reemplazó las *Sentencias* de Pedro Lombardo por la *Suma Teológica* de santo Tomás como texto básico para el estudio de la teología, lo cual fue bien acogido por los alumnos y otros profesores. Dado el prestigio que tenía esta universidad, otras universidades europeas hicieron lo mismo.

Debido a que algunos de los primeros misioneros dominicos que fueron a América eran del convento de San Esteban, en aquella comunidad había mucha sensibilidad con las noticias que los misioneros enviaban acerca de los abusos e injusticias que sus compatriotas cometían con los nativos americanos. Eso empujó a Vitoria a estudiar este asunto y a escribir sobre ello. Destacan sus *Relecciones sobre los indios*, de 1539, al que muchos expertos consideran el origen del Derecho Internacional Público, pues hasta entonces apenas se había escrito sobre los derechos de los pueblos conquistados. Dos años después respondió a una consulta de la corte española sobre el método de evangelización de los territorios americanos.

Según fray Francisco de Vitoria, no es lícito declarar la guerra a otro pueblo por motivos religiosos ni para ocupar sus tierras. Afirmaba también que los habitantes de los territorios conquistados no son seres inferiores, sino que poseen los mismos derechos que los conquistadores y, asimismo, son dueños legítimos de sus tierras y de sus bienes y, por ello, no les podían ser arrebatados por la fuerza.

Éstos –y otros muchos postulados– hacen que fray Francisco de Vitoria forme parte de la historia de los derechos humanos, y que haya sido homenajeado por la ONU (*Organización de Naciones Unidas*), la cual en 1986 puso su nombre a la sala del Consejo de Seguridad, en el Palacio de las Naciones de Ginebra.

Bueno, pues en 1542, con ayuda de Vitoria, fray Bartolomé de las Casas consiguió que se promulgaran las *Leyes Nuevas de Indias*. En ellas estaba muy presente el pensamiento de Vitoria sobre los derechos humanos y sobre la política de colonización, poniendo a los pueblos nativos bajo la protección de la corona española y prohibiendo su esclavización, así como la incorporación de nuevos territorios por medio de la guerra. Por desgracia, el cumplimiento de estas leyes fue deficiente.

En 1546, con 63 años, falleció este gran teólogo y humanista en el convento de San Esteban. Pero su pensamiento quedó vivo en la Escuela de Salamanca que él formó con sus discípulos, entre los que destacan fray Melchor Cano, que le reemplazó en la cátedra de prima, fray Pedro de Soto, fray Domingo de Soto, fray Bartolomé de Medina y fray Domingo Báñez.

También formó parte de la Escuela de Salamanca fray Tomás de Mercado, un sevillano que ingresó en la Orden de Predicadores en México, finalizó sus estudios en Salamanca y dio clases en Sevilla. Estando allí recibió del Capítulo general el grado de maestro en sagrada teología y tuvo una estrecha relación con los comerciantes de esa ciudad. Murió de unas fiebres en 1575, con unos 50 años, cuando su barco llegaba a México, donde iba a ser profesor en la universidad, la cual había sido fundada en 1551 por la corona española a instancias del primer obispo de México, el franciscano fray Juan de Zumárraga. Pues bien, fray Tomás de Mercado destaca por sus importantes aportes a la economía y a la moral económica. Sus dos principales obras son: *Tratos y contratos de mercantes y tratantes* y *Suma de tratos y contratos*. Ambas son un buen ejemplo de cómo la Escuela de Salamanca hizo un esfuerzo por emplear la teología para mejorar la vida concreta de las personas. En ellas define –y defiende– el comercio justo. Asimismo, en *Suma de tratos y contratos* denuncia el injusto y brutal comercio de esclavos africanos, del cual él fue testigo en los años en los que vivió en México. En esta obra afirma que, por

entonces, el 80 por ciento de las personas africanas transportadas en los barcos negreros morían en la travesía del Atlántico.

► Fray Melchor Cano

En la historia de la espiritualidad cristiana, probablemente no ha habido un dominico más controvertido que este destacado discípulo de fray Francisco de Vitoria y de fray Juan Hurtado de Mendoza. Nació en 1509 en Tarancón. Tras ingresar en la Orden y hacer sus primeros estudios, fue enviado al colegio teológico de San Gregorio de Valladolid para formarse como profesor. En 1543 consiguió una cátedra de teología en la Universidad de Alcalá de Henares y en 1546 reemplazó a fray Francisco de Vitoria como catedrático de prima, siendo un destacado miembro de la Escuela de Salamanca.

En los años 1550 y 1551 se sumó al grupo de teólogos dominicos que ayudaron a fray Bartolomé de las Casas a defender los derechos de los pueblos nativos americanos, en la Junta de Valladolid. Después participó como teólogo en el Concilio de Trento y en 1552 fue nombrado obispo de Canarias, aunque nunca tomó posesión de su sede. Y en 1558, tras casi 18 años trabajando en ella, finalizó su gran obra: *Los lugares teológicos*, texto fundamental para el desarrollo de la teología moderna.

Sus últimos años de vida fueron un tanto oscuros. En 1558 y 1559 intervino como consultor de la Inquisición contra el dominico – y arzobispo de Toledo– fray Bartolomé de Carranza, cuando éste era investigado por esta institución. Asimismo, participó decisivamente en la confección del *Índice de libros prohibidos* que la Inquisición española publicó en 1559, de trágicas consecuencias para la mística española. Y al año siguiente murió con 51 años en el convento de San Pedro Mártir de Toledo.

Postura ante el misticismo español

Sabemos que los teólogos dominicos no estaban en contra de la oración mental. De hecho, hemos visto que el Capítulo general de 1505 pidió a los frailes que ejercitaran diariamente este tipo de oración. Pero algunos dominicos se alarmaron ante el peligro que esta oración podía tener en manos del pueblo fiel, pues éste, dada su mala formación doctrinal, podía seguir fácilmente un camino equivocado

que, en lugar de llevarle a Dios, le condujese únicamente a su propio bienestar interior, buscando el placer que se siente al estar junto a Dios y olvidándose del bien común; o que le hiciese pensar que era mejor que los demás, o le alejase de algún otro modo de su Creador. También había algunos que pensaban –equivocadamente– que, haciendo lo que se indica en los libros de mística, ellos iban a alcanzar automáticamente la perfección espiritual, pues no eran conscientes de que eso es una gracia divina, es decir, algo que Dios otorga gratuitamente y no algo que uno consigue por méritos propios.

De ahí que los dominicos, además de formar teológicamente al pueblo fiel con sus homilias, promoviesen generalmente la oración vocal, los ejercicios ascéticos, los actos de piedad y, sobre todo, las obras de caridad. En efecto, en aquellos tiempos en los que tantas personas laicas y tantas monjas deseaban ardientemente tener profundas experiencias místicas, sintiendo grandes consolaciones espirituales, los dominicos, siguiendo a santo Tomás, insistían en que el objetivo de la espiritualidad cristiana es convertirnos en personas caritativas, no en tener necesariamente experiencias místicas, pues éstas, como ya hemos dicho, son un regalo que Dios da libremente según su sabio parecer.

Pues bien, los frailes veían que cada vez más personas «piadosas» se desentendían del bien común para centrarse egoístamente en su propia consolación espiritual. Asimismo, cuando éstas pensaban que la habían conseguido, se consideraban superiores a los demás; y cuando no era así, se sentían muy mal. De ahí que algunos dominicos predicaran y escribieran alertando contra la mística, y que fray Melchor Cano recomendase que en España fuesen incluidas en el *Índice de libros prohibidos* significativas obras que hablaban de mística al pueblo fiel, alegando que podían inducirle al error. Lo cual fue una acción claramente desproporcionada.

AUTORES ESPIRITUALES

En este periodo sobresalieron, entre otros, cuatro autores italianos. De tres de ellos ya hemos hablado: el beato Raimundo de Capua, fray Jerónimo Savonarola y santa Catalina de Ricci. El cuarto es fray Bautista de Crema. Este italiano destacó como gran predicador y buen escritor. Fue autor de varias obras espirituales, como el *Camino*

de la abierta verdad, el *Espejo interior* y la *Filosofía divina*. Pero su escrito más destacable es *Sobre el conocimiento y la victoria de sí mismo*, una obra que, como bien indica su propio título, trata sobre el autodomínio y la lucha contra los vicios y las tentaciones. Esta obra fue resumida por el canónigo regular Serafín de Fermo en *La victoria de sí mismo* y, ésta, a su vez, fue traducida por fray Melchor Cano al castellano. Pero esto no evitó que fuese incluida en el *Índice de libros prohibidos* de Roma, porque su lectura –según la Inquisición– podía inducir al *semipelagianismo*, el cual consiste, básicamente, en creer que uno puede salvarse a sí mismo por medio de ejercicios ascéticos, aunque también sea necesaria la intervención de la gracia divina. A pesar de estar señalada por la Inquisición, esta obra de fray Bautista de Crema siguió siendo muy valorada por algunas personas espirituales.

Dominicos españoles defensores de la espiritualidad ascética

En el ámbito español del siglo XVI, sabemos que los teólogos dominicos generalmente se posicionaron en contra de difundir la oración mental y la mística entre el pueblo fiel, por los problemas que ello podía acarrear. Del más destacado opositor ya hemos hablado: fray Melchor Cano. Pero hubo otros autores dominicos que defendieron la oración vocal y la espiritualidad ascética.

Fray Pablo de León obtuvo el grado de maestro en sagrada teología y destacó como buen profesor y predicador. Escribió una exitosa obra titulada *Guía del Cielo* en la que, siguiendo la teología de santo Tomás, habla de los vicios de la sociedad en la que él vive y sobre las virtudes que las personas deberían practicar.

Fray Domingo de Soto fue un discípulo aventajado de fray Francisco de Vitoria, participó en el Concilio de Trento, ayudó a fray Bartolomé de las Casas en la defensa de los pueblos nativos americanos y ocupó la cátedra de prima en Salamanca. En su faceta espiritual, se posicionó contra la difusión de la mística y destacó por su *Tratado del amor de Dios*, en el que, como buen tomista, animaba al cristiano a practicar la caridad.

Fray Agustín de Esbarroya fue rector del colegio teológico de Santo Tomás de Sevilla y destacó como buen predicador. También fue un firme opositor del *erasmismo*, el cual, además de promover la

oración mental y el estudio de la Biblia, criticaba duramente la vida religiosa y las formas externas de culto y devoción. Esbarroya escribió una obra de carácter espiritual que tuvo una buena difusión en su época, titulada *Purificador de la conciencia*. En ella ayuda al lector a limpiar su alma por medio de ejercicios ascéticos, el amor a Dios y el discernimiento de los pecados mortales.

Fray Juan de la Cruz participó en la reforma de la Provincia de Portugal y fue maestro de novicios. Escribió el *Diálogo sobre la necesidad de la oración y de las obras virtuosas*. En esta obra, si bien valoraba la oración mental, se posicionaba frente a las personas que en su época se definían –a veces con cierta soberbia– como «espirituales» por el hecho de tener experiencias místicas, pues este dominico consideraba que una persona es «espiritual» si tiene buena voluntad y se entrega caritativamente a los demás, aunque no tenga grandes vivencias místicas.

Dominicos españoles que difundieron la oración mental

Hubo también dominicos que apoyaron activamente la mística. Por desgracia, algunos de ellos tuvieron problemas con la Inquisición.

Fray Domingo de Valtanás, si bien fue rector del colegio teológico de Santo Tomás de Sevilla y fundó cuatro conventos de dominicos y cinco monasterios de dominicas, cuando tenía 74 años fue condenado a cadena perpetua por la Inquisición, por difundir ideas que podían confundir doctrinalmente al pueblo fiel. Ciertamente, había escrito varias obras espirituales en las que defendía la mística, destacando su *Apología de la oración mental*. Este anciano fraile cumplió su condena en el convento de Santo Domingo de Alcalá de los Gazules (Cádiz), donde murió en 1568, con 80 años.

Fray Bartolomé de Carranza destacó como un eminente teólogo que participó en el Concilio de Trento y más tarde fue nombrado arzobispo de Toledo, que era el más alto cargo de la Iglesia de España. Pero fue víctima de la persecución contra el movimiento de los iluminados, pues algunos procesados por la Inquisición mencionaron su nombre y, además, a ésta tampoco le gustó su *Comentario al Catecismo cristiano*, pues en dicha obra defendía la oración mental. Asimismo, se mezclaron envidias y rivalidades. Todo ello hizo que fuera encarcelado y sometido a un largo y complejo proceso

inquisitorial. Por fortuna, san Pío V hizo que dicho proceso pasase a Roma y, finalmente, él le declaró inocente. Por desgracia, para entonces Carranza llevaba en la cárcel 19 años. Poco después, en 1576, murió en Roma con 73 años. Prueba de la ortodoxia de su *Comentario al Catecismo cristiano* es que sirvió de modelo para redactar el *Catecismo* de Trento.

Fray Felipe Meneses estudió en el colegio teológico de San Gregorio de Valladolid y fue catedrático en la Universidad de Alcalá de Henares. Escribió un polémico libro que llevaba por título: *Luz del alma cristiana*. En él afirmaba que la oración mental es mejor que la oración vocal. Aunque fue muy criticado por ello, la Inquisición no lo prohibió y tuvo mucha difusión.

Es preciso mencionar también al gran teólogo fray Domingo Báñez, que ocupó la cátedra de prima en Salamanca. Si bien no escribió sobre espiritualidad, sabemos que fue amigo espiritual de santa Teresa de Jesús y la apoyó vivamente en la consecución de la reforma carmelitana. También la animó a escribir sobre su experiencia mística, asesorándola sobre cómo hacerlo correctamente para no tener problemas con la Inquisición.

Pero el autor espiritual más destacado entre los dominicos de esta época, y claro defensor de la oración mental y de la mística, es el que vamos a conocer a continuación.

► Fray Luis de Granada

Luis de Sarria nació en 1504 en Granada, siendo hijo de unos pobres inmigrantes gallegos asentados en esa ciudad que, como ya sabemos, había sido conquistada a los musulmanes en 1492. Su padre falleció siendo él muy pequeño, y su madre tuvo que mendigar para sacarle a adelante. Por fortuna, ella consiguió que él trabajase como paje del Marqués de Tendilla, y éste le permitió estudiar junto a sus hijos. Pasado el tiempo, teniendo 19 años, ingresó en el convento de Santa Cruz la Real. Dada su gran inteligencia, fue enviado a estudiar al colegio teológico de San Gregorio de Valladolid –donde decidió llamarse «fray Luis de Granada»–, pero al acabar sus estudios vio que no tenía vocación de profesor, sino la de misionero. No pudiendo ir a América –según parece a causa de su endeble salud–, cuando tenía 30 años fue asignado al apartado convento de Scala Coeli de Córdoba,

del cual ya hemos hablado anteriormente. Allí estuvo fray Luis unos diez años practicando la oración de recogimiento y alcanzando una gran madurez espiritual. En 1545 fue elegido prior del convento de Palma del Río y cambió su vida, pues pasó a ser un entregado predicador. De hecho, en esta época recibió el título de predicador general.

Tras ser prior en otro convento, en 1550 fue trasladado a Portugal para colaborar en la reforma de esta Provincia. Tenía por entonces 46 años. Allí fue elegido prior provincial y fue consejero del cardenal-infante don Enrique, y confesor de la reina doña Cristina. Es en este periodo cuando se puso a escribir sobre espiritualidad, comenzando por sus dos principales tratados: el *Libro de la oración y meditación* y la *Guía de pecadores*, que en España pasaron a formar parte del *Índice de libros prohibidos* de 1559, junto a otra obra suya. Tres años después el Capítulo general le otorgó el título de maestro en sagrada teología, mostrándole así su conformidad con su pensamiento teológico. Y al año siguiente recibió el apoyo del Concilio de Trento y del Papa Pío IV. Entonces fray Luis corrigió en ambas obras aquello que no gustó a la Inquisición española y las volvió a editar. Tras lo cual, siguió publicando muchas otras, casi todas de temática espiritual. Murió en 1588, con 84 años, en Lisboa.

Fray Luis de Granada fue un gran difusor de la espiritualidad española del siglo XVI gracias a sus muchos y buenos tratados, los cuales tuvieron una gran aceptación tanto a nivel universitario como entre los religiosos y el pueblo fiel, pues la mayoría los escribió en castellano, y de un modo ameno y sencillo. Éstos se tradujeron y difundieron por toda la Cristiandad en los siglos XVI, XVII y XVIII, y sirvieron de referencia para los tratados espirituales posteriores.

La espiritualidad de fray Luis sobresale por su gran calidad literaria –destacando como uno de los principales autores españoles del siglo XVI–, por su gran formación tomista y humanista –citando en sus obras a los grandes autores grecorromanos–, y por su equilibrio espiritual: insistiendo en la importancia de la ascesis –en la relación con uno mismo–, la caridad –en la relación con el prójimo– y la mística –en la relación con Dios–.

Sus obras son eminentemente formativas, pues en lugar de compartir con el lector sus experiencias espirituales, fray Luis hablaba

a los *principiantes* sobre qué han de hacer para madurar espiritualmente. En efecto, este autor se negó a escribir para personas que están en el nivel *avanzado* o en el nivel *perfecto*, pues afirmaba que éstos deben dejarse guiar por su propia experiencia y, sobre todo, por el Espíritu Santo. Lo cual, como bien sabemos, es muy dominicano.

Sin embargo, hay un escrito en el que habló claramente de su propia vivencia de Dios. Se trata de la primera carta que escribió a su amigo fray Bartolomé de Carranza, contándole cómo era su experiencia mística en el convento de Scala Coeli. También destaca el primer tomo de la *Introducción del símbolo de la fe*, pues, además de ser la mejor obra sobre la contemplación de Dios en la naturaleza, fray Luis comparte con sus lectores su experiencia espiritual al contemplar la creación.

Otro elemento importante de fray Luis es la alegría que transmite en sus textos. Están llenos de optimismo. En ellos nos habla de la felicidad que una persona siente a medida que su relación con Dios es más intensa, llegando a experimentar, en cierto modo, un anticipo del Reino de los Cielos.

Y cuando habla de la oración, explica claramente por qué la oración mental es más perfecta que la vocal, y cómo ésta debe supeditarse a la mental, pues es la oración más propia de la persona que ha madurado interiormente. Eso no significa que haya que prescindir de la oración vocal, sino que ésta debe conducirnos hacia la oración mental. Para ello, fray Luis da consejos fáciles y flexibles, para que así el principiante pueda avanzar en su camino espiritual.

Vamos a conocer ahora un destacado autor espiritual portugués.

► San Bartolomé de los Mártires

Nació en 1514 en el barrio de los Mártires de Lisboa. Con unos 14 años ingresó en el convento de Santo Domingo de esa ciudad. Tras acabar su proceso de formación destacó como profesor de teología, por lo que durante veinte años fue desempeñando esta labor en Évora, Batalha, Salamanca y Benfica, donde fue prior. Fue elevado al grado de maestro en sagrada teología por el Capítulo general de 1551, celebrado en Salamanca y al que él asistió acompañando a su prior provincial.

Con 45 años, cuando era prior en Braga, fue nombrado arzobispo de esta archidiócesis y, como tal, participó en el Concilio de Trento en los años 1562 y 1563, destacando como eminente teólogo y ejemplar pastor. Al acabar el Concilio, se esforzó en llevar a cabo todo lo que en él se ordenó, fundando el seminario conciliar y tomando las decisiones oportunas para renovar la archidiócesis. Asimismo, escribió una serie de obras para la formación del clero y los fieles. En 1582, con la salud muy débil, solicitó la renuncia de su cargo y se retiró al convento de Santo Domingo de Viana do Castelo, donde murió con 76 años, en 1590.

Destaca su obra el *Compendio de la vida espiritual*, cuya primera parte habla sobre cómo vencer nuestras tentaciones y vicios, y la segunda trata sobre la meditación y la contemplación.

PREDICACIÓN

En este periodo en el que todavía se dejaba sentir la crisis social y religiosa generada en el siglo XIV, a la que se sumó la decadencia del Papado y de la Curia romana en el siglo XV, destacaron los predicadores de la penitencia. Junto a san Vicente Ferrer tenemos a fray Manfredo de Vercelli y fray Jerónimo Savonarola.

En el siglo XVI florecieron grandes predicadores en España que se preocuparon por formar doctrinal, espiritual y humanísticamente al pueblo fiel. La gran referencia es fray Luis de Granada. Vamos a conocer ahora otro predicador andaluz que fue discípulo suyo.

► Fray Alonso de Cabrera

Nació en 1548 en Córdoba. Pertenecía a una familia de gran linaje, por lo que recibió una buena educación desde pequeño. Ingresó en el convento de San Pablo de Córdoba con 18 años y, tras realizar los estudios de teología, fue enviado a América, siendo ordenado sacerdote en la isla de La Española. Por motivos que se desconocen, regresó pronto a su convento, donde ejerció de profesor en el estudio general. Al cabo de un tiempo, fue trasladado a Sevilla donde destacó como gran predicador. En aquella ciudad fue elegido prior en dos conventos.

En 1592 el Capítulo general le otorgó el título de maestro en sagrada teología. Y en 1597 fue elegido prior del convento de Santa Cruz de Granada. Allí hizo construir una hermosa escalera para acceder al segundo piso del claustro, la cual es considerada una joya de la arquitectura andaluza. Al año siguiente, el rey Felipe II le nombró Predicador de su Majestad, lo cual le obligó a no poder salir de la corte. Pero ese mismo año falleció el rey, predicando fray Alonso en su funeral. Y poco después, en 1598, contrajo una grave pulmonía, muriendo en Madrid con 60 años.

De él nos ha quedado la obra *Consideraciones*. Se trata de un sermonario que fue publicado por los frailes de Córdoba tras su muerte. Por su gran calidad, esta obra forma parte de la historia de la literatura española. En sus homilías, fray Alonso no sólo desplegaba su gran saber teológico, bíblico, retórico y humanístico, sino que sobre todo transmitía una viva espiritualidad, fruto de su meditación y contemplación.

MISIONES

En el centro, norte y oriente de Europa los dominicos perdieron multitud de conventos, bien por la expansión del Imperio Turco Otomano o bien por la difusión de las Iglesias protestantes.

Por otra parte, las empresas colonizadoras que protagonizaron Portugal y España movieron a la Iglesia a organizar un ambicioso proyecto de evangelización. Y ahí, obviamente, participaron los dominicos. Y lo hicieron siguiendo su particular modo de predicar el Evangelio, esto es, enviando teólogos. Como bien sabemos, estos frailes, movidos por la espiritualidad observante de la reforma y por la teología humanista del Renacimiento, promovieron la defensa de los derechos de los pueblos nativos y su evangelización pacífica. Mientras que los dominicos españoles fueron enviados a América y Extremo Oriente, los portugueses se establecieron en África, la India y el sureste asiático, pero no lo hicieron en Brasil, pues la Provincia de Portugal carecía del número necesario de frailes para poder hacerlo.

EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA

Ya hemos comentado que el Renacimiento tuvo en España, a nivel espiritual, dos importantes repercusiones en el siglo XVI. Una fue el desarrollo de la mística española, en la que algunos dominicos se implicaron y a la que otros se opusieron. Y la otra fue la defensa de los derechos humanos, en la que los dominicos sobresalieron notablemente.

También es importante señalar que en 1538 los dominicos fundaron en el convento de Santo Domingo de la isla de La Española (en el mar Caribe) la primera universidad del continente americano. En efecto, desde su llegada a aquellas tierras, los frailes fueron creando multitud de centros de estudios, algunos de los cuales, pasado el tiempo, como sucedió en La Española, alcanzaron el rango de universidad. Es el caso de Lima (1551), Bogotá (1580), Santiago de Chile (1622), Antigua Guatemala (1676), Quito (1681) y La Habana (1728). Y al otro lado del océano Pacífico fundaron una universidad en Manila (1645). Esto muestra claramente algo que ya hemos comentado: entre los misioneros que la Orden enviaba a los nuevos territorios, muchos eran profesores de teología, pues ésta era necesaria para asentar el Evangelio. Gracias a los centros teológicos allí fundados, se pudo dar una adecuada formación a las numerosas vocaciones criollas que ingresaron en la Orden en América. Y dicha formación les permitió continuar la labor de los primeros dominicos llegados a aquellas tierras. Como es obvio, los centros dominicanos estaban abiertos a laicos, sacerdotes y a religiosos de otras Órdenes.

Los dominicos se esmeraron también en facilitar la labor evangelizadora de los sacerdotes -seculares y religiosos- que llegaban o se formaban en América. Pensemos que los misioneros españoles y los sacerdotes criollos procuraban predicar en la lengua de los nativos, de tal forma que, en lugar de hacer que ellos aprendiesen castellano, eran los sacerdotes los que aprendían la lengua de sus fieles. Para ello, los dominicos -y otros religiosos- confeccionaron diccionarios de diversas lenguas, escribieron catecismos adaptados a la cultura de los nativos, tradujeron importantes obras teológicas y realizaron estudios antropológicos. Por cierto, fue tras la independencia, en el siglo XIX, cuando en los antiguos territorios españoles los nuevos gobernantes se preocuparon

por difundir la lengua castellana, para unificar a los habitantes de sus países. Sin embargo, en los tiempos coloniales, lo que unificaba a los súbditos de la corona española en todos sus territorios repartidos por el mundo era la religión católica. De ahí el decidido apoyo que la corona daba a los misioneros.

► **Fray Pedro de Córdoba y fray Antón de Montesinos**

Hacia el año 1501 ambos ingresaron en el convento de San Esteban de Salamanca. Pedro de Córdoba había sido enviado por su familia para que estudiase derecho en la Universidad de Salamanca. Él era de Córdoba, pero no sabemos de dónde era Antón de Montesinos. Cuando ambos eran novicios, hacía unos 10 años que la conquista y colonización del Caribe ya estaba en marcha. Ambos jóvenes conocieron en San Esteban al carismático «ultrarreformador» fray Juan Hurtado de Mendoza, que por entonces era un eminente profesor de teología en el estudio general de ese convento. Y en 1506 él pasó a ser su maestro de estudiantes.

En 1509, cuando ya habían acabado los estudios y ambos se habían ordenado, fueron enviados por el Capítulo provincial al convento de Santo Tomás de Ávila. Ese mismo año, el Maestro de la Orden fray Tomás Cayetano pidió voluntarios para ir a América. Y así lo hicieron fray Pedro y fray Antón, junto a fray Bernardo de Santo Domingo y fray Domingo de Villamayor, que también vivían en el convento de Ávila. Al año siguiente los cuatro fueron enviados a la isla de La Española, yendo fray Pedro como vicario, el cual por entonces tenía 28 años.

Casualmente, la capital de La Española se llamaba Santo Domingo, según parece, porque el padre de los hermanos Colón: los genoveses Cristóbal –el famoso descubridor de América, que comenzó su exploración y conquista– y Bartolomé –que fundó en 1498 esta ciudad–, se llamaba Domingo. Es la ciudad de origen colonial más antigua de América y ahora es la capital de la República Dominicana. Pues bien, poco después de desembarcar los cuatro misioneros en esta ciudad, un vecino les cedió un pequeño terreno en el que había una choza y en ella se instalaron. Aquellos frailes se afanaron en aprender el idioma local y comenzaron su labor evangelizadora predicando, catequizando y educando a los nativos de la zona. Asimismo, construyeron provisionalmente una

rudimentaria iglesia, y en ella predicaban a los colonos. Y pronto se dieron cuenta de que éstos trataban muy mal en sus encomiendas a los nativos, incumpliendo así las leyes impuestas por los Reyes Católicos en sus territorios de ultramar.

El sistema de las encomiendas españolas tuvo su origen en tiempos de la Reconquista, cuando los reyes cedían terrenos a algunas Órdenes religiosas y a aquellos que colaboraban en arrebatar territorio a los musulmanes. En el caso de las encomiendas americanas, se trataba de terrenos que la corona española cedía a los colonos para que éstos crearan en ellos explotaciones agrícolas, ganaderas o de otro tipo, y pagaran tributo por ello. Y estaban bajo el control de los encomenderos, de tal forma que la corona española puso a su cargo a los nativos que habitaban sus tierras, para que trabajasen en ellas. Dado que los Reyes Católicos habían acogido como súbditos suyos a los nativos de los territorios conquistados, los encomenderos también debían ocuparse de su bienestar y de su evangelización. Por desgracia esto no era así, pues los encomenderos generalmente trataban a los nativos como a esclavos y muchos morían por los malos tratos o por las represalias tomadas cuando éstos se sublevaban.

El hecho es que la buena formación teológica y humanista de los dominicos les hizo ver que la situación humanitaria de los nativos era deplorable y que debían hacer todo lo posible para que eso acabase. Por ello, en el Adviento de 1511, los ocho dominicos que por entonces formaban la comunidad de Santo Domingo, se reunieron en Capítulo y en él decidieron actuar con su mejor instrumento: la predicación. Y pidieron al mejor de sus predicadores: fray Antón de Montesinos, que lo hiciera en nombre de todos. Además, escogieron para hacerlo un día clave: el cuarto domingo de Adviento, es decir, el domingo anterior a la Navidad, que era –y sigue siendo– una fiesta muy importante para los españoles. Y así, en una contundente homilía, fray Antón les dijo a sus compatriotas lo peor que ellos podían escuchar: que irían al infierno si seguían maltratando a los nativos, pues éstos eran seres humanos.

Obviamente, aquello sentó muy mal a los colonos y protestaron ante el virrey Diego Colón (que era hijo de Cristóbal Colón). Éste le pidió a fray Pedro que obligara fray Antón a retractarse en la homilía del siguiente domingo o que le hiciera regresar a España. Pero fray

Antón, apoyado por su comunidad, hizo todo lo contrario: predicó aún con más dureza a los colonos. Y hubo un encomendero que se convirtió ante aquellas homilías. Se trataba de un sacerdote secular llamado Bartolomé de las Casas.

El impacto del segundo sermón de Montesinos fue muy grande. Las autoridades de la isla no se atrevieron a expulsar a los dominicos, pero escribieron al rey Fernando el Católico, y éste, a su vez, transmitió su malestar al prior provincial de España, fray Alfonso de Loaísa, que se vio forzado a escribir a los dominicos de La Española haciéndoles ver el revuelo que habían organizado. Además, en 1512 las autoridades de La Española pidieron al superior de los franciscanos, fray Alonso de Espinar, que viajara a España para defender ante la corte la postura de los encomenderos, y así lo hizo. Esto provocó que fray Antón de Montesinos también viajara a España, y él hizo ver al rey las barbaridades que los colonos y los soldados hacían en sus territorios americanos. Entonces el rey ordenó que se redactasen las *Leyes de Burgos*, en las que se definía a los nativos americanos como seres humanos, racionales y libres, tal y como afirmó fray Antón en sus sermones de La Española. En la redacción de estas leyes intervinieron como asesores varios dominicos.

Pero con estas nuevas leyes no se resolvieron los problemas de los pueblos nativos, pues, entre otras cosas, éstas no eran aplicadas íntegramente en los territorios americanos y los encomenderos las desobedecían. Además, los misioneros dominicos vieron que estas leyes tenían varios errores que era necesario solucionar. Por ello, fray Pedro de Córdoba viajó a España en 1513 y convenció al rey Fernando para corregir las *Leyes de Burgos*. Además, consiguió su permiso para emprender la «evangelización pacífica» de territorios que aún no habían sido conquistados. Esto era una novedad pues, hasta entonces, primero se conquistaba y después se evangelizaba. Regresó a América y allí se aventuraron a evangelizar pacíficamente en la isla de Puerto Rico y, sobre todo, en la zona continental (en la actual Venezuela). Pero seguía habiendo muchos problemas. Por ello fray Pedro de nuevo viajó a España en 1516, aunque esta vez fue a Salamanca para hablar con sus hermanos teólogos y pedirles ayuda. Éstos, entre otras cosas, le dieron los argumentos necesarios para defender a los nativos americanos ante aquellos que deseaban que se legalizase su esclavización.

Por otra parte, habían sido enviados a la isla de La Española franciscanos más sensibles a los derechos humanos, gracias a lo cual, se sumaron al trabajo que ya estaban haciendo los dominicos. Fruto de esta cooperación fue la redacción en 1517 de un documento en el que frailes de ambas Órdenes, encabezados por fray Pedro de Córdoba, denunciaban las injusticias y excesos cometidos por las autoridades y los soldados españoles. Se trata de la *Carta Latina de dominicos y franciscanos de las Indias a los Regentes de España*. Cuatro años después, en 1521, fray Pedro murió de tuberculosis en el convento de Santo Domingo de La Española. Al año siguiente, Bartolomé de las Casas pidió el ingreso en la Orden de Predicadores.

Fray Antón de Montesinos siguió participando en misiones evangelizadoras en las tierras americanas. En 1528 viajó a España con el nuevo vicario provincial, fray Tomás de Berlanga, para informar en la corte de los abusos de los colonos y los soldados. Como resultado, dos años después el rey Carlos I publicó una Real Cédula en la que se prohibía totalmente capturar o esclavizar a los nativos americanos. Montesinos murió en 1540, con unos 61 años, cuando estaba evangelizando en tierras venezolanas.

► Fray Bartolomé de las Casas

Nació en 1484 en Sevilla, emigró con 18 años a la isla de La Española y recibió una encomienda. En 1507 viajó a Roma, donde se ordenó sacerdote y regresó a La Española. No sabemos si las Casas escuchó directamente los sermones de Montesinos de 1511 o si tuvo noticia de ellos, el hecho es que, a raíz de aquella denuncia, pasado un tiempo, experimentó una profunda conversión y pasó a ser un gran defensor de los nativos americanos, uniéndose así a la labor que ya estaban haciendo los dominicos. En 1515 viajó con Montesinos a España para hablar en la corte. Y su decidida labor hizo que en 1516 fuese nombrado Protector de los Indios.

Pero había un problema en los territorios americanos. A causa de la gran mortandad que la pandemia estaba provocando entre los pueblos nativos, en 1517 había muchas personas influyentes que pedían al rey Carlos I la incorporación de esclavos africanos a las encomiendas americanas. Sin embargo, las Casas, que por entonces estaba en la corte española, en lugar de eso, recomendó que fueran enviados a América agricultores españoles y que éstos fueran

ayudados por algunos esclavos africanos que se hallaban en Sevilla, con el objetivo de que éstos después fueran liberados en América y allí convivieran pacíficamente con los nativos americanos y los agricultores españoles. Pero, como ya sabemos, en la corte no siguieron su consejo, pues, de hecho, en la década de 1520 dio comienzo la incorporación masiva de esclavos africanos para reemplazar a los nativos americanos como mano de obra.

En 1522, tras la muerte de fray Pedro de Córdoba, las Casas dio un importante giro a su vida, pidiendo el ingreso en la Orden de Predicadores. Tenía 38 años. Fue entonces, viviendo en un convento, cuando comenzó a estudiar la colonización de América y a escribir sus grandes obras en defensa de los pueblos nativos americanos, denunciando los abusos producidos en la colonización.

Preocupado por la evangelización de Centroamérica, las Casas gestionó el envío de misioneros dominicos a Nicaragua en 1535 y a Guatemala en 1536. Su objetivo era realizar una evangelización pacífica de aquellas tierras, que estaban siendo ocupadas por la corona española, la cual tenía la firme voluntad de hacerse con el control de todo aquel territorio. Ante esa dura realidad, para evitar una sangrienta confrontación armada con un grupo de pueblos nativos –de origen maya– que ofrecían una férrea resistencia a la ocupación, y que se habían refugiado en el centro de Guatemala, en una región a la que ellos llamaban «Tezulutlán» –es decir, «Lugar de Guerra»–, los dominicos, encabezados por las Casas, se ofrecieron voluntarios para realizar su anexión a la corona española de forma pacífica. Llevaron a cabo aquella arriesgada empresa evangelizadora durante la década de 1540, creando una gran misión en una zona en la que no había ninguna presencia militar, pues los frailes llegaron a un acuerdo con las autoridades españolas para que el ejército no entrara en aquellas tierras. Asimismo, los misioneros lograron apaciguar los ánimos de los nativos. Por todo ello, los dominicos decidieron rebautizar aquella región con el bello nombre de «Verapaz» –es decir, «Verdadera Paz»–, el cual aún conserva. Dado que aquella era una región muy amplia y estaba muy poblada, ésta se subdividió en «doctrinas» (que eran territorios de predicación en los que había uno o varios poblados) y los frailes emplazaron estratégicamente varios conventos para atender dichas doctrinas. Éste, a grandes rasgos, fue el modelo que después se siguió para la

creación de las «misiones» o «reducciones», de las que hablaremos más adelante.

Pero la principal preocupación de fray Bartolomé de las Casas estaba en la corte española. Por ello viajó de nuevo a España y en 1542 consiguió, con ayuda de fray Francisco de Vitoria y otros teólogos dominicos, la promulgación de las *Leyes Nuevas de Indias* que, como ya hemos visto, supusieron un gran avance en la defensa de los derechos de los nativos americanos, pues es la primera vez en la historia en que una nación conquistadora legisla a favor de los pueblos por ella conquistados.

En 1543, con 59 años, fue nombrado obispo de Chiapas, en Centroamérica. Allí prohibió a los sacerdotes absolver de sus pecados a los colonos que tratasen a los nativos como a esclavos. Pero al cabo de un tiempo tuvo que dejar su diócesis, pues ahora su mayor preocupación era hacer que la corona española garantizara el cumplimiento de las *Leyes Nuevas de Indias*. Porque, por muy buenas que fuesen aquellas leyes, si no se aplicaban, eran inútiles. Ese era el problema.

En 1550 tuvo que defender estas leyes en Valladolid, ya que un grupo de teólogos –encabezados por Juan Ginés de Sepúlveda– afirmaba que los nativos americanos no eran propiamente seres humanos, ya que –según ellos– eran inferiores a los europeos. Pero las Casas, ayudado por varios dominicos de la Escuela de Salamanca, esgrimió pruebas irrefutables de la capacidad cultural de los pueblos descubiertos en América. Y así venció en aquel debate, dejando claro que los nativos eran personas libres, dueñas legítimas de sus posesiones y que tenían el derecho –no la obligación– de ser evangelizadas.

Por otra parte, viendo la barbarie en la que había degenerado la incorporación de esclavos africanos a las encomiendas americanas, que nada tenía que ver con lo que él había recomendado años atrás, en 1552 las Casas estudió en Sevilla las crónicas de un comerciante portugués, y ahí descubrió, con toda su crudeza, la brutal inhumanidad que había en el comercio de mujeres y hombres africanos. Ello, obviamente, le movió a denunciar en la corte española el comercio esclavista con la misma contundencia con la que ya estaba defendiendo a los nativos americanos. Y en 1566, estando fray

Bartolomé de las Casas luchando por los derechos humanos en la corte de Madrid, murió con 82 años en el convento de Nuestra Señora de Atocha.

Entre lo mucho que él escribió, destacan dos obras: la primera es la que ha pasado a llamarse *Brevísima relación de la destrucción de África* –sobre la colonización de África y el comercio de esclavos–; y la segunda es su escrito más sobresaliente: la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* –sobre la colonización de América y el mal que ello ocasionó a sus habitantes originarios–.

Pues bien, tras estos primeros misioneros, muchos otros heroicos dominicos se adentraron en inhóspitos territorios para evangelizar a sus pobladores, y allí fundaron conventos en los que se vivió en comunidad el espíritu de santo Domingo, lucharon por los derechos de los pueblos nativos y de los esclavos, y denunciaron las injusticias. Podemos citar, entre otros, a san Luis Beltrán y a fray Vicente Bernedo. Asimismo, hubo dominicas, y religiosas y religiosos de otras Órdenes, que se sumaron a esta lucha. Debemos hacer mención a los jesuitas san Pedro Claver y el padre José de Acosta y a los franciscanos fray Junípero Serra y fray Toribio de Benavente. Éste último era conocido como «Motolinía», que en lengua náhuatl significa «el pobre». Además de ser un destacado etnógrafo de los antiguos pueblos mexicanos, fue un gran defensor de ellos. No obstante, tuvo grandes discrepancias con fray Bartolomé de las Casas, entre otras cosas, porque consideraba desafortunados algunos de sus ataques contra la colonización española y tampoco estaba de acuerdo con su forma de enfocar la evangelización. Por su parte, las Casas acusó a Benavente de ser demasiado amigo de los conquistadores.

Dos significativos frutos de las fueron, por una parte, la paulatina desaparición del sistema de encomiendas y, por otra, el desarrollo de una original forma de colonización en el que tuvieron un papel muy importante las «misiones», también llamadas «reducciones». Éste fue un sistema de asentamiento pacífico fomentado a partir de entonces por las autoridades españolas, en el que, básicamente, se encargaba a una comunidad de religiosos asentar en un poblado a los nativos que vivían dispersos en esa zona, y se les ponía bajo la supervisión de dicha comunidad de religiosos, los cuales ejercían de capellanes del poblado. Hubo varios tipos de misiones, pues, como es lógico, éstas debían adaptarse a las

circunstancias del lugar y al carisma de los misioneros. A veces, en las zonas más peligrosas, los misioneros accedían a que las autoridades les proporcionaran una escolta de soldados, que se acuartelaba fuera de las misiones, y cuyo principal cometido era el de proteger los poblados. En las misiones los nativos podían vivir con un cierto grado de libertad y autogobierno, conservaban su lengua y buena parte de su cultura, eran evangelizados, recibían generalmente una adecuada educación –según las posibilidades de los misioneros– y se les ayudaba a vivir de la agricultura y la ganadería, dentro de los amplios terrenos de la misión.

Los franciscanos fueron los que más misiones fundaron en la América colonial española y, como bien sabemos, las más famosas misiones son las que los jesuitas crearon en el antiguo Paraguay en los siglos XVII y XVIII. Los dominicos también fundaron misiones, de hecho, recordemos que este modo de evangelización tomó como referencia la novedosa misión que los dominicos habían establecido en Verapaz a mediados del siglo XVI, y que fue diseñada por fray Bartolomé de las Casas –cuando aún no estaban redactadas las *Leyes Nuevas de Indias*–, siguiendo el esquema de la evangelización pacífica que tres décadas atrás había ideado –y practicado– su gran mentor: fray Pedro de Córdoba, con la necesaria aprobación del rey Fernando.

ROSARIO

Hay un acontecimiento muy importante en esta etapa de la historia dominicana. Se trata de la creación de las cofradías del Rosario. Este modo de orar tiene su origen en los monasterios cluniacenses, cuya Orden destacó por su amor a la liturgia. En sus monasterios se produjo una clara separación entre dos tipos de monjes –y monjas–: unos se dedicaban a orar en la iglesia durante muchas horas al día y otros a trabajar en el campo. Y dado que estos últimos también debían rezar, en torno a los siglos X o XI, a algún monje –o a alguna monja– se le ocurrió que cada día podían rezar 150 Padrenuestros en lugar de los 150 salmos que, de media, rezaban los otros monjes. Y la idea resultó muy bien, por lo que se difundió también entre el pueblo fiel.

Pasado un tiempo, en el siglo XIII, las monjas y los monjes cistercienses comenzaron a cambiar los Padrenuestros por

«Salutaciones». Una Salutación es la primera parte del Avemaría: «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre» (cf. Lc 1,28-33). Y también optaron por intercalar un Padrenuestro cada diez Salutaciones, y así surgió el *Salterio de María*.

Tras ordenarse la supresión de los beguinatos en el Concilio de Vienne en 1313, los frailes mendicantes difundieron entre las beguinas el rezo del Salterio de María. Cuando en las últimas décadas del siglo XIV apareció en la zona renana la devotio moderna, ésta introdujo la meditación de un pasaje de los Evangelios al final de cada Salutación del Salterio de la Virgen. Asimismo, en las primeras décadas del siglo XV, comenzó a rezarse en algunos lugares el Avemaría entero. Al introducirlo en el Salterio de la Virgen, permitía rezarlo a dos coros. Y así, ya tenemos las bases del Rosario moderno, en el que se rezan 150 Avemarías y se meditan algunos pasajes de la vida de Jesús y de su Madre. Aunque aún no había una forma fija de rezarlo, pues en cada iglesia y monasterio se hacía de un modo diferente.

Es entonces, en 1470, cuando el beato Alain de la Roche (o Alano de Rupe) emprendió la aventura de crear la *cofradía del Salterio de la Gloriosa Virgen María*, cuya espiritualidad giraba en torno a María y el rezo del Rosario. Y lo hizo en Douai, que está al norte de Francia, relativamente cerca de la zona renana. Los tres fines fundamentales de esta cofradía eran: divulgar el rezo del Rosario entre el pueblo fiel, vivir entre los cofrades la espiritualidad mariana y pedir a la Virgen que intercediese por las necesidades del mundo.

En 1475 falleció fray Alain, y ese mismo año el prior de los dominicos de Colonia –ciudad que, como ya sabemos, está en medio de la zona renana–, fundó la primera cofradía del Rosario, inspirándose en la cofradía que fray Alain había fundado en Douai. Ésta tuvo una buena acogida en aquella ciudad. Y tanto gente de clase humilde como autoridades civiles y eclesiásticas, se hicieron cofrades. Pronto, a partir de Colonia, se fueron creando otras cofradías del Rosario en conventos dominicanos reformados de Alemania y después en Italia. Y se fundó una en el convento de Santa María Sopra Minerva de Roma, donde residía el Maestro de la Orden y su Curia. Es entonces, en 1485, cuando estas cofradías pasaron a depender de la Curia generalicia de la Orden.

¿Por qué este modo de orar ha tenido tanto éxito? Porque tiene unas cualidades muy importantes: su metodología es clara y sencilla, se puede rezar individual o comunitariamente –y en cualquier sitio–, y nos ayuda a meditar pasajes de la vida de Cristo y de María. Y tiene otra virtud que ha sido muy valorada por la gente: nos ayuda a pedir correctamente por nuestras verdaderas necesidades.

En efecto, a medida que nos vamos ejercitando en el rezo del Rosario, y lo hacemos con devoción, nuestro corazón va sintonizando con el corazón de María, y ella nos va transmitiendo su humildad y sabiduría, de tal forma que, cuando tenemos que pedir algo a Dios, si lo hacemos mientras rezamos el Rosario, lo hacemos con la necesaria sumisión y no le pedimos caprichos ni nada inconveniente. Y así, nuestra petición llega a Dios y Él nos atiende. Pero Él lo hace a su manera. Es muy importante tener esto último en cuenta, pues muchas veces Dios responde a nuestra petición de un modo diferente al que nosotros esperábamos. Y entonces la Virgen María nos ayuda a saber interpretar sabiamente la voluntad divina.

El hecho es que, pronto, gracias al rezo del Rosario, comenzaron a acontecer acciones milagrosas como conversiones, la liberación de ciudades sitiadas, la desaparición de epidemias o el apaciguamiento de tempestades, terremotos y erupciones volcánicas. La acción más significativa fue la victoria en la batalla de Lepanto, que veremos en el próximo capítulo. Tras esta batalla, hubo dominicos que se animaron a escribir libros narrando los milagros acontecidos gracias al rezo del Rosario.

Santo Domingo y el Rosario

Todos hemos oído que santo Domingo es el fundador del rezo del Rosario, pues cuenta una tradición que la Virgen María le entregó un rosario pidiéndole que propagara esta oración por el mundo entero. Pues bien, unos años después de que las cofradías del Rosario comenzaran a fundarse en los conventos de la Orden, es cuando surgió esta tradición. Y fue así porque algunos frailes consideraron que era necesario enlazar dichas cofradías con la espiritualidad dominicana. Y para ello se hizo algo similar a lo que ocurrió cuando se forzó que la Inquisición formara parte del carisma dominicano: se afirmó que santo Domingo había predicado el Rosario.

El primer documento pontificio en el que se relacionó al fundador de los dominicos con el Rosario data de 1495. En dicho escrito, el Papa Alejandro VI afirmaba que santo Domingo fue predicador de las cofradías del Rosario. Y así, se fue desarrollando una tradición que ha llegado hasta nuestros días, gracias a bellísimas obras de arte en las que se nos muestra a María entregando un rosario a santo Domingo.

1566-1789: ESPIRITUALIDAD TRIDENTINA

En 1563 se clausuró el Concilio de Trento, el cual se vio muy marcado por la lucha contra la Reforma protestante. Y en 1566 fue elegido el Papa san Pío V, que tuvo la firme determinación de hacer cumplir lo establecido en el Concilio y de implantar su doctrina en toda la Iglesia. Comenzaba así un nuevo periodo eclesial en el que la reforma de la vida religiosa se dio por finalizada, y la observancia regular comenzó a ser reemplazada por la disciplina tridentina.

La Orden de Predicadores empezó con buen pie este periodo. Ya habían quedado muy lejos sus tiempos de crisis y la reforma se había concluido. En las primeras décadas del siglo XVII se fue extinguiendo la observancia vivida en los siglos anteriores, y ésta fue sustituida, como acabamos de decir, por la espiritualidad expuesta en los documentos del Concilio de Trento.

CONTEXTO

Modernidad

A finales del Renacimiento, en plena Edad Moderna, el saber científico estaba preparado para dejar atrás el pensamiento medieval y abrirse a la luz de la razón. Es entonces cuando, además, la teología dejó de ser la «reina de las ciencias» y se fue imponiendo el saber científico. Esto cambió el modo de ver el universo, pues se pasó del modelo aristotélico-ptolemaico –en el que el sol gira en torno a la tierra, tal y como se afirma en la Biblia– al modelo copernicano –en el que la tierra gira en torno al sol–.

Asimismo, las dimensiones del mundo conocido fueron aumentando durante la Edad Moderna gracias a los descubrimientos llevados a cabo por los exploradores europeos y por los procesos colonizadores. En este periodo, Rusia, aprovechando el declive de los tártaros, se expandió por todo el norte de Asia y llegó a abarcar Alaska. En el Caribe, fundaron colonias Reino Unido, Holanda y Francia. En Norteamérica, Reino Unido estableció colonias en la costa atlántica, Francia ocupó amplios territorios que abarcaban el norte de la costa atlántica y la región de La Luisiana, que se extendía por la cuenca del Misisipi, desde los Grandes Lagos hasta el golfo de

México, y España extendió su dominio por el sur y el oeste, con asentamientos a lo largo de la costa del océano Pacífico, hasta el sur de Alaska –para frenar la expansión de los rusos–. Tras la Guerra de los Siete Años (1756-1763), Francia cedió a Reino Unido sus colonias en la costa atlántica y la margen oriental de La Luisiana, y la margen occidental la cedió a España.

Así, a finales del siglo XVIII dos tercios del actual territorio de Estados Unidos estaba bajo dominio del imperio colonial español. Dicho territorio, que había empezado a colonizarse a mediados del siglo XVI, estaba habitado mayoritariamente por poblaciones nativas, pues el número de colonos fue siempre muy escaso, de tal forma que las misiones franciscanas fueron un elemento fundamental para la colonización de aquellas agrestes tierras. Muchas de estas misiones eran protegidas por los «dragones de cuera», una caballería ligera del ejército español que también se ocupaba de vigilar las extensas fronteras del norte. También fueron importantes las misiones de los jesuitas, los cuales nunca aceptaron la protección del ejército. Pero ellos tuvieron que cerrar sus misiones cuando la corona española decretó la expulsión de la Compañía de Jesús de todos sus territorios en 1767. En las regiones del actual Estados Unidos no hubo misiones dominicanas, pues en la repartición de las zonas de misión que en 1535 se hizo en el virreinato de Nueva España, a los dominicos les tocó emplazar sus conventos y misiones en las regiones situadas al sur de la capital –que era la ciudad de México–, en la zona interior, pues las costas fueron para los agustinos. Y así, los dominicos se situaron en la capital, en Puebla, en Oaxaca, en Chiapas y en Guatemala, formando de ese modo la llamada «ruta de los dominicos», parte de la cual es ahora un conocido recorrido turístico, formado por antiguos conventos dominicanos de Oaxaca. Tras la expulsión de los jesuitas de la península de la Baja California, los dominicos y los franciscanos tuvieron permiso para fundar allí varias misiones. Por cierto, los misioneros dominicos, como los franciscanos, en casos excepcionales aceptaron la protección del ejército, lo cual era algo que había rechazado totalmente fray Bartolomé de las Casas, pues, según él, no encajaba con la evangelización pacífica.

Situémonos ahora en la primera década del siglo XVII, cuando se inicia la colonización francesa y británica de Norteamérica. A los territorios ocupados por los franceses acudieron cazadores y

comerciantes de pieles, pues éstas –sobre todo las de castor– eran muy apreciadas por los fabricantes de ropa de aquel país. Algo similar ocurrió en los territorios británicos. Pero éstos destacaron, sobre todo, por la gran cantidad de colonos que en ellos se instalaron, muchos más que en los territorios franceses y españoles, debido a su localización –pues estaban en frente de Europa–, a sus riquezas naturales y, sobre todo, a las favorables condiciones que la corona británica ofrecía a los colonos, gracias a las cuales acudieron, además de británicos, multitud de personas –y familias enteras– pertenecientes a iglesias protestantes de Alemania, Francia y el norte de Europa. De hecho, muchos formaban parte de pequeñas Iglesias puritanas y pietistas que deseaban vivir libremente su fe, y veían América como la nueva «tierra prometida».

El proceso colonizador de los territorios británicos se desarrolló siguiendo, básicamente, estos pasos: cuando se asentaban los colonos europeos en una zona, normalmente hacían lo posible para llegar a un acuerdo con los nativos que allí vivían, entablando unas relaciones comerciales que eran beneficiosas para ambas partes e, incluso, luchando juntos en algún conflicto local. Si bien ambos grupos permanecían estrictamente separados, no produciéndose apenas mestizaje, el contacto era lo suficientemente cercano como para que los nativos se contagiasen de las enfermedades europeas que portaban los colonos y sus animales, y esto hacía que muriese hasta el 90% de la población nativa de esa zona. Eso, a su vez, animaba a los colonos a ocupar más territorios de los nativos. Debido a que la corona británica dejaba que siguieran llegando nuevas oleadas de colonos para que fuesen ocupando más y más tierras, llegaba un momento en el que la presión sobre los nativos que quedaban en la zona era tan grande, que estallaba un conflicto, y entonces el ejército británico se veía forzado a emprender una dura campaña de represión contra ellos, de tal forma que los que no se trasladaban a otra zona, acababan muriendo en los combates. En consecuencia, aquellas tierras eran totalmente ocupadas por nuevas oleadas de colonos. Y así, la corona británica fue dejando que, poco a poco, los colonos europeos fueran reemplazando a las poblaciones nativas en sus territorios, desapareciendo de ese modo aquellas valiosas culturas de la costa este de Norteamérica.

Con el fin de sacar el máximo beneficio a sus grandes plantaciones americanas, los británicos, franceses y holandeses se sumaron al comercio esclavista a mediados del siglo XVII y lo llevaron a su máximo apogeo en el siglo XVIII. En esto desempeñó un papel importante el lucrativo «comercio triangular», que fue creado por comerciantes portugueses en el siglo XVI y perfeccionado por comerciantes británicos en el siglo XVII. Éste consistía, básicamente, en que los comerciantes salían con sus barcos de un puerto europeo con productos manufacturados -como armas, telas o utensilios de cocina- para venderlos en África, donde después llenaban las bodegas de sus barcos con esclavos para venderlos en América, y allí cargaban sus barcos con cacao, azúcar, tabaco, metales preciosos y otros productos para venderlos en Europa, cerrando de ese modo el «triángulo». Además, para aumentar los beneficios económicos, se consiguió reducir mucho las muertes de esclavos en los barcos negreros, gracias, entre otras cosas, a que en los mercados africanos se establecieron eficaces mecanismos para escoger a las personas más sanas y fuertes, capaces de realizar la singladura atlántica. La isla de Jamaica, tras ser ocupada por los británicos, se convirtió en el principal mercado de esclavos del Caribe. Éstos, como ya hemos comentado, fueron explotados en grandes plantaciones de caña de azúcar, tabaco, arroz, café o algodón, que eran productos muy apreciados en Europa y, por tanto, generaban cuantiosos beneficios.

Respecto a los territorios colonizados por España en América, en los siglos XVII y XVIII gozaron de una gran prosperidad, gracias a la estabilidad política y social que aportaba el régimen virreinal, a la rentabilidad de las explotaciones agrícolas y ganaderas, al abundante contrabando efectuado con comerciantes británicos - fundamentalmente por medio de la isla de Jamaica-, a la alta productividad de las minas -que de diversos modos también dejaban dinero en los virreinos- y, claro está, a la explotación de los esclavos y de algunos nativos, de lo que hablaremos en breve. Además, a comienzos del siglo XVII los terribles años de la conquista habían quedado atrás, la pandemia iba remitiendo y los animales de granja que los españoles llevaron a América mejoraron la nutrición de la población nativa, que fue recuperándose rápidamente, siendo siempre, salvo en las islas del Caribe, el grupo social más numeroso en la América española, incluso en los peores años de la pandemia.

También fue aumentando el número de personas afroamericanas libres.

Por otra parte, siguieron teniendo un papel importante las *Leyes Nuevas de Indias* que, aunque recortadas y modificadas a lo largo de los años, garantizaron –en cierta medida– los derechos de los nativos, pues eran legalmente súbditos de la corona española y, por tanto, estaban bajo su protección, al menos teóricamente. Decimos esto porque los misioneros protestaron a menudo por las deficientes condiciones de trabajo en las haciendas y en otras explotaciones. Así, según denunció el misionero dominico fray Vicente Bernedo por carta al rey Felipe III, a comienzos del siglo XVII eran muy deplorables las condiciones en las que se forzaba a trabajar a los nativos andinos –de etnia quechua– en las importantes minas de Potosí, donde no podían trabajar los esclavos africanos por estar situadas a unos 4000 metros de altitud, en la actual Bolivia. El hecho es que entre los mineros las enfermedades eran frecuentes y la mortandad elevada, y su salario, además, era escaso. Todo ello, obviamente, repercutía en sus familias, que vivían muy pobremente.

Paradójicamente, a lo largo de la época colonial, por las manos de aquellos pobres y oprimidos mineros pasó una buena parte de los miles de toneladas de valiosa plata con las que se financiaron las guerras que en Europa emprendieron los monarcas que, tras los Reyes Católicos, gobernaron España, primero de la casa de Habsburgo (o Austria) y después de la casa de Borbón. Dichas guerras, además de provocar la muerte de miles de españoles que fueron enviados al combate y de otros muchos europeos, empobrecieron a la propia España, pero llenaron las arcas de destacados banqueros europeos. Y así, la plata americana (que también se extrajo –y se sigue extrayendo– abundantemente de las minas de Zacatecas, México) se convirtió en un elemento fundamental del desarrollo económico de Europa occidental en este periodo de la historia.

Por otra parte, en las colonias españolas ocurrió un fenómeno que, a la postre, ha resultado, por lo general, muy positivo. Nos referimos al mestizaje. El hecho es que en 1514 las autoridades españolas legalizaron los matrimonios mixtos, ya que Bartolomé de las Casas y otros misioneros denunciaron que abundaban las uniones extramatrimoniales entre nativas y colonos. Y constatando las

autoridades españolas que, en efecto, dichos matrimonios eran una buena herramienta para integrar a los nativos en la sociedad colonial, los fomentaron. Así, en aquellas primeras décadas, fue normal que los conquistadores se casaran con la hija de algún importante mandatario nativo. Y a lo largo del periodo colonial, a pesar de que emigraron a América muchas españolas, hubo numerosos matrimonios mixtos formados por españoles de clases medias y bajas que se casaron con nativas y afroamericanas libres. Y fue inevitable que también abundaran los mestizajes fruto de relaciones extramatrimoniales. Todo eso hizo que en los territorios españoles fuera en aumento la proporción de personas mestizas y mulatas, y que se mezclaran y armonizaran diversas costumbres culturales y religiosas de origen americano, africano y europeo. Algo parecido sucedió en la colonización portuguesa. Pues bien, dicho mestizaje racial, cultural y religioso ha dado lugar a la actual Latinoamérica. Éste es un fenómeno muy significativo y casi único, pues en otros procesos colonizadores de aquella época, los europeos apenas se mezclaron con los pueblos nativos.

Por cierto, algo similar sucedió en las Islas Filipinas, donde también regían las *Leyes Nuevas de Indias* -con sus recortes y modificaciones-, pues formaban parte del virreinato de Nueva España, aunque la presencia de españoles en este lejano territorio asiático fue muy reducida.

A nivel religioso, en el centro y el norte de Europa occidental se consolidó la Reforma protestante, lo cual no fue aceptado por la Iglesia católica y algunos Estados católicos, lo que provocó más cruentas «guerras de religión», más persecuciones y más matanzas, en las que murieron miles de cristianos católicos y protestantes en los siglos XVI y XVII. Aunque la disculpa de todo ello era la defensa de la «fe verdadera», los motivos reales fueron de índole político y económico. Y así, una vez más, la religión sirvió de excusa para realizar todo tipo de crímenes y abusos.

A nivel económico, a mediados del siglo XVIII, en Reino Unido se produjo el inicio de un gran cambio: la *revolución industrial*. Gracias a la invención de la máquina de vapor, comenzaron a construirse máquinas para elaborar en serie productos de buena calidad y a bajo coste. Dichas máquinas se emplazaron en fábricas, y éstas contrataron a muchas mujeres y hombres poco cualificados. Nació así la *clase*

obrera. Pronto la revolución industrial se extendió por Estados Unidos y Europa occidental. Y a la clase obrera se fueron uniendo los millones de trabajadores asalariados de las minas, la construcción, los astilleros y otros muchos oficios. Al comienzo, aquellas personas vivían y trabajaban en condiciones muy deplorables: las jornadas laborales superaban las 14 horas, tenían muy pocos días de descanso a lo largo del año, los sueldos eran muy bajos, también trabajaban las niñas y los niños, en muchos casos las familias dormían en la propia fábrica porque no tenían una vivienda, las tasas de analfabetismo, alcoholismo y desnutrición eran muy altas, y la asistencia médica era deplorable.

A nivel político, las monarquías absolutistas se fueron haciendo con el gobierno de buena parte de Europa durante este periodo. Como veremos, el absolutismo reinante influyó en la forma de gobierno de la Orden. Pero, a la sombra de la aristocracia, fue tomando cada vez más fuerza la burguesía, la cual, teniendo en sus manos una parte importante de la economía, deseaba también el control político. Para conseguirlo, primero hizo uso del saber ilustrado, y después lo puso en práctica por las armas en la Revolución Francesa, en 1789, dando comienzo así a una nueva era que veremos en el próximo capítulo.

Concilio de Trento

Sabemos que en 1517 Martín Lutero publicó 95 tesis en las que acusaba a la Iglesia católica de haber caído en el paganismo y la avaricia. Fue el inicio de la Reforma protestante. Todos los intentos que la Iglesia católica hizo para evitar la ruptura con la Iglesia luterana y las otras Iglesias que surgieron después, acabaron fracasando. Por ello, sabiendo que la Iglesia católica necesitaba una profunda reforma interna y que debía tomar medidas frente a las nuevas Iglesias separadas, el Papa Pablo III convocó un Concilio ecuménico que se inauguró en 1545 y finalizó en 1563. Dada la pujanza de los teólogos dominicos de aquella época, éstos tuvieron un papel muy importante en dicho Concilio.

Éste se posicionó claramente frente al luteranismo a través de cuatro afirmaciones fundamentales, a saber: la fe ha de ir acompañada por obras; el ser humano, para salvarse, además de la ayuda de la gracia divina, necesita de la acción de la Iglesia jerárquica,

que hace las veces de Cristo en el mundo; las Sagradas Escrituras deben ser interpretadas según el parecer del magisterio de la Iglesia; y siendo Cristo el único mediador entre Dios y las personas, los santos y la Virgen María interceden por nosotros ante Dios con sus oraciones.

La doctrina tridentina se mostró claramente en la liturgia. Como veremos más adelante, el Papa san Pío V promovió la publicación de un nuevo *Misal Romano* en el que se purificó la liturgia y se la mejoró doctrinalmente. Frente a la liturgia protestante, centrada en la Palabra, la católica dio mucha importancia a los sentidos, potenciando la música, los retablos y otras expresiones artísticas. Pero la nueva liturgia tridentina era muy rígida, pues el sacerdote debía ceñirse estrictamente a lo marcado por las rúbricas. Sin embargo, se permitió una gran flexibilidad en las formas de devoción popular como, por ejemplo, las procesiones. Y así, mientras el pueblo fiel iba –obligatoriamente– a «oír Misa» sin entender apenas nada de lo que se decía, pues los textos litúrgicos estaban en latín, éste compartía –fervorosamente– su fe en los actos de devoción popular, pues los párrocos o los misioneros los habían adaptado a la cultura de sus fieles.

El Concilio de Trento le dio mucha importancia a la predicación, pues era el mejor medio para comunicar al pueblo fiel el verdadero sentido de las Sagradas Escrituras y, asimismo, para transmitirle la doctrina y la moral católicas. A este respecto, el Concilio pidió que todos los aspirantes al sacerdocio recibiesen una adecuada formación teológica, por lo que determinó que se erigiesen centros de formación en las diócesis, que fueron llamados «seminarios conciliares». Esto capacitó a los sacerdotes seculares a predicar. Por ello, en el siglo XVII se generalizó la predicación en las Misas dominicales y en otros importantes actos religiosos, lo cual, a su vez, hizo que en las parroquias se construyera un elemento que ya existía en las iglesias de predicación: el púlpito, el cual era emplazado en la nave central –no en el presbiterio–, para que el pueblo fiel pudiera ver y oír bien al predicador. Como bien sabemos, los púlpitos quedaron en desuso en la segunda mitad del siglo XX, pues la megafonía los ha hecho innecesarios. Muchos de ellos se conservan por su antigüedad y belleza. Ahora normalmente se predica desde un ambón situado en el presbiterio.

El Concilio de Trento también promovió mucho el sacramento de la Reconciliación, por lo que se crearon unos nuevos habitáculos: los confesionarios, que se emplazaron en todas las iglesias, y ahí siguen estando, pues los seguimos usando para celebrar este importante sacramento. Antes de aquel Concilio las personas se confesaban en la sacristía, en una capilla lateral o en otro discreto lugar de la iglesia.

Espiritualidad barroca

A partir del Concilio de Trento se restringió mucho la mística, por miedo a las desviaciones que ésta –supuestamente– podría provocar. Además, pastoral y artísticamente hubo que mostrar la superioridad de la Iglesia católica sobre el protestantismo. El resultado de todo ello fue el surgimiento del Barroco, cuyo arte y espiritualidad están marcados por la doctrina tridentina.

Así era la espiritualidad barroca: muy sensitiva y «externa», más centrada en el cumplimiento que en la vivencia íntima. Frente a la espiritualidad luterana que prohibió el culto a los santos, la Iglesia católica lo promovió mucho, así como la devoción al Santísimo Sacramento –organizando espectaculares procesiones del Corpus–. También se promovió mucho el culto a la Virgen, cuyo resultado fue la popularización de la devoción a la Inmaculada Concepción de María, que acabó siendo definida como dogma de fe en el siglo XIX. Los dominicos, sin embargo, promovieron la devoción a la Asunción de la Virgen, cuyo dogma fue definido en el siglo XX. Ambas devociones buscaban ensalzar lo máximo posible a María. La difusión del culto a los santos y a la Virgen hizo que en muchas iglesias se construyeran capillas laterales –o retablos laterales, cuando no era posible construir capillas–, para que el pueblo fiel pudiera dedicarse adecuadamente a sus devociones, sin molestar a los fieles que oraban u oían la Misa en la nave central.

A la base de esta nueva espiritualidad estaba la separación de la ascesis y la mística que se promovió en el seno de la Iglesia después del Concilio. En efecto, se afirmaba que sólo unos pocos elegidos –sobre todo sacerdotes, religiosas y religiosos– podían relacionarse con Dios siguiendo el camino de la mística, pues ésta podía confundir y desviar al pueblo fiel. Por ello, éste debía tomar el otro camino: el de la ascesis. Siguiendo este razonamiento, si los ejercicios de carácter

místico –es decir, la oración mental o el recogimiento– ayudaban a obtener la gracia infusa, es decir, la gracia infundida por el Espíritu Santo, los ejercicios de carácter ascético –es decir, la oración vocal y los actos de piedad– ayudaban a obtener la gracia adquirida, esto es, adquirida con el esfuerzo del orante. Y todo esto lo vigilaba la Inquisición muy de cerca.

La separación entre la mística y la ascesis condujo, además, a una errónea conclusión, a saber: que los sacerdotes y las personas consagradas tenían más fácil alcanzar la santidad. O, dicho de otro modo, que el pueblo fiel debía resignarse a no tener un papel destacado en el Reino de Dios. Es decir, debía asumir su mediocridad espiritual.

Esto tuvo también otra consecuencia: no hubo apenas autores místicos en los tres siglos que distan entre las últimas obras de san Juan de la Cruz (de finales del siglo XVI) y la *Historia de un alma* de santa Teresa de Lisieux (de finales del siglo XIX). Sin embargo, en esta época sí se escribió sobre mística, y se hizo por medio de tratados teológicos, en algunos de los cuales se exponían metodológicamente una multitud de pasos que –supuestamente– habían de darse para no desviarse al practicar la oración mental o el recogimiento. Dado que la doctrina tridentina estuvo vigente hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965), hubo que esperar hasta entonces para superar esta estricta espiritualidad. Aunque, como ya veremos, hubo en la primera mitad del siglo XX algunos dominicos que contribuyeron decisivamente en dicho cambio.

Por otra parte, llegado el siglo XVIII, Europa se vio inmersa en la Ilustración, un movimiento intelectual que trataba de mostrar el triunfo de la razón sobre las creencias religiosas. Esto influyó en la espiritualidad católica, pues se publicaron tratados que intentaron mostrar una razonable solidez científica y metodológica, distinguiendo claramente entre la ascesis y la mística.

Nuevas Congregaciones

Vimos en el capítulo anterior que, tras la aparición de beaterios de religiosas terciarias de vida activa –o vida apostólica–, en el siglo XVI surgieron Institutos religiosos femeninos también de vida apostólica, cuyas hermanas trabajaban realizando labores caritativas

fuera de la clausura. Este modelo fue proliferando, pues muchas mujeres se sentían llamadas a este tipo de consagración religiosa. Pero, dado que era algo novedoso y no estaba aún legislado, hubo obispos y otras autoridades que comenzaron a quejarse ante la Santa Sede por considerar que algunas actuaciones de estas religiosas eran incorrectas.

Ante tal situación, el Papa san Pío V decidió tomar una drástica decisión: en 1566 publicó la bula *Circa pastoralis* en la que se obligaba a todas las religiosas a vivir bajo la estricta clausura de la vida contemplativa. Con ello intentaba unificar la vida religiosa femenina y evitar aquellos abusos de los que se quejaban los obispos. El resultado, como es lógico, fue demoledor, pues forzó a todas las religiosas de vida apostólica a tener que elegir entre dos opciones contrapuestas: o bien podían seguir haciendo obras caritativas fuera de la clausura, pero renunciando a su condición de religiosas, es decir, no pudiendo consagrarse totalmente a Cristo con votos públicos; o bien podían seguir siendo religiosas, pero viviendo en estricta clausura y, por tanto, renunciando a la vida apostólica. Sin embargo, a las religiosas terciarias no se les ofreció la alternativa de optar por la vida apostólica, sino que a todas se les obligó a transformarse en religiosas contemplativas, viviendo en estricta clausura. Es importante señalar que a todas las comunidades religiosas femeninas se les dejó tener colegios, lo cual les permitió seguir realizando una actividad pastoral y caritativa, aunque dentro de la clausura.

Por otra parte, los beaterios formados por terciarias que no eran religiosas, sino laicas consagradas, pudieron seguir realizando labores pastorales o caritativas fuera de la clausura, pero la Santa Sede introdujo algunas reformas en su forma de vida para adaptarla a lo establecido en el Concilio de Trento.

Entre los Institutos femeninos que optaron por no vivir en estricta clausura, muchos se transformaron en Sociedades de vida apostólica. Esta nueva forma de vida fue creada en 1575 por san Felipe Neri al fundar la *Congregación del Oratorio*. Dichas Congregaciones podían estar formadas por laicas o laicos consagrados, o por sacerdotes, sus miembros no hacían votos públicos, formaban comunidades fraternas, su principal actividad era colaborar en el apostolado de la Iglesia y seguían una Regla o unas Constituciones.

Pero era evidente que la vida religiosa femenina apostólica era algo querido por Dios. Por ello, en 1749 el Papa Benedicto XIV publicó la constitución apostólica *Quamvis justo*, en la que se daba más flexibilidad a la clausura de las comunidades religiosas femeninas que se sentían llamadas a realizar labores caritativas o pastorales. Esto produjo la aparición de Congregaciones femeninas de vida religiosa apostólica, aunque sujetas a cierta clausura. Y éstas fueron aumentando. Siglo y medio más tarde, en el año 1900, el Papa León XIII publicó la constitución apostólica *Conditae a Christo* en la que, definitivamente, la vida religiosa femenina dejaba de identificarse con la clausura. Y así lo recogió el *Código de Derecho Canónico* de 1917.

En este periodo también surgieron nuevas Congregaciones masculinas de vida apostólica. Unas estaban formadas por sacerdotes –como la *Congregación del Oratorio*– y otras por laicos –como los *Hermanos de las Escuelas Cristianas*, fundados en 1681 por San Juan Bautista de la Salle–. En estos nuevos Institutos sus miembros vivían en comunidad, desarrollando una determinada misión, en muchos casos bajo la jurisdicción del obispo diocesano y en dichos Institutos sus miembros hacían algún tipo de profesión o de votos.

Como ya comentamos en el capítulo anterior, el modelo implantado por san Ignacio en la Compañía de Jesús fue muy influyente en las nuevas Congregaciones, pues les daba más flexibilidad y adaptabilidad para realizar diferentes trabajos apostólicos. Y muchas de éstas, a ejemplo de los jesuitas, crearon instituciones, centrando su vida en el trabajo que en ellas realizaban, ya fuese, por ejemplo, educando a niños en colegios, atendiendo a enfermos en hospitales o cuidando a ancianos en residencias.

Pero, dado que en estas nuevas Congregaciones lo comunitario era también un aspecto importante, optaron por asumir también algunos elementos más propios de las Órdenes monásticas y mendicantes, sobre todo la oración común. Por otra parte, estas Congregaciones decidieron, asimismo, enviar misioneras y misioneros a otros continentes, colaborando así de un modo decisivo en la propagación de la fe en todo el mundo.

PARTICIPACIÓN DE LA ORDEN EN EL CONCILIO DE TRENTO

Vimos en el capítulo anterior que la Orden se reformó buscando recuperar la observancia regular, se implicó sabiamente en el movimiento renacentista para formarse humanísticamente y predicar el Evangelio haciendo uso de su bello arte, envió misioneros a los nuevos territorios colonizados y en ellos defendió los derechos humanos de sus habitantes originarios. El resultado lógico de todo ello es que a mitad del siglo XVI la Orden tenía mucha fuerza y vitalidad. Y eso se hizo muy patente en el Concilio de Trento, en el que participaron unos 200 frailes, algunos como teólogos y otros como autoridades eclesiales o de la Orden.

Acabado el Concilio, la Orden tuvo que adaptar sus Constituciones a los decretos conciliares. Y lo hizo en 1566. Años más tarde, un Cardenal Protector ordenó a un Capítulo general nombrar una comisión para revisar de nuevo las Constituciones. En consecuencia, en 1690 el Maestro de la Orden fray Antonín Cloche publicó las Constituciones revisadas de las monjas y también las de los frailes.

Bueno, pues hubo un dominico italiano que, si bien no participó en el Concilio de Trento, fue fundamental para que toda la Iglesia adoptara las reformas decretadas por dicho Concilio. Veámoslo a continuación.

► San Pío V

Antonio Miguel Ghislieri nació en 1504 en Bosco (Italia). Con 17 años profesó en el convento de Vigevano, tomando el nombre de fray Miguel. Después realizó sus estudios en Bolonia, donde se formó según la recta observancia de los dominicos reformados. Cuando obtuvo el grado de lector en filosofía y en teología, fue enviado a Pavía, donde dio clases durante 16 años.

En 1542 el Papa Pablo III emprendió una profunda reforma de la Inquisición, creando la *Inquisición romana*, que va a depender de un grupo de cardenales. Tiempo después, cuando fray Miguel tenía unos 40 años, fue nombrado inquisidor de la ciudad de Como. En el desempeño de esta compleja labor, siempre supo preservar su independencia ante las autoridades eclesiásticas y civiles, lo cual le

trajo problemas cuando se vio en la obligación de actuar contra algunos jerarcas.

Pero eso no impidió al Papa Julio III trasladar a Roma a fray Miguel en 1551 para que trabajase como comisario de la Inquisición. Pocos años después, el Papa Marcelo II le nombró obispo de Sutri y Nepi, y en 1557, con 53 años, fue nombrado cardenal e inquisidor general de la Cristiandad. Pasado el tiempo, el Papa Pío IV lo envió a reformar la diócesis de Mondovì, para sacarla de la decadencia religiosa en la que se encontraba. Pero en 1561, siendo fiel a su coherencia, se opuso a varias decisiones de Pío IV, el cual le destituyó de su cargo de inquisidor general en 1565.

A finales de ese año murió este Papa, y pocos días después, en enero de 1566, fray Miguel fue elegido Papa, tomando el nombre de Pío V. Tenía 62 años. Aplicó en su mandato el mismo rigor que le había caracterizado en los otros cargos que desempeñó. Sobre todo, destacó por hacer aplicar los decretos del Concilio de Trento con el fin de reformar a la Iglesia católica y hacer frente a las Iglesia separadas. Así, en el mismo año de su elección, se publicó el *Catecismo Romano* y él promulgó la controvertida bula *Circa pastoralis*, con el fin de unificar la vida religiosa femenina. Buscando formar bien a los sacerdotes, alentó a los obispos a que fundasen seminarios conciliares en sus diócesis. Además, propuso que en los centros de estudios de los seminarios se tuviera en cuenta la *Suma Teológica* de santo Tomás. De hecho, en 1567 proclamó Doctor de la Iglesia a este teólogo.

Al año siguiente, se publicó la primera edición típica del *Breviario*, para el rezo comunitario. En 1569 estableció el ritual para el rezo del Rosario y un año después se publicó el *Misal Romano*. En 1571 tuvo que afrontar una guerra con el Imperio Turco Otomano y, para ello, consiguió que varios Estados católicos se asociaran en una Liga Santa que venció a la flota otomana en la batalla de Lepanto. Y al año siguiente, Pío V falleció, con 68 años, dejando a la Iglesia encarrilada en la doctrina tridentina.

Pero este Papa dominico también sobresalió en el ámbito personal. Siguiendo la espiritualidad de la reforma dominicana, promovió en Roma la austeridad y la moralidad propias del Evangelio. Él mismo daba ejemplo de ello en su vida cotidiana, con su bondad, pobreza y humildad. Siendo un gran teólogo y un activo

gobernante, fue, ante todo, un hombre de oración. Todo esto le hizo ser muy admirado por el pueblo fiel y las autoridades eclesiásticas. Un dato muy conocido es que, en lugar de vestirse con la ostentosa sotana que usaban los cardenales y los Papas, siempre vistió el humilde hábito dominicano. Por ello, tras su muerte, los Papas han usado una sotana blanca en recuerdo del hábito dominicano que usó san Pío V.

GOBIERNO DE LA ORDEN

El proceso de centralización del poder en la Orden de Predicadores iniciado en la segunda mitad del siglo XIV, siguió su curso en este periodo, en consonancia con el absolutismo que regía en las monarquías europeas y, en cierto modo, en la Santa Sede. En efecto, los reyes se esmeraron en restringir la autonomía de la Iglesia, intentando controlar sus movimientos, para su propio provecho. Esto lo sufrieron especialmente las Órdenes religiosas. De hecho, la presión del poder civil fue tan grande, que el Papa Clemente XIV se vio forzado a suprimir a la Compañía de Jesús en 1773 (por fortuna, 41 años después, en 1814, el Papa Pío VII restauró esta valiosa Orden).

Igualmente, la Santa Sede también actuó para controlar a los Institutos religiosos. Por una parte, éstos se vieron obligados a adoptar en su legislación los cambios emanados del Concilio de Trento. Pero además, los Papas fueron acaparando cada vez más poder dentro de ellos, los cuales iban perdiendo autonomía. Llegado el siglo XVIII, la Santa Sede hizo un esfuerzo por supervisar la vida interna de los Institutos religiosos, alentándoles a cumplir disciplinadamente con los cometidos para los que fueron fundados, a esmerarse en el acatamiento de sus Constituciones y a ceñirse a las sanas costumbres de la vida religiosa dentro de sus casas, monasterios y conventos. Obviamente, la Santa Sede también actuó en todos los beaterios e Institutos de vida consagrada, introduciendo aquellos cambios que consideró más oportunos.

Pero a su vez, dentro de la Orden dominicana también fue aumentando la centralización del poder en la Curia generalicia y fue disminuyendo el de los Capítulos generales, pues se reunieron cada vez menos veces: 28 en el siglo XVI, 20 en el siglo XVII y sólo 6 en el siglo XVIII. Y así, mientras la democracia dominicana se vio

seriamente afectada, la autoridad del Maestro de la Orden –y su Curia– aumentó considerablemente, aunque su autonomía estaba limitada por el Papa y el Cardenal Protector. Es más, los Capítulos generales electivos de esta época estuvieron supervisados por la Santa Sede. De hecho, desde 1474 todos los Capítulos generales electivos se celebraron en Roma.

Además, la jerarquía dominicana se italianizó, de tal forma que el 70 por ciento de los Maestros de la Orden de los siglos XV al XVIII fueron italianos. Por otra parte, dado que las Provincias del centro y norte de Europa desaparecieron o se debilitaron mucho a causa del protestantismo, las más influyentes en esta época fueron las italianas, las francesas y las españolas.

Sin embargo, a nivel provincial y conventual, se tomaron medidas para obstaculizar los gobiernos «absolutistas» bajo el poder personal de un dominico o una dominica. Así, el Capítulo general de 1629 ordenó que los Capítulos provinciales se celebraran cada cuatro años y que todos fueran electivos. Igualmente, en esta época también se redujo a tres años la duración de los prioratos en los conventos. Y con ciertos matices, así sigue siendo en la actualidad.

AUTORES ESPIRITUALES

Los dominicos más sobresalientes de este periodo son todos del siglo XVII. Éstos publicaron, por lo general, tratados en los que comentaban la teología de santo Tomás o se apoyaban en ella. Un buen ejemplo es esta obra: *La teología mística de santo Tomás*, del catalán fray Tomás de Vallgornera, que fue muy valorada en los centros de teología por su amplitud, su metodología académica y su buena sustentación teológica. Dicha obra está inspirada en la *Suma de teología mística* del carmelita francés fray Felipe de la Santísima Trinidad, que era un destacado tomista, coetáneo de Vallgornera. Este dominico también puso por escrito algunas devotas meditaciones en su obra *Sobre el Rosario de la Bienaventurada Virgen*.

Asimismo, sobresalió en esta época sor Juliana Morell, una autora espiritual catalana de la que hablaremos más adelante. Y debemos prestar una especial atención a los autores franceses.

Espiritualidad francesa del siglo XVII

Después de que en España floreciera la espiritualidad en el siglo XVI, en el siglo siguiente surgió en Francia, a partir de ella y de una relectura de la patrística y de las Sagradas Escrituras, un movimiento espiritual que animaba a tener una intensa experiencia de Jesús, ante quien el orante debía convertirse interiormente y anonadarse para que Él lo fuese todo en su vida. Este movimiento espiritual también provocó el surgimiento de nuevas Congregaciones y la renovación de los Órdenes clásicos. Los autores más destacados fueron el obispo san Francisco de Sales, el cardenal Pedro de Bérulle y el beato jesuita Luis Lallemant.

Dentro de la Orden, formaron parte de este movimiento: fray Luis Chardon y el terciario san Luis María Grignon de Monfort. De ambos hablaremos más adelante. Pero ahora vamos a citar resumidamente a otros tres dominicos franceses que trataron sobre espiritualidad.

Fray Vicente Contenson (o Guillermo de Contenson), además de profesor, destacó por ser un entregado predicador. Dedicó mucho esfuerzo a escribir *Teología de la mente y el corazón*, un amplio tratado de nueve tomos en el que conjugó la teología tomista con la vivencia espiritual.

Fray Antonio Massoulié fue maestro de novicios, profesor de filosofía y teología, prior provincial de Toulouse e inquisidor de Toulouse. Colaboró para combatir en su país el semiquietismo. Por ello escribió, entre otras obras, un *Tratado sobre la verdadera oración* y un *Tratado sobre el amor de Dios*.

Fray Alejandro Piny fue maestro de novicios, profesor de sagrada escritura y recibió el título de maestro en sagrada teología. Este fraile escribió varias obras de temática espiritual como el *Estado del amor puro*, *Tres diferentes maneras para llegar ahora interiormente a Dios* y *La vía oculta*. Viendo que el marcado acento místico de algunas de sus obras podía hacerle sospechoso de semiquietismo, en 1685 dejó de escribir y se dedicó a la predicación y al acompañamiento espiritual.

En efecto, en el siglo XVII surgieron el *quietismo* italiano y el *semiquietismo* francés, dos desviaciones místicas parecidas al

iluminismo español, las cuales, según la Inquisición, acentuaban, en mayor o menor medida, la pasividad del orante ante Dios, animándole a no asistir a los sacramentos y a desentenderse de las necesidades del prójimo. La contundente reacción de la Inquisición frente a estas tres desviaciones potenció el antimisticismo.

► **Fray Luis Chardon**

Nació en 1595 en Clermont-de-L'Oise y realizó sus estudios en la Universidad de París. Con 23 años ingresó en el convento de la Anunciación de dicha ciudad, donde llegó a ser maestro de estudiantes. Cuando tenía 37 años fue enviado al convento de Toulouse y regresó a la Anunciación trece años después. Allí adquirió fama de buen acompañante espiritual y predicador. Y es entonces cuando publicó sus principales escritos. Murió en 1651 en su convento, con 56 años.

Este fraile escribió varias obras de gran valor espiritual como *Breve explicación sobre el arte de meditar* y *Meditaciones sobre la pasión de Nuestro Señor Jesucristo para cada día del año*. Pero sobre todo destaca *La Cruz de Jesús*. En esta obra, siguiendo la espiritualidad de la escuela francesa del siglo XVII, nos habla de la absoluta desolación que vivió Jesús en la Cruz, y de cómo nuestra vivencia de dicha desolación puede movernos interiormente a abandonarnos en manos del Padre, para que Él actúe en nosotros con su gracia. Las obras de Chardon son de una gran profundidad espiritual y, a su vez, tienen una sólida base tomista y patrística.

► **Fray Juan de Santo Tomás**

Nació en 1589 en Lisboa. Su padre era austriaco y trabajaba como secretario de un cardenal, lo cual le obligaba a realizar continuos viajes. Por ello, puso a sus hijos bajo la tutela de su hermano, que vivía en Lisboa. Con 16 años, Juan acabó los estudios de bachiller en artes en Coimbra y en esa misma universidad comenzó sus estudios de teología. Pero decidió continuarlos en Lovaina (Bélgica). Con 20 años ingresó en el convento de Nuestra Señora de Atocha (Madrid) donde tomó el nombre de fray Juan de Santo Tomás. Después obtuvo el título de lector en teología en Plasencia.

En 1625 consiguió una plaza de profesor en el colegio teológico de los dominicos de Alcalá de Henares. Y en 1630, con 41 años, fue nombrado catedrático de vísperas en la Universidad de Alcalá de Henares. En ese periodo fue propuesto para ser obispo en México y también en Perú, pero lo rechazó. Con 53 años consiguió ser catedrático de prima en Alcalá de Henares. Pero dos años después fue nombrado confesor del rey Felipe IV y no se atrevió a rechazar dicho cargo, por lo que se fue a vivir junto a la corte. Y así, en 1644, cuando tenía 55 años, murió acompañando al rey cuando éste realizaba una visita a Zaragoza.

Además de escribir varios tratados y obras menores de contenido filosófico y teológico, se hizo célebre por su *Comentario al tratado de los dones del Espíritu Santo de santo Tomás*, que pasó a ser una obra de reconocido valor académico.

MISIONEROS EN EXTREMO ORIENTE

Para las difíciles y lejanas misiones en Extremo Oriente, la Orden erigió en 1587 la Provincia de Nuestra Señora del Rosario, que tuvo como base central el convento de Santo Domingo de Manila, pues las Islas Filipinas eran una colonia española. Y desde ahí se envió a misioneros a Japón, Corea, China, la isla Formosa (que es la actual Taiwan) y Tung-kin (la región más norteña de Vietnam). Dado que estos países no estaban bajo el control de España o Portugal, los misioneros no tenían ninguna protección. Eran meros extranjeros y como tales eran tratados y, en ocasiones, perseguidos. Dicho de otro modo, salvo en los territorios coloniales portugueses y españoles, ser misionero en Extremo Oriente era, por lo general, más difícil y arriesgado que serlo en América.

Debido a estas especiales circunstancias, hasta el siglo XIX la Provincia del Rosario no tuvo noviciado, sino que se abasteció de frailes voluntarios llegados del resto de las Provincias, sobre todo de las españolas. En aquellos tiempos, dado que los portugueses controlaban la ruta por África y el océano Índico –según lo establecido en el *Tratado de Tordesillas*–, los frailes españoles tenían que cruzar el océano Atlántico, atravesar México –desde el puerto de Veracruz al puerto de Acapulco– y después debían cruzar el extenso océano Pacífico. Todo este viaje solía durar más de un año y muchos

morían antes de llegar a Manila. En cierto modo, dicho viaje les preparaba para la dura misión que les esperaba. Así se hizo durante casi doscientos años, pues los primeros dominicos españoles que realizaron el viaje bordeando África y atravesando el océano Índico lo hicieron en 1768-1769.

Como ya hemos visto que sucedió en América, entre los misioneros dominicos que llegaron a las Islas Filipinas había buenos teólogos. Así, la Provincia del Rosario fundó en 1611 el colegio teológico de Santo Tomás, en Manila, que alcanzó el rango de universidad en 1645. Es la universidad más antigua de Asia. Los jesuitas en Manila habían fundado en 1595 el colegio de San Ignacio, que adquirió el rango universitario en 1621, pero tuvieron que cerrar dicho centro debido a que, en 1767, como ya hemos comentado anteriormente, la corona española decretó la expulsión de la Compañía de Jesús de todos sus territorios. El estudio de los misioneros dominicos también abarcaba, obviamente, la cultura de los pueblos que habitaban las Islas Filipinas. De hecho, los primeros diccionarios de castellano-tagalo y de otras lenguas nativas fueron escritos por dominicos. Asimismo, para formar al pueblo fiel, elaboraron el primer catecismo en tagalo y tradujeron significativas obras de teología. Y lo mismo hicieron cuando establecieron misiones en otras zonas de Extremo Oriente.

Ciertamente, la Provincia del Rosario ha protagonizado apasionantes aventuras evangélicas con gran entrega y heroísmo, fruto de lo cual ha dado muchos mártires a la Iglesia. Los primeros misioneros cristianos en llegar a la isla Formosa fueron dominicos, en 1626. Pero en 1642 esta isla se convirtió en una colonia holandesa y todos los misioneros fueron expulsados.

El jesuita italiano Mateo Ricci, tras ser misionero en la India, llegó junto a otro jesuita a China en 1583. Gracias a que supo ganarse la confianza del emperador (de la dinastía Ming), hacia 1610 logró que éste permitiera la presencia de misioneros católicos en ese país, pues, como ya sabemos, desde 1368 había estado cerrado a todo lo extranjero. Los misioneros dominicos llegaron a China en 1631, pero en 1644 cayó la dinastía Ming, y cuatro años después murió san Francisco Fernández de Capillas a manos de los tártaros (o mongoles), siendo el primer cristiano martirizado en China. Por

cierto, ese mismo año y al siguiente, los tártaros también martirizaron a muchos dominicos al otro lado del continente, en Rutenia (Ucrania).

En la región vietnamita del Tung-kin, en 1745 murieron martirizados san Francisco Gil de Frederich y san Mateo Alonso de Leciniana. Tras ellos, durante más de 120 años, murieron muchos otros dominicos, entre los que hubo obispos, sacerdotes y, sobre todo, laicas y laicos. De esto seguiremos hablando en el próximo capítulo. Vamos a conocer ahora a uno de los dos primeros misioneros dominicos que llegaron a Filipinas y, a continuación, el sobrecogedor episodio de las misiones en Japón.

► Fray Domingo de Salazar

Nació en el pueblo vasco de Labastida en 1512 y con 15 años se trasladó a Salamanca, donde estudió derecho civil y canónico, siendo fray Francisco de Vitoria el catedrático de prima. Tiempo después, cuando tenía 33 años, pidió el ingreso en el convento de San Esteban. Acabada la formación, fue profesor durante unos años y después pidió ir a América, a donde partió en 1554, con 42 años. Allí estuvo durante unos 21 años, siendo misionero en el sur de México y en La Florida, siguiendo siempre las pautas evangelizadoras de fray Bartolomé de las Casas, y también fue catedrático en la Universidad de México.

En 1575, con 63 años, se trasladó a España, pues fue nombrado procurador en las Cortes de Madrid, y aquello lo aprovechó para denunciar que la *Bula de Cruzada* se aplicara en favor de los colonos españoles, lo que le trajo graves problemas con el Nuncio. Por ello se retiró a su antiguo convento de San Esteban de Salamanca. Pero, por sorpresa, fue nombrado primer obispo de Manila, donde la Orden no estaba aún presente. En 1580 emprendió el largo viaje hacia las Islas Filipinas. Le acompañaban 18 frailes, pero 17 de ellos murieron a lo largo del viaje, la mayoría de ellos a causa de la viruela en el puerto de Acapulco. En 1581 fray Domingo de Salazar y fray Cristóbal de Salvatierra llegaron, no sin dificultades, a Manila. Ese mismo año también llegaron los primeros jesuitas a aquellas tierras.

Una vez se hizo cargo de la nueva diócesis, fray Domingo organizó la evangelización de los nativos y de los emigrantes chinos que allí vivían. Pero, pasado un tiempo, comenzó a tener

enfrentamientos con el gobernador por el modo en que se trataba a los nativos, pues no se aplicaban debidamente las *Leyes Nuevas de Indias*. Le apoyaban sus hermanos dominicos y los jesuitas. Fray Domingo también se oponía al proyecto que tenían las autoridades españolas de establecer una colonia en territorio chino. A pesar de su avanzada edad, no dudó en viajar a España para plantear sus quejas, que puso por escrito en sus *Memoriales*. Empezó el viaje en 1591, con 79 años, y llegó a Madrid en 1593, donde presentó sus demandas a las autoridades, pero éstas no le prestaron atención. Estando así las cosas, al año siguiente falleció, con 82 años, en el colegio teológico de Santo Tomás de Madrid. Tiempo después, parte de sus demandas fueron aceptadas, mejorando así la vida de los nativos filipinos. Y España no emprendió ninguna empresa colonizadora en las costas de China.

Mártires de Japón

En 1549 llegó a Japón el primer misionero cristiano: el jesuita san Francisco Javier, patrocinado por el reino de Portugal. En 1587 se produjo la primera persecución contra los cristianos. Los dominicos españoles tuvieron que esperar hasta 1592 para enviar al primer misionero, fray Juan Cobo, pero no pudo establecer allí una misión, pues en Japón estaban establecidos los comerciantes portugueses, que dificultaban la llegada de los misioneros españoles. Diez años después, fray Francisco Morales y otros cuatro frailes lograron fundar una misión en Japón, la cual tuvo un gran éxito evangelizador. Los frailes salían a predicar de modo itinerante por amplias regiones, creando en ellas comunidades cristianas muy comprometidas. En 1610 consiguieron establecer una misión en Nagasaki, una ciudad portuaria del sur de Japón fundada por comerciantes portugueses en 1571. En sus misiones, los dominicos establecieron la Tercera Orden y fundaron cofradías del Rosario y del Santo Nombre de Jesús.

Pero en 1614 las persecuciones arreciaron, pues las autoridades japonesas tomaron la decisión de prohibir el cristianismo y expulsar a todos los misioneros. Hubo siete dominicos que decidieron quedarse y, en lugar de esconderse en un lugar fijo, optaron por predicar itinerantemente. En 1617 capturaron y ejecutaron al primer dominico: el beato Alfonso Navarrete. Tiempo después llegaron clandestinamente más frailes. Los cuatro últimos en ser apresados fueron ejecutados en 1637. En total murieron treinta frailes dominicos

en Japón. Pero, asimismo, perecieron un gran número de laicas y laicos que eran terciarios, catequistas o colaboradores suyos. Si bien algunos de ellos han sido canonizados o beatificados, la gran mayoría han quedado en el anonimato. A nivel global, se calcula que fueron martirizadas más de 5.000 personas en aquellas persecuciones. Y más de 30.000 campesinos cristianos murieron cuando se rebelaron contra las autoridades en 1637 y 1638.

Una vez que la Iglesia dejó de enviar misioneros a Japón –en la década de 1630–, hubo un buen grupo de cristianos japoneses que conservaron su fe clandestinamente durante más de dos siglos, sin sacerdotes ni ninguna otra ayuda. Cuando en 1865 las autoridades permitieron a la Iglesia volver a establecerse en Japón, los misioneros que allí llegaron se llevaron una gran sorpresa al encontrar cristianos.

ESTUDIO

Como es lógico, lo decretado en el Concilio de Trento condicionó mucho el estudio en la Orden. Por una parte, se impulsaron los estudios bíblicos, pues el Concilio le dio a ello gran importancia, dado que la lectura y meditación de las Sagradas Escrituras era un elemento fundamental en la espiritualidad de las nuevas Iglesias protestantes. También se incrementaron los estudios de moral.

El tomismo se vio muy reforzado dentro de la Iglesia, pues los numerosos dominicos que asistieron al Concilio se apoyaron en santo Tomás a la hora de elaborar los documentos conciliares. No es casualidad, además, que san Pío V nombrara Doctor de la Iglesia a santo Tomás, ni que este mismo Papa ordenara la elaboración de la primera edición impresa de todas sus obras, que es conocida como «Edición Piana». Por otra parte, en los centros académicos dominicanos se potenció el estudio de buenos comentarios a santo Tomás, sobre todo los de fray Tomás Cayetano y fray Juan Capreolo. Y la Orden luchó contra algunas erróneas interpretaciones sobre la teología tomista que surgieron en este periodo.

Fuera de Europa occidental, los dominicos siguieron fundando centros de estudios en los nuevos territorios colonizados en América

y Asia. Éstos desempeñaron un papel importante para la formación de los religiosos, el clero y los laicos de aquellas lejanas tierras.

Cuando surgió la Ilustración en el siglo XVIII, si bien hubo algunos pensadores dominicos que escribieron obras acordes al rigor científico de la época, apenas influyó en el contenido de los escritos de teología.

También debemos hacer mención de un teólogo dominico que fue víctima de la Inquisición romana: fray Giordano Bruno. Este gran pensador, además de exponer algunas teorías teológicas que no estaban de acuerdo con la doctrina católica, rechazó el geocentrismo bíblico y se aventuró a afirmar que el sol es una estrella más del universo, en el cual existen otros planetas con vida inteligente. Por todo ello, fue quemado en la hoguera en 1600.

Controversias

En este periodo hubo que afrontar duras controversias teológicas. Los dominicos siguieron combatiendo teológicamente la doctrina de la Inmaculada Concepción, lo cual les trajo muchos problemas, pues cada vez más fieles y autoridades civiles y eclesiásticas se sumaban a la causa inmaculista, sobre todo en los territorios españoles.

Pero destacaron las disputas con los teólogos jesuitas. Si bien éstos, en un principio, se apoyaron en la teología de santo Tomás, pronto comenzaron a elaborar nuevas teorías teológicas que alteraban el pensamiento de este autor. En efecto, a finales del siglo XVI surgió la controversia *De auxiliis*, sobre la gracia. Mientras que los jesuitas –encabezados por el padre Luis Molina– defendían el libre albedrío de la persona, los dominicos –siguiendo a fray Domingo Báñez– acentuaban el poder de la gracia divina frente a la libertad humana. Tras debatir enconadamente durante varios años, el Papa Pablo V determinó en 1607 que ambas posturas eran correctas. Y los jesuitas lo celebraron como una victoria. A raíz del resultado de esta controversia, surgió el *jansenismo*, una corriente espiritual que exigía un gran rigor ascético y negaba el libre albedrío, apoyándose en una errónea interpretación de la teología de san Agustín. Esta desviación arraigó fundamentalmente en Francia, y fue combatida sobre todo por los jesuitas y, obviamente, también lo hicieron los dominicos.

Así mismo, apareció el *probabilismo* –defendido por algunos jesuitas–, según el cual, la persona puede calificar la bondad o maldad de sus acciones siguiendo una opinión probable, en oposición a una menos probable. Esta teoría había sido iniciada por el dominico fray Bartolomé de Medina, pero no la desarrolló y pronto la abandonó. De hecho, los teólogos dominicos consiguieron demostrar que el probabilismo era erróneo y, en consecuencia, fue condenado por varios Papas.

Surgió otra disputa con los jesuitas, pero esta vez sobre la liturgia empleada en las tierras de misión asiáticas. En esto desempeñó un papel importante alguien que ya conocemos: el padre Mateo Ricci. Este misionero jesuita en la India y en China apostó firmemente por la inmersión cultural para predicar el Evangelio. El hecho es que, tomando su ejemplo y el de otros misioneros jesuitas que, gracias a la inculturación, habían tenido un gran éxito pastoral, la Compañía de Jesús optó por amoldar en aquellas lejanas regiones la liturgia católica a las culturas que estaban evangelizando. Así por ejemplo, en las ceremonias religiosas se referían a Dios empleando nombres sacados de libros sagrados de aquellas culturas, en China veneraban a los antepasados difuntos y a Confucio como maestro –veneración que no era en sí religiosa sino un signo de respeto y admiración–, eliminaron los gestos o los ritos que allí resultaban demasiado extraños y dispensaron a los fieles del cumplimiento de algunas leyes canónicas de difícil comprensión.

Pero cuando llegaron a China los misioneros dominicos en 1631 –48 años después que los jesuitas–, les pareció que aquella adaptación litúrgica era excesiva, pues, entre otras cosas, veían en ello un sincretismo religioso que se acercaba demasiado a la superstición y la idolatría. Y lo mismo opinaron los franciscanos que poco después llegaron a aquella zona. Pensemos que los franciscanos y los dominicos llevaban más de cuatrocientos años enviando misioneros a lugares inhóspitos, en los que habían estado predicando el Evangelio en sociedades y culturas muy diferentes a la europea. Por tanto, sabían sobradamente lo buena que es la inculturación, pues la habían practicado en multitud de ocasiones, pero consideraban que ésta tiene unos claros límites que no se pueden traspasar.

Pues bien, hacia 1635 en China y Filipinas se iniciaron conversaciones entre los jesuitas y los dominicos para conseguir una

solución dialogada, pero al ver que eso no era posible, pues los jesuitas no querían ceder y, además, habían solicitado a la Santa Sede que les diera directrices pontificias, los misioneros dominicos decidieron enviar allí una protesta formal. Y así, en 1639 ya se estaba investigando este asunto en Roma. Por desgracia, en lugar de establecerse un marco de diálogo para alcanzar un acuerdo, en Roma se originó una encarnizada lucha teológica entre dominicos y jesuitas que duró más de cien años. Y los franciscanos se pusieron de parte de los dominicos, pues ellos se habían topado con un problema similar en las misiones de los jesuitas del suroeste de la India, en la costa de Malabar. Este conflicto es conocido como la «polémica de los ritos chinos y malabares». Al final, los teólogos dominicos vencieron en aquella larga y compleja contienda y, definitivamente, el Papa Benedicto XIV en 1744 tomó la drástica decisión de obligar a cumplir estrictamente las normas litúrgicas en todo el mundo, sin excepciones. Esto, como es obvio, dificultó la inculturación de la fe cristiana en los lugares de misión.

Es preciso reconocer que en estas controversias que los dominicos tuvieron con los jesuitas, como en las que anteriormente tuvieron con los franciscanos, además de una búsqueda de la verdad, hubo también una lucha de poder.

PREDICACIÓN

El Concilio de Trento pidió que se formara bien al pueblo fiel, para que éste sustentase su fe en una sólida doctrina. Por ello, los conventos dominicanos se esforzaron en enviar a buenos predicadores a ciudades, pueblos y aldeas. En sus homilias estaba muy presente la teología de santo Tomás, pero supieron enriquecerla y amenizarla con narraciones bíblicas y textos de los Padres de la Iglesia. Y algunos citaban también a autores grecorromanos. Todo ello conjuntado con una cuidada y bella retórica.

En Francia sobresalió fray Nicolás Coeffeteau, en Italia lo hicieron fray Nicolás Ricardi, fray Daniel Concina y fray Gregorio Rocco, y en España el beato Francisco de Posadas y fray Pedro Ulloa –que también predicó en América y las Islas Canarias–. Vamos a hablar ahora de un fraile español que desarrolló su acción predicadora en Perú.

► Fray Diego de Hojeda

Nació en torno al año 1571 en Sevilla. Pero con unos 16 años emigró a América y en 1590 ingresó en el convento de Nuestra Señora del Rosario de Lima (que es ahora el convento de Santo Domingo). En 1600 obtuvo el grado de lector en teología. Pronto destacó como gran predicador, pero también por ser un fraile observante y de profunda espiritualidad. De hecho, apoyó una reforma emprendida por los dominicos en Perú. Por ello, cuando tenía unos 35 años, fue asignado al convento de Santa María Magdalena, más conocido como la recoleta de la Magdalena, pues era un apartado convento en el que los frailes hacían una vida especialmente observante y contemplativa, aunque salían a predicar.

Por entonces, la fama de buen predicador y poeta de fray Diego había llegado a Europa. Tres años después, tras ser nombrado regente de estudios del colegio teológico de Santo Domingo de Lima, fue elegido prior del convento de Cuzco. Pero el prior provincial le hizo regresar a Lima para ser prior del convento del Rosario. Con 40 años el Capítulo general le otorgó el título de maestro en sagrada teología.

A partir de entonces comenzaron los problemas, pues el visitador fray Alonso de Armería, que había sido enviado desde México, se opuso a los frailes reformadores –que por entonces ocupaban los puestos de responsabilidad en la Provincia de Perú– y casi todos fueron desterrados, incluido fray Diego, que fue trasladado al convento de Cuzco y tiempo después, en 1615, fue enviado a una austera casa de la localidad de Huánuco, donde cayó gravemente enfermo. Ese mismo año fue depuesto aquel nefasto visitador, pero para cuando se pidió el regreso a Lima de fray Diego, éste ya había muerto. Tenía unos 44 años.

Entre su obra literaria, dejó para la posteridad el gran poema épico de *La Cristiada*, que versa sobre la pasión de Cristo y que ha pasado a formar parte de la historia de la literatura peruana.

Persecución protestante

En las zonas de Europa que se separaron de la Iglesia católica, los dominicos siguieron predicando, aunque en condiciones muy difíciles. En las Islas Británicas (que estaban bajo dominio anglicano), los dominicos fueron tenazmente perseguidos. A pesar de ello,

llegado el siglo XVIII, en Inglaterra la Orden conservaba una Congregación dependiente de la Curia generalicia. En Irlanda, donde habían sido martirizados más de cien frailes, había un significativo número de ellos. Y en Holanda a los dominicos se les encomendó la gestión del seminario de Roermund, que había fundado un obispo dominico. Tiempo atrás, en este país murió mártir en 1572 san Juan de Colonia, un dominico alemán que, heroicamente, había ido a ayudar a los católicos.

Las monjas dominicas corrieron igual suerte que sus hermanos, pues las autoridades protestantes cerraron muchos de sus monasterios.

AMÉRICA

Como ya hemos comentado, la observancia regular difundida por la reforma dominicana llegó a América por medio de los misioneros, pues muchos fueron formados en conventos donde ésta se vivía con gran pasión. Recordemos que fray Pedro de Córdoba y fray Antón de Montesinos eran discípulos del «ultrarreformador» fray Juan Hurtado de Mendoza.

Hablando de fray Diego de Hojeda, hemos visto que entre los propios dominicos de Perú hubo una reforma que, si bien fue parada durante unos años, acabó triunfando. El resultado de dicha reforma es claro y evidente. Lo tenemos en los tres santos dominicos que vivieron en esta época en Lima. Dos de ellos los vamos a ver a continuación. Y de santa Rosa hablaremos después, en el apartado de la Tercera Orden.

► San Martín de Porres

Éste es uno de los santos más populares de la Orden, y sobresale entre el resto porque no fue un gran teólogo ni un gran predicador, tampoco fue obispo, cardenal o Papa, ni murió mártir. También destaca por su color de piel. Entre una constelación de santos y beatos de tez blanca, él brilla con su piel mulata. En el siglo XX fue llamado cariñosamente «fray Escoba». Veamos cómo llegó a alcanzar la santidad.

Nació en 1579 en Lima, siendo su padre un español de buen linaje -pero pobre- y su madre una mujer afroamericana que había logrado la libertad. Ambos no se casaron. Martín tenía una hermana a la cual su padre dejó en manos de un familiar suyo de Guayaquil, el cual no quiso hacerse cargo de Martín, por lo que su padre regresó con él a Lima y lo puso en manos de Isabel García, una buena mujer que vivía en Malambo, un suburbio de Lima habitado por personas de origen africano, situado en la ribera del río Rímac. Y a ella le pidió que se ocupara de que el niño aprendiera algún oficio. Y así, en unos años llegó a ser «barbero-cirujano» -lo que viene a ser, en buena medida, peluquero y enfermero-.

Con 15 años, Martín se aventuró a acudir al convento de Nuestra Señora del Rosario para pedir el ingreso en la Orden de Predicadores. Los dominicos le aceptaron, pero como postulante a hermano donado, pues era mulato y, sobre todo, bastardo, lo cual dificultaba mucho su admisión en la vida religiosa. Una vez que comenzó a vivir en el convento, pasó a ser el peluquero de la comunidad. Nueve años después, en 1603, profesó como hermano donado. Entonces recibió nuevos oficios: los de campanero, ayudante de enfermería y encargado de la ropería. Y eso hizo durante toda su vida.

Este fraile se fue ganando la confianza de sus hermanos con su humildad, mansedumbre y generosidad, que mostraba especialmente cuando estaba con los enfermos. Aunque le gustaba orar en lugares escondidos del convento, siempre estaba accesible cuando realmente hacía falta, incluso cuando un enfermo necesitaba un poco de caldo a mitad de la noche.

Trasmitía el optimismo y la felicidad de quien está unido a Dios. Su presencia era muy edificante. Fray Martín no predicaba dando clases ni en el púlpito, sino con su testimonio y sus sabios consejos. Era un religioso ejemplar. Aunque expresó sus deseos de ser enviado a Japón, donde estaban muriendo muchos misioneros, no se le envió, no sólo por su avanzada edad, sino, ante todo, porque sus hermanos le necesitaban en Lima.

En la ciudad también era muy querido, pues alimentaba, consolaba y sanaba a muchas mujeres y hombres pobres, y era un buen consejero espiritual. En efecto, fray Martín, además de repartir

entre los más necesitados el dinero que muchas personas le daban, y de curar sus enfermedades, sobre todo se preocupó de que todos se sintiesen queridos por Dios. Asimismo, se sabe que él era bien recibido por algunas autoridades eclesiásticas y civiles, ya que valoraban su sabiduría y ejemplaridad. Y también volcó su caridad en los animales, a los que alimentaba, sanaba y les daba todo su cariño.

Fray Martín desarrolló una destacable labor pastoral y sanitaria en los suburbios donde vivían los esclavos. Habiendo vivido en Malambo, conocía muy bien la vida y los problemas de aquellas pobres personas, que formaban el nivel más bajo de la sociedad. Gracias a su piel mulata, fray Martín era bien recibido en las cabañas y barracones donde aquellos hombres, mujeres y niños vivían hacinados. Allí sanaba sus enfermedades, les llevaba comida y les consolaba. Asimismo, dado que aquellas personas, si bien estaban bautizadas, conservaban sus antiguas creencias religiosas africanas, él les predicaba el Evangelio con mucho cariño y humildad, y lo hacía empleando la jerga que hablaban los esclavos, formada por palabras de raíz africana, pues muchos tenían dificultades para comprender la lengua castellana.

Cuando tenía 60 años, en 1639, fray Martín enfermó de tifus a causa de su continuo contacto con los pobres, y murió. A su funeral acudió una multitud en la que había autoridades y, sobre todo, numerosos esclavos, nativos y personas necesitadas a las que él tanto amó. En el proceso de beatificación, los testigos hablaron de los muchos dones especiales que Dios había otorgado a este humilde fraile. Ciertamente, este peruano ha quedado para la posteridad como un prototipo del buen religioso y como un destacado referente del compromiso por la justicia, la paz y el cuidado de la creación en la Familia Dominicana.

► San Juan Macías

Este español es otro santo dominico un tanto atípico. Nació en 1585 en el pueblo extremeño de Ribera del Fresno. Quedó huérfano con cuatro años y su tío le enseñó el oficio de pastor. De ahí su apodo de «Macías», pues así se llamaba a los pastores en la zona de Extremadura. Y este duro oficio, que él ejerció en la soledad, en medio de la naturaleza, fue formando su carácter contemplativo.

Cuando tenía 20 años, decidió salir de su casa para buscarse un futuro en otro lugar. Durante varios años fue de pueblo en pueblo realizando diversos trabajos, hasta que en Jerez de la Frontera comenzó a trabajar para un comerciante, con el que viajó a Panamá. Allí fue despedido por el comerciante, y Juan, que por entonces tenía 34 años, decidió buscar fortuna caminando hacia el sur. Tras pasar por Quito, llegó a Lima y allí acudió al convento de Nuestra Señora del Rosario para pedir ayuda.

Según cuenta la tradición, le recibió un humilde fraile mulato llamado fray Martín de Porres, que le recomendó que buscara trabajo en la ciudad. Fray Martín tenía por entonces 41 años. Siguiendo su consejo, Juan comenzó a trabajar para un ganadero. Aunque el trabajo se le daba bien, no se sentía feliz. Al hablar de ello con fray Martín, éste le sugirió que acudiera al convento –o recoleta– de Santa María Magdalena, en cuyo silencio y soledad él se iba a encontrar muy a gusto. Y así hizo: Juan comenzó a frecuentar aquel apartado convento y sintió la llamada de Dios para ser dominico.

Con 36 años ingresó en el noviciado de dicha recoleta. Un año después, tras profesar, le encomendaron el oficio de portero. Y pronto fue conocido en la ciudad por su afabilidad, sabiduría y caridad. Muchos esclavos, nativos y pobres se acercaban a la recoleta de la Magdalena para ser atendidos por fray Juan. Y otras personas acudían a él buscando su consejo. Así, aquel humilde hermano compartía con los demás el amor que recibía de Dios en la tranquila soledad de la recoleta. Y allí, apaciblemente, murió en 1645, cuando tenía 60 años.

Se sabe que fray Juan y fray Martín mantuvieron una cercana amistad, de tal forma que se retiraban juntos a orar y a conversar en ciertas ocasiones. Ambos representan a los numerosos dominicos y dominicas que a lo largo de la historia se han santificado desempeñando humildes labores conventuales, no destacando como grandes predicadores o eminentes teólogos, sino como buenos religiosos, por su mansedumbre y generosidad.

TERCERA ORDEN

Entre los mártires de Japón hubo tres terciarios dominicos. Dos eran japonesas: santa Magdalena de Nagasaki (que antes había profesado en la Tercera Orden agustino recoleta) y santa Marina de Omura. Se trata de dos laicas consagradas que colaboraron estrechamente con san Jordán Ansolade, un dominico italiano. Los tres fueron apresados y martirizados en 1634 en Nagasaki. El otro terciario es el filipino san Lorenzo Ruiz, que también era miembro de la cofradía del Rosario. Este buen hombre, para evitar ser castigado por un crimen que no había cometido, se embarcó rumbo a Japón junto a los dominicos san Antonio González, san Guillermo Courtet y san Miguel de Aozaraza. Pero, al poco de llegar a Okinawa, los apresaron y, tras estar un año encarcelados, fueron martirizados en 1636. San Lorenzo es el primer santo filipino.

Hubo otros terciarios que destacaron en este periodo, sobre todo la mujer de la que vamos a hablar ahora.

► Santa Rosa de Lima

Hemos hablado de la gran influencia que tuvo santa Catalina de Siena en la Orden dominicana. Fueron muchas las mujeres que, siguiendo su ejemplo, y movidas por el Espíritu Santo, decidieron ingresar en la Orden como monjas o como terciarias. Un ejemplo prototípico es el de esta santa peruana.

Isabel Flores nació en 1586 en Lima. Era una bebé tan bella, que en su familia decidieron llamarla «Rosa». Su padre era arcabucero del ejército y su madre costurera. Su casa estaba muy cerca del convento de Nuestra Señora del Rosario, por lo que se relacionó desde muy pequeña con los dominicos. Con 5 años, Rosa empezó a hacer una sencilla oración mental, que consistía en meditar el contenido de las oraciones más comunes –como el Padrenuestro, el Avemaría y el Gloria– y repetía mentalmente pequeñas jaculatorias.

Cuando tenía 10 años, su familia se mudó a Quives, un pueblo situado a 60 kilómetros de Lima. Allí leyó la *Vida de Santa Catalina de Siena* (es decir, la *Leyenda mayor* del beato Raimundo de Capua) y eso le cambió la vida, pues, a ejemplo de santa Catalina, Rosa decidió consagrarse a Jesús. Y así, comenzó a hacer mucha oración, ejercicios

ascéticos y obras de caridad. Esto hacía que, interiormente, se sintiese cada vez más unida a Jesús, teniendo intensas experiencias místicas.

Cuando Rosa tenía 15 años, su familia regresó a Lima, y poco después comenzó a sufrir –de un modo intermitente– fuertes crisis espirituales en las que sentía que Jesús no estaba presente en su vida. Pero eso no le impidió seguir dando pasos en su consagración íntima a Jesús. De hecho, decidió vestir una túnica penitencial, muy áspera, al estilo de los terciarios franciscanos. Movida por su vocación contemplativa, construyó una pequeña ermita en la huerta de su casa y allí comenzó a pasar largas horas orando, a ejemplo de los antiguos monjes del desierto.

Aunque tenía muchos pretendientes y su madre la presionaba para que se casase, ella daba claras muestras de que deseaba ser religiosa. Pero había un grave inconveniente: no había ningún monasterio de dominicas en Lima, y no quería pertenecer a otra Orden religiosa. Por ello, con 20 años, ingresó como laica consagrada en la Tercera Orden dominicana, vistiendo el hábito. Además de pasar mucho tiempo orando en la ermita, trabajaba en el huerto, tejía, atendía a enfermos, daba clases a niños y, sobre todo, acompañaba espiritualmente a muchas personas que se acercaban a hablar con ella. Con 25 años tomó para sí el nombre de «Rosa de Santa María», pues se sentía como una bella flor espiritual puesta a los pies de su Madre, la Virgen María.

Al año siguiente, en 1612, deseaba tanto ser monja dominica, que decidió promover la construcción de un monasterio. Para ello habló con frailes y algunas personas influyentes, pero la tarea no era fácil. Quería que dicho monasterio llevase el nombre de santa Catalina de Siena y que en él se formase una comunidad con mujeres de origen americano, africano y europeo. Y ella sería la hermana enfermera.

Por desgracia, Rosa no pudo ver construido este monasterio, pues, cuando tenía 28 años, en 1614, una enferma a la que ella cuidaba le contagió la mortal enfermedad de la tuberculosis. Desde entonces su salud fue debilitándose. Además, como tenía fama de mística, en Lima comenzó a haber sospechas de que ella hubiese caído en la herejía del iluminismo. Ante tales circunstancias, se hizo cargo de ella fray Juan de Lorenzana, un afamado teólogo dominico, fiel seguidor

de la reforma dominicana y que era consejero de la Inquisición, el cual hizo que una buena y reputada familia la acogiese en su casa para cuidarla. Asimismo, se dispuso que Rosa recibiera acompañamiento espiritual de varios jesuitas –uno de los cuales era juez y comisario de la Inquisición– y de un laico que además de médico y experto en mística carmelitana, también era consejero de la Inquisición. Y así, con mucho tacto y cariño, entre todos lograron ayudarla a dar sentido a sus vivencias espirituales y, además, hicieron que se disiparan las sospechas que había contra ella.

Estando ya muy enferma, el Domingo de Ramos de 1617, tuvo una fuerte experiencia mística en la que sintió que Jesús la pedía que fuese su esposa, alcanzando así la perfección espiritual. Y pasados cuatro meses, murió. Fue tal su testimonio cristiano para toda la ciudad de Lima, que pocos días después se inició su proceso de canonización. Y en 1624 se fundó el monasterio de Santa Catalina de Siena, por el que ella tanto luchó.

Santa Rosa de Lima ha pasado a ser una de las santas más queridas de la Orden y de América. Esta humilde terciaria personificaba la entrega coherente a Dios. El amor que ella recibía de Él en el fondo de su corazón, lo compartía caritativamente con las personas y con la naturaleza. Y lo hizo superando muchas adversidades.

De ella nos han quedado tres cartas, varias oraciones y ejercicios piadosos, y dos pliegos en los que pintó 16 corazones en los que expresó su experiencia espiritual. Estos pliegos iban acompañados por un escrito en el que ella los explicaba. Pero este escrito desapareció.

► **San Luis María Grignon de Montfort**

En la actualidad, los sacerdotes seculares pueden integrarse en una *fraternidad sacerdotal dominicana* para poder compartir el carisma y la espiritualidad de santo Domingo. Esto es así después de los cambios realizados en la estructura de la Orden tras el Concilio Vaticano II. Antes de dichos cambios, los sacerdotes se integraban en la Tercera Orden. Veamos un buen ejemplo.

Luis nació en 1673 en Montfort-la-Cane, cerca de Rennes (Francia). Estudió en un colegio de jesuitas. En esa etapa de su vida

comenzó a sentir un fuerte vínculo interior con la Virgen María. Acabados los estudios, viajó a París y, allí, tras dar todo lo que tenía a los pobres, ingresó en el seminario de San Sulpicio. Tenía 19 años. Siendo seminarista, hizo voto de esclavitud a la Virgen y peregrinó al santuario mariano de Chartres (que está a 90 kilómetros de París) donde tuvo una fuerte experiencia espiritual.

Con 27 años se ordenó sacerdote y comenzó a ejercer de capellán en el Hospital General de Poitiers. Interiormente, durante ese periodo, el padre Luis experimentó una fuerte unión con Cristo Sabiduría. En 1703 fundó, junto a María Luisa Trichet, las *Hermanas de la Sabiduría*, para educar y evangelizar a los más pobres. Dos años después fundó la rama masculina de esta Congregación: la *Compañía de María*.

Es en esa época cuando el padre Luis alcanzó el matrimonio espiritual con Cristo Sabiduría y esto le movió a salir a predicar, realizando misiones populares junto a otros sacerdotes. En 1710, dada su devoción al Rosario y su deseo de propagarlo, ingresó en la Tercera Orden dominicana y comenzó a escribir *El secreto admirable del santísimo Rosario*. Cinco años después fundó a los *Hermanos del Espíritu Santo* (después llamados Hermanos de San Gabriel) y al año siguiente, en 1716, falleció en Saint-Laurent-sur-Sèvre, con 43 años.

Dejó muchas y buenas obras de espiritualidad. La más destacable es la *Verdadera devoción*, en la que recoge lo más importante y original de su pensamiento. Como ya hemos indicado, este autor es uno de los más destacados miembros de la corriente espiritual francesa del siglo XVII. Las Congregaciones que él fundó forman ahora la Familia Montfortiana.

► Sor Teresa Chikaba

Chikaba nació en 1676, en la región costera del golfo de Guinea, en África. Según parece, su padre era un jefe tribal de aquella región y su pueblo adoraba a una divinidad solar. Desde pequeña, ella se vio muy atraída por la vida interior, de tal forma que le gustaba apartarse del poblado para buscar a Dios. Así, cuando ella tenía 10 años, dando un largo paseo, se perdió y acabó en una playa en la que, desgraciadamente, había fondeado un barco negrero español, que navegaba por aquellas costas comprando personas en los mercados

de esclavos, para después venderlas en Sevilla. El hecho es que, aprovechando que ella estaba sola, uno de los tripulantes la atrapó y la metió en la bodega del barco y así, de repente, aquella niña se convirtió en una esclava. Y, de este modo, Chikaba abandonó su tierra para siempre.

Durante la singladura, el barco recaló en la isla de Santo Tomé (que era una colonia portuguesa situada en el golfo de Guinea) y allí los esclavos fueron bautizados a la fuerza, pues en España se justificaba el comercio de esclavos con el pretexto de su cristianización. En dicho bautizo, a Chikaba se le puso el nombre de Teresa. Tiempo después llegaron a Sevilla y allí, en lugar de ser vendida junto a los otros esclavos, fue enviada a la corte de Madrid, donde acabó trabajando como sirvienta en el palacio de los marqueses de Mancera. En aquel palacio, si bien tuvo problemas con algunos sirvientes de la casa, pues la trataban mal, recibió el aprecio y cariño de los marqueses, los cuales le procuraron una cierta educación, gracias a lo cual Teresa aprendió a leer y escribir, y también conoció los fundamentos de la doctrina católica. Debido a la confianza que los marqueses habían puesto en ella, le encargaron el oficio de limosnera, dándole grandes sumas de dinero para que ella lo repartiera entre los pobres. Pero, sobre todo, Teresa fue madurando espiritualmente, pues nunca dejó de buscar a Dios. Así vivió durante unos 16 años.

Por deseo de la marquesa de Mancera, cuando ésta murió, Teresa quedó libre y recibió una sustancial renta anual para poder vivir cómodamente. Pero ella se sentía llamada por Dios a la vida contemplativa. Sin embargo, ningún monasterio de Madrid quería admitirla por ser africana. Afortunadamente, hubo una comunidad de terciarias dominicas de Salamanca que la acogió. Era el monasterio de Santa María Magdalena. En un principio, el obispo se opuso a que Teresa fuera admitida como religiosa. Pero la comunidad logró cambiar su parecer y, con 27 años, comenzó el noviciado, profesando con el nombre de sor Teresa Juliana de Santo Domingo.

En la comunidad destacó por su gran sensibilidad espiritual, su capacidad de sacrificio, su humildad y su rebotante alegría. Dado lo llamativo que era ver a una religiosa africana en aquellos tiempos, sor Teresa se hizo muy popular en Salamanca y pronto fue muy querida y apreciada por todos. En 1748, tras 44 años de vida religiosa, murió con 72 años siendo una adorable anciana.

Sor Teresa dejó escritas varias cartas y algunos poemas de temática espiritual. Por desgracia sólo se conserva una carta y un poema. Pero contamos con una importante fuente para su conocimiento. A los cuatro años de su muerte, uno de sus confesores, el padre teatino Juan Carlos Paniagua, publicó su biografía, titulada *Compendio de la vida ejemplar de la venerable madre sor Teresa Juliana de Santo Domingo*, que él escribió a partir de lo que esta religiosa le había contado.

DOMINICAS DE VIDA APOSTÓLICA

Como ya hemos visto, a lo largo de los siglos XVII y XVIII fueron surgiendo diversos tipos de Congregaciones femeninas de vida apostólica, y este fenómeno aumentó mucho más en los siglos XIX y XX. Se fundaron así muchas Congregaciones de dominicas, que tenían sus propias Constituciones. Dichas Congregaciones, si bien no formaban parte de la Orden de Predicadores, se integraron en la Familia Dominicana. En algunas ocasiones, nacieron a partir de beaterios, los cuales siguieron proliferando en este periodo. Asimismo, hubo terciarias dominicas que, movidas por el Espíritu Santo, se aventuraron a fundar una Congregación. Veamos un buen ejemplo.

► Beata María Poussepin

Nació en 1653 en Dourban (Francia). Su padre tenía una fábrica de medias de seda y era recaudador de impuestos. Su madre formaba parte de la cofradía de la Caridad de San Pedro, cuyos miembros asistían a enfermos y pobres. Desde muy pequeña, María acompañaba a su madre en su labor caritativa y fue educada en la escuela de las Hermanas de la Instrucción Cristiana.

Pero a partir de 1660 su familia comenzó a sufrir graves desgracias: murieron varios familiares –entre ellos la madre de María– y su padre tuvo que huir durante una temporada, pues le robaron la recaudación de impuestos y tenía que hacer frente a esa deuda con el Estado francés. Como consecuencia de todo ello, María, que era una adolescente, quedó sola con un hermano pequeño, y tuvo que hacerse cargo de la gestión de la fábrica de su padre y de la tesorería de la cofradía de la Caridad. Pasados unos años, una vez que

María pagó la deuda de su padre, éste pudo regresar y hacerse cargo de la fábrica.

Pero, cuando María tenía 30 años, su padre murió y ella tuvo que encargarse de nuevo del negocio familiar. Entonces aprovechó para modernizarlo con nueva maquinaria y contratando a jóvenes pobres a los que supo formar correctamente, dándoles unas condiciones laborales dignas. Pero María sentía que no estaba llamada a ser empresaria. Por ello se ocupó de dar una buena formación a su hermano pequeño y le dejó al cargo de la fábrica. En 1692, un dominico del convento de la Anunciación de París predicó en Dourdan, María se sintió interpelada por sus homilías y decidió ingresar en la Tercera Orden dominicana. Libre de la responsabilidad de la fábrica, se entregó con gran empeño a la cofradía de la Caridad.

Cuando ella tenía 42 años, se trasladó a Sainville, un pueblo cercano, para ocuparse de los numerosos pobres que en él había. Allí sintió la llamada de Dios para entregarse por entero a los más necesitados, por lo que invirtió todo su dinero en crear una escuela para niñas. Pronto se le fue uniendo un grupo de jóvenes y con ellas fundó una comunidad de dominicas, tomando como referencia la Presentación de la Virgen. En 1696 María inició los trámites para que la Iglesia aprobara su nueva Congregación. El deseo de María y sus hermanas era que su comunidad trabajase ayudando en las labores parroquiales, educando a niñas y adolescentes, y sirviendo a los más pobres y necesitados.

Más mujeres jóvenes fueron uniéndose a la comunidad, dispuestas a dejarlo todo para entregarse caritativamente a los demás. Y así, pudieron ir abriendo casas de la Congregación en otras localidades. En 1724 obtuvieron la aprobación eclesial, con el nombre de *Congregación de Hermanas de la Caridad Dominicas de la Presentación de la Santísima Virgen*. Son conocidas como las dominicas de la Presentación. En 1738 fueron aprobadas sus Constituciones. Seis años después, en 1744, María fallecía con 90 años en la casa de Sainville. Por entonces ya habían fundado diecinueve casas en seis diócesis. Ésta es una de las primeras Congregaciones femeninas de vida apostólica que pasaron a formar parte de la Familia Dominicana.

Las Congregaciones de hermanas dominicas fueron proliferando y creciendo rápidamente, asumiendo tareas muy

necesarias para los más desfavorecidos, destacando la evangelización, la educación y el cuidado de huérfanos, enfermos y ancianos. Cabe subrayar su importante labor realizada en la formación integral de niñas y adolescentes. Seguiremos hablando de ello en el siguiente capítulo.

MONJAS

Como ya hemos comentado anteriormente, también las monjas del centro y norte de Europa sufrieron los efectos de la Reforma protestante, teniendo que cerrar muchos monasterios. A pesar de ello, en Alemania se mantuvieron bastantes y, además, se fundaron otros en el sur de Europa. Por otra parte, en 1556 se fundó el primer monasterio americano en la ciudad de Santo Domingo, en la isla de La Española. En 1568 se fundó en Oaxaca (México) y en 1570 en Arequipa (Perú). Así, a finales del siglo XVI, había, en total, 206 comunidades de monjas dominicas en el mundo.

A lo largo de los siglos XVII y XVIII se siguieron fundando monasterios en Europa y América. Ya hemos visto que, para fundar en Lima, hizo falta que la terciaria santa Rosa iniciara el proyecto. A mediados del siglo XVIII en México había nueve comunidades.

Vamos a conocer a continuación la vida de tres monjas sobresalientes.

► Sor Juliana Morell

Nació en 1594 en Barcelona. Unos tres años después murió su madre. Siendo niña destacó por su gran inteligencia, por lo que su padre -que era un próspero comerciante- decidió darle una buena educación, con ayuda de los dominicos del convento de Santa Catalina Mártir. Debido a que su padre se vio involucrado en un crimen, en 1602 se trasladaron a Lyon (Francia), donde Juliana estudió en la universidad. Sus conocimientos llegaron a abarcar la filosofía moral, el derecho civil y canónico, las matemáticas, la música y logró dominar catorce idiomas. Unos años después se trasladó con su padre a Aviñón, y en la universidad de dicha ciudad obtuvo en 1608, con sólo 14 años, el grado de doctora.

Pero Juliana estaba cansada del ambiente cortesano en el que su padre la exhibía públicamente y, además, quería evitar que él la casara. Por ello, al año siguiente pidió el ingreso en el monasterio dominicano de Santa Práxedes de Aviñón. En él se sintió muy a gusto, pues agradeció su acogedora clausura y, además, pudo seguir desarrollando su faceta intelectual. Dada su gran valía, con sólo 19 años fue elegida priora, en 1613. Ocupó este cargo otras dos veces, años después. Sor Juliana destacó por su sabio gobierno, promoviendo un sosegado ambiente de silencio en el monasterio.

Pero ha pasado a la posteridad por las obras que escribió con el fin de educar religiosamente a sus hermanas y al pueblo fiel. Entre ellas podemos subrayar sus *Ejercicios espirituales sobre la eternidad*. También escribió una historia de su monasterio, incluyendo la edificante biografía de varias hermanas. Asimismo, tradujo del latín al francés varias obras de san Vicente Ferrer, entre otras el *Tratado de vida espiritual*, que él había escrito en Aviñón. También tradujo al francés la *Regla de San Agustín*, introduciendo valiosos comentarios. Y escribió bellos poemas.

En sus escritos, sor Juliana expuso una espiritualidad muy bien asentada teológicamente, en la que prevenía contra las exageraciones místicas y promovía mucho la ayuda caritativa a los más necesitados. Estas obras, además, influyeron en la nobleza francesa e italiana, y fueron muy valoradas por los Papas Pablo V y Urbano VIII. Sor Juliana murió con 59 años, en 1653. Pocos años después, Gabriela de Vellay puso por escrito la vida de esta monja dominica. En el siglo XIX sus escritos obtuvieron un gran reconocimiento entre la intelectualidad catalana, de tal forma que sor Juliana Morell fue registrada en el paraninfo del rectorado de la Universidad de Barcelona. También es muy valorada por los historiadores franceses. Sin embargo, apenas es conocida en la Familia Dominicana.

► **Beata Inés de Langeac**

Nació en 1602 en un pueblo del centro de Francia llamado Le Puy-en-Velay. En él había –y sigue habiendo– un antiguo santuario mariano. Su padre tenía una tienda de cuchillos. En Inés, desde muy pequeña, influyó mucho el ambiente contemplativo del santuario de Puy. Cuando tenía 6 años, un acompañante espiritual jesuita la enseñó a hacer oración mental y al año siguiente sintió la llamada a

consagrarse a la Virgen María. Pero su principal apoyo fueron los dominicos de Puy. Ellos la animaron a conocer la vida de santa Catalina de Siena. Y ésta pasó a ser su gran referencia, de tal forma que, a medida que fue Inés madurando, fue creciendo en ella su relación íntima con Cristo y su entrega caritativa a los demás. Siendo adolescente, ingresó en la cofradía del Rosario.

Con 18 años comenzó a tener como acompañante espiritual al dominico fray Esprit Panassière, un gran maestro en esta delicada materia. De acuerdo con él, al año siguiente se incorporó a la Tercera Orden dominicana. Y dos años después, en 1623, ingresó en el monasterio dominicano de Santa Catalina de Siena, que se acababa de fundar en Langeac, a 35 kilómetros de Puy. Tres años más tarde ya era maestra de novicias. Es en esta etapa de su vida cuando experimentó en lo más hondo de su ser la «muerte mística», alcanzando así, con 24 años, la perfección espiritual. Al año siguiente fue elegida priora de la comunidad. Pero en 1631 tuvo que ser depuesta porque, a causa de unas calumnias, sus hermanas habían perdido la confianza en ella.

Inmersa en estas turbulencias vitales, sintió que la Virgen la pedía que rezase por un sacerdote al que ella no conocía: el padre Juan Jacobo Olier, pues él debía fundar seminarios. Y así hizo ella. En 1634, con 32 años, volvió a ser elegida priora. Poco después, llegó a la portería del monasterio el padre Juan Jacobo Olier, y sor Inés le contó su experiencia con la Virgen y le comunicó su misión de fundar seminarios. Al cabo de unos meses sor Inés murió.

Pues bien, el padre Juan Jacobo Olier –que ingresó en la Tercera Orden dominicana– fue nombrado en 1639 obispo de una diócesis del norte de Francia. Dos años después fundó el primer seminario de San Sulpicio, en las afueras de París y en 1646 fundó la *Compañía Sacerdotal de San Sulpicio*. Los seminarios de San Sulpicio fueron fundamentales en la formación del clero francés. El padre Olier siempre reconoció que la oración y los consejos de sor Inés fueron para él muy importantes en la consecución de aquel importante proyecto. Por otra parte, el que fuera acompañante de sor Inés, fray Esprit Panassière, publicó las *Memorias de la vida de Inés de Langeac*, en las que describió bellamente su experiencia de Dios.

► Beata Ana de los Ángeles Monteagudo

Son muchos los dominicos y las dominicas que consiguieron reformar su comunidad, con mucho esfuerzo y la ayuda de Dios. Pero también son muchos los casos en los que, por desgracia, los reformadores fracasaron, pues no lograron mover el corazón y el ánimo de sus hermanos para llevar a cabo tal empresa. La monja de la que ahora vamos a hablar es un buen ejemplo de ello.

Ya hemos comentado que en 1570 se fundó el primer monasterio dominicano de Perú, en Arequipa. Se trata del monasterio de Santa Catalina de Siena, cuya misión no sólo era realizar la vida contemplativa propia de las monjas, también tenía un internado para educar a niñas y, asimismo, acogía a mujeres de buena posición económica que, por diversos motivos, necesitaban hospedarse o vivir en el monasterio. Y ahí estaba el problema de aquella comunidad, pues estas mujeres residían en pequeñas casas que estaban situadas dentro de los muros del monasterio, y allí vivían con sus criadas y, a veces, también con monjas. Todos estos edificios se conservan y actualmente los turistas los pueden visitar.

Bueno, pues unos 30 años después de la fundación de esta comunidad contemplativa, en 1602, nació en Arequipa Ana de Monteagudo. Siendo una niña de unos 4 años, sus padres la internaron en el monasterio de Santa Catalina de Siena para que fuese educada por las dominicas. Allí Ana era feliz. Por eso, a pesar de que sus padres quisieron buscarle un buen marido, cuando ella tenía unos 15 años solicitó el ingreso en la comunidad. Pero se topó con la negativa de la priora, que no quería contrariar a su familia. A pesar de ello, Ana comenzó el postulante y en él logró superar las duras pruebas que la pusieron. Pasado un año, en 1618, comenzó el noviciado, tomando el nombre de sor Ana de los Ángeles. Finalizado este periodo, su familia siguió poniéndole problemas, pero ella logró profesar con ayuda de un tío suyo que era sacerdote.

Sor Ana era una buena monja: humilde, servicial, con un robusto carácter y una sólida personalidad. Con 30 años fue nombrada sacristana y con 43 años fue elegida consejera. Y al año siguiente fue nombrada maestra de novicias. Su magnífica labor como maestra, hizo que el obispo –don Pedro de Ortega– hablara de ella a las hermanas como candidata para ser algún día priora de la

comunidad. Y efectivamente, a finales de 1647, sor Ana fue elegida para ese cargo.

Como ya hemos comentado, aquel monasterio albergaba a muchas y diversas mujeres, por lo que incumplía algunas normas canónicas y, sobre todo, se había dejado arrastrar hacia la decadencia religiosa. Ante tal situación, sor Ana decidió reformar la comunidad, intentando que ésta recuperase la debida observancia. Pero sus hermanas se negaron a ello y, pasado el trienio de su priorato, no fue reelegida.

Así pues, los últimos 26 años de su vida sor Ana los pasó siendo una monja más del monasterio, dando siempre muestras de humildad y docilidad, y destacando como buena consejera y acompañante espiritual para todos los que acudían al locutorio para hablar con ella. Esta monja murió en 1686, con unos 74 años, dejando un gran testimonio de vida.

Al funeral asistieron el obispo –don Antonio de León–, los canónigos y la comunidad de dominicos. El predicador fue el superior de los jesuitas de Arequipa, que hizo publicar su panegírico. El hecho es que, era tal la devoción que esta hermana despertaba entre el pueblo fiel, que la iglesia del monasterio se llenó por completo y la gente formó un pequeño tumulto deseando tocar los restos de sor Ana. Pasados seis meses de aquello, viendo que la devoción por ella no disminuía, el obispo fue a hablar con las monjas dominicas y decidieron promover la apertura de su Proceso de Beatificación. Asimismo, el obispo pidió a un agustino que escribiera su vida, la cual no llegó a ser publicada, aunque se conserva el manuscrito.

ARTE

Como es lógico, la Orden siguió haciendo uso del arte para predicar el Evangelio. En América, los dominicos se esmeraron en edificar bellísimos conventos e iglesias de estilo barroco colonial. Podemos destacar la iglesia de Santo Domingo de Oaxaca y la de Santo Domingo de Quito. En Europa hubo varios frailes que sobresalieron como arquitectos, entre los que podemos citar a dos hermanos cooperadores: el italiano fray José Nuvolo, que trabajó en

el Reino de Nápoles, y el español fray Manuel de los Mártires, que ejerció en Santiago de Compostela.

En pintura, fray Pedro Bedón -nacido en Quito- sobresalió como uno de los más importantes artistas de la escuela quiteña. Fue, además, un importante promotor de la cultura quichua. También destaca fray Juan Bautista Maíno. Este fraile fue un pintor de la corte española y es actualmente considerado como uno de los mejores pintores del siglo XVII español. En el Museo del Prado se conservan quince obras suyas.

También hubo grandes orfebres, estucadores, ebanistas, iluminadores de libros, músicos y poetas. Entre estos últimos, ya hemos hablado de fray Diego de Hojeda. También podemos subrayar la amplia colección de cánticos espirituales de la terciaria dominica española sor Marta de la Trinidad. Por último, es preciso citar *La ciudad del sol*, una utopía escrita por el conocido filósofo y humanista italiano Tomás Campanella, que era terciario dominico.

ROSARIO

Las cofradías del Rosario se extendieron en este periodo por toda la Cristiandad, incluidas las lejanas tierras de misión, pues muchos conventos de la Orden las acogieron. Éstas se convirtieron en una útil plataforma de predicación y, asimismo, el Rosario pasó a ser un tema recurrente en las homilías de los dominicos, sobre todo en las festividades marianas. Ciertamente, aunque el Rosario era una oración de toda la Iglesia, la Orden la había hecho suya.

Batalla de Lepanto

Sabemos que el Papa san Pío V potenció el Rosario y fijó definitivamente el modo de orarlo, con tres grupos de cinco misterios: los Gozosos, los Dolorosos y los Gloriosos. Durante su pontificado, fue muy significativa la batalla de Lepanto. Dada la importancia de esta contienda naval, san Pío V pidió a toda la Cristiandad que rezase el Rosario pidiendo a la Virgen que intercediera por los soldados cristianos. El 7 de octubre de 1571 tuvo lugar dicha confrontación, resultando vencedora la flota cristiana. Aquello supuso una gran

alegría, pues el Imperio Turco Otomano se estaba haciendo con el control del Mediterráneo.

Bueno, pues como consecuencia de aquella importante victoria, en 1573 el Papa Gregorio XIII instituyó para toda la Iglesia la fiesta de Nuestra Señora del Rosario el primer domingo de octubre. Tiempo después, esta fiesta pasó al 7 de octubre. En la actualidad es una memoria obligatoria, y la Orden la celebra como fiesta.

Rosario Perpetuo

Aunque el rezo del Rosario tenía la estructura que había sido fijada por el Papa san Pío V, era posible añadir otros elementos que no alterasen dicha estructura. Por ello, en 1629 el dominico italiano fray Timoteo Ricci optó por ser creativo, añadiendo algo que animase a la gente a rezar esta oración. Y así surgió el *Rosario Perpetuo*, con el que buscaba que siempre hubiera personas rezándolo. Por ello, ya que el año solar tiene 8760 horas (esto es, 365 días multiplicado por 24 horas al día), este fraile repartió 8760 tarjetas, indicando en ellas cada una de las horas del año, de tal forma que cada persona debía rezar los quince misterios del Rosario a la hora que indicase su tarjeta.

Esta novedosa idea fue muy bien recibida por el pueblo fiel y pronto se extendió por muchas ciudades. En ciertos lugares, eran tantas las personas que solicitaban participar en este rezo, que hubo que hacer varios lotes de tarjetas. Algunos Papas apoyaron activamente esta iniciativa y, gracias a ello, logró difundirse por Europa, América y las misiones asiáticas.

1789-1962: SUPRESIÓN, RESTAURACIÓN Y EXPANSIÓN

Nos adentramos ahora en el periodo más convulso en el que ha vivido la Iglesia –exceptuando los tres primeros siglos–. En pocos años todo cambió a nivel político y social. La Orden se vio total o parcialmente expulsada de muchos países. Se perdieron para siempre conventos y monasterios, junto con todas sus tierras y demás posesiones. En el siglo XIX, amplias zonas de Europa y Latinoamérica se vieron sin la presencia de dominicos. A mediados de este siglo la situación era tan grave, que incluso dentro de la Iglesia había personas que afirmaban que la Orden de Predicadores pronto desaparecería para siempre.

Pero no fue así. Cuando las autoridades civiles bajaron la presión contra las Órdenes religiosas, hubo varias generaciones de dominicas y dominicos que supieron afrontar esta situación y, a pesar de muchas dificultades, lograron restaurar la presencia dominicana. Ya en el siglo XX, la Orden logró rehacerse y la Familia Dominicana se extendió ampliamente por todo el mundo, también en lugares muy complejos y peligrosos. Y hubo teólogos dominicos que fueron capaces de arriesgarse para ir trazando el camino hacia el Concilio Vaticano II (1962-1965).

CONTEXTO

Revolución

En 1789, la burguesía francesa, siguiendo las ideas de la Ilustración, derrocó el sistema monárquico e instauró en Francia un gran número de derechos y libertades, siguiendo el conocido lema: «libertad, igualdad y fraternidad». Estas ideas se extendieron por Europa gracias a las conquistas realizadas por Napoleón Bonaparte, que fue coronado emperador de Francia en 1804.

Unos años antes, en 1783, finalizó la Guerra de Independencia de Estados Unidos, gracias a la cual la burguesía estadounidense – con ayuda de las monarquías de Francia y España– se liberó del yugo de la monarquía británica e instauró un novedoso régimen democrático y republicano, inspirado en las ideas de la Ilustración. A partir de 1810, aprovechando que España había sido invadida por las

tropas napoleónicas y estaba inmersa en su propia guerra de independencia, la burguesía criolla de casi todos los territorios colonizados por España y Portugal en el continente americano, siguió el camino independentista marcado por la burguesía estadounidense y, además, tomó como principal referencia las ideas revolucionarias francesas. La chispa que inició todo este movimiento independentista americano estuvo en el considerable aumento de los impuestos que tanto Reino Unido como España pedían en sus territorios coloniales para costear sus guerras. Por cierto, hubo frailes dominicos que colaboraron políticamente en la independencia de las colonias españolas. Tras el periodo independentista, los antiguos territorios coloniales españoles –y la propia España– entraron en un oscuro periodo, plagado de conflictos, guerras y golpes de estado que acabaron en muchas zonas –no en todas– con la prosperidad que se vivía en el antiguo imperio colonial español. Y España dejó de ser una potencia mundial, para bien de los españoles, pues así evitaron intervenir –y morir– en más conflictos internacionales, salvo algunas desgraciadas excepciones.

Es importante hacer aquí un inciso para subrayar que a comienzos del siglo XIX en el continente americano aún quedaba un número significativo de poblaciones nativas que conservaban buena parte de la cultura de sus ancestros. Pensemos que en los territorios que habían estado bajo dominio español y francés, había zonas inmensas que apenas fueron colonizadas y seguían habitadas por sus pobladores originarios. El hecho es que la nueva América que surgió tras el periodo de independización, acabó en manos de descendientes de europeos, no en las de los nativos americanos, los cuales siguieron ocupando el estrato más bajo de la sociedad, sólo por encima de los esclavos. Es más, el proceso de independencia atrajo a millones de inmigrantes europeos que veían América como la «tierra de las oportunidades». Entre ellos había muchas familias pobres que buscaban un lugar donde asentarse y prosperar. En algunos países, los colonos europeos, apoyados por los gobernantes, progresivamente fueron ocupando las tierras donde se asentaban los pueblos nativos –a los que los colonos y los gobernantes consideraban «salvajes»– y éstos fueron forzados por el ejército a desocuparlas. En ocasiones, primero actuaba el ejército para desplazar a los nativos y así dejar su territorio libre a los colonos. En todo caso, el resultado es bien sabido: la mayoría de aquellas mujeres y hombres nativos

perecieron en los combates y los pocos supervivientes fueron desplazados a tierras apartadas y menos valiosas. Y así, amplias zonas del continente americano pasaron a manos de descendientes de europeos. En este proceso destacaron Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, Canadá y, sobre todo, Estados Unidos, donde sus nuevos pobladores decidieron llamarse a sí mismos: «americanos».

En 1815 Napoleón fue derrotado definitivamente y ese mismo año se celebró el Congreso de Viena, en el que se intentó «restaurar» en Europa el régimen político y social anterior a la Revolución Francesa. Pero eso no fue posible, pues todo aquello resultaba ya demasiado antiguo para la nueva sociedad que había surgido con dicha revolución, cuyos ideales fueron implantándose en Europa por medio de una sucesión de revoluciones liberales que se prolongaron hasta mediados del siglo XIX.

Este proceso revolucionario trajo consigo algo muy importante a nivel espiritual: la libertad de culto. Los nuevos Estados ya no van a estar ligados a la Iglesia católica o a una Iglesia protestante. Son Estados laicos. De las «guerras de religión» se pasa ahora a admitir cualquier religión, siempre que ésta respete las leyes civiles.

Pero este proceso fue duro y complejo en los Estados que habían tenido una monarquía católica, pues los nuevos gobiernos optaron por quitar a la Iglesia su poder político y económico. Y lo hicieron generando, además, un fuerte *anticlericalismo*. Así, en muchos Estados las Órdenes religiosas fueron expulsadas y las autoridades eclesiales no sólo perdieron su influencia política, sino que, además, pasaron a ser despreciadas y coaccionadas por el nuevo poder civil. Los nuevos gobiernos, acusando a la Iglesia de ser un ente opresor que había tenido sometido al pueblo durante siglos, intentaron reemplazar la moral cristiana por la legislación civil, basada en la ética filosófica. El resultado fue que el pueblo fiel comenzó a confundir lo moralmente bueno –según la Iglesia– con lo legalmente correcto –según las leyes civiles–. Y esta confusión perdura en la actualidad.

Además, el proceso revolucionario propició la *secularización*, de tal forma que lo religioso fue perdiendo presencia pública en el ámbito social y se fue relegando al ámbito privado de cada persona. En aquella nueva sociedad también tomaron fuerza el *agnosticismo*, que se muestra indiferente ante Dios y lo religioso, y el *ateísmo*, que

rechaza la existencia de Dios. Esto propició que algunos cristianos abandonaran la Iglesia y que otros, por el contrario, reforzaran enormemente su fe, poniéndose del lado de la Iglesia, a pesar de los peligros que ello suponía.

En efecto, es preciso señalar el gran aporte de muchas personas laicas en los momentos más duros. Cuando apenas había sacerdotes y religiosos, el Espíritu Santo animó a muchos fieles a ayudar a otros a fortalecer su fe, poniendo en juego su reputación, su puesto de trabajo o, incluso, su vida. Estas heroicas personas organizaban encuentros de oración, coordinaban la ayuda a los más necesitados y acompañaban espiritualmente a otros creyentes. Y algunas veces hacían todo esto en la clandestinidad y sin apenas ayuda de las autoridades eclesiales, pues éstas estaban controladas –en mayor o menor medida– por el poder civil. Como veremos más adelante, hubo muchas laicas y laicos dominicos implicados en esta labor.

¿Y cómo reaccionó la Iglesia ante el proceso revolucionario?: se aisló de la nueva sociedad y del mundo intelectual, poniendo su esperanza en recuperar los tiempos pasados de la Cristiandad. Dicho de otro modo, la Iglesia optó por encerrarse y mirar sólo hacia dentro de sí misma y hacia el pasado. Esto, obviamente, provocó un aumento del anticlericalismo en algunos ámbitos políticos e intelectuales. A pesar de ello, esta fue la postura eclesial hasta el Concilio Vaticano II.

El aislamiento de la Iglesia se vio reflejado en el arte, pues, intentando recuperar la espiritualidad medieval, promovió el estilo neogótico en la construcción de sus nuevas iglesias, conventos y retablos. También se desarrollaron, aunque menos, los estilos neobizantino y neorrománico y, en España, el neomudéjar, cuya ornamentación imitaba el estilo árabe de las antiguas iglesias mudéjares.

Intelectualmente, la Iglesia rechazó lo aportado por las diversas ramas de la ciencia en aquella época y, desde finales del siglo XIX, intentó hacerse fuerte frente a ellas mediante el *neotomismo*, una versión sesgada y recortada del pensamiento de santo Tomás, que la Iglesia promovió en los centros de estudios teológicos.

En esta época siguió aumentando el colonialismo europeo. Así, con el fin de evitar conflictos entre los Estados que deseaban colonizar

África, se celebró la Conferencia de Berlín (1884-1885) en la que varios Estados europeos se repartieron aquel continente. Dicha división se realizó sin tener en cuenta su realidad geográfica, económica, étnica y religiosa. El resultado fue nefasto para muchos pueblos nativos, pues su territorio quedó repartido en varios países. Aquella división, que después persistió tras la independencia de las colonias en el siglo XX, ha provocado –y sigue provocando– multitud de conflictos en los que han muerto millones de personas.

Francia, tras el periodo revolucionario, creó su propio imperio colonial estableciendo colonias y protectorados en Indochina, África occidental, Oceanía, el océano Índico, el Caribe y Oriente Próximo. Y Estados Unidos, tras comprar en 1803 La Luisiana occidental a Napoleón Bonaparte –pues el Estado francés se había hecho con ella en 1800–, recibió de España la zona de Oregón en 1819, le compró La Florida en 1821 y siguió aumentando su territorio hacia el oeste, arrebatando a México la mitad norte de su territorio tras la guerra de 1846-1848. Asimismo, Estados Unidos fue incrementando su influencia internacional.

Pero sobresalió la hegemonía del imperio colonial británico, que tenía multitud de colonias y protectorados dispersos por todo el mundo, abarcando Australia, Tasmania, Nueva Zelanda, parte de Nueva Guinea, Canadá, la India –y las regiones limítrofes–, territorios en Oriente Próximo, Oriente Medio, Oceanía, Indonesia y el Caribe, y amplias regiones del continente africano. Fue el mayor imperio de toda la historia. En sus colonias desarrolló su exitoso modelo económico, creó importantes infraestructuras –destacando sus extensas líneas de ferrocarril– y difundió, al menos entre las élites, su cultura y civilización. Sin embargo, como sucedió en todos los imperios coloniales, empleó en duras condiciones laborales a miles de personas en sus muchas y diversas explotaciones. Además, entre otros aspectos negativos, destaca la deficiente gestión de los alimentos de primera necesidad que las autoridades británicas realizaron en la India y sus regiones aledañas, unas zonas que ya por entonces estaban superpobladas, ocasionando así numerosas hambrunas en las que murieron más de 30 millones de personas a lo largo de los años de colonización.

También se produjo una gran hambruna en Irlanda, que por entonces formaba parte de Reino Unido. La causante de esta

catástrofe humanitaria fue la roya, una enfermedad que entre 1845 y 1850 arruinó varias cosechas de patata, un nutritivo tubérculo del que dependía la alimentación de los irlandeses, que eran católicos, a lo que se sumó la mala gestión de la producción de alimentos básicos en dicho país, pues las autoridades británicas promovían el beneficio de los productores anglicanos, de origen inglés, galés y escocés. Para cuando las autoridades lograron resolver el problema, aproximadamente un millón de irlandeses había muerto y un millón y medio había emigrado a Australia, Canadá y sobre todo a Estados Unidos. En consecuencia, la población de Irlanda se redujo en más de un 30 por ciento. Y desde entonces siguió habiendo una abundante emigración de irlandeses a Estados Unidos, donde fueron durante décadas discriminados por la población protestante, que era la mayoritaria. A pesar de eso, los irlandeses mantuvieron su fe católica.

Por cierto, como es bien sabido, la patata era un alimento básico en el altiplano andino y fue llevada por los españoles a Europa en el siglo XVI, de tal forma que desde mediados del siglo XVIII fue cultivándose cada vez más extensamente y pronto pasó a convertirse en un alimento básico también para los europeos, que la extendieron por todo el mundo. Algo similar pasó con el maíz, el tomate, la judía -o frijol- y otros vegetales de origen centroamericano. Paradójicamente, todos estos alimentos americanos hicieron que aumentara mucho la población en Europa, lo que, a su vez, motivó un importante fenómeno del que ya hemos hablado: el enorme incremento de la emigración de europeos a América -y a otros continentes- en los siglos XIX y XX.

Así, sobresale en este periodo el fuerte impacto ocasionado por la progresiva llegada de muchos miles de colonos británicos a Australia, Tasmania y Nueva Zelanda, lo que produjo la desaparición de valiosas poblaciones y culturas, y la muerte de un 90 por ciento de los nativos, debido a que fueron expulsados violentamente de sus tierras y, sobre todo, a causa de las enfermedades europeas que les transmitieron los británicos y sus animales. En el caso de Tasmania, la presión de los colonos fue tan grande, que murieron todos los nativos. Además del impacto humano, hubo un gran impacto ecológico. En efecto, debido a que se asilvestraron algunos de los animales que los colonos llevaron a Australia, Tasmania y Nueva Zelanda, con el paso del tiempo, resultaron muy perjudicadas

numerosas especies de animales que sólo habitaban en aquellas apartadas tierras, llegando algunas a extinguirse. Los colonos británicos también alteraron valiosos ecosistemas. Por ejemplo, cortaron en el sur de Australia un bosque de eucaliptos excepcionales, algunos de los cuales alcanzaban los 140 metros de altura, es decir, unos 25 metros más que el árbol más alto del mundo en la actualidad, que es una secuoya de California. En el archipiélago de Hawái y en otras muchas islas pasó algo parecido al ser colonizadas en este periodo.

El proceso colonizador y migratorio europeo, que había comenzado en el siglo XV, persistió con fuerza hasta la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), tras la cual comenzó un gran cambio, del que hablaremos en el próximo capítulo. Como acabamos de ver, los Estados europeos llevaron allá a donde fueron su desarrollo cultural y su lengua, y construyeron bellas ciudades e importantes obras públicas. Desgraciadamente, también provocaron la muerte de millones de personas, la destrucción de culturas, el racismo, la explotación abusiva de materias primas y la drástica alteración del medio ambiente. En cierto modo, el radical fenómeno transformador que en la antigüedad habían sufrido los pueblos nativos europeos al ser colonizados por el Imperio Romano, lo reprodujeron los Estados europeos siglos después a nivel mundial con su proceso colonizador.

Bueno, pues así como la Iglesia supo aprovechar la expansión del Imperio Romano para extender el Evangelio, en este periodo se apoyó en la colonización para extenderlo por medio de los Institutos religiosos, los cuales enviaron a misioneras y misioneros por el mundo entero. Éstos, obviamente, se esforzaron en paliar los daños provocados por dicha colonización.

Un efecto muy beneficioso del pensamiento ilustrado fue el surgimiento del *movimiento abolicionista*, que buscaba acabar con la esclavitud, es decir, con el comercio y la posesión de seres humanos. Desde 1780 ya no había esclavos en España porque la corona, durante catorce años, fue llegando a acuerdos con autoridades del Magreb (noroeste de África), que los fueron comprando para después liberarlos, pues, por entonces, todos eran magrebíes. Pero la corona española sí permitió que hubiera esclavos en sus territorios coloniales, ya que quería evitar conflictos con los propietarios de las grandes plantaciones. Casi cuarenta años después, en 1807, Reino

Unido prohibió en su imperio colonial el comercio de esclavos, y presionó a otros países para que también prohibieran dicho comercio. Así, Portugal prohibió el comercio de esclavos en sus colonias en 1810 y España en 1817. En este contexto, Reino Unido, además, ordenó a su poderosa armada que interceptara a todos los barcos negreros que avistase. Y en 1833 este país dio el decisivo paso de prohibir la posesión de esclavos en todo su imperio colonial, indemnizando económicamente a los numerosos propietarios de esclavos que en él había por entonces.

El hecho es que la prohibición del comercio de esclavos provocó el surgimiento del contrabando, pues, ilegalmente, hubo barcos negreros que siguieron surcando los mares para abastecer a los territorios en los que aún no había sido prohibida la posesión de esclavos, entre los que se encontraban las islas de Puerto Rico y Cuba –que aún eran colonias españolas– y Estados Unidos, donde la abolición de la esclavitud provocó la Guerra de Secesión (1861-1865). Brasil fue el último país americano en prohibir la posesión de esclavos, en 1888. En dicho contrabando de esclavos, sobresalió un grupo de destacados comerciantes catalanes que, gracias a la pericia de sus barcos negreros, amasaron grandes fortunas. Pues bien, se calcula que desde el siglo XVI unos doce millones y medio de mujeres y hombres africanos fueron transportados, vendidos y explotados en el continente americano hasta que se produjo la total abolición de la esclavitud. Asimismo, se calcula que en torno a un millón de personas murieron en las bodegas de los barcos negreros, durante la travesía del océano Atlántico.

Por desgracia, el movimiento abolicionista no evitó que en muchos lugares siguiera habiendo racismo, discriminación y desigualdad entre las personas de origen europeo y las de origen africano, asiático o de otro lugar. Hay que esperar a la segunda mitad del siglo XX, tras la Segunda Guerra Mundial, para que este problema comience a resolverse, gracias a los grandes avances sociales que hubo por entonces.

Respecto al desarrollo de la sociedad, es preciso subrayar el importante papel que han tenido –y siguen teniendo– las *ideologías* que surgieron en este periodo, pues han sido determinantes en ello. Aparecieron, entre otras, diversas formas de comunismo, socialismo, anarquismo, fascismo, liberalismo, capitalismo, conservadurismo,

feminismo y nacionalismo. En torno a la década de 1970 surgió el ecologismo. Estas ideologías van desde la extrema derecha a la extrema izquierda. Unas son democráticas y otras autoritarias. Pero todas ellas, de algún modo y en mayor o menor medida, han influido –y siguen influyendo– en la espiritualidad. Y algunas han intentado manipular, eliminar o reemplazar las creencias religiosas. Si bien hay ideologías que, en términos generales, han hecho mucho bien, hay otras que han provocado guerras y el exterminio de millones de personas.

La revolución industrial siguió adelante, extendiéndose cada vez por más países. Debido a las condiciones infrahumanas y de explotación laboral que se vivían en las fábricas y en otras industrias, los trabajadores decidieron organizarse para defender sus derechos en la primera mitad del siglo XIX, surgiendo así el *movimiento sindical*. Por su parte, la Iglesia buscó en este periodo el apoyo de las pocas monarquías que subsistieron y de la alta burguesía, y asumió una ideología muy conservadora. Esto propició que la clase obrera se distanciase de la Iglesia y se acercase a agrupaciones políticas y sindicales de ideología comunista y anticlerical, que acusaban a la Iglesia de ser el «opio del pueblo».

Ciertamente, las condiciones de vida de la clase obrera y de las personas más desfavorecidas fueron mejorando a lo largo de los siglos XIX y XX. Pero este progreso fue lento, entre otras cosas, porque los nuevos gobiernos surgidos tras el periodo revolucionario no eran capaces de ocuparse de la educación, la salud y el bienestar de todos sus ciudadanos. Por ello, fue fundamental la ayuda que proporcionó la Iglesia, pues los Institutos religiosos y los Movimientos eclesiales –de los que hablaremos más adelante– crearon numerosas y beneficiosas instituciones que facilitaron una buena educación, sanidad y otro tipo de ayudas asistenciales, de las que se beneficiaron, entre otras, muchas personas de la clase obrera.

También debemos hacer mención del fuerte impacto medioambiental que fue generando la revolución industrial y el considerable aumento de la población que hubo en este periodo. Además de la tala masiva de bosques, podemos citar otros dos casos muy conocidos: la caza indiscriminada de ballenas, llegando casi a exterminar algunas especies, y la masacre de bisontes en Estados Unidos. En efecto, en Norteamérica había más de 30 millones de estos

animales a comienzos del siglo XVII y los colonos europeos pronto empezaron a cazarlos por el valor de sus pieles. Y esta matanza se incrementó notablemente en el siglo XIX, quedando menos de mil ejemplares a finales de dicho siglo. Esto permitió la explotación agrícola y ganadera de las grandes llanuras de Estados Unidos, gracias a lo cual pudieron alimentarse los millones de inmigrantes que fueron llegando a esa nación.

Los cambios sociales que se venían desarrollando en el siglo XIX siguieron su curso durante la primera mitad del siglo XX. Pero ese medio siglo ha destacado sobre todo por ser, con diferencia, la época más cruenta de la historia, destacando la Primera Guerra Mundial (1914-1918) en la que murieron más de 10 millones de personas y, sobre todo, la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) en la que murieron más de 60 millones. Entre ambas guerras, en la década de 1930, el mundo sufrió, además, la Gran Depresión, que ha sido la mayor crisis financiera de todos los tiempos, y que fue ocasionada por una brusca caída de la bolsa de valores de Nueva York, el 24 y el 29 de octubre de 1929. Esto provocó la ruina, la pobreza y el hambre de millones de personas a nivel mundial.

En este periodo, asimismo, se propagó una devastadora pandemia. Se trata de un brote de gripe que entre 1918 y 1920 mató a más de 50 millones de personas en todo el mundo. Aunque los primeros casos de los que se tiene noticia se detectaron en Estados Unidos en marzo de 1918, sigue sin saberse en qué continente se originó ni cuándo lo hizo. El hecho es que esta pandemia se extendió por toda Europa antes de que acabase la Primera Guerra Mundial y, dado que en los países que estaban involucrados en dicha guerra no había libertad de prensa, fueron los periódicos españoles los primeros en dar noticias sobre ella en mayo de 1918, pues España se mantuvo neutral en la contienda. Por ello, cuando el resto de la prensa europea pudo informar de esta pandemia, la denominó «gripe española», y así se conoció en el mundo entero, quedando los españoles estigmatizados por esta falsa noticia.

Esto muestra la importancia que ya tenían por entonces los *medios de comunicación* para manejar la opinión pública y, en consecuencia, para influir en el comportamiento de la sociedad y en el desarrollo económico de los países. No cabe duda de que la libertad de prensa ha sido uno de los grandes avances que trajo el periodo

revolucionario, pero también es cierto que ello propició que los medios de comunicación fueran ganando cada vez más poder a lo largo del siglo XX. Esto, obviamente, también ha repercutido mucho en la espiritualidad, pues los medios de comunicación influyen en los valores que comparte una sociedad y en la imagen que las personas tenemos de Dios.

Religiosidad popular

Ante la penosa situación en la que se encontraban muchas diócesis en el siglo XIX, pues apenas contaban con párrocos ni predicadores, el Espíritu Santo iluminó a la Iglesia para que potenciase las devociones populares. En efecto, éstas movieron el corazón de los fieles hacia Dios. Y es que, ante una persona devota, poco podían hacer los ataques que ésta pudiera recibir de las autoridades civiles o del mundo intelectual. Se fomentó la devoción al Santísimo Cuerpo de Cristo, al Sagrado Corazón y a la Sagrada Familia. Es en esta época cuando san Antonio de Padua pasó a ser el santo más popular en las iglesias y parroquias.

Destacó la devoción a la Virgen, sobre todo a la Inmaculada Concepción, cuyo dogma fue aprobado por el Papa beato Pío IX en 1854. La propia Virgen se apareció varias veces. En Lourdes (Francia) lo hizo en 1858, creándose en esa localidad un gran santuario mariano. Y en Fátima (Portugal) lo hizo en 1917, donde se construyó otro gran santuario.

Asimismo, surgió en el siglo XIX la devoción al Papa. Hasta entonces los peregrinos iban a Roma para visitar las tumbas de san Pedro y san Pablo. Pero tras las vejaciones sufridas por los Papas en este siglo, y su heroica reacción, el pueblo fiel fijó su devoción en ellos y grandes masas de peregrinos comenzaron a visitar Roma para ver al Papa.

A la base de todas estas devociones había una piedad muy sentimental y moralizante, pero con un escaso fundamento teológico. Por ello, a medida que las circunstancias lo fueron permitiendo, la Iglesia se esforzó en fortalecer la formación del pueblo fiel. Así, en la segunda mitad del siglo XIX, comenzaron a publicarse tratados divulgativos de temática espiritual. Y esto se incrementó notablemente en el siglo XX. También se organizaron grandes

congresos eucarísticos y otros eventos que tenían un objetivo formativo.

Fue muy significativa la publicación de la *Historia de un alma* de la carmelita santa Teresa de Lisieux, poco después de su muerte, a finales del siglo XIX. Hacía tres siglos que no se publicaban nuevas obras místicas, es decir, en las que el autor narra o expone su propia experiencia espiritual. Mucha gente humilde y sencilla leyó esta gran obra, lo cual animó a otros autores a publicar obras místicas. Y así, en la primera mitad del siglo XX surgió el debate sobre la universalidad de la mística, en el que algunos dominicos tuvieron una aportación esencial. Lo veremos más adelante.

Vida consagrada y Movimientos cristianos

Las nuevas y terribles circunstancias a las que se enfrentó la Iglesia en el siglo XIX, hicieron que el Espíritu Santo inspirase la aparición de numerosas Congregaciones y de nuevas formas de vida eclesiales, como fueron los Institutos seculares, los Movimientos eclesiales y otros tipos de asociaciones cristianas.

En efecto, dado que en muchos países se prohibió legalmente la presencia de las Órdenes religiosas, pero en dichas legislaciones no se decía nada de otras formas de vida consagrada, se abrió un vacío legal que propició la creación y expansión de muchas Congregaciones, pues su categoría canónica no era la misma que la de las Órdenes. Como ya hemos comentado, la labor evangelizadora, caritativa y educativa de estas Congregaciones fue muy grande. Y también lo fue su expansión misionera por Latinoamérica, Estados Unidos, China y los territorios colonizados por los Estados europeos. Lo cual fomentó, a su vez, la fundación de muchas Congregaciones fuera de Europa occidental.

Un dato muy significativo es que sólo en el siglo XIX se crearon 1139 Congregaciones femeninas, la gran mayoría de vida apostólica. Y muchas de ellas se pusieron, de algún modo, bajo el carisma de las antiguas Órdenes, como fueron las Congregaciones de franciscanas, agustinas, carmelitas o dominicas. Sin embargo, por deseo de la Santa Sede, en el siglo XX desaparecieron todos los beaterios, pues, de un modo u otro, se transformaron en Congregaciones religiosas, fueron asumidos por alguna de ellas o se convirtieron en monasterios. Se

extinguió así esta valiosa forma de vida, que tanto bien ha hecho durante muchos siglos. Seguiremos hablando de ello cuando tratemos sobre los beaterios dominicanos.

Por otra parte, casi todas las Órdenes religiosas lograron rehacerse, pues en la segunda mitad del siglo XIX la presión contra ellas aflojó. Por ello, y por las circunstancias socioeconómicas de aquella época, en las décadas de 1950 y 1960 el número de religiosas y religiosos en Europa era excepcionalmente alto y los Institutos religiosos se afanaron en crear nuevas y grandes casas de formación para sus numerosísimas vocaciones. Toda esa efervescencia vocacional desapareció en la década de 1970, como veremos en el próximo capítulo.

Pero el Espíritu Santo también empujó al laicado a movilizarse para ayudar a la Iglesia. El principal resultado fue la aparición de los Movimientos eclesiales, formados fundamentalmente por personas laicas, pero en los que también puede haber sacerdotes, religiosas y religiosos. Estos Movimientos se formaron con el fin de unir comunitariamente a los laicos y, a su vez, para realizar algún tipo de labor evangelizadora o caritativa. El primer Movimiento fue creado en 1905 por la Santa Sede con el fin de llevar el Evangelio al laicado. Es la *Acción Católica*. Desde Roma se hizo un llamamiento para difundir este Movimiento en las diócesis de todo el mundo. Por medio de él, la Iglesia hizo un gran esfuerzo por hacer frente al anticlericalismo promovido entre la clase trabajadora por algunos sindicatos y partidos políticos y, sobre todo, trataba de llevar a la práctica, en la vida real, la beneficiosa Doctrina Social de la Iglesia, que desde hacía más de veinte años estaban exponiendo los Papas en algunos de sus documentos. Tras éste, surgieron otros Movimientos: la *Obra de Schoenstatt* (Alemania, 1914), la *Legión de María* (Irlanda, 1921) y los *Equipos de Nuestra Señora* (Francia, 1939).

Dado que su estructura era muy flexible y, generalmente, la pertenencia a los mismos no exigía un gran compromiso, pues los laicos debían conservar su vida familiar y laboral, estos Movimientos crecieron mucho, sobre todo después del Concilio Vaticano II, constituyéndose actualmente en un elemento muy importante dentro de la Iglesia. Seguiremos hablando de ellos en el próximo capítulo.

Debemos mencionar un fenómeno significativo. Tras la Segunda Guerra Mundial surgió un Movimiento eclesial formado por algunos sacerdotes que trataron de romper con las estructuras clericales que les separaban de la clase obrera. Se trata de los *sacerdotes obreros*. Como indica su nombre, este Movimiento estuvo constituido por sacerdotes que decidieron ponerse a trabajar junto a los laicos, en puestos de trabajo de baja cualificación, con el fin de insertarse entre la clase obrera, y hacerla llegar así el mensaje de Cristo. Se desarrolló sobre todo en Francia. De hecho, hubo un buen grupo de dominicos franceses que se sumaron a él. Por desgracia, este Movimiento tuvo una cierta deriva política y, asimismo, los obispos vieron que cada vez más sacerdotes obreros dejaban de ejercer adecuadamente la labor sacerdotal para la que habían sido ordenados. Debido a ello, la Santa Sede hizo un gran esfuerzo por reconducirlo, y llegó a suprimirlo en 1959. Pero pocos años después volvió a ser admitido.

SUPRESIÓN DE LA ORDEN EN MUCHOS PAÍSES

En el momento en el que comenzaba la Revolución Francesa en 1789, los dominicos habían alcanzado su máxima expansión y tamaño, a pesar de las pérdidas ocasionadas por las Iglesias protestantes. Había 52 Provincias y se contaba con más de 20.000 frailes. Las monjas dominicas tenían 180 monasterios. Si bien la reforma dominicana ya había quedado olvidada, la disciplina impuesta por el Concilio de Trento ayudó a que las comunidades mantuvieran en buena medida la observancia regular. Es decir, podemos considerar que la Orden estaba en un buen momento. Pero todo cambió en unos pocos años.

Sabedores de la decadente situación en la que se encontraba Francia a causa del mal gobierno del rey Luis XVI, muchos dominicos recibieron positivamente la Revolución e, incluso, algunos colaboraron con ella. El conocido grupo político de los *jacobinos*, que se mostró muy activo durante la Revolución, comenzó reuniéndose en la biblioteca del convento de la Anunciación de París. Dado que los dominicos en Francia eran llamados popularmente «jacobinos» por el convento de *Saint-Jaques* (o Santiago), este grupo revolucionario tomó ese nombre. Pues bien, al año siguiente, en 1790, los jacobinos suprimieron todas las Órdenes religiosas, incluidos,

obviamente, los dominicos, los cuales fueron obligados a abandonar sus conventos. Y lo mismo sucedió con las monjas, que en 1792 a 1794 fueron expulsadas de sus monasterios, y estos fueron vendidos. El monasterio de Prulla, por ejemplo, fue desmontado y vendido piedra a piedra, no quedando allí más que un descampado.

Por desgracia, los frailes también fueron suprimidos en otros países de Europa y América, a medida que fueron tomando el poder los partidos de ideología liberal. En algunos de esos países las monjas tuvieron mejor suerte pues, aunque fueron expropiadas, pudieron seguir viviendo en sus monasterios. Ese fue el caso, por ejemplo, de España. En la primera mitad del siglo XX las monjas mexicanas fueron suprimidas en varias ocasiones por las autoridades revolucionarias.

Partición de la Orden

Para colmo de desgracias, dado que a finales del siglo XVIII una parte importante de la Orden estaba en territorio colonial español, a petición de las autoridades civiles españolas, en 1804 el Papa Pío VII dividió la Orden en dos partes: las quince Provincias hispanas y el resto de las Provincias. Y decidió que, a partir de entonces, cada seis años, el Maestro de la Orden se alternaría: los primeros seis años sería de las Provincias no hispanas y después de las Provincias hispanas, y así sucesivamente. Y las Provincias no gobernadas por el Maestro estarían regidas por un vicario general. Aunque la Orden no se dividió totalmente, pues no había dos Maestros de la Orden, en la práctica sí lo estaba.

Esto hizo que fuera mucho más complejo el gobierno de la Orden cuando el movimiento revolucionario fue suprimiendo conventos en ambos grupos de Provincias. Por otra parte, como consecuencia del proceso revolucionario y de la partición de la Orden, no se celebraron Capítulos generales en los 55 años que transcurrieron entre 1777 y 1832. Y el sistema de gobierno dividido perduró hasta 1872, cuando logró reunificar a los dominicos el Maestro fray Vicente Jandel, de quien hablaremos más adelante.

RESTAURACIÓN DE LA ORDEN

A mediados del siglo XIX la situación de las monjas no era buena. Incluyendo los monasterios de la Tercera Orden, se mantenían vivos unos 150. Pero la situación de los frailes era catastrófica, pues su número se había reducido a menos de una cuarta parte -no llegaban a los 5.000- y la cifra seguía disminuyendo rápidamente, porque los frailes que quedaban en la Orden eran mayores y no entraban nuevas vocaciones.

Además, muchos dominicos vivían en conventos que estaban en una situación lamentable, tanto a nivel material como, sobre todo, en lo que se refiere a la vida regular. Por eso, dentro de la Iglesia había serias dudas de que la Orden de Predicadores subsistiese. Afortunadamente, el Espíritu Santo suscitó a valiosos dominicos y dominicas que supieron tomar sabias decisiones y con gran esfuerzo sacaron adelante a la Orden. Destacaron dos frailes franceses.

► Fray Enrique Lacordaire

Nació en 1802 en Recey-sur-Ource. Su familia le envió a París a estudiar derecho y, tras vivir un periodo de conversión interior, ingresó en el seminario de San Sulpicio. Tres años después, con 25 años, fue ordenado sacerdote. Aunque las autoridades eclesiales pedían a los cristianos que expresasen su total rechazo al mundo político e intelectual que tanto atacaba a la Iglesia, Lacordaire lo veía con ojos optimistas, pues encontraba muchas cosas que estaban bien, como la democracia o la libertad de expresión. Eran ideas que ahora la Iglesia acepta y defiende, pero que entonces, debido a las circunstancias, las rechazaba por el simple hecho de venir del liberalismo.

Movido por su mentalidad abierta y positiva, en 1830 se puso a colaborar en un periódico católico que, precisamente, defendía la apertura al mundo político e intelectual de la época. Era el periódico *L'Avenir* -es decir, El Futuro-, cuyo redactor jefe era el padre Félicité de Lamennais, un pensador católico muy conocido en aquella época en Francia. Pero en 1832 este diario fue condenado por el Papa Gregorio XVI por defender ideas liberales, y todos sus colaboradores se sometieron dócilmente, cerrando el periódico. Lacordaire, entre tanto, fue descubriendo el bien que puede hacer la predicación y,

aprovechando la retórica que aprendió en la facultad de derecho y sus dotes naturales, comenzó a destacar como orador. De hecho, en los años 1835 y 1836 fue conferenciante en Notre Dame de París.

Como en su corazón bullía cada vez con más fuerza su vocación de predicador, decidió dar el paso de ingresar en la Orden de Predicadores, y para ello se dirigió a Roma. Cuando hubo terminado allí el noviciado en 1839, teniendo por entonces 37 años, regresó entusiasmado a Francia con el firme propósito de restaurar la Orden en su patria. Para ello, vestido con su hábito dominicano –que por entonces estaba prohibido– comenzó a predicar y a dar conferencias por diversos lugares, y muchos jóvenes se animaron a unirse a los dominicos. Uno de los primeros fue el sacerdote secular Vicente Jandel que, tras profesar, se puso a colaborar con él en la restauración de la Orden. Entre 1843 y 1851 Lacordaire predicó en la catedral de Notre Dame. Aquel importante púlpito le sirvió para animar a muchos a ingresar en la Orden o a apoyarla.

Bueno, pues en diez años ingresaron tantos jóvenes en Francia, que Lacordaire no sólo consiguió abrir un noviciado, sino que, además, en 1850 fue elegido prior provincial de la recién restaurada Provincia de Francia. Pero ese mismo año fray Vicente Jandel fue nombrado por el Papa Pío IX vicario general de las Provincias no hispanas. Aquello cayó como un jarro de agua fría sobre los frailes franceses, pues conocían bien a Jandel, y sabían que su modo de pensar era muy diferente al de Lacordaire. Viendo éste que el disgusto entre sus hermanos franceses iba en aumento y que la Provincia recién fundada estaba en serio riesgo de dividirse, dio el valiente paso de dimitir de su cargo de prior provincial y solicitó la exclaustación.

Entonces Lacordaire aceptó la tarea de dirigir un colegio católico en Sorèze, que estaba en el Languedoc. Pero este fraile siguió dando conferencias, siempre vestido con el hábito dominicano. En 1861, con 59 años, falleció en Sorèze. Fue enterrado en una capilla lateral de la iglesia del colegio.

Lacordaire dejó varias obras, destacando la *Vida de santo Domingo*, que escribió siendo novicio. Ésta es la primera biografía moderna del fundador de la Orden, pues este fraile se esforzó en aportar datos históricos, excluyendo las leyendas de dudosa

veracidad. Además, imprimió en ella la gran pasión que sentía por la Orden. Es, sin duda, una de las mejores biografías del fundador de los dominicos.

Pues bien, en esta obra dio un paso muy importante para librar a santo Domingo de su leyenda negra, pues negó rotundamente que fuera inquisidor. Aquello resultó toda una novedad, la cual no fue bien acogida en algunos sectores de la Orden que seguían defendiendo la implicación de su fundador en esa institución. Lacordaire también recibió duras críticas desde otros ámbitos eclesiales, acusándole de no querer asumir las oscuridades de la Orden que él quería restaurar en Francia. Afortunadamente, la verdad salió a la luz, aunque la leyenda negra no desapareció. Seguiremos hablando de esto al final de este capítulo.

► Fray Vicente Jandel

Nació en 1810 en Gerbevilliers. Allí vivió desde muy pequeño la represión que sufrió la Iglesia durante el periodo revolucionario y vio cómo su madre se jugaba la vida ayudando a los sacerdotes. En su juventud estudió en la Universidad de Nancy y allí surgió en él la vocación sacerdotal, por lo que ingresó en el seminario. Con 24 años, tras ser ordenado sacerdote, fue nombrado profesor de Biblia. Dada su buena formación y su comportamiento ejemplar, al cabo de un tiempo fue nombrado rector del seminario de Pont-à-Mousson (a 20 kilómetros de Nancy). Es entonces, en 1839, cuando escuchó predicar a Lacordaire, que acababa de regresar de Roma tras hacer el noviciado, y Jandel quedó tan impresionado que comenzó a plantearse hacerse dominico.

Así pues, ese mismo año viajó a Roma para solicitar al Papa Gregorio XVI la dispensa para ingresar en la Orden. Tras recibirla, comenzó el noviciado en 1841. Jandel tenía por entonces 31 años. En 1843, ya de regreso en Francia, se puso a colaborar estrechamente con Lacordaire para restaurar la Orden. Pero en 1850, cuando tenía 40 años, le sucedió algo inesperado: el Papa Pío IX decidió nombrarle vicario general de las Provincias no hispanas. El motivo de esta decisión es que Jandel, además de ser un buen fraile, compartía plenamente el modo de ver la realidad que tenía la Iglesia en aquella época. Como ella, él rechazaba todo lo que procedía del mundo

liberal, y su mirada la tenía puesta dentro de la Iglesia y hacia el pasado.

Como es lógico, Jandel se trasladó a Roma y allí comenzó a trazar un plan para «resucitar» a la Orden, pues, como ya sabemos, muchas Provincias habían desaparecido y algunos de los frailes que quedaban, empujados por las circunstancias, habían dejado de vivir según la observancia marcada por las Constituciones y, asimismo, habían perdido el afán predicador. Jandel también comenzó a planificar cómo ayudar a los monasterios, los beaterios, los terciarios, las cofradías del Rosario y todo aquello que estuviese vinculado a la Orden. En 1855 fue nombrado Maestro de la Orden y después fue reelegido.

Para restaurar la vida regular, tomó como modelo la observancia que se vivía en tiempos de santo Domingo, pero de un modo idealizado, al estilo de como la Iglesia miraba el pasado. Y esa idealización le hizo exigir a los miembros de la Orden una gran ascesis y el cumplimiento de una estricta legislación que él se ocupó de elaborar -con algunos ayudantes-, publicando unas nuevas Constituciones para las monjas y para los frailes. Asimismo, a pesar del precario estado de las Provincias, las animó a que planificaran el envío de misioneros.

En efecto, uno de sus grandes méritos es que, como buen gestor, supo aprovechar los pocos recursos con los que contaba para poner en marcha buenos proyectos, y logró reunificar a la Orden en 1872. A finales de ese mismo año, murió en Roma, con 62 años.

Mucho se ha escrito sobre el papel que tuvieron Lacordaire y Jandel en la recuperación de la Orden. Desde la perspectiva que dan los numerosos años que han pasado desde entonces, podemos decir que ambos hicieron una importante labor. Lacordaire ha pasado a la posteridad por su gran pasión por la predicación, tanto a los más cercanos como a los más alejados. Como ya hemos comentado, él veía la realidad de un modo muy optimista y abierto. En lugar de rechazar o menospreciar a los que pensaban de un modo diferente, él animaba a sus hermanos a dialogar y razonar con ellos, pues Dios siempre tiene algo que decirnos, incluso por medio de los más alejados.

En Francia, algunos dominicos le consideran un segundo fundador de la Orden, al nivel de santo Domingo. Buena parte del éxito que ha tenido la Orden en ese y en otros países se debe a que ha habido dominicos que han sabido mantener y actualizar el apasionante carisma dominicano de Lacordaire.

Jandel, por otra parte, es muy valorado por el sector dominicano más conservador, porque fue capaz de recuperar la observancia regular, aunque lo hiciera cayendo en algunas exageraciones. Es importante reconocer que la dura ascesis que pidió a sus hermanos, les fue muy útil para poder superar los numerosos retos que tuvieron que afrontar. Recordemos de nuevo que, por entonces, los frailes eran pocos y su media de edad era muy alta, y hay que tener en cuenta que, a pesar de que tenían escasos medios, se les pidió realizar grandes proyectos. El hecho es que detrás de todo eso estuvo la sabia mano de Jandel.

Además, esa estricta espiritualidad que él marcó en su mandato, se mantuvo después en la Orden durante varias décadas, en las cuales se enviaron a cientos de misioneros a lugares inhóspitos, se abrieron novedosos centros de estudios, se reconstruyeron antiguos conventos y se afrontaron grandes retos. Todo eso no se hubiera conseguido sin la ascesis ni la observancia regular que él imprimió en la Orden.

Evolución posterior de la Orden

El número de frailes siguió disminuyendo, pues las pocas vocaciones que por entonces entraban no eran capaces de compensar las defunciones de los ancianos. En 1876 el censo mostró que sólo había 3.474 frailes, la cifra más baja desde los tiempos del beato Jordán de Sajonia. Por eso puede decirse que la Orden estaba en una situación muy crítica. Pero no estaba todo perdido, pues debido a las medidas tomadas por fray Vicente Jandel, el número de vocaciones iba en creciente aumento, gracias a lo cual, pronto comenzó a subir el número de dominicos.

Ayudó mucho a este cambio de tendencia la recuperación de Provincias que tradicionalmente han tenido un gran número de frailes. Así por ejemplo, la Provincia de España fue restaurada en 1879 y en poco tiempo tuvo decenas de novicios. Además, ésta pronto

comenzó a enviar misioneros a Latinoamérica donde, a su vez, surgieron más vocaciones. En el siglo XX continuó esta tendencia alcista. Por ello, en la década de 1960 la Orden superó el número de 10.000 dominicos. Este aumento de frailes trajo también el aumento del número de Provincias. Éstas nacieron o se restauraron en territorios americanos, asiáticos y africanos, además de europeos.

A nivel legislativo, tras la aprobación del *Código de Derecho Canónico* de 1917, los Institutos religiosos tuvieron que adaptar sus leyes. Por ello, la Orden aprovechó para acometer una profunda reestructuración legislativa, publicando unas nuevas Constituciones para la Tercera Orden (1923), las monjas (1930) y los frailes (1932).

Parroquias y colegios

Desde los primeros tiempos, los dominicos tuvieron pequeñas escuelas para los niños del barrio, además de sus conocidos centros de teología en los que se formaban sus frailes estudiantes, así como laicos, religiosos y sacerdotes. Y estos centros estaban bien integrados en la vida conventual.

Pero en el siglo XX, sobre todo a partir de la década de 1950, se produjo un cambio sustancial en la forma de vida de los frailes. Por diversas circunstancias, en muchas Provincias se asumieron parroquias y se crearon instituciones, principalmente colegios de gran tamaño. También se desarrollaron algunas grandes y prestigiosas universidades, y se crearon hospitales, dispensarios y diversos centros de ayuda a los más desfavorecidos.

Como es obvio, muchas de aquellas comunidades que tenían una parroquia o alguna institución, no pudieron mantener el modo de vida tradicional dominicano, centrado en la vida conventual, pues debieron amoldarse a las necesidades de la parroquia o de la institución que tenían que gestionar. Generalmente, esto trajo otra consecuencia: disminuyó el número de grandes comunidades conventuales y se crearon muchas comunidades pequeñas y dispersas. Dicho de otro modo, en algunas Provincias y Vicariatos se priorizó la eficacia pastoral de las parroquias y las instituciones, a costa de renunciar a la tradicional vida conventual de los frailes. Por desgracia, en algunos casos, esto produjo una clara devaluación en la calidad de la vida comunitaria. Este fenómeno lo vivieron también -

e incluso a veces en mayor medida- las otras Órdenes mendicantes y también la Orden benedictina.

PREDICACIÓN

En medio de las adversas condiciones que se vivieron en este periodo de la historia, hubo un buen grupo de dominicos que sobresalieron por su entrega en la predicación. Ya hemos hablado del más destacado: fray Enrique Lacordaire. También cabe citar al irlandés fray Tomás Burke, que era cercano a fray Vicente Jandel.

Asimismo, siguieron predicando muchos de los dominicos que fueron obligados a exclaustrarse. Algunos de ellos se sumaron a las misiones populares que se organizaban para mejorar la formación del pueblo fiel, predicando en vastas regiones que habían quedado muy desatendidas pastoralmente por la escasez de sacerdotes seculares y la inexistencia de religiosos. Veamos un buen ejemplo.

► San Francisco Coll

Nació en 1812 en el pueblo catalán de Gombrén, en una familia de cardadores de lana. Su padre murió al poco de nacer él. Eran tiempos muy difíciles, pues Cataluña -como el resto de España- había sido invadida por las tropas napoleónicas, las cuales se retiraron en 1814, tras seis años de cruenta ocupación. Nueve años después de que acabase aquella barbarie, cuando Francisco tenía 11 años, ingresó en el seminario menor de Vic, y pronto tomó contacto con los dominicos de esa localidad. Con 18 años, sintió la vocación de ingresar en la Orden, pero, dados los pocos recursos económicos de los dominicos de Vic y los de Francisco, tuvo que hacerlo en el convento de la Encarnación de Gerona.

Acabado el noviciado, viendo que tenía cualidades de buen predicador, orientaron su formación en esa dirección. Pero en 1835, cuando los conventos se estaban recuperando del saqueo y la destrucción provocados por los soldados franceses, se decretó en España la expropiación forzosa de todos los bienes de las Órdenes religiosas y, poco después, las suprimieron, aunque a las monjas las permitieron conservar sus monasterios. Fuera del convento, sin

apenas dinero, en tiempos convulsos como aquellos, la situación de los frailes exclaustrados era muy difícil.

Afortunadamente, fray Francisco, que había sido ordenado diácono poco antes de la exclaustración, fue admitido en la diócesis de Solsona y recibió la ordenación sacerdotal con 24 años. Aquello no le impidió estar en contacto con otros dominicos exclaustrados. Es más, siguió firmando como dominico, con «Fray» y «O.P.». Algunos dominicos exclaustrados se reunían en la iglesia del convento de Vic, y allí acudía asiduamente fray Francisco para predicar, confesar o acompañar espiritualmente a los fieles. Asimismo, dedicó una especial atención a las monjas dominicas de Vic y a un beaterio de terciarias dominicas que había en esa localidad. Lógicamente, su condición de sacerdote secular le condujo a ocuparse de labores parroquiales. También se dedicó con mucho empeño a la predicación de retiros, novenas o fiestas patronales.

Pero sobre todo colaboró activamente en muchas misiones populares, en las que varios sacerdotes iban a un barrio urbano o a una comarca rural, y allí estaban una temporada predicando y formando a futuros catequistas y a otros laicos de las parroquias. Tanto le apasionaba este estilo de predicación, que en 1845 fundó con otros sacerdotes la *Hermandad Apostólica*, con el fin de organizar misiones populares. Entre sus miembros estaba san Antonio María Claret que más tarde fundó a los *Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María* (los claretianos).

Cinco años después, en 1850, teniendo fray Francisco 38 años, fue nombrado director de la Tercera Orden dominicana en Cataluña, y ello le movió a apoyar al beaterio de terciarias de Vic, las cuales tenían la única escuela de niñas de la localidad. Dado que fray Francisco tenía mucho trato con mujeres jóvenes, ayudó al Espíritu Santo a llamar a muchas de ellas a ingresar en aquel beaterio, para así colaborar en la educación de niñas y adolescentes, pues por entonces ésta era muy deficiente, sobre todo en las familias más pobres. Pues bien, tantas eran las jóvenes que se iban uniendo a aquel proyecto, que, tras dialogarlo con las terciarias dominicas, en 1856 fundó con ellas la *Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata*. Fray Francisco, asimismo, se preocupó de que aquellas hermanas estudiaran y recibieran la titulación requerida para poder ir fundando

más escuelas en otros lugares, pues eran muy necesarias en aquellos tiempos de penuria.

Los últimos veinte años de su vida los dedicó a compaginar su labor predicadora con la de consolidar y extender esta Congregación. Y en 1875, cuando tenía 62 años, murió junto a sus hermanas en Vic. Las dominicas de la Anunciata están ahora en todos los continentes, donde han creado colegios, hospitales, dispensarios, casas de espiritualidad y, asimismo, colaboran pastoralmente en muchas parroquias.

Ciertamente, junto a san Francisco Coll, hubo muchos otros dominicos que en los siglos XIX y XX colaboraron en misiones populares. Como bien sabemos, éstas fueron fundamentales para mejorar y consolidar las comunidades parroquiales, tanto en los barrios de las ciudades como en amplias comarcas rurales.

MISIONES

Como es lógico, la supresión de Provincias provocó que dejaran de enviarse misioneros. Afortunadamente, se mantuvo viva la Provincia del Rosario, pues a las autoridades españolas les convenía mantener en la colonia de Filipinas la presencia de los frailes. Por eso les permitieron tener un convento en España para formar misioneros. Ese fue el convento de Santo Domingo de Ocaña, que había pertenecido a la Provincia de España. Recordemos que hasta entonces la Provincia del Rosario no tenía noviciado, sino que se nutría de voluntarios venidos del resto de las Provincias.

Por otra parte, los Maestros de la Orden de este periodo tomaron una decisión arriesgada que, a la postre, se ha visto que fue acertada: pidieron a las Provincias que hicieran un esfuerzo por enviar misioneros, aunque fuera a costa de debilitar su ya precario estado. Como consecuencia de esta estrategia, el envío de misioneros fue aumentando hasta la década de 1960. El hecho es que gracias a ello la Orden está ahora presente en apartadas regiones en las que los frailes, en cooperación con otros miembros de la Familia Dominicana, predicán el Evangelio.

► San Valentín de Berrio-Ochoa y los mártires de Vietnam

Un caso dramático –y muy heroico– fueron las misiones en la región de Tung-kin, situada en el norte de Vietnam. Habíamos visto en el anterior capítulo que las persecuciones en esta región comenzaron en 1712 y que en 1745 fueron martirizados los primeros dominicos. Y así, alternando con periodos de paz, las persecuciones continuaron y llegaron a su máximo exponente entre 1830 y 1864, año en el que el Estado francés –que estaba extendiendo su imperio colonial por Indochina– firmó un tratado en el que se garantizaba la libertad religiosa. En total, murieron 37 frailes dominicos –6 de ellos eran obispos–, 17 sacerdotes terciarios y una multitud indeterminada de personas laicas, entre las que había unos 2.000 catequistas que colaboraban con los misioneros. Veamos ahora la vida de uno de ellos.

Valentín nació en 1827 en Elorrio, un bello pueblo vasco. Su padre era carpintero. Desde niño Valentín fue monaguillo en el monasterio de las dominicas y después fue su sacristán. Con 18 años decidió ingresar en el seminario de Logroño, donde destacó como buen estudiante y, sobre todo, como hombre de oración. Por ello, en 1850 fue nombrado director espiritual del seminario. Al año siguiente fue ordenado sacerdote.

Pero su mayor deseo era ser misionero. Por este motivo, en 1853 viajó a Ocaña y allí comenzó el noviciado con los dominicos de la Provincia del Rosario. Tres años después, se embarcó junto a otros jóvenes frailes rumbo a Manila. Por fortuna, los misioneros españoles ya no estaban obligados a cruzar los océanos Atlántico y Pacífico para llegar a Filipinas, sino que podían tomar la antigua ruta portuguesa que, aunque mucho más corta, no dejaba de ser un trayecto largo y duro. En efecto, durante un viaje que duró unos cinco meses, bordearon el continente africano y después atravesaron el océano Índico, recalando en varios puertos de la India e Indochina, hasta arribar a Filipinas. Llegaron a Manila en 1857.

En el convento de Santo Domingo se leían las cartas de los misioneros de Tung-kin en las que éstos narraban las persecuciones y las matanzas de cristianos. Por ello, fray Valentín se presentó voluntario para reforzar aquella misión. Tras unos meses en los que estuvo estudiando la lengua y la cultura de Tung-kin, fray Valentín

se embarcó con otro fraile hacia aquellas tierras. Les habían encomendado colaborar en el vicariato central, que por entonces contaba con unos 150.000 cristianos y donde hacía pocos meses había muerto el obispo san José María Díaz Sanjurjo.

Al poco de desembarcar en las playas vietnamitas, a fray Valentín le pidió el obispo, san Melchor García Sampedro, que fuera su obispo coadjutor. Convenía que hubiese dos obispos por si apresaban a uno. La ordenación se llevó a cabo en la cabaña de una familia cristiana. La mitra estaba hecha con papel dorado y el báculo era una caña de bambú. Ese mismo año fue apresado y martirizado fray Melchor, por lo que fray Valentín decidió refugiarse en el vicariato oriental, donde la persecución era algo menor. Pasó así dos años caminando de noche o bajo la lluvia -guiado por laicos- y durmiendo en cuevas o en barcas.

En 1861 decidió regresar al vicariato central y allí fue capturado al cabo de unos meses. También habían sido apresados otros dos misioneros: san Pedro Almato y san Jerónimo Hermosilla. A los tres dominicos se les puso una «canga» -es decir, una especie de cepo chino que aprisionaba las manos y el cuello- y les encadenaron los tobillos. Y así fueron paseados de pueblo en pueblo hasta llegar a la capital, donde se les introdujo en unas pequeñas jaulas de bambú. Pocos días después fueron decapitados.

Más adelante hablaremos de las misiones de las dominicas, donde también hubo mártires.

ARTE

Como es natural, no hubo muchos artistas dominicos en el siglo XIX. Sobresalieron los murales que pintó el francés fray Jacinto Besson en el monasterio de San Sixto de Roma. En literatura es preciso citar a otro francés: fray Enrique Lacordaire, destacando sus *Conferencias de Notre Dame de París*.

En Centroamérica debemos nombrar al poeta fray Matías de Córdova. Nació en 1768 en Chiapas y llegó a ser vicario general de los dominicos de esa zona. Destacó como militante político en favor de la independencia de Guatemala -la cual se logró en 1821- y defendió los

derechos de los pueblos nativos de aquellas tierras, de origen maya. Creó una imprenta y en ella editó el periódico *El Pararrayo*. Entre sus obras, es muy valorada la fábula *La tentativa del león y el éxito de su empresa*. Este fraile es considerado como uno de los iniciadores de la poesía guatemalteca. Murió con 60 años.

Ya en el siglo XX, los dominicos franceses publicaron en los años 1935 a 1969 la revista *L'Art Sacré* –es decir, El Arte Sagrado–. En dicha revista se trataban también importantes temas de espiritualidad, pues, como hemos visto a lo largo de este libro, ésta se plasma en el arte.

Ciertamente, en el siglo XX surgieron muchos y buenos artistas, pero hablaremos de ellos en el próximo capítulo. Ahora debemos resaltar la apuesta que en la década de 1950 algunas comunidades dominicanas hicieron por la arquitectura contemporánea, construyendo innovadores conventos que reflejaban la nueva mentalidad que ya por entonces se estaba abriendo paso en la Iglesia. Destacan, entre otros, el convento de Nuestra Señora del Rosario que la Provincia de Holanda construyó en Bayamón (Puerto Rico); el convento de San Pedro Mártir de la Provincia del Rosario, en Madrid; el complejo arquitectónico formado por el santuario, el convento, la casa de espiritualidad y la escuela apostólica que la Provincia de España construyó en La Virgen del Camino, que fue la primera obra del arquitecto dominico fray Francisco Coello de Portugal; y sobre todo, el convento de Santa María de La Tourette (Francia), de la Provincia de Lyon, diseñado por el afamado arquitecto Le Corbusier. En cierto modo, éstos y otros novedosos conventos que se construyeron en la década de 1950 marcaron el estilo de muchas iglesias, colegios y conventos que la Familia Dominicana construyó después del Concilio Vaticano II. Muchos de ellos son grandes hitos arquitectónicos, pero hay otros que, por desgracia, carecen de la cuidada belleza que ha caracterizado históricamente a las construcciones dominicanas.

AUTORES ESPIRITUALES

Tratadistas franceses

En esta etapa destacaron sobre todo los dominicos de Francia. Tras el periodo revolucionario, entre los primeros autores que en la Iglesia comenzaron a escribir tratados para formar al clero y al pueblo fiel tenemos a fray André-Marie Meynard. En 1884 publicó el *Tratado de la vida interior*.

Fray Ambroise Gardeil fue cofundador en 1893 de la *Revue Thomiste* –es decir, la Revista Tomista– y regente de estudios en los años 1894 a 1911. En 1904 la Provincia de Francia estableció el estudio general en el convento de Le Saulchoir, situado en Bélgica, pero muy cerca de Francia, pues los frailes habían sido expulsados de este país en 1884. Gardeil imprimió a Le Saulchoir su carácter dialogante y abierto al mundo intelectual contemporáneo, siguiendo el estilo de fray Enrique Lacordaire. Allí se formaron los grandes teólogos dominicos que formaron parte de la *Nouvelle Théologie* –es decir, la Nueva Teología–. En 1927 este fraile publicó un buen tratado de espiritualidad titulado *La estructura del alma y la experiencia mística*. Y escribió otras muchas obras de temática teológica. Falleció en 1931 en París, con 72 años.

Fray Reginald Garrigou-Lagrange es uno de los más reconocidos autores espirituales de este periodo. Siendo profesor en Le Saulchoir, fray Ambroise Gardeil le puso en contacto con el mundo intelectual católico de la época. En 1909 fue asignado como profesor del Angélicum de Roma, en el que colaboró en la formación de la pionera cátedra de ascética y mística, inaugurada oficialmente en 1929. Murió en 1964 en Roma, con 87 años. Escribió muchos escritos teológicos. A nivel espiritual, sus tres obras principales son: *Perfección cristiana y contemplación* –en la que daba su apoyo a la *mística universal* de Arintero, a quien conoceremos en breve–, *Las tres edades de la vida interior* –en la que fusionó la mística carmelitana y la teología tomista– y *La Madre del Salvador y nuestra vida interior*.

Fray Michel-Marie Philipon escribió muchas obras espirituales. Las más conocidas son sus tratados sobre *Los dones del Espíritu Santo* y *Los sacramentos de la vida cristiana*. Tiene también un interesante estudio sobre *La doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad*.

Asimismo, escribió sobre el pensamiento espiritual de otros dos autores contemporáneos: santa Teresa de Lisieux y el benedictino Columba Marmion. También quiso publicar un estudio sobre la doctrina espiritual del Concilio Vaticano II, pero en 1972 murió inesperadamente en México, con 74 años.

► Fray Juan González Arintero

Nació en 1860 en Lugueros (España). Con 15 años ingresó en la Orden de Predicadores. Junto a los estudios de filosofía y teología, en Salamanca también estudió la carrera universitaria de ciencias físico-químicas. Por ello, tras ser ordenado sacerdote, fue asignado al convento de Vergara donde dio clases de ciencias en la escuela apostólica que allí tenían los dominicos para educar a niños que deseaban, llegado el momento, ingresar en la Orden.

Cuando tenía 32 años fue trasladado a la otra escuela apostólica de la Provincia de España, la del convento de Corias. Allí comenzó a acompañar espiritualmente a las dominicas del cercano monasterio de Cangas de Narcea. Dialogando con algunas de estas hermanas, éstas le fueron abriendo al campo de la mística, por lo que él comenzó a estudiar esta rama de la teología y fue viendo que no tenía sentido separar la ascesis de la mística –tal y como la Iglesia estaba haciendo desde hacía más de tres siglos– pues sólo podía haber un camino, que es ascético y místico a la vez, y sólo podía haber una contemplación: la infundida por el Espíritu Santo.

En otras palabras, tomó conciencia de que la mística es universal, pues todos estamos llamados a tener una honda experiencia de Dios, no sólo unos pocos. En relación con eso, vio claramente que el pueblo fiel estaba tan capacitado para alcanzar la santidad como lo estaban los sacerdotes o las personas consagradas. Y así, comenzó a escribir sobre la *llamada universal a la santidad*. Por fortuna, Arintero descubrió que había un sacerdote francés, el padre Auguste Saudreau, que ya había escrito sobre ello. Tras contactar con él, ambos entablaron una enriquecedora relación.

A partir de 1898, Arintero dio clases de teología en Salamanca y Valladolid. Es en este periodo, en 1908, cuando publicó su primer tratado en el que defendía la mística universal. Se trata de la obra titulada *Evolución mística*. Al año siguiente fue enviado a dar clases al

Angélicum de Roma, donde entabló amistad con Garrigou-Lagrange y logró su apoyo a la teoría de la mística universal. Esto le vino muy bien, porque la divulgación de dicha teoría había hecho que Arintero recibiera muchas críticas por parte de importantes autores espirituales de la época.

Al año siguiente regresó al convento de San Esteban de Salamanca, donde fue profesor de exégesis bíblica y siguió escribiendo sobre mística y eclesiología. En 1921 fundó la revista *La Vida Sobrenatural*, para difundir la mística entre el pueblo fiel. Para ello se inspiró en *La Vie Spirituel* –es decir, La Vida Espiritual–, creada por los dominicos franceses un año antes. En 1928, con 68 años, Arintero falleció en Salamanca.

Ciertamente, este fraile fue un innovador. Gracias a sus conocimientos científicos, supo adaptar la *ley de la evolución de las especies* de Charles Darwin a la eclesiología y a la espiritualidad, mostrando que la Iglesia y la mística no son estáticas, sino que evolucionan con el transcurrir de la historia. Esta visión tan novedosa le trajo problemas a Arintero, pues chocaba con la visión creacionista que se difundía por entonces en los centros de estudios de la Iglesia. De hecho, algunos de sus libros corrieron el riesgo de ser puestos en el *Índice de libros prohibidos*.

Respecto a la teoría de la mística universal y de la llamada universal a la santidad, Saudreau, Arintero y Garrigou-Lagrange se convirtieron en sus principales difusores y, a pesar de los ataques y las críticas que había contra esta teoría, cada vez eran más los que se sumaban a ella. De hecho, hubo Movimientos eclesiales que tomaron para sí esta espiritualidad. Y así, pasadas unas décadas, fue totalmente respaldada por el Concilio Vaticano II. Ahora está completamente admitido que solo existe un camino espiritual que es, a la vez, ascético y místico, pues requiere de nuestro esfuerzo personal y de la ayuda de la gracia divina. Y está plenamente asumido que todos estamos igualmente llamados a ser santos, es decir, a desempeñar un papel importante en la Historia de la Salvación.

Arintero dejó escritas muchas obras de carácter científico y teológico. Junto a la ya citada *Evolución mística*, su principal obra espiritual es *Cuestiones místicas*. También publicó *Exposición mística del*

Cantar de los Cantares, La verdadera mística tradicional y Las escalas del amor.

ESTUDIO

Durante el periodo revolucionario la mayoría de los teólogos dominicos se dispersaron, dejando sin acabar los libros o los trabajos de investigación que tenían entre manos. Algunos lograron seguir dando clases en otros lugares o instituciones. Otros optaron por integrarse en el clero secular.

Pero en cuanto las condiciones cambiaron, la Orden hizo un esfuerzo por reanudar su labor académica, potenciando algunos centros de estudios y creando otros nuevos. En 1877 la Provincia de Francia comenzó a enviar profesores al seminario siro-caldeo de San Juan, situado en Mosul (Irak). Esa misma Provincia fundó después un centro de estudios rusos en París y otro de estudios arábigos en El Cairo (Egipto). Desde 1890, ha habido dominicos dando clases en la facultad de teología de la Universidad de Friburgo (Suiza). En 1909 el Maestro de la Orden fray Jacinto Cormier logró que se reorganizase el colegio teológico de Santo Tomás de Roma –el Angélicum–, el cual alcanzó rango universitario en 1963. En Rhode Island (Estados Unidos), la Provincia de San José fundó en 1917 una universidad: el Providence College. La Provincia del Rosario, tras la Segunda Guerra Mundial, reflató y expandió la Universidad de Santo Tomás de Manila y la Provincia de Colombia hizo lo mismo con su Universidad de Santo Tomás.

También es preciso subrayar la gran aportación que tuvieron algunos dominicos en el avance teológico y bíblico en este periodo. Así, en 1890 fray Joseph-Marie Lagrange fundó en Palestina la Escuela Bíblica de San Esteban, más conocida como la *École Biblique* de Jerusalén. Apoyándose en métodos modernos de interpretación de textos, se convirtió en un centro bíblico pionero. Además, en los años 1930 a 1960, varios teólogos jesuitas y dominicos, apoyándose en la filosofía y otras ramas del saber contemporáneos, dieron origen a la *Nouvelle Théologie* en Francia y Alemania. Algunos de ellos fueron apartados de la docencia por el Papa Pío XII. Pero años después, el Papa san Juan XXIII les pidió que colaborasen en el Concilio Vaticano

II. Veamos a los dos principales dominicos franceses que participaron en la Nouvelle Théologie.

► Fray Marie-Dominique Chenu

Marcel nació en 1895 en Soisy-sur-Seine. Con 17 años ingresó en el seminario de Versailles pero, tras ser invitado a una toma de hábito en el convento de Le Saulchoir, atraído por el ambiente de oración y estudio que se respiraba en ese convento, al año siguiente decidió ingresar en la Orden de Predicadores, profesando con el nombre de Marie-Dominique. Realizó los estudios de filosofía, teología, historia y exégesis en el Angélicum de Roma. Allí aprendió el método de exégesis histórica de fray Joseph-Marie Lagrange y lo aplicó a la teología. En 1920, con 25 años, comenzó a dar clases en Le Saulchoir, especializándose en historia medieval y estudiando a santo Tomás desde el punto de vista histórico. En 1930 fundó el Instituto de Estudios Medievales en Montreal (Canadá). Y en los años 1932 a 1942 fue regente de estudios de Le Saulchoir.

Acabada la Segunda Guerra Mundial, simpatizó con el Movimiento de los sacerdotes obreros, pues vio en él un ámbito para humanizar el Evangelio y confraternizar con las clases trabajadoras. En ese sentido, había publicado en 1941: *La espiritualidad del trabajo*. También realizó estudios sobre la «teología de la encarnación», en la que rechazaba la oposición dualista entre lo material y lo espiritual, lo profano y lo sagrado. Pero sobre todo Chenu destacó por su «teología de los signos de los tiempos», según la cual, el pensamiento teológico debe ser sensible a la realidad histórica. Esto fue asumido más adelante por el Concilio Vaticano II. Lo trató Chenu en *La Palabra de Dios: I. La fe en la inteligencia, II. El Evangelio en el tiempo*.

Por desgracia, su avanzada teología y su cercanía al Movimiento de los sacerdotes obreros le llevaron a ser apartado de la docencia en 1953. Pero en 1959 el Papa san Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II, y Chenu fue invitado como teólogo, quedando así rehabilitado. Años después, cuando Gustavo Gutiérrez –del que hablaremos más adelante– fue cuestionado como miembro de la Teología de la Liberación, Chenu le apoyó clara y abiertamente. En 1990 falleció en París, con 95 años. Podemos destacar estas otras obras suyas: *¿La Teología es una ciencia?, Santo Tomás de Aquino y la teología,*

El pueblo de Dios en el mundo, La libertad en la fe y El Espíritu que nos habla a través de la increencia.

► Fray Yves Congar

Nació en 1904 en Sedan. Estudió en el Instituto Católico de París, donde conoció el pensamiento tomista. En 1924, con 20 años, ingresó en el noviciado de los dominicos de la Provincia de Francia. Durante cinco años hizo los estudios en el convento de Le Saulchoir, interesándose mucho por la unidad de los cristianos. Con 28 años comenzó a dar clases de eclesiología en dicho centro de estudios. Cinco años después, en 1937, Congar fundó en la Editorial Du Cerf la colección *Unam Sanctam*, sobre eclesiología, en la que ese mismo año publicó esta importante obra: *Cristianos desunidos. Principios de un «ecumenismo» católico*. Dado que la Santa Sede rechazaba por entonces todo diálogo con otras Iglesias, esto despertó las sospechas respecto a él.

Pero estalló la Segunda Guerra Mundial y Congar fue capturado por los alemanes en 1940, los cuales le tuvieron prisionero hasta 1945. Durante su estancia en el campo de prisioneros, pudo conocer a presos que pertenecían a diversas Iglesias protestantes, y ello le hizo ver que era necesario trabajar por la unidad de los cristianos mediante el diálogo y no por medio de la imposición o la apologética. En 1946 retomó su labor docente dando clases de eclesiología, y estudió el lugar que ocupan los laicos en la Iglesia. En 1950 publicó una de sus obras más importantes: *Verdadera y falsa reforma en la Iglesia*, que no fue bien acogida por la Santa Sede. Como consecuencia de éste y otros escritos suyos, dos años después fueron examinados todos ellos por un grupo de censores. En 1953 publicó otra obra fundamental: *Hitos para una teología de los laicos*, que pasó la censura de la Santa Sede.

Pero ese mismo año, debido a su afinidad con el Movimiento de sacerdotes obreros y a los problemas que iba arrastrando por su novedoso pensamiento teológico, fue apartado de la docencia y estuvo asignado en varios conventos fuera de Francia, lo cual él vivió -con gran dolor- como una especie de destierro. Considerando que era la voluntad de Dios, esa dura experiencia le ayudó a entender más profundamente el camino de la Cruz. Pero en 1959 el Papa san Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II y entonces Congar fue

nombrado consultor de la Comisión Preparatoria y, al poco tiempo, también fue nombrado consultor de la Comisión Teológica. Y en 1963 comenzó a participar en dicho Concilio como perito. Gracias a ello Congar volvió a ser reconocido públicamente.

Tras el Concilio, en 1967 hizo un viaje a Latinoamérica y en 1968 fue nombrado miembro de la Comisión Teológica Internacional. En 1984, cuando tenía 80 años, defendió –con ciertos matices– la Teología de la Liberación ante la Santa Sede. Pero, poco después, contrajo una grave enfermedad neurológica que le impidió volver a trabajar. En 1994 el Papa san Juan Pablo II le nombró cardenal y, al año siguiente, con 91 años, murió en París. Podemos destacar estas otras obras suyas: *El Espíritu Santo*, *Eclesiología*, *Jalones para una teología del laicado* y *La Tradición y las tradiciones*.

MONJAS

Como ya hemos comentado, las monjas también sufrieron las consecuencias de la Revolución Francesa y de las revoluciones liberales. En algunos países fueron expulsadas y en otros se les arrebató buena parte de sus propiedades, que eran vitales para su mantenimiento económico, aunque pudieron conservar el monasterio. Pero, como pasó con sus hermanos, supieron afrontar esa dura situación y en el siglo XX volvió a ascender su número y fundaron monasterios en tierras de misión. Además, incorporaron los monasterios y algunos beaterios de terciarias dominicas. Por ello, a mediados del siglo XX el número de monasterios superaba los 200.

A nivel legislativo, las monjas tuvieron dos cambios importantes. Fray Vicente Jandel –con ayuda de fray Ambrosio Potton– les dio una nueva versión de las *Constituciones de fray Humberto de Romans* (de 1259), en la cual se les pedía una vida más observante y ascética –en consonancia con el cambio legislativo que también tuvieron los frailes–. Esta versión de las Constituciones, si bien Potton la publicó en 1864, fue promulgada oficialmente por Jandel en 1868. Décadas después, a raíz de la publicación del *Código de Derecho Canónico* de 1917, tuvieron que reemplazar las *Constituciones de fray Humberto de Romans* por unas totalmente nuevas que fueron promulgadas por el Maestro de la Orden fray Martín Guillet en 1929 y publicadas al año siguiente.

A las monjas se les presentó otro importante reto el año 1950: el Papa Pío XII publicó la constitución apostólica *Sponsa Christi*. En ella se recomendaba a los monasterios de cada Orden que formasen federaciones, pues éstas iban a ser útiles para mejorar la relación y la ayuda fraterna entre los monasterios. La mayoría de las monjas dominicas se federaron. Y ello les supuso, en buena medida, una gran mejora. Asimismo, *Sponsa Christi* reguló la clausura papal, prohibiendo a las religiosas contemplativas tener centros educativos, por lo que los monasterios dominicanos que tenían una escuela para niñas, tuvieron que cerrarla. Pero esta constitución apostólica sí les permitía tener hospedería, lo cual ofrecía a las monjas una fecunda actividad pastoral.

Decíamos que en el siglo XX se fundaron monasterios de dominicas en tierras de misión. Vamos a ver ahora la vida de una hermana española que destacó en éste y en otros aspectos.

► Sor Teresa María Ortega Pardo

Nació en 1917 en la localidad gallega de Puentecaldelas, donde su padre era el jefe del Servicio de Telégrafos. Cuando Teresa tenía 9 años, su familia se trasladó a Teruel, de donde era su padre. Pero al año siguiente murió su madre. Durante su niñez y adolescencia fue al colegio. A la edad de 15 años tomó contacto con el Movimiento de Acción Católica y, además, comenzó a recibir el acompañamiento espiritual de un sacerdote que era amigo de su familia. Todo ello provocó en Teresa una conversión interior, lo que fortaleció su compromiso con la Iglesia. Con 18 años comenzó el bachillerato, que compaginó con las clases de solfeo y piano que le daba su tía. Es por entonces cuando empezó a tener problemas de salud, los cuales le acompañaron toda su vida. Cuando tenía 19 años estalló la Guerra Civil Española (1936-1939) y Teruel fue tomada en 1938 por el ejército del bando republicano, cuya ideología era comunista y anticlerical. Dado que su familia estaba refugiada en la comandancia del ejército del otro bando, toda ella fue capturada, enviada a Valencia y allí fue encarcelada. Pasado un mes, Teresa fue liberada y se puso a trabajar como sirvienta en la casa de la familia que la había acogido. Es importante señalar que durante la guerra, tanto en Teruel como en Valencia, Teresa arriesgó su vida colaborando con sacerdotes y llevando la comunión a casas particulares y a las cárceles.

En 1939, cuando fue expulsado de Valencia el bando republicano, la familia de Teresa fue liberada y se quedó en aquella ciudad. Allí ella pudo retomar sus estudios y, con 23 años, acabó el bachillerato. Y al año siguiente se puso a estudiar filosofía y letras en la Universidad de Valencia. En 1943 tuvo que continuar sus estudios en Zaragoza, pues su familia se había trasladado a esa ciudad. Y allí decidió colaborar con Acción Católica. Con 29 años acabó la carrera e intensificó su implicación en dicho Movimiento. En aquella época ya destacaba por su carisma entre los más jóvenes.

Por ello, cuando tenía 34 años, se trasladó a Olmedo para formar allí un grupo de jóvenes cristianos que colaborase con la Iglesia de esta localidad. Para poder vivir allí, Teresa daba clases en un colegio y residía en una humilde casa de pastores. Pronto comenzó a frecuentar el monasterio dominicano de Madre de Dios, que por entonces estaba sumido en una grave crisis, pues contaba con pocas monjas y había zonas del edificio que estaban en muy mal estado. Ante tal situación, Teresa animó a varias jóvenes con vocación contemplativa a ingresar en dicho monasterio.

Cuando tenía 38 años, también Teresa recibió la llamada de Dios para ingresar en la vida contemplativa, aunque lo hizo en un monasterio de jerónimas de Sevilla. Pero pronto comenzó a darse cuenta de su error, porque las jóvenes dominicas que ella había ayudado a ingresar en Olmedo, la escribían continuamente pidiéndole consejo espiritual y, sobre todo, animándola a que ingresase con ellas. Por ello, poco después de profesar como jerónima, pidió el traslado al monasterio de Madre de Dios, tomando el hábito dominicano. Sor Teresa tenía 40 años.

Allí se encontró con un monasterio en muy malas condiciones estructurales y con una comunidad precaria y desorientada. Sor Teresa, que no tenía ningún cargo y era la más pequeña de las hermanas, empleó su persuasiva palabra y su edificante comportamiento para ayudar a la comunidad a salir de la crisis.

Dos años después, en 1959, la comunidad ya estaba lo suficientemente asentada como para enviar a cinco hermanas para ayudar al monasterio de Belmonte. Una de las enviadas a ese monasterio era sor Teresa, que convenció a las hermanas de Belmonte para que cerrasen su monasterio y se transfiliasen al de Olmedo. Y así

fue, en 1960 la comunidad de Olmedo se vio reforzada por las hermanas provenientes de Belmonte. Y poco después, con 43 años, sor Teresa fue elegida priora. Tenía por delante la tarea de unificar tres grupos de hermanas: las de Madre de Dios, las jóvenes que habían ingresado últimamente y las que habían llegado de Belmonte.

Así pues, para lograr levantar definitivamente aquella comunidad, sor Teresa tomó la firme determinación de mejorar la observancia regular, la oración comunitaria y la formación teológica, de reparar las dependencias más dañadas del monasterio y de organizar debidamente el trabajo que las hermanas realizaban para ganarse la vida. Todo ello hizo que el ambiente comunitario mejorase, lo cual, a su vez, atrajo a muchas vocaciones. Sor Teresa, haciendo un buen uso de su amor y de su inteligencia, y sabiendo escuchar a Dios y a sus hermanas, había dado con la clave para constituir una floreciente comunidad contemplativa en el monasterio de Madre de Dios.

Pero faltaba una cosa que ella consideraba esencial: fundar nuevos monasterios en tierras de misión. Y así hizo. En 1964 envió a tres hermanas para fundar en Puerto Rico. Desgraciadamente, debido al ímprobo trabajo que sor Teresa estaba haciendo, su salud comenzó a empeorar drásticamente, teniendo que pasar muchas veces por el quirófano. A pesar de ello, en 1972 logró enviar un grupo de hermanas a Angola para fundar allí otro monasterio. Poco después murió, con 55 años.

Sor Teresa dejó bien implantado en la comunidad de Madre de Dios el espíritu misionero. Así, desde este monasterio se enviaron hermanas para fundar en la isla caribeña de Curaçao en 1974, en Taiwan en 1977, en Argentina en 1980, en Corea del Sur en 1990, en Camerún en 1991 y en Angola en 2004. Además, en 1980 enviaron hermanas al monasterio dominicano de la isla de Santorini (Grecia). Todos estos monasterios formaron la Unión Fraterna de Madre de Dios, la cual ha pasado a ser una Federación en 2018, siguiendo lo determinado por la instrucción *Cor orans*, de la que hablaremos más adelante.

Sor Teresa María Ortega plasmó su profunda espiritualidad en cuatro libros: *Historia de un sí*, *Lo que dijo Dios al volver*, *Sí a nuestros compromisos* y *Sí, Dios*. También se conservan cartas, grabaciones y

pequeños escritos suyos, con los que se han publicado más libros después de su muerte.

Obviamente, ha habido otras Federaciones que, con la ayuda de la Familia Dominicana, han fundado monasterios en tierras de misión.

TERCERA ORDEN

En este periodo siguieron fundándose beaterios de terciarias dominicas. Pero, paralelamente, también surgieron Congregaciones dominicanas, algunas de las cuales lo hicieron a partir de beaterios. Llegado el siglo XX, la Tercera Orden tuvo que adaptar su legislación al *Código de Derecho Canónico* de 1917. Por ello, en 1923 recibió una nueva Regla, dejando de estar vigente la que fray Munio de Zamora le había dado en 1285.

Pues bien, ante estos cambios legislativos, la Santa Sede decidió intervenir a mediados del siglo XX, promoviendo la total desaparición de los beaterios y monasterios de terciarias dominicas. Así, a estos últimos se les animó a transformarse en monasterios de monjas dominicas. Respecto a los beaterios dominicanos, dado su especial género de vida –pues conservaban una cierta clausura y, a la vez, estaban abiertos al ministerio de la enseñanza–, se les aconsejó que realizaran un discernimiento para tomar uno de estos dos caminos: integrarse en alguna Congregación dominicana o constituirse en monasterios de dominicas, pero cerrando sus escuelas, según lo marcado por la constitución apostólica *Sponsa Christi*. El hecho es que la mayoría adoptó la primera opción, integrándose en alguna de las Congregaciones ya existentes, algunas de las cuales procedían de beaterios agrupados.

Por otra parte, en el siglo XIX fueron tomando protagonismo las laicas y los laicos dominicos, cuyo número fue aumentando hasta superar los 130.000 en la década de 1960. En efecto, ya hemos comentado que en este periodo de la historia de la Iglesia destacó el gran número de personas laicas que sobresalieron en labores pastorales y caritativas. Y eso se vio muy bien reflejado en la Familia Dominicana.

Vamos a ver ahora una selección de aquellos que más destacaron en ella. Dicha selección es algo extensa porque, como podrá verse, merece la pena conocer el gran valor del laicado dominicano.

Contrastes

En este libro estamos viendo cómo en una Orden con tanta historia, y con personas tan variadas y diferentes, es lógico que surjan contrastes. Esto lo ejemplifican muy bien dos importantes terciarios argentinos, de los que se desconoce la fecha de su ingreso en la Tercera Orden dominicana, porque los archivos fueron quemados en una revuelta anticlerical en 1955.

Hemos comentado anteriormente que en Latinoamérica hubo frailes dominicos que colaboraron políticamente en el proceso de independencia de sus países. Aunque la espiritualidad dominicana rechaza la violencia, hubo algunos terciarios dominicos que se alistaron en las tropas insurrectas, buscando el bien de su patria. El más destacable fue Manuel Belgrano. Sobresalió como un hombre íntegro y bien formado intelectualmente y, sobre todo, como un buen cristiano.

Nació en Buenos Aires en 1770. Sus padres eran destacados miembros de la Tercera Orden dominicana. Estudió derecho en España, graduándose en 1792. Tiempo después, cuando se inició la Guerra de Independencia de Argentina en 1810, participó decisivamente en la contienda como general del ejército argentino y, asimismo, en el Congreso de Tucumán en 1816, en el cual se aceptó como bandera nacional la que él había creado en 1812 para sus tropas. Es importante destacar que Belgrano escogió el color azul para la bandera argentina por su gran devoción a la Virgen. También en este congreso santa Rosa de Lima fue nombrada Patrona de la Independencia de América. Belgrano murió en 1820 en Buenos Aires. Su cuerpo reposa en un bello mausoleo emplazado en el atrio del convento de los dominicos de esa ciudad.

Si Belgrano destacó, entre otras cosas, como buen militar, hay otro terciario argentino que sobresalió por su labor en favor de la concordia entre los pueblos. Se trata de Carlos Saavedra Lamas. Nació en 1878 en la capital de Argentina. Fue rector de la Universidad de

Buenos Aires, diputado nacional en varias ocasiones, ministro de Justicia e Instrucción Pública y ministro de Relaciones Exteriores en los años 1932 a 1938. Es entonces cuando, haciendo uso de este importante cargo, además de participar en la redacción del *Tratado de no agresión y conciliación* al que se adhirieron 21 países americanos en 1933, supo mediar en la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, dando lugar al armisticio de 1935. Pues bien, esto le hizo merecedor del Premio Nobel de la Paz en 1936. Este buen político falleció en Buenos Aires en 1959.

Hay dos terciarios de este periodo cuya vida está relacionada, en cierto modo, con la de estos dos argentinos. El primero es el italiano Guido Reni, el cual, siendo militar, también sobresalió como buen cristiano. En 1909 ingresó en la Tercera Orden dominicana. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, participó en ella como capitán del ejército italiano, muriendo valientemente en 1916 con 28 años. Por su buen ejemplo de vida, ha sido conocido en Italia como el «Santo Capitán».

El otro terciario o, mejor dicho, terciaria, es la noruega Sigrid Undset. Se trata de una excelente escritora que se convirtió al catolicismo en 1924, cuando tenía 42 años y, unos dos años después, ingresó en la Tercera Orden dominicana. En 1928 fue galardonada por su obra literaria con el Premio Nobel de Literatura. Pero, tras el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y la invasión de su país en 1940 por el ejército de la Alemania nazi, se exilió a Estados Unidos, donde colaboró activamente contra el nazismo. Después regresó a Noruega y allí murió en 1949 con 67 años. Podemos destacar su obra *Santa Catalina de Siena*. Se trata de una de las mejores biografías de esta santa.

También merece la pena citar, aunque sea muy escuetamente, a estos otros terciarios dominicos: san José Khang, que murió martirizado en Vietnam en 1861; san José Gabriel Brochero, más conocido en Argentina como «el Santo Cura Brochero», un humilde sacerdote secular que, tras una vida entregada a las labores pastorales, contrajo la lepra por convivir con leprosos, muriendo en 1914 con 74 años; y el beato Bartolo Longo, un abogado italiano que siendo joven llegó a ser sacerdote en una secta satánica, pero logró salir de ella gracias a que un fraile dominico le inculcó la devoción al

Rosario, y así, fundó una cofradía del Rosario y un gran santuario de la Virgen del Rosario en Pompeya, donde murió en 1926 con 85 años.

En esta época hubo otros dos sacerdotes seculares que ingresaron en la Tercera Orden dominicana y que fueron elevados a los altares. Uno es el alemán san Arnaldo Janssen, que fundó tres Congregaciones: en 1875 la *Sociedad del Verbo Divino*, en 1889 las *Siervas del Espíritu Santo* y en 1896 las *Siervas del Espíritu Santo de la Adoración Perpetua*. El otro es el beato Santiago Alberione que en 1914 fundó la *Sociedad San Pablo*, el cual fue el primero de un grupo de Institutos que, a la postre, han formado la Familia Paulina, conocida por sus editoriales y librerías religiosas.

Vamos a conocer ahora más extensamente la vida de cuatro personas que formaron parte del laicado dominicano.

► **Élisabeth Leseur**

Por diversas circunstancias, esta mujer no llegó a ingresar en la Tercera Orden dominicana, pero, dada su trayectoria vital, se la considera laica dominica. Veamos por qué.

Élisabeth Arrighi nació en 1866 en París, en una familia católica. Sus padres se preocuparon de que sus cinco hijos tuvieran una buena formación. En 1889, cuando ella tenía 23 años, se casó con Félix Leseur, que era médico y periodista político. Por desgracia, hacía poco que él se había convertido en un furibundo ateo anticlerical. Además, meses después de casarse, ella enfermó gravemente, lo que la dejó impedida para tener hijos. A pesar de todo ello, ambos no dejaron de amarse.

En sus primeros años de matrimonio, viajaron mucho por Europa y el norte de África. Pero Félix no dejaba de insistir para que ella rechazara su fe, y lo mismo hacían sus amigos. Ante tanta presión, cuando Élisabeth tenía 31 años, decidió abandonar su relación interior con Dios. En esa situación, Félix la regaló un libro en el que su autor, Ernest Renan, atacaba con gran dureza a la Iglesia, confiando en que así ella perdiese definitivamente la fe. Pero ocurrió todo lo contrario, pues Élisabeth, inteligentemente, se dio cuenta de que Renan manipulaba la historia para desacreditar al cristianismo, y esto hizo que ella recuperase su relación con Dios. Así, se aficionó a leer y meditar textos de los Padres de la Iglesia, escritos de grandes

místicos y, sobre todo, las Sagradas Escrituras. Pero todo ello lo hacía en soledad, sin ayuda de nadie. Dos años después, en 1899, Élisabeth comenzó a escribir un diario espiritual en el que ella fue narrando su experiencia interior.

En 1903 comenzaron a mejorar las cosas. En marzo la pidieron que fuera la madrina de un adulto convertido que se iba a bautizar en un convento dominicano. Es así como conoció a fray Joseph Hébert, el cual, desde entonces, la acompañó espiritualmente y, con el tiempo, acabaron siendo buenos amigos espirituales, de tal forma que ella pasó a ser un importante referente para este fraile. Además, dos meses después, en un viaje a Roma, ella tuvo una fuerte experiencia mística en la que sintió que su corazón se unía al de Dios. Y esto lo experimentó más veces al participar en la Eucaristía. Por ello, su esposo la expresó su oposición a que fuera a Misa. Pero ella no le hizo caso. Todo lo contrario, iba a Misa los días que podía, rezaba con devoción el Rosario y todas las mañanas hacía lectio divina y oración mental.

Con la ayuda espiritual de su amigo fray Joseph, Élisabeth se animó a hacer apostolado en su ámbito cotidiano, mediante su buen testimonio cristiano. Ello hizo que muchos se acercaran a ella para que les aconsejara o les acompañase espiritualmente. Asimismo, Élisabeth escribía cartas de temática espiritual a diversas personas, entre las que había mujeres y hombres de todo tipo, como ateos, judíos, catedráticos o personas consagradas. También se ocupó de varias obras sociales en las que ayudó a mujeres obreras que vivían solas y abandonadas en París, o a familias que habían quedado en la indigencia. Su lema era: «¡Toda alma que se eleva, eleva el mundo!». Esto lo vivía a pesar de las dificultades, decepciones y tentaciones que sufría, lo cual también ella iba anotando en su diario.

Si bien la salud de Élisabeth fue siempre delicada, y sufrió a lo largo de su vida varias enfermedades, esto no la impidió llevar una vida activa. Pero en 1908, cuando tenía 42 años, sufrió una grave crisis hepática, lo que limitó mucho sus movimientos. Además, tiempo después le detectaron un cáncer de mama. Aunque en 1911 le extirparon el tumor, el cáncer siguió adelante, y tres años después murió, con 48 años. En su diario había ido anotando cómo Dios le ayudaba a dar sentido a sus sufrimientos. Curiosamente, su gran actividad espiritual, pastoral y caritativa salió a la luz en su entierro,

pues a él acudieron las numerosas personas a las que ella había ayudado, por lo que fue sorprendentemente multitudinario.

Pero el Espíritu Santo no quiso que esta historia acabara así. Cuando Félix se puso a recoger las pertenencias de su difunta esposa, su primera intención fue destruir sus cartas y su diario espiritual, pero algo le empujó a leerlo. Y así, él fue descubriendo la apasionante vida interior de Élisabeth. Y se dio cuenta de lo mucho que ella le había amado, pues en el diario escribió a Dios diciéndole que ella daría su vida por la conversión de su querido esposo. Asimismo, ella se mostraba muy comprensiva con los que no compartían su fe, a pesar de los ataques que recibía de ellos, sobre todo de su esposo. El hecho es que todo eso removió lo más íntimo del alma de Félix y descubrió la presencia de Dios en su vida. Y dado que Élisabeth estaba muy relacionada con la Orden de Predicadores, pronto contactó con los dominicos para que le ayudaran espiritualmente en su camino de conversión.

En 1917, cuando tenía 56 años, Félix fue bautizado y decidió dar a conocer la experiencia interior de Élisabeth. Por ello, ese mismo año publicó su diario espiritual, titulándolo: *Diario y pensamientos para cada día*. Dado el éxito que tuvo este libro, se animó a seguir editando los escritos que había dejado su esposa. Así, en 1918 publicó parte de su correspondencia en la obra titulada: *Cartas sobre el sufrimiento*, y al año siguiente publicó: *La vida espiritual*. El hecho es que el compromiso que Félix tenía con Dios llegó a tal nivel que, ese mismo año, pidió el ingreso en la Orden de Predicadores y comenzó el noviciado. En 1923 publicó *Cartas a los incrédulos*.

Ese mismo año, fray Félix Leseur fue ordenado sacerdote. Tenía 62 años. Desde entonces, aquel que había sido, tiempo atrás, un ateo radical, se dedicó a predicar fervientemente el Evangelio dando a conocer el pensamiento espiritual de su difunta esposa. Murió con 89 años en 1950.

► Práxedes Fernández García

Nació en 1886 en el pueblo asturiano de Puente la Luisa. Pertenecía a una familia de mineros del carbón. En aquella comarca se vivía el típico ambiente comunista y anticlerical de las cuencas mineras de Asturias. Tras acabar la escuela primaria, comenzó a

estudiar con 13 años en un colegio de las dominicas de la Anunciata. Después de vivir dos años con su familia en el sur de España, regresó a su pueblo y se puso a colaborar en la parroquia como catequista. En esos años también dirigió el coro de la Asociación de las Hijas de María e intentó ingresar en la vida religiosa, pero, debido a que ella debía cuidar de su padre, no pudo hacerlo.

Cuando tenía 28 años, Práxedes se casó con un electricista de la mina y con él tuvo cuatro hijos, pero pronto murió su marido en un accidente. Ante esa situación, ella tuvo que ponerse a trabajar de empleada de hogar para algunos familiares suyos. En 1928 su hijo Enrique ingresó en la Orden de Predicadores. Pero en 1930 llegó a la comarca la crisis económica ocasionada por la Gran Depresión y muchas familias quedaron en la absoluta pobreza. Entonces Práxedes decidió ayudar cuanto pudo, visitando a enfermos, consolando a otras madres y luchando contra la injusticia y la violencia, que iban en aumento.

Cuando ella tenía 48 años, ingresó en la cofradía del Rosario y en la Tercera Orden dominicana. Pocos meses después estalló en Asturias la «Revolución de 1934», en la que se desató una incontrolable quema de iglesias y fueron asesinados sacerdotes y religiosos. Práxedes, con gran valentía, socorrió a todos cuantos pudo. Pero la situación se puso tan peligrosa en aquella cuenca minera, que decidió trasladarse con su familia a la ciudad de Oviedo. Allí también se esforzó por ayudar a los más necesitados.

En 1936 comenzó la Guerra Civil Española y Oviedo quedó cercada por las tropas del bando republicano. En tal situación, Práxedes sufrió una apendicitis y, no pudiendo ser atendida, falleció. Tenía 50 años. Su cadáver fue enterrado en una fosa común para evitar epidemias. Pero quedó muy presente su recuerdo en Asturias, como mujer sencilla, valiente y entregada a los demás. Se conservan 37 cartas que ella escribió a su hijo dominico, en las que muestra su gran profundidad espiritual.

► Beato Pier Giorgio Frassati

Nació en 1901 en Turín en el seno de una rica familia que era poco creyente. Su padre era director y propietario del periódico *La Stampa*, de ideología liberal. De niño, a Pier Giorgio le costaba

estudiar, por lo que, tras varios infructuosos cambios de colegio, su familia decidió contratar a un preceptor salesiano que, además de reconducirle académicamente, le ayudó a encontrar a Dios, despertando en él una fe muy profunda.

Llegado a la universidad, Pier Giorgio se topó con un ambiente muy anticlerical, ante lo que él reaccionó promoviendo públicamente actividades religiosas. Así, se hizo miembro de la Asociación de Jóvenes Adoradores Universitarios, del Apostolado de la Oración, de la Liga Eucarística y de Acción Católica. También promovió entre los universitarios el rezo del Rosario. Todo eso le trajo problemas con algunos compañeros. Pero tenía un gran sentido del humor. De hecho, en aquel ambiente ateo y anticlerical creó un grupo de oración y reflexión al que llamó: «Los sospechosos», y cuyo lema era: «Pocos, pero buenos, como los macarrones». Además, Pier Giorgio se convirtió en un apasionado montañero y esquiador. Le encantaba disfrutar de la naturaleza y respirar aire puro junto a sus amigos.

En su tiempo libre se esmeraba en ayudar a los necesitados, visitando a familias pobres, ancianos y enfermos. Fue así como se hizo amigo de un fraile dominico que daba catequesis a niños en un barrio obrero. Viendo que algunos le insultaban e intentaban intimidarle, Pier Giorgio se ofreció para acompañarle y defenderle. También era muy aficionado a los escritos de santa Catalina de Siena. Todo ello hizo que, con 21 años, tomase la decisión de ingresar en la Tercera Orden dominicana.

En esa época comenzó a ganar fuerza en Italia el fascismo. Y él decidió alertar a sus compañeros y a sus amigos contra esa ideología, convirtiéndose en un conocido antifascista. Obviamente, eso también le trajo muchos problemas. Envuelto en esa vida tan activa y tempestuosa, no dejó de visitar a personas pobres y enfermas. Y en 1925, en una de esas visitas, cuando Pier Giorgio tenía 24 años, le contagiaron la poliomielitis y días después falleció.

Veamos a continuación la vida de un terciario dominico que, como Carlos Saavedra Lamas, destacó como buen político.

► Giorgio la Pira

Nació en 1904 en Pozzallo, en la isla de Sicilia. Con 10 años su familia se trasladó a Messina, también en Sicilia. Allí estudió en la

facultad de derecho. Pero al comienzo de sus estudios universitarios tuvo una fuerte crisis de fe. Por fortuna, con 20 años, superó la crisis y en 1925 ingresó en la Tercera Orden dominicana. Al año siguiente, Giorgio se trasladó a Florencia, donde consiguió una plaza de profesor de derecho romano y después, con 30 años, logró la cátedra de dicha materia. Pero supo compaginar la docencia con diversas actividades eclesiales, sobre todo en Acción Católica. En esta época fundó la *Misa de San Procolo*, un grupo cristiano que sigue ayudando a los más necesitados.

En 1939, ante el auge del fascismo en Italia, Giorgio fundó una revista cristiana llamada *Principi* –es decir, Principios–, en la que luchaba por los derechos humanos y criticaba duramente al fascismo y al nazismo. Por ello, fue al poco tiempo clausurada por las autoridades fascistas y durante la Segunda Guerra Mundial él fue perseguido, y tuvo que permanecer escondido hasta que ésta acabó, en 1945. Al año siguiente, con 42 años, fue elegido miembro de la Asamblea Constituyente para colaborar en la redacción de la *Constitución de la República Italiana*. Fue también uno de los fundadores del *Partido Demócrata Cristiano* de Italia. Pero sobre todo Giorgio la Pira hizo uso de la política para defender a los más desprotegidos de la sociedad.

En efecto, en los años 1951 a 1957 y de 1960 a 1964 fue alcalde de Florencia, destacando por construir viviendas protegidas para los ciudadanos con menos recursos. También puso en práctica planes para luchar contra el desempleo. Todo ello hizo que los florentinos le llamaran el «alcalde santo». En 1958 fue elegido para la Cámara de Diputados y organizó un encuentro de paz entre musulmanes y judíos. Al año siguiente fue invitado a Moscú, y allí habló al Soviet Supremo sobre distensión y desarme. En 1965 viajó a Vietnam para organizar un encuentro de paz entre el insurgente comunista Ho Chi Minh y las autoridades estadounidenses. El presidente de Estados Unidos era por entonces Lydon B. Johnson, pues John F. Kennedy había sido asesinado dos años antes. El hecho es que las autoridades estadounidenses no aceptaron negociar la retirada de sus tropas de aquel país y, por el contrario, decidieron incrementar considerablemente su actividad bélica. Como es bien sabido, la Guerra de Vietnam afectó a varios países de Indochina y acabó diez años después con la victoria de las tropas de Ho Chi Minh. En dicha

guerra murieron más de 58.000 soldados estadounidenses y más de 2 millones de vietnamitas. Además, Estados Unidos provocó con sus bombardeos graves daños medioambientales que aún son patentes en varios países de Indochina.

Giorgio la Pira fue elegido presidente de la Federación Mundial de las Ciudades Unidas en 1967, con 63 años. Y con 72 años volvió a ser elegido diputado. Pero al año siguiente, en 1977, murió en Florencia. El funeral se celebró en la iglesia del antiguo convento de San Marcos. Este laico dominico mostró al mundo cómo la política, bien empleada, puede ser un poderoso instrumento para promover los derechos humanos, ayudar a los más necesitados y luchar por la paz en el mundo.

Aldo Moro fue también terciario dominico y un destacado miembro del partido de la Democracia Cristiana Italiana. Ocupó el puesto de Primer Ministro de Italia en dos ocasiones y murió asesinado por las Brigadas Rojas en 1978.

DOMINICAS DE VIDA APOSTÓLICA

Como ya hemos comentado, en este periodo se fundaron muchas Congregaciones de dominicas, las cuales se extendieron por todo el mundo. Con gran valor fueron estableciéndose en suburbios problemáticos, en intrincadas selvas, en regiones en guerra o en países donde la Iglesia era perseguida. En algunos lugares ellas eran –y siguen siendo– la única presencia cristiana en muchos kilómetros a la redonda. Casi todas crearon colegios, aunque también han fundado universidades, hospitales, dispensarios, sanatorios, casas de espiritualidad, talleres ocupacionales, orfanatos, residencias para ancianos y otras instituciones. Asimismo, han desarrollado otro tipo de labores pastorales y caritativas en parroquias, colegios, hospitales o en otros ámbitos.

Ya hemos hablado de las dominicas de la Presentación y de las dominicas de la Anunciata. Pongamos otros ejemplos de este periodo: las *Dominicas del Santísimo Sacramento*: fundadas en Jerez de la Frontera (España) en 1799; las *Dominicas de Santa Catalina de Siena*: fundadas en 1852 en Albi (Francia); Las *Dominicas de Santa Cecilia* –o dominicas de Nashville– fundadas en 1860 en Nashville (Tennessee,

Estados Unidos); las *Dominicas de la Inmaculada Concepción*: fundadas en 1866 en Toulouse; las *Dominicas del Santísimo Nombre de Jesús*: fundadas en 1887 en San Miguel de Tucumán (Argentina); las *Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia* fundadas en 1895 en Las Palmas de Gran Canaria (España); la *Congregación de Nuestra Señora del Santo Rosario*: fundada en 1903 en La Habana (Cuba); la *Congregación del Santísimo Rosario* –o dominicas de Adrian–: fundadas en 1923 en Adrian (Michigan, Estados Unidos); las *Dominicas de la Doctrina Cristiana*: fundadas en 1948 en Ciudad de México; las *Dominicas de Nuestra Señora de Fátima*: fundadas en 1949 en Yauco (Puerto Rico); y la *Congregación Romana de Santo Domingo*: fundada en 1959 en Roma y que es fruto de la unión de cinco Congregaciones dominicanas de origen francés. Como ya hemos comentado, algunas Congregaciones dominicanas fueron fundadas originariamente como beaterios de terciarias dominicas y, pasado el tiempo, recibieron la aprobación como Congregación.

Ha llegado a haber cerca de 160 Congregaciones de dominicas, y han estado –y siguen estando– presentes en más de 100 países. En la década de 1960 había más de 46.000 hermanas dominicas, es decir, cuatro veces el número de dominicos –que por entonces eran unos 10.000– y siete veces el de monjas dominicas –que eran unas 6500–. Esto muestra claramente que en el siglo XX la Familia Dominicana era fundamentalmente femenina, y lo sigue siendo.

Dado que las Congregaciones dominicanas tienen sus propias Constituciones y no forman parte de la Orden de Predicadores, aunque sí de la Familia Dominicana, cabe preguntarnos: ¿cuál es su carisma? Estas Congregaciones están configuradas según la espiritualidad de su fundadora o de su fundador, el cual, a su vez, supo transmitir a sus hermanas el carisma dominicano, aunque adaptándolo a la misión y a las circunstancias vitales de la Congregación. El resultado es un amplio abanico de variados carismas que tienen algo en común: vivir el Evangelio al estilo de santo Domingo.

Conozcamos a continuación la vida de cuatro destacables hermanas.

► Beata Ascensión Nicol Goñi

Florentina nació en 1868 en la localidad de Tafalla (España). Su padre era un pequeño comerciante. Cuando ella tenía 15 años, sus padres la enviaron a un colegio que un beaterio de terciarias dominicas tenía en Huesca. Era conocido como el «convento de Santa Rosa». Allí vivió como interna durante un curso, regresó a su casa y poco después, cuando tenía 17 años, se sintió llamada por Dios y les pidió a sus padres que la dejaran ingresar en aquella comunidad de terciarias. Ese mismo año fue admitida. Aquella era una comunidad que vivía la estricta observancia que, pocos años atrás, Jandel había promovido en toda la Orden. Y también tenía espíritu misionero, pues algunas habían ido a Extremo Oriente.

Profesó con 18 años con el nombre de hermana Ascensión del Sagrado Corazón. Todo le fue bien trabajando como profesora en el colegio. En 1907, cuando tenía 39 años, fue nombrada directora del externado, es decir, encargada de las alumnas que no residían en el colegio. Pero, considerando sus superiores que ella tenía un trato demasiado familiar con las alumnas –lo que en aquellos tiempos era impropio de una comunidad de estricta observancia–, fue relegada a trabajar en la cocina, donde la hermana Ascensión fue feliz conviviendo con las hermanas cocineras. Aquello duró dos años. Después volvió a ser profesora.

Pero en 1912 el gobierno español ordenó el cierre del colegio para las niñas externas, y la comunidad se quedó sin su principal labor apostólica. Entonces se presentó en el convento fray Ramón Zubieta, que era el responsable del vicariato apostólico en el sur-oriente peruano, el cual en 1901 había sido asignado a la Orden de Predicadores por la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe. Este fraile invitó a la comunidad a que enviara voluntarias a las misiones de la selva peruana. El vicariato necesitaba misioneras que se ocupasen de la educación de las niñas y las adolescentes, de la formación de las familias y, más concretamente, de las mujeres indígenas.

Al año siguiente, fue ordenado obispo fray Ramón Zubieta. Además, la Provincia de España, a la que habían pedido que se ocupase de aquel vicariato apostólico, pidió formalmente a las terciarias dominicas del convento de Santa Rosa que enviaran

hermanas a aquella misión. Así, ese mismo año embarcaron cinco hermanas con fray Ramón Zubieta rumbo a Perú. Una de ellas era la hermana Ascensión, que pronto entabló una estrecha amistad con aquel misionero dominico. Ambos eran navarros.

Al llegar a Lima, las cinco hermanas fueron alojadas en un beaterio de terciarias dominicas de Lima, pues así lo quiso el obispo dominico. Dado que aquella comunidad estaba pasando por un momento de gran decadencia, fray Ramón Zubieta determinó que todas siguiesen la observancia religiosa de las terciarias españolas. Poco después fue elegida la hermana Ascensión como superiora de la nueva comunidad que formaban las peruanas y las españolas. Y pronto comenzaron a ingresar novicias peruanas.

Al año siguiente, la hermana Ascensión y otras dos hermanas viajaron a Puerto Maldonado, capital del vicariato apostólico. Allí fueron muy bien recibidas por sus hermanos dominicos, los cuales las ayudaron a establecer su primera casa. Dada la pobreza de aquellas tres hermanas, un grupo de familias se ocupó de llevarlas comida todos los días. Éste fue el heroico punto de inicio de una misión que se mantiene en la actualidad.

A medida que fueron ingresando nuevas vocaciones peruanas y españolas, las hermanas fueron fundando más casas en el vicariato apostólico y en la zona de Lima. En 1918 aquella comunidad de misioneras dominicas fue canónicamente aprobada con el nombre de *Congregación de las Misioneras Dominicanas del Santísimo Rosario*. Los beaterios de Lima y Huesca pasaron a formar parte de la Congregación. Y la hermana Ascensión fue elegida Superiora General, cargo que ocupó hasta que falleció en 1940, con 72 años, en Pamplona (España). A lo largo del siglo XX, estas misioneras dominicas se extendieron por América y por otros continentes, ejerciendo una notable labor evangelizadora, educativa y caritativa.

Para darnos cuenta de la entrega de las misioneras dominicas del Santísimo Rosario, podemos hacer una breve mención de lo que ocurrió en 1964 en sus misiones de la República Democrática del Congo. Este país centroafricano había sido una colonia belga en los años 1885 a 1960. En los años 1885 a 1908, cuando aquel país era una propiedad privada del rey Leopoldo II de Bélgica, se estima que murió la mitad de la población a causa del hambre, las epidemias y

las inhumanas explotaciones de caucho. Ello había provocado entre sus habitantes un fuerte resentimiento antieuropeo.

Pues bien, en 1964, cuatro años después de que los congoleños se independizaran de Bélgica, estalló la rebelión de los Simba, de ideología comunista-maoísta. Las dominicas podían haber huido, porque sabían que corrían mucho peligro, pero decidieron quedarse con la gente. Además, siendo la mayoría enfermeras, pensaron que un buen modo de dar testimonio del Evangelio era atender a los heridos que pudiera haber en la contienda. El hecho es que los revolucionarios las apresaron a todas, en las cinco misiones que allí tenía la Congregación, e hicieron con ellas lo que quisieron, pues estaban totalmente indefensas. Y fusilaron a las cuatro dominicas españolas de la misión de Stanleyville -actualmente, Kisangani-, junto a otras misioneras y misioneros que había en aquella ciudad. Tras todo aquello, esta Congregación de dominicas siguió presente en este país, donde actualmente tiene seis comunidades.

► **Hermana Mary Alphonsa Hawthorne**

Rose nació en 1851 en Lenox (Massachusetts, Estados Unidos). Toda su familia era protestante y formaba parte de la Iglesia Unitaria y el Movimiento Trascendental. Su padre era Nathaniel Hawthorne, un autor literario bastante conocido en Estados Unidos. Cuando ella tenía 2 años, él aceptó un cargo en el consulado estadounidense en Inglaterra, y toda la familia se trasladó allí. Durante aquella estancia en Europa, visitaron Roma y, cuando Rose tenía 7 años, pudieron ver al Papa Pío IX asomado en la ventana, en la plaza de San Pedro. Aquello la dejó muy marcada. Dos años después regresaron a Massachusetts. En 1864 falleció su padre y, debido a la difícil situación financiera en la que quedó la familia, en 1867 ésta se trasladó a Dresde (Alemania), donde Rose conoció a un joven estadounidense: George Parsons Lathrop. Pero en 1870 estalló la Guerra Franco-Prusiana y se trasladaron a Inglaterra.

Estando allí, en 1871 murió la madre de Rose y, poco después, ella se casó con George, en un templo anglicano. Rose tenía 20 años. En 1874 tuvieron un hijo, pero éste murió con 5 años. A partir de entonces la relación con su marido se fue deteriorando, pues éste cayó en el alcoholismo y tenía fuertes depresiones. Pero Rose siempre le apoyaba. En 1891, cuando ella tenía 40 años, ambos regresaron a

Estados Unidos y se instalaron en el Estado de Connecticut, donde decidieron convertirse al catolicismo, provocando un gran escándalo y rechazo entre sus familiares y amigos. Pero ambos hicieron un esfuerzo por formarse bien como católicos y decidieron colaborar con la Iglesia fundando un Movimiento con fines educativos.

Por desgracia, George, su marido, se volvió cada vez más violento, y Rose decidió separarse formalmente de él en 1895. Ella, que por entonces tenía 44 años, optó por centrarse en Cristo y dedicarse a ayudar caritativamente a los más pobres. Es entonces cuando ella conoció el trágico caso de una pobre costurera que murió de cáncer, y vio que no era algo aislado, pues nadie se ocupaba de la gente sin recursos que contraía esta enfermedad. Por ello, en 1896 se inscribió en un curso de formación de enfermeras en el Hospital Oncológico de Nueva York y alquiló unas habitaciones en uno de los distritos más pobres de la ciudad, el Lower East Side, donde comenzó a ayudar a sus vecinos y a atender a enfermos de cáncer. Aquello le llenó tanto, que decidió consagrarse totalmente a Cristo. Además, comenzó a escribir artículos en los periódicos pidiendo ayuda para su proyecto. Es así como fueron sumándose a la causa varias familias influyentes. Y también lo hizo una joven, Alice Huber que, sintiendo la llamada de Cristo, se fue a vivir con ella.

1899 fue un año muy importante. Cuando Alice y Rose llevaban trabajando juntas más de dos años, y todo iba muy bien, murió George, el marido de Rose. Estando así las cosas, intervino providencialmente fray Clement Thuente, un joven dominico del convento de San Vicente Ferrer. Este fraile, inspirándose en una imagen de santa Rosa de Lima que había en la vivienda de Rose y Alice, las animó a ingresar en la Tercera Orden dominicana, a ejemplo de santa Rosa, con vistas a formar una Congregación de dominicas. Y ellas accedieron. Además, ese mismo año crearon su primer centro gratuito para atender a enfermos de cáncer. Y lo dedicaron a santa Rosa de Lima.

Bueno, pues viendo lo bien que iban las cosas, el arzobispo de Nueva York decidió al año siguiente aprobar aquella nueva comunidad de dominicas, adoptando el nombre de *Congregación de Santa Rosa de Lima de Hawthorne*. Y Rose, al profesar, pasó a llamarse hermana Mary Alphonsa. A partir de entonces, con el apoyo de los dominicos y de varias familias, la Congregación fue creciendo y

creando nuevos centros. La hermana Mary Alphonsa murió en Nueva York en 1926, con 75 años, rodeada de sus hermanas. Por entonces, la Congregación había creado siete centros de enfermería en seis Estados diferentes. Y en todos ellos las hermanas atendían gratuitamente –y con mucho amor– a los enfermos de cáncer sin recursos.

► Beata Julia Rodzinska

Estanislava nació en 1899 en Nawojowa (Polonia). Su padre era organista en la parroquia. Su madre murió cuando ella tenía 8 años y, dos años después, murió también su padre. Esto hizo que ella y sus cuatro hermanos fueran dispersados, y ella fue acogida en un orfanato de las *Hermanas de Santo Domingo de Cracovia*. Esta Congregación de dominicas había sido fundada en 1861 en Wielowieś por la hermana Róża Kolumba Białecka.

Motivada por el buen trato que recibió de aquellas dominicas, cuando tenía 17 años pidió el ingreso en la Congregación. Al profesar tomó en nombre de hermana Julia. Tras los años de formación, se dedicó al cuidado y la educación de niños en varios orfanatos de la Congregación, tratando siempre de transmitir el amor y el cariño que recibió cuando ella era pequeña. También hizo un gran apostolado del rezo del Rosario. Gracias a su buen hacer y su afabilidad, con 28 años la hermana Julia fue nombrada directora de un orfanato.

Pero, doce años después, en 1939, comenzó la Segunda Guerra Mundial y las tropas de la Alemania nazi invadieron Polonia. Las autoridades nazis les quitaron los orfanatos a las religiosas y les prohibieron usar el hábito. Pero la hermana Julia optó por desobedecer a los nazis y, ocultamente, siguió dando clases de religión, lengua e historia, y se ocupó de realizar numerosas acciones humanitarias. Aunque consiguió escapar varias veces cuando intentaron arrestarla, en 1943 la Gestapo (es decir, la policía secreta nazi) logró capturarla con otras tres hermanas dominicas.

Todas ellas fueron llevadas al campo de concentración de Stutthof. Era un campo de exterminio de judíos. Fue registrada con el número 40.992. Allí la hermana Julia fue maltratada y humillada, como el resto de los presos. Pero siempre estuvo atenta para reconfortar y ayudar a los judíos, que eran los que peor lo pasaban.

Cuidando a los enfermos, ella se contagió de tifus y de otras enfermedades, falleciendo en 1945, con 46 años, unos meses antes de que el ejército ruso liberase el campo de concentración. Años después, la beata Julia fue nombrada patrona de la escuela primaria de Polonia. En la ciudad de Poznań se puso su nombre a un jardín de infancia.

► **Hermana María Sara Alvarado Pontón**

Nació en 1902 en Bogotá, en el seno de una familia bien situada socialmente y muy cristiana. Era la pequeña de trece hermanos, por lo que siempre recibió una atención especial por parte de todos sus familiares. Con 8 años comenzó a estudiar y a ser acompañada espiritualmente por un jesuita, que la ayudó mucho en su vida interior. Por desgracia, empezó a sufrir agudos episodios de reumatismo articular, que la forzaban a interrumpir de cuando en cuando sus estudios y la impedían jugar en el recreo con sus compañeras. Pero María Sara supo asumirlo e integrarlo en su camino espiritual.

En 1920, cuando tenía 18 años, sucedieron dos acontecimientos muy importantes. Por una parte, logró acabar sus estudios con muy buenas calificaciones, obteniendo el título de Maestra Elemental. Dado que su enfermedad la impedía integrarse en el mundo laboral, su familia la pidió que se ocupara de educar en sus casas a sus sobrinos, y así hizo María Sara. Ese mismo año, además, el Espíritu Santo se sirvió de otro jesuita para hacerla ver que estaba llamada a la vida consagrada. Pero a ella no le fue nada fácil encontrar su lugar de consagración a Dios debido a sus problemas de salud.

Así, en 1923 ingresó en una Congregación de capuchinas, pero en 1925 tuvo que dejarla; al año siguiente ingresó en el monasterio de la Visitación y tres años después lo abandonó; en 1930 ingresó en la Comunidad de Religiosas del Buen Pastor y al cabo de un tiempo tuvo que salir; y en 1932, muy ilusionada, María Sara aceptó colaborar en un orfanato de niñas, aunque dos años después lo tuvo que dejar. Siempre le pasaba lo mismo: antes o después el reumatismo la obligaba a regresar con su familia. En aquellos duros momentos de fracaso y frustración, para ella fue fundamental el sacramento de la Eucaristía, en el cual ella sentía cómo Jesús seguía llamándola a consagrarse totalmente a Él, a pesar de su enfermedad.

Estando así las cosas, en 1937, cuando María Sara tenía 35 años, su acompañante espiritual, que era un franciscano, la animó a hacer otro intento, esta vez en la Comunidad de las Deificadoras. Pero ella tenía serias dudas de que esa fuese la voluntad de Dios, por lo que varias personas de confianza le recomendaron que lo meditase pausadamente y que, entre tanto, colaborase con el dominico fray Eliecer Arenas Santos, que era el asistente eclesiástico del Sindicato Doméstico Católico.

Este sindicato había sido fundado en 1934 por Acción Católica en Bogotá y se ocupaba de ayudar a encontrar trabajo a las empleadas de hogar y de velar por sus derechos, ya que eran jóvenes muy pobres y sin apenas estudios, que además de tener que superar duros problemas, se veían forzadas a soportar malos tratos y abusos por parte de los inquilinos de las casas en las que ellas trabajaban. Pues bien, María Sara se sintió profundamente llamada a ayudar a estas mujeres y se implicó tanto en esta labor, que al cabo de unos meses fray Eliecer le pidió que creara una casa de hospedaje para las empleadas de hogar y que, además, colaborara en su formación y acompañamiento espiritual.

Antes de aceptar aquella responsabilidad, a finales de 1937 María Sara hizo unos ejercicios espirituales ignacianos y en ellos discernió que Dios, en efecto, quería que fundara una obra para ayudar a las empleadas de hogar. Y así, en febrero de 1938 se fue a vivir a una hacienda que le había cedido su familia, y lo hizo junto a tres jóvenes empleadas de hogar que querían seguir sus pasos. Unas semanas más tarde, María Sara y sus tres hermanas iniciaron -con la ayuda de fray Eliecer- la obra de Nazareth en una zona muy pobre de Bogotá: el barrio de las Cruces. Pocos meses después lograron fundar allí la primera casa de Nazareth. En ella hospedaban y atendían a las empleadas de hogar que estaban enfermas, también acogían a las que habían sido despedidas, así como a jóvenes recién llegadas de fuera que querían trabajar como empleadas de hogar. A éstas, además, se las daba una buena formación y se las ayudaba a encontrar trabajo. Asimismo, se ocupaban de acompañar espiritualmente a las jóvenes de la residencia. María Sara tenía 36 años y era muy feliz.

Aquella humilde obra fue creciendo y fructificando, y en ello colaboraron activamente los frailes dominicos. Así, dando pasos para

integrarse en la vida religiosa, en 1950 la obra de Nazareth pasó a ser la Congregación de las *Dominicas Hijas de Nuestra Señora de Nazareth*, pero eso provocó un notable cambio en su labor pastoral, pues se pidió a las hermanas que se desligasen del Sindicato Doméstico Católico, ya que, como dijimos, éste estaba gestionado por Acción Católica, que es un Movimiento cristiano laical. De ese modo, dejaron el trabajo social que con tanta entrega estaban realizando y pasaron a dedicarse a otras labores que el Espíritu Santo las tenía reservadas, como son la educación de niños y adolescentes, el cuidado de personas ancianas y el trabajo en casas sacerdotales y en casas de espiritualidad. Treinta años después, en 1980, la hermana María Sara falleció con 78 años, rodeada por el cariño de sus hermanas.

JUSTICIA Y PAZ

Hemos visto cómo a lo largo de la historia, las dominicas y los dominicos han trabajado y luchado por la justicia y la paz de modos muy diferentes: orando por los más débiles, educando a las familias, creando colegios, denunciando injusticias o escribiendo tratados teológicos. Ciertamente, la justicia y la paz son un elemento fundamental de la Familia Dominicana. Vamos a conocer ahora a un fraile que, como Carlos Saavedra Lamas, fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz.

► Fray Dominique Pire

Nació en 1910 en Dinant-Huy (Bélgica) y con 18 años ingresó en la Orden. Cuando tenía 26 años logró el doctorado en teología en Roma y después estudió ciencias sociales y políticas, lo cual determinó mucho su modo de ver la realidad. Siendo profesor de filosofía moral y sociología en la Universidad Católica de Lovaina, fundó en 1938 el *Servicio de ayuda familiar*, con el fin de socorrer a familias pobres de las zonas mineras e industriales de Bélgica. En 1940, tras comenzar la Segunda Guerra Mundial, se incorporó como capellán del ejército belga e intervino como agente secreto, por lo que le otorgaron La Cruz de la Guerra.

Pues bien, en 1945, tras seis años de guerra, amplias regiones de Europa estaban devastadas. Pero lo peor es que había más de cuatro millones de personas que habían perdido su hogar y que, debido a

los efectos de la guerra, habían quedado «inservibles», por lo que nadie quería hacerse cargo de ellas.

Por ello, fray Dominique tomó la decisión de socorrerlas, fundando en 1949 la *Asociación de ayuda a las personas sin patria*, para darles acogida, alegría y cariño. También logró que fueran apadrinadas 15.000 familias que vivían en campamentos de refugiados. En 1950 comenzó a crear residencias para ancianos por toda Europa, con el fin de sacar a los ancianos de los campos de refugiados. Y de ese modo, consiguió que fueran acogidos más de 200.000 ancianos. Tiempo después, en 1956, comenzó a crear aldeas para acoger a familias que aún seguían en campos de refugiados. También fundó la asociación *Europa del corazón* para promover la solidaridad entre los europeos.

Dada esta ingente labor humanitaria, en 1958 fray Dominique recibió el Premio Nobel de la Paz. Esto le impulsó a seguir trabajando por el bien de los más desfavorecidos. Así, internacionalizó la asociación *Europa del corazón*, transformándola en la *Europa del corazón al servicio del mundo*, con el fin de extender la ayuda desde Europa a personas necesitadas de otros continentes. Asimismo, promovió la asociación *Amistades mundiales*.

En 1960 dio los primeros pasos para crear la *Universidad de la Paz* en Bélgica, cuyo objetivo era promover entre los jóvenes la solidaridad y el servicio caritativo. Mientras vivió fray Dominique, por ella pasaron más de 15.000 jóvenes venidos de unos 20 países, con religiones y culturas muy diferentes. Allí aprendieron a crear la paz por medio del diálogo fraterno. En 1963 fundó en Pakistán oriental la *Isla de la Paz*, donde se crearon granjas para ayudar a los campesinos. Y en 1969, con 58 años, fray Dominique Pire falleció en Herent, cerca de Lovaina.

ROSARIO

Es en este periodo cuando las cofradías del Rosario dejaron de ser patrimonio exclusivo de la Orden dominicana y pasaron a manos de toda la Iglesia. Además, el rezo del Rosario se popularizó enormemente. Hubo tres factores que condujeron a ello. Por una parte, la expulsión de los dominicos de muchos países de Europa y

América, dejó a las cofradías del Rosario sin la cobertura de la Orden. Muchas no desaparecieron gracias a que pasaron a ser gestionadas por parroquias u otras instituciones eclesiales. Cuando después volvieron los frailes, algunas retornaron a los conventos, pero otras no lo hicieron.

El segundo factor fue la escasez de sacerdotes, lo cual movió a algunos laicos a reemplazar la Eucaristía por el rezo del Rosario en las iglesias o en las casas. Cuando, pasado el tiempo, volvió a haber sacerdotes, hubo iglesias en las que se tomó la costumbre de rezar el Rosario antes de la Eucaristía. Y dicha costumbre sigue aún viva en algunas iglesias dominicanas.

El tercer –y principal– factor es la propia Virgen María, pues ella difundió el rezo del Rosario en toda la Iglesia en sus dos apariciones más importantes. En la aparición de Lourdes, en 1858, si bien se presentó bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, pidió expresamente a los cristianos que rezasen el Rosario. Por ello, en el santuario de Lourdes se construyó la bellísima basílica de Nuestra Señora del Rosario, siendo consagrada en 1901. Años después, en 1917, María se apareció en Fátima a tres niños pastores bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario.

El Papa León XIII, viendo lo mucho que el rezo del Rosario estaba ayudando a los fieles cristianos, le dedicó once encíclicas. En la primera de ellas, de 1883, declaró octubre como «el mes del Rosario». Y las dominicas y los dominicos siguieron difundiendo esta devoción, como ahora veremos.

Iniciativas para difundir el Rosario

Prueba de que el Rosario se había universalizado, es que fue una laica, que nada tenía que ver con la Familia Dominicana, la que a mediados del siglo XIX ideó un nuevo y exitoso modo de rezarlo. Pensando sobre todo en cómo difundir esta oración entre la gente más sencilla y de clase obrera, la joven seglar Paulina Jaricot ideó el *Rosario Viviente*, que consistía en formar grupos de quince personas en los que cada una rezase un misterio al día. Así, cada grupo rezaba cada día todo el Rosario. Pero a esto se le añadió algo muy importante: había que orar por las misiones y colaborar económicamente con ellas. El hecho es que, tuvo tanto éxito, y se recaudó tanto dinero para

las misiones, que dio lugar a la creación de la *Obra de la Propagación de la Fe*, que es el origen de las *Obras Misionales Pontificias*. Aunque su inicio no era dominicano, muchas dominicas y dominicos se implicaron para difundir el Rosario Viviente.

En 1908 los dominicos de la Provincia de Toulouse crearon la *Peregrinación del Rosario a Lourdes*, en la cual, personas venidas de muy diversos lugares peregrinaban hasta este santuario para celebrar la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Años después se unieron a esta iniciativa los dominicos de la Provincia de Francia. En la actualidad, es la peregrinación anual más multitudinaria que acude a Lourdes.

Con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, y las rápidas invasiones y los demolidores bombardeos que hubo en Europa, surgió en Bélgica un Movimiento llamado la *Cruzada del Rosario*, con el fin de pedir la intercesión de María por la paz. Este Movimiento, que perduró después de la guerra, estuvo muy apoyado por las dominicas y los dominicos. En él se emplearon diferentes medios de evangelización como fraternidades, misiones populares, revistas y programas de radio y televisión.

También fue muy popular el *Apostolado del Rosario en Familia*, creado en 1948 en Estados Unidos por el sacerdote irlandés Patrick Peyton. Su lema era: «La familia que reza unida, permanece unida». Organizaban una especie de misiones populares en las que un elemento fundamental eran una serie de películas: *Los Misterios del Rosario*, que el padre Peyton logró filmar gracias a su amistad con influyentes cineastas irlandeses que trabajaban en Hollywood. También se difundió con programas de radio. El objetivo, como indica su propio nombre, era difundir este modo de orar en las familias cristianas. Hasta hace unos años aún había dominicos muy comprometidos con este Movimiento.

INQUISICIÓN

Sabemos que la Revolución Francesa tuvo algunos efectos muy positivos. Uno de ellos es que propició el fin definitivo de las cruentas actuaciones de la Inquisición. Ya en los siglos XVII y XVIII la mentalidad moderna había ido propiciando que la Inquisición fuese atenuando sus duras formas de actuar y que fuese perdiendo poder.

Igualmente, por fortuna, en este periodo la Orden de Predicadores había perdido protagonismo en esta institución eclesial por varios motivos. Uno muy importante es que los dominicos dejaron de sobresalir como los mejor formados, pues muchos clérigos y religiosos también estudiaban teología a un alto nivel. Otro motivo fue el aumento del número de frailes que, por influencia de la mentalidad moderna e ilustrada, rechazaban frontalmente formar parte de esta institución.

Bueno, pues llegado el siglo XIX, tras los cambios acontecidos en el periodo revolucionario, la Inquisición dejó de estar ligada al poder civil, por lo que finalizaron para siempre las encarcelaciones y las ejecuciones. Así, la Inquisición española fue abolida definitivamente en 1834, y en 1908 el Papa san Pío X tomó la decisión de reemplazar la Inquisición romana por la *Sagrada Congregación del Santo Oficio*. Tiempo después, en 1965, tras el Concilio Vaticano II, el Papa san Pablo VI la transformó en la *Congregación de la Doctrina de la Fe*. Así sigue actualmente. Como ya hemos comentado en el segundo capítulo de este libro, en la Jornada del Perdón celebrada el año 2000, el Papa san Juan Pablo II pidió perdón en nombre de la Iglesia por el terrible daño que esta institución ha hecho a lo largo de su historia.

Por desgracia, a pesar del esfuerzo que hizo fray Enrique Lacordaire por mostrar la verdad, sobre los dominicos ha seguido pesando la leyenda negra de la Inquisición. Y esto se debe, en buena medida, a la publicidad que ellos mismos han hecho en tiempos pasados. El símbolo más elocuente de esto es un cuadro que hizo pintar fray Tomás de Torquemada a finales del siglo XVI. Como es bien sabido, a este teólogo dominico le encomendaron los Reyes Católicos la compleja tarea de crear la Inquisición española. Entonces pidió a sus hermanos dominicos que colaboraran en esta institución, lo cual provocó un cierto rechazo, pues en el antiguo reino de Castilla no había Inquisición, por lo que se veía como algo extraño.

Por ello, Torquemada recurrió a la antigua tradición que afirmaba que santo Domingo fue inquisidor –pues por entonces se pensaba que eso era cierto–, y lo hizo al estilo dominicano: pidiendo a uno de los mejores pintores de la época, Pedro de Berruguete, que plasmara dicha tradición en un cuadro. El resultado todos lo conocemos: es el *Auto de Fe presidido por Santo Domingo de Guzmán* que Torquemada hizo colgar en el convento de Santo Tomás de Ávila.

Pues bien, en el siglo XIX ese convento fue exclaustrado y dicho cuadro acabó expuesto en el Museo del Prado, donde ahora lo podemos contemplar. Y este cuadro se ha convertido en la imagen más universal de la Inquisición.

1962-2020: VATICANO II Y POSMODERNIDAD

Llegamos al último capítulo, en el que vamos a tratar de la época actual, que está marcada por el Concilio Vaticano II y la Posmodernidad. Hemos escogido el año 1962 como inicio de este periodo por coincidir en él dos acontecimientos significativos: el comienzo del Concilio y la elección de fray Aniceto Fernández como Maestro de la Orden, cuyo mandato duró doce años, los cuales fueron decisivos para asimilar lo expuesto en los documentos del Concilio, así como para asumir los grandes cambios que se estaban produciendo en la sociedad.

Como es obvio, no tenemos una perspectiva histórica suficientemente amplia para describir correctamente lo acontecido en las seis últimas décadas. Tampoco es posible hablar con precisión de la espiritualidad dominicana actual, pues, entre otras cosas, está evolucionando ahora mismo. Por ello, vamos a limitarnos a dar unas pocas pinceladas muy generales.

CONTEXTO

Posguerra

Para entender este periodo debemos retroceder varias décadas atrás, al final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945. Tras ella, el mundo se dividió en dos bloques: el capitalista, dirigido por Estados Unidos, y el comunista, comandado por la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El resultado es bien conocido: la «Guerra Fría», en la que ambas potencias invirtieron muchos esfuerzos en sumar países a su causa y en desestabilizar al bando contrario, provocando diversos conflictos locales en países empobrecidos, en los que hubo millones de víctimas. En los países desarrollados, sin embargo, había un creciente miedo a una guerra nuclear. Paradójicamente, éste ha sido el principal motivo de que no haya habido ninguna otra guerra global, pues nadie en su sano juicio quiere una devastación nuclear.

En este periodo, en el que Estados Unidos ha pasado a ser la principal potencia económica y militar del mundo, se produjo, a su vez, un importante proceso descolonizador de los antiguos imperios

coloniales, aunque los países europeos han sabido conservar una cierta influencia económica en sus antiguas colonias. Destaca el modo en que llevó a cabo Reino Unido este proceso, pues, por lo general, lo hizo de un modo pacífico y ordenado, creando la *Commonwealth*, una mancomunidad formada actualmente por 54 países a los que les unen lazos culturales, políticos y económicos. Y así, con ayuda de Estados Unidos, el inglés ha pasado a ser, en la práctica, el idioma universal.

Por otra parte, en el bloque capitalista mejoró mucho el nivel de vida. Estados Unidos no sólo procuró el rápido crecimiento económico de Occidente, también consolidó los principales ideales del liberalismo europeo del siglo XIX, que hasta entonces tanto había rechazado la Iglesia. Entre esos ideales, no sólo se hallaba algo tan bueno como la democracia, también había un amplio sistema de derechos y libertades, una de las cuales era la libertad de culto, bajo la cual también estaba amparada la Iglesia.

Pues bien, esta mejoría económica de los países occidentales provocó que a ellos fluyera una voluminosa corriente migratoria desde los países empobrecidos, la cual ha perdurado hasta la actualidad. Y todo hace pensar que seguirá perdurando, pues no parece que vayan a desaparecer a corto plazo los conflictos, las crisis y las desigualdades que la provocan. Y así, si durante más de quinientos años han sido los europeos los que han colonizado o emigrado a otros continentes, en el periodo actual están llegando muchos millones de inmigrantes a Europa, Estados Unidos y otros países desarrollados, generando en ellos una creciente mezcla racial, cultural y religiosa, que se ve potenciada actualmente por la Posmodernidad, de la que hablaremos más adelante. Por desgracia, este fenómeno migratorio ha generado una de las principales crisis humanitarias de las últimas décadas, pues cada año miles de personas pierden la vida antes de llegar a su destino, y otras muchas llegan con graves daños físicos o psíquicos, debido a las deplorables condiciones en las que realizan dicho viaje.

Concilio Vaticano II

En 1958 falleció el Papa Pío XII y los cardenales tuvieron a bien elegir como Papa a san Juan XXIII, un anciano bonachón del que se esperaba que sirviera de transición antes de elegir a otro Papa duradero. Pero el Espíritu Santo tenía otros planes.

Por entonces, cada vez más autoridades eclesiales estaban asumiendo que el pueblo fiel se hallaba muy a gusto en aquella nueva sociedad democrática. Además, era patente que la propia Iglesia había dejado de ser atacada por las autoridades civiles. Es más, el bloque capitalista se estaba oponiendo frontalmente al peor enemigo de la Iglesia: el comunismo, que con saña la estaba persiguiendo en varios países. Ante todo esto, ¿qué sentido tenía para la Iglesia seguir aislada y encerrada en el pasado? Asimismo, era obvio que la doctrina del Concilio de Trento había quedado desfasada.

El hecho es que, ante tantas evidencias, aquel anciano Papa dio la sorpresa al mundo convocando un Concilio ecuménico para tratar sobre la Iglesia y, además, poniéndolo en manos de teólogos muy aperturistas, algunos de los cuales habían sido apartados por Pío XII. Es el Concilio Vaticano II, que fue inaugurado en 1962 y clausurado en 1965. El resultado de este Concilio es bien conocido: la Iglesia se abrió a la sociedad y al pensamiento contemporáneo.

Revolución del 68

Tres años después de finalizar el Concilio, cuando la Iglesia estaba asimilando los profundos cambios que en él se decidieron, surgió la *Revolución del 68*, propiciada por una nueva generación de jóvenes universitarios que rechazaban unos valores que, si bien habían ayudado a sus padres a superar la posguerra, a ellos les resultaban demasiado anticuados. Efectivamente, estos jóvenes ya no admitían los valores de la austeridad, el trabajo y la tradición, sino que deseaban crear una nueva sociedad en la que reinase el bienestar, el consumo, la libertad y la igualdad.

Esta revolución se extendió por muchos países del bloque capitalista, y esto provocó que los documentos del Concilio Vaticano II fueran interpretados en ciertos sectores eclesiales desde la perspectiva de dicha revolución. En algunos casos, además, se asumieron ciertos elementos políticos. El resultado fue que, puntualmente, se dieron excesos y despropósitos que afectaron a algunas parroquias y comunidades religiosas. Y a la contra, también movilizó a Movimientos ultraconservadores que decidieron oponerse a lo decretado por el Concilio.

Un efecto colateral fue el surgimiento de la *Teología de la Liberación* latinoamericana, que tiene su germen en el documento redactado en la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrado en Medellín (Colombia) en agosto de 1968. Esta corriente teológica aportó a la Iglesia una apuesta por la vivencia práctica del Evangelio, con el fin de liberar al pueblo latinoamericano de la opresión que éste sufría. Ciertamente, esta corriente ha sido una aportación muy importante para el pensamiento teológico actual. Pero es bien sabido que algunos de sus miembros cayeron en ciertos excesos ideológicos. Pues bien, tanto las medidas de control tomadas desde la Santa Sede, como la actual mentalidad posmoderna –que huye de las utopías–, han hecho que la Teología de la Liberación sea hoy una corriente residual.

Latinoamérica, además, comenzó en este periodo a recibir un gran número de Iglesias evangélicas y pentecostales procedentes de Estados Unidos, con una ideología política muy conservadora y una actitud claramente anticatólica. En efecto, desde la década de 1970 éstas han ido aumentando y engrosando el número de sus fieles, procedentes casi todos ellos del catolicismo, de tal forma que, en la actualidad, la Iglesia católica ha dejado de ser la mayoritaria en algunas regiones. Y por desgracia, este proceso sigue en aumento. Un dato significativo es que, para destacar ante los católicos, los miembros de las Iglesias evangélicas y pentecostales se hacen llamar «cristianos».

En este periodo apareció, asimismo, la *Hermandad Sacerdotal San Pío X*, fundada en 1970 por el cardenal francés Marcel Lefebvre. Ésta, movida por ideas teológicas muy integristas y ultraconservadoras, rechaza totalmente el Concilio Vaticano II y, por contra, defiende la aplicación del Concilio de Trento. Debido a su inflexibilidad, fue declarada cismática en 1988 por la Santa Sede. Todos los intentos por reincorporarla en el seno de la Iglesia católica han sido, de momento, infructuosos.

Por otra parte, debido a que cada vez era más patente el deterioro que, a nivel global, estaba sufriendo el medio ambiente, en la década de 1970 fue tomando cuerpo el *ecologismo* con el fin de defender a la naturaleza. Y la Iglesia se sumó a la causa. De hecho, el Papa san Juan Pablo II nombró en 1979 a san Francisco de Asís patrono de los ecologistas. Por desgracia, la explotación y destrucción

de la naturaleza ha seguido aumentando a lo largo de las últimas décadas, lo cual, sumado al daño ya hecho anteriormente, ha conducido a un terrible fenómeno que está avocando a millones de personas a la penuria y al hambre, y está poniendo en peligro de extinción a numerosas especies y hábitats naturales. Nos referimos al *cambio climático*, del que tanto se habla en estos últimos años, pero del que no se toman todas las medidas necesarias, por no ser económicamente rentables para los principales Estados y las grandes empresas multinacionales. Por ejemplo, siguen quemándose o talándose anualmente muchos millones de hectáreas de bosques en el mundo, la mayoría de un gran valor ecológico. Y aunque no afecte directamente al cambio climático, es también muy doloroso ver cómo los océanos son esquilados y se han convertido en un inmenso vertedero de plásticos y otros residuos.

Espiritualidad posconciliar

A pesar de estas dificultades, la Iglesia fue asimilando lo marcado por el Concilio Vaticano II. Éste supuso, ante todo, una apertura al mundo para entablar un diálogo sincero con las otras Iglesias cristianas, y para conocer la sabiduría que Dios ha esparcido en las otras religiones y en las diferentes corrientes filosóficas y científicas contemporáneas. Esta apertura supuso un «redescubrimiento» del Espíritu Santo, pues desde el siglo V la espiritualidad Occidental estuvo muy centrada en Cristo Pantocrátor (siglos V-XII) y en Cristo crucificado (siglos XIII-XX). Además, la Curia romana comenzó un confiado camino de descentralización. Por ello, Europa fue dejando de ser la principal referencia y la Santa Sede se abrió a otros continentes, a otras culturas.

Asimismo, la Iglesia asumió la *llamada universal a la santidad*, dando a los fieles cristianos el papel preponderante que les corresponde. Unido a esto, se produjo un proceso de secularización, pues lo «sagrado» dejó de ser únicamente lo clerical o lo religioso, y todos los ámbitos de la realidad pasaron a ser lugares sagrados.

Las ideas del Concilio se vieron muy bien reflejadas en el arte religioso, que dejó de mirar únicamente hacia el pasado, y fue creando nuevos estilos –con más o menos acierto–. Así, las imágenes de Jesús y de María se humanizaron, mostrándose más cercanos y cariñosos.

Donde el pueblo fiel más notó el cambio fue en las celebraciones litúrgicas, pues en pocos años se pasó de la rígida y misteriosa liturgia tridentina, a una nueva liturgia que ahora emplea la lengua nativa, el sacerdote está de cara a la gente y se le permite celebrar los ritos con una cierta espontaneidad y flexibilidad. Así, los creyentes dejaron de «oír Misa» y pasaron a «celebrar la Eucaristía».

La piedad popular fue purificada de muchos elementos extraños que durante siglos se habían añadido en algunos de sus ritos. Por desgracia, de la purificación se pasó, en demasiados casos, a la supresión de los ritos populares, dejando al pueblo fiel sin una importante referencia para su fe. Y quien más sufrió esto fue la devoción mariana. Bien porque estaba muy anticuada, bien porque se veía como un obstáculo para el diálogo con las Iglesias protestantes, en las décadas de 1970 y 1980 el culto a la Virgen María pasó a un segundo plano. Por fortuna, la piedad popular y, concretamente, la mariana, han resurgido con fuerza en el siglo XXI.

Dado que el Concilio proclamó con fuerza la vocación universal a la santidad y le dio un gran valor al laicado, los Movimientos eclesiales -formados fundamentalmente por personas laicas- tomaron mucha fuerza, surgiendo a finales de la década de 1960 los tres más significativos: *Comunión y Liberación*, el *Camino Neocatecumenal* y la *Renovación Carismática*. En la actualidad son Movimientos que agrupan a miles de personas y han logrado ocupar un lugar importante en el seno de la Iglesia.

Vida religiosa

El Concilio Vaticano II pidió a la vida religiosa que hiciera un esfuerzo por retornar a las fuentes, es decir, al carisma fundacional. Para empezar, todos los Institutos religiosos tuvieron que adaptar su legislación a lo marcado en los documentos conciliares. Y aprovecharon para amoldarla también a los nuevos tiempos.

El resultado fue un resurgimiento de lo comunitario. Tras siglos en los que lo más importante era el Instituto religioso, y había que hacer lo que éste ordenase, se abrió paso al diálogo, tanto comunitario, como, a nivel particular, con los superiores. Esto, ciertamente, revitalizó las comunidades y enriqueció la vida religiosa. Por cierto, este proceso también se vivió en el ámbito parroquial,

surgiendo los consejos parroquiales, a los que los párrocos cedieron parte de su poder.

En la vida religiosa también se dio mucha importancia a la *opción preferencial por los pobres*. Las comunidades se sensibilizaron con la situación de los más alejados de la sociedad. Se crearon instituciones de ayuda social que, al cabo de unos años, se transformaron en ONG's -es decir, en organizaciones no gubernamentales-. Asimismo, los predicadores y los teólogos tuvieron muy en cuenta la realidad de los empobrecidos.

Pero lo que más influyó en la vida religiosa fue la secularización. De aquella disciplina tridentina en la que las personas consagradas guardaban una distancia prudencial con el pueblo, vistiendo siempre de hábito, no mezclándose apenas con los laicos y recibiendo de éstos un respeto reverencial, en algunos casos se pasó casi al otro extremo.

Bueno, pues ante tal cúmulo de cambios religiosos y sociales, se produjo una drástica bajada de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Y en el centro de dichos cambios estuvo, fundamentalmente, la radical transformación que experimentó el ámbito familiar. En efecto, dejó de haber familias católicas con muchos hijos y pocos recursos, que enviaban a sus hijas e hijos a escuelas apostólicas y seminarios para que éstos recibieran una buena formación -y una buena alimentación-. Es más, si antes el ambiente social empujaba a los jóvenes a consagrarse a Dios, ahora ocurre todo lo contrario. Dicho de otro modo, por lo general, ahora las familias son escasamente religiosas, tienen pocos hijos y a éstos se les educa para tener una vida de éxito económico y profesional. En consecuencia, al Espíritu Santo le cuesta mucho llamar a personas para que se consagren a Dios. Y para colmo, aquellos a los que llama, tienen por delante grandes barreras para aceptar dicha llamada.

No sólo bajaron las vocaciones, además, muchas religiosas y religiosos, sobre todo los más jóvenes, abandonaron su Instituto, secularizándose. En muchos casos se trató de personas que entraron en la vida religiosa sin un claro discernimiento. Y como llegaron, se fueron, pues el ambiente de las décadas de 1970 y 1980 así lo propició.

En estas dos décadas se produjo otro significativo fenómeno: hubo un cierto número de religiosos –varones– que optaron por unirse a Movimientos eclesiales, sobre todo a la Renovación Carismática y al Camino Neocatecumenal. Unos lo hicieron pensando en el amplio campo pastoral que estos Movimientos les ofrecían, y otros, además, buscando una calidad de vida cristiana que no hallaban dentro de sus comunidades. Esa «doble pertenencia» ha creado fricciones en ciertas ocasiones, fundamentalmente cuando los religiosos han dado más importancia al Movimiento eclesial que a su Instituto religioso.

Obviamente, en el clero secular ocurrió algo muy similar: también experimentó una drástica bajada de vocaciones, una salida masiva de sacerdotes y, entre los que quedaron, algunos optaron por incorporarse a Movimientos eclesiales.

FAMILIA DOMINICANA

Un gran efecto del Concilio Vaticano II fue la adopción en la Orden de Predicadores de la liturgia romana. Efectivamente, en 1968 los frailes decidieron democráticamente que ésta sustituyera a la liturgia dominicana, buscando una mejora, sobre todo a nivel pastoral. Dos años después, en 1970, las monjas dominicas tuvieron aprobadas sus nuevas Constituciones y los frailes lo hicieron en 1974. Los terciarios también cambiaron su legislación. Pero quedaban muchos más elementos importantes de la doctrina del Concilio que había que asumir, y no se dieron pautas precisas para hacerlo. Por ello, dada la natural pluralidad de la Familia Dominicana, las dominicas y los dominicos reaccionaron de modos muy diferentes.

Entre los frailes, la tendencia a crear parroquias e instituciones se mantuvo en las décadas de 1970 y 1980. Ciertamente, hubo Provincias que se esforzaron por conservar la vida conventual. Otras, en cambio, apostaron por las parroquias y los colegios, situados a veces en zonas rurales o en barrios muy pobres. Pero la mayoría de las Provincias intentaron alcanzar un equilibrio entre ambos modelos, teniendo varias parroquias o colegios, y también algunos conventos clásicos. Asimismo, se liberalizó el uso del hábito, dejando que cada fraile se lo ponga según considere oportuno.

Respecto a las dominicas de vida apostólica, que también renovaron sus respectivas legislaciones, hubo Congregaciones que optaron por conservar las formas clásicas, otras se fueron a vivir a pisos en barrios obreros y en otras se desarrollaron varios tipos de comunidades. Además, en algunas Congregaciones se dio libertad a las hermanas para que dejaran de vestir el hábito y se vistiesen como las laicas, aunque sin perder el recato y la modestia.

También entre las monjas hubo diversos modos de adaptarse a los nuevos tiempos. Hubo monasterios donde las hermanas conservaron muchas de las formas antiguas, y otros donde prefirieron flexibilizar las estructuras monásticas, incluida la clausura. Es ahora, por ejemplo, cuando algunas monjas dejaron de usar la toca.

En un principio, los que menos se adaptaron a las nuevas circunstancias fueron las laicas y los laicos. Tuvieron una nueva Regla en 1964 y otra en 1968. Pero, en la práctica, siguieron con su acostumbrada vida de «terciarios», cuyas comunidades dependían demasiado de los frailes. Este esquema resultaba anticuado para las nuevas generaciones, por lo que a las comunidades de terciarios dejó de ingresar gente joven. Estaba claro que necesitaban un cambio drástico, que llegó con la nueva Regla de 1987. Seguiremos hablando de ello más adelante.

POSMODERNIDAD

La vida siguió su curso y en 1989, con la «caída del muro de Berlín», comenzó a derrumbarse rápidamente el bloque comunista soviético. Esto trajo un importante cambio de mentalidad, pues el capitalismo pasó a ser, en la práctica, el único sistema económico del mundo. Incluso los países que han seguido bajo un régimen comunista han tenido que adoptar el sistema capitalista para sobrevivir. Además, esto condujo a la *globalización*, es decir, a la interconexión global de los medios de comunicación y de los sistemas de distribución de productos. Esto se vio ayudado por los adelantos tecnológicos. Gracias a Internet y a la mejora de los transportes, ahora, en cualquier lugar, podemos conocer lo que ocurre en todo el mundo y podemos conseguir casi cualquier producto. Sin embargo, tanto el comercio como la comunicación están controlados por unas pocas

empresas multinacionales, que se ocupan de informarnos y de abastecernos de lo que a ellas económicamente más les interesa.

¿Y qué necesitan esas empresas para prosperar?: que la gente compre. En efecto, el sistema capitalista funciona mejor cuantos más consumidores haya. Por tanto, lo que hace es emplear los medios de comunicación para educarnos como buenos consumidores. Y eso se consigue fundamentalmente transmitiendo tres principios –o actitudes–: el relativismo, el utilitarismo y el individualismo. Pues bien, estos tres principios están influyendo de un modo determinante en la espiritualidad actual.

El *relativismo* hace que no tengamos ningún valor absoluto. Todo es relativo con respecto a lo que más nos conviene: incluidas las personas que viven con nosotros, e incluido el mismo Dios, el cual –según la mentalidad relativista– debería adaptarse a nuestros caprichos, porque lo más importante es que nosotros nos sintamos bien. El *utilitarismo* hace que valoremos aquello que resulta beneficioso para nosotros. En este sentido, la espiritualidad debería sernos útil, debería proporcionarnos lo que necesitamos. Por otra parte, el *individualismo* hace que nosotros seamos lo más importante de nuestra vida, por encima de nuestra comunidad, de nuestra familia y de Dios. Se nos inculca la idea de que tenemos derecho a sacrificar a los demás en beneficio propio, siempre que no transgredamos las leyes civiles. Y se nos dice que Dios es bueno en la medida en que satisface nuestras demandas.

Todo esto ha producido el actual *consumismo espiritual*. En efecto, así como la persona posmoderna va a restaurantes para degustar buena comida, acude a gimnasios para mejorar su estado físico o va a salas de teatro para disfrutar de sugerentes actuaciones, también busca consumir una buena espiritualidad que le genere un beneficio interior. No tenemos más que buscar en Internet los términos «espiritualidad» o «felicidad interior» y nos aparecerán infinidad de webs ofreciéndonos diversos métodos y filosofías de vida que –supuestamente– nos van a ayudar a encontrar nuestra armonía y bienestar espiritual. Se trata, generalmente, de espiritualidades egoístas pensadas para satisfacer a la propia persona, siendo para ellas el bien común algo secundario. Y esto mueve muchísimo dinero.

Y también está provocando que muchos cristianos pierdan o desvirtúen su fe. Esto es así porque se está generando, a su vez, un exagerado y confuso *eclecticismo espiritual*, el cual consiste, básicamente, en mezclar desordenadamente todo tipo de experiencias y técnicas buscando la mejora de la vida interior de la propia persona. Así por ejemplo, podemos encontrarnos con un cristiano que, con buena intención, ha sustituido la Misa dominical por la asistencia a un grupo de meditación trascendental dirigido por un yogui hindú, en verano va a México para que un chamán le ayude –supuestamente– a experimentar la presencia de la Divinidad en el desierto, pero sigue participando devotamente en la procesión de Semana Santa de su cofradía. Bueno, pues todo esto ha generado una importante pregunta teológica: ¿en qué cree el creyente posmoderno?

Ciertamente, tenemos que reconocer que cuando hablamos de «persona posmoderna», en cierto modo, en mayor o menor medida, nos referimos a nosotros mismos. Esto es así porque vivimos inmersos en la sociedad actual y, aunque sea inconscientemente, ella nos va inculcando sus principios.

Obviamente, la Posmodernidad también está influyendo en las personas consagradas, incluso en las más mayores. Y lo hace sobre todo por medio del individualismo. Podemos escuchar a algunos superiores decir que sus hermanos piensan ahora más en sí mismos, en su provecho, en sus propios planes, antes que en el bien de la comunidad o del Instituto religioso. Por eso, este aspecto se está teniendo en cuenta en el proceso formativo de los jóvenes.

Asimismo, ha cambiado el perfil de las vocaciones que entran en la vida religiosa. En cierto modo, quieren recuperar parte de las antiguas formas. Así, muchos jóvenes vuelven a vestir el hábito, reclaman una buena oración comunitaria y desean realizar el apostolado más genuino de su Instituto religioso. Pero todo eso lo interpretan y lo viven desde los valores posmodernos en los que han sido educados, pues no dejan de ser personas de su tiempo.

Entre los aportes positivos de la Posmodernidad destacan el notable aumento de la sensibilidad ecológica y de la igualdad racial y de género. Ciertamente, la Iglesia ha seguido muy comprometida con el cuidado de la creación, destacando la encíclica *Laudato si'* del Papa Francisco. Asimismo, es notable la pluralidad cultural y racial que

actualmente encontramos en las autoridades eclesiales, en contraste a lo que ocurría antes del Concilio Vaticano II, cuando casi todos los altos cargos estaban ocupados por personas de origen europeo.

¿Y la igualdad de género? Es bien sabido que la sociedad ha dado pasos muy relevantes para que las mujeres tengan los mismos deberes, derechos y oportunidades que los varones. Aunque aún queda mucho para alcanzar la plena igualdad, cada vez es más normal encontrar a mujeres gobernando empresas, ciudades o países. Esto, obviamente, está dejando a la Iglesia en una situación complicada, pues en ella hay grandes condicionantes que impiden alcanzar dicha igualdad, y no es fácil explicarlo en un ambiente posmoderno.

Asimismo, debemos decir que la Posmodernidad ha destapado el tercer gran pecado que la Iglesia ha cometido a lo largo de su historia. El primero fueron las cruzadas, el segundo fue la Inquisición y el tercero ha sido la pederastia, que algunos sacerdotes y religiosos -varones- practicaron casi impunemente en la segunda mitad del siglo XX, y que en el siglo XXI se ha desvelado con toda su crudeza, provocando ingentes y costosísimas demandas judiciales y un gran descrédito moral para la Iglesia. Pero sobre todo nos hace pensar en los miles de niños inocentes que pusieron su confianza en «hombres de Dios», y a los que éstos les hicieron pasar un infierno. Por fortuna, en el siglo XXI se han ido tomando las medidas oportunas y podemos decir que apenas hay nuevos casos de pederastia dentro de la Iglesia.

Y es que, en efecto, la Posmodernidad también ofrece cosas buenas, pues Dios ha dejado en ella semillas de su sabiduría. Por ello, es preciso plantearnos una importante cuestión: así como los Padres de la Iglesia, para enriquecer a la espiritualidad cristiana, supieron aprovechar correctamente todo lo bueno que aportaban los numerosos movimientos filosóficos que circulaban por el Imperio Romano, como el platonismo, el estoicismo o el epicureísmo, o así como santo Tomás integró el aristotelismo en la teología católica, ¿cómo podríamos nosotros enriquecer la espiritualidad cristiana aprovechando correctamente todo lo bueno que nos ofrecen las corrientes espirituales posmodernas?

FRAILES

A lo largo de este libro hemos ido dando el número de miembros de la Familia Dominicana, pues esto nos ha permitido ver, en cierto modo, cómo estaba la salud de cada una de sus ramas. De igual manera, saber las cifras actuales puede ayudarnos a vislumbrar cómo será el futuro a corto y medio plazo. Muy amablemente, la Oficina de Comunicación Social de la Curia de la Orden nos ha proporcionado los últimos censos de la Familia Dominicana, los cuales han sido efectuados entorno a los años 2018 y 2020.

Comenzando por los frailes, sabemos que en 2018 había 5392 profesos (800 de ellos estaban en formación), en 85 Provincias y Viceprovincias, las cuales contaban con 256 conventos y 283 casas. Aunque estas cifras parecen bajas, resulta esperanzadora la alta proporción de frailes en formación, que supone el 15 por ciento del total. Además, hay 196 novicios.

Efectivamente, en la década de 2010, los dominicos han sido la Orden mendicante que, proporcionalmente, ha tenido más vocaciones a nivel global. Y cabe subrayar que, en Europa, donde otros Institutos religiosos están desapareciendo, los frailes dominicos siguen teniendo un goteo continuo de vocaciones, lo cual les va a permitir seguir teniendo una significativa presencia en este continente.

Esto se debe fundamentalmente a que se ha cuidado con esmero la calidad espiritual de las vocaciones. En lugar de caer en el error de bajar el listón para que entrasen más jóvenes, se ha mejorado mucho el discernimiento vocacional y la formación teológica, psicológica y espiritual de los jóvenes dominicos. Asimismo, reciben un buen acompañamiento espiritual y, al acabar el periodo de formación, se les asigna a una comunidad que les ayude a seguir madurando humana y religiosamente. También es muy positivo que haya frailes jóvenes ocupando cargos de responsabilidad y formando parte de los órganos de gobierno, y que se les deje aportar y desarrollar sus ideas. Como es obvio, todo esto está ayudando al Espíritu Santo a llamar a otras buenas personas a ingresar en la Orden de Predicadores.

Con todo, se ha notado mucho el descenso vocacional, sobre todo en algunos países, lo cual ha provocado varias uniones de

Provincias. Quizás la más significativa ha sido la producida en España. En 2016 se llevó a cabo la unión de las Provincias de Bética, Aragón y España en una sola, que ha pasado a llamarse «Provincia de Hispania». Y se está viendo que el resultado está siendo muy bueno, tanto a nivel organizativo y pastoral, como, sobre todo, a nivel fraterno. Pero este éxito se debe en buena medida a que la decisión fue tomada democráticamente –de hecho, votaron todos los frailes–, y a que desde varios años atrás se fueron dando los pasos oportunos.

MONJAS

En 2018 había 2550 monjas –de las que 250 estaban en formación, es decir, el 10 por ciento del total–, reunidas en 18 federaciones, en las que había 192 monasterios. Pero, por desgracia, la media de edad de las hermanas contemplativas es muy elevada, sobre todo en Europa, donde actualmente se están cerrando muchas comunidades. Por fortuna, hay algunos monasterios europeos que siguen vivos y pujantes, aunque son los menos.

Pues bien, las monjas tienen en la actualidad un reto importante: acomodarse a la nueva legislación de la vida contemplativa que ha traído *Cor orans*, que es la instrucción aplicativa de *Vultum Dei quaerere*, una constitución apostólica sobre la vida contemplativa femenina. *Cor orans* fue emitida en 2018 por la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, y ofrece una oportunidad que las monjas dominicas –y las Órdenes femeninas monásticas– tienen para adaptarse a los nuevos tiempos, mejorando y optimizando el funcionamiento de las Federaciones, sin perder la esencia de la vida contemplativa original.

Asimismo, las monjas dominicas tienen otro gran reto: regular adecuadamente el uso de Internet y los teléfonos móviles (o celulares), con los cuales ellas pueden salir de la clausura aunque físicamente sigan dentro de su monasterio. Ciertamente, son una valiosa fuente de información y un magnífico medio de comunicación y de predicación, pero también es cierto que en Internet y en los teléfonos móviles se esconden muchos peligros, sobre todo para aquellas personas que han entregado su vida para vivir centradas en Dios, protegidas del caos y el ruido del mundo, dentro de una

acogedora e íntima clausura. Y esto, por lo general, la sociedad posmoderna no lo entiende, porque en un mundo tan globalizado como el actual, muchos ven como un anacronismo que aún haya personas que opten voluntariamente por aislarse del mundo, aunque sea para estar más cerca de Dios.

En todo caso, es importante hacer aquí un inciso para advertir que todos, no sólo las monjas, debemos hacer un buen uso de los medios de comunicación. Nos referimos, claro está, al tiempo que les dedicamos y a lo que en ellos vemos u oímos. Pero asimismo tenemos que prestar atención a otros aspectos que también son sustanciales. Por poner un simple ejemplo, sabemos que es conveniente silenciar nuestro teléfono cuando estamos reunidos en Capítulo, celebrando la Eucaristía o participando de la oración comunitaria, para no enturbiar el apropiado ambiente de silencio que debe haber en estos actos, que son tan importantes para la comunidad. Esto, que parece bastante obvio, no lo es, pues el silencio se ha convertido en algo extraño en la sociedad actual. Pero el silencio sigue siendo un elemento fundamental de nuestra vida espiritual: como lugar de encuentro con Dios. Es el silencio que viven las hermanas contemplativas en el sano ambiente de la clausura de su monasterio o el que todos podemos disfrutar cuando oramos en nuestra habitación o mientras paseamos sosegadamente por un parque.

Todo esto nos muestra la importancia que tienen en la actualidad las monjas dominicas, fomentando en el resto de la Familia Dominicana, y en el pueblo fiel, el ejercicio de la contemplación, en estos tiempos tan convulsos y confusos de la Posmodernidad, donde nuestra mente y nuestro corazón se sienten seducidos por multitud de noticias, imágenes y sonidos atrayentes, que muchas veces entorpecen nuestra relación con Dios. En efecto, las hermanas contemplativas de la Orden de Predicadores nos hacen ver que difícilmente podemos estudiar y predicar satisfactoriamente el Evangelio, si –por algún motivo– no somos capaces de contemplar a Dios en nuestro corazón y en nuestra vida cotidiana. O como diría santa Catalina: si no nos relacionamos íntimamente con Jesús en nuestra «celda interior». Y es que, ciertamente, la contemplación es lo que realmente consolida y fortalece nuestra fe, y lo que hace que sea verdadera nuestra predicación.

Hablando de la adaptación adecuada a los nuevos tiempos, en este periodo ha destacado entre las monjas un revolucionario proyecto que se ideó durante el mandato de fray Timothy Radcliffe y que se llevó a la práctica en tiempos de fray Carlos Azpiroz. Se trata de la Comunidad Internacional de Prulla, que tuvo como principal referente y sostén una hermana ya fallecida de esa comunidad. Veamos su edificante vida.

► Sor Jean-Baptiste y la Comunidad Internacional de Prulla

Christine Turrel nació en 1953 en Castres, una bella ciudad del Languedoc. Si bien su familia no era religiosa, ella recibió una buena educación cristiana en el colegio que las hermanas de la Inmaculada Concepción tenían en su ciudad. Siendo adolescente, formó parte del Movimiento eclesial ACI (*Action catholique des milieux indépendants*), ocupando varios puestos de responsabilidad. Se licenció en geografía e historia en la Universidad de Toulouse y logró superar las pruebas para ser profesora en Educación Católica. Pero Christine, para entonces, ya había conocido el monasterio de Prulla y el Espíritu Santo la había llamado para formar parte de su comunidad.

En efecto, a pesar de la oposición de su familia, Christine ingresó en el monasterio con 23 años, en 1976. Al profesar tomó el nombre de Jean-Baptiste –es decir, Juan Bautista–, pues fue el día de su fiesta, tres años antes, cuando conoció aquella comunidad de hermanas, mientras rezaban vísperas. Una vez hizo la profesión solemne en 1983, empezó a desempeñar diversas labores de responsabilidad en el monasterio. En 1988, con 35 años, sor Jean-Baptiste fue elegida priora. No fue un mandato fácil, pues en 1990 se incendió el monasterio y ella tuvo que gestionar su reconstrucción, que duró tres años y medio. Cuando ella dejó el cargo de priora, la comunidad de Prulla estaba demasiado envejecida y la Orden temía por su futuro.

Por eso, tras un largo periodo de reflexión y de diálogo comunitario y con las autoridades de la Orden, las hermanas de Prulla decidieron dar el paso de refundar la comunidad y transformarla en una comunidad internacional. Para ello, se abrieron a acoger a todas aquellas monjas dominicas que quisieran sumarse a su nuevo proyecto. Estas hermanas podían transfiliarse definitivamente o estar en Prulla por un periodo de tres años. La

Orden hizo un llamamiento a todos los monasterios y éste fue bien acogido. En 2003 dio comienzo la nueva comunidad eligiendo como priora a una hermana canadiense.

Y así, en Prulla se formó una comunidad de más de treinta hermanas venidas de Europa, América y Asia. Fue un importante reto de convivencia entre mujeres que hablaban diferentes idiomas – aunque las extranjeras estudiaban francés–, distintas culturas y con edades diversas. Aquello fue muy instructivo para todas. Y todas maduraron en su vocación dominicana. En el año 2020, de las hermanas latinoamericanas que han formado parte de esta comunidad, dos eran federales –es decir, superiores de una Federación de monasterios–, otras dos eran maestras de novicias y otras dos prioras, una de ellas del monasterio de Cochabamba, del que hablaremos en breve. Ciertamente, todas las hermanas que estuvieron en Prulla regresaron muy bien formadas, pues aprovecharon aquella experiencia para conocer los lugares dominicanos del Languedoc, asistieron a diversos cursos y pudieron dialogar con los numerosos miembros de la Familia Dominicana que pasaron –y siguen pasando– por Prulla. Algunas, además, aprendieron a tocar la cítara, pues en ese monasterio se toca para embellecer el rezo de Completas.

Como es obvio, en una comunidad tan variopinta surgían a menudo pequeños roces que, si no se sabían encauzar, podían acabar dividiendo o distanciando a las hermanas. Para evitarlo tenían un buen remedio: el *Capítulo de culpas*, que forma parte de la tradición de la Orden, y que en Prulla se celebraba cada viernes por la noche. En dicho Capítulo, una a una, cada hermana pedía perdón por las faltas que había cometido por incumplir la Regla o las Constituciones. Cuando una hermana pedía perdón por haber ofendido a otra hermana, ambas, sin moverse de su sitio, debían tumbarse boca abajo haciendo la venia. Así mostraban a la comunidad su arrepentimiento y su perdón. Era una dinámica comunitaria que ayudaba –y sigue ayudando– a disipar las discordias comunitarias.

El hecho es que en todo este proyecto de Prulla fue fundamental sor Jean-Baptiste, pues era una hermana muy carismática, inteligente y alegre, que hablaba perfectamente inglés y castellano. Pero sobre todo destacaba como una gran acompañante espiritual. No sólo ayudaba así a algunas de sus hermanas, también acudían muchas

personas laicas para hablar con ella. Sor Jean-Baptiste también disfrutaba pintando iconos. Y siempre estaba presente en la oración comunitaria y en los largos momentos de oración privada, en absoluto silencio, que las hermanas de Prulla compartían –y siguen compartiendo– en la capilla. Uno no entiende cómo sacaba tiempo para todo. Por ello, en 2009 fue elegida priora de la comunidad internacional. Y estuvo en ese cargo hasta que en 2016, con 63 años, murió de cáncer. Todos los que participamos en la Comunidad Internacional de Prulla recordamos su chispeante sonrisa, su aguda inteligencia y los deliciosos tomates que cultivaba en la huerta del monasterio.

Fundación del monasterio de Cochabamba

En la actualidad, también destaca la fundación del monasterio de Santo Domingo de Cochabamba, que es el primer monasterio dominicano fundado en territorio boliviano, pues allí no hubo ninguno en los tiempos coloniales. Arropadas por los dominicos bolivianos, llegó en 2008 un grupo de sobresalientes hermanas procedentes de la Federación del Santísimo Rosario de Perú, que ocuparon una casa que los frailes les cedieron.

Una vez instaladas las hermanas peruanas, además de vivir la contemplación dominicana en aquella casa –con muchas limitaciones y estrecheces–, se pusieron a buscar con gran esfuerzo un adecuado terreno para edificar su monasterio, lo cual lograron al cabo de unos años, realizando el primer pago con ayuda de la Orden. Poco tiempo después, en 2013, esta comunidad fue reforzada y reestructurada con otro grupo de dominicas peruanas. Entonces, las hermanas decidieron comunitariamente instalarse en una casa que se hallaba en el terreno que habían adquirido y pusieron en marcha el proyecto de construcción del monasterio, el cual, con ayuda de las monjas de Santa Catalina de Siena de Arequipa, fue inaugurado en 2018.

Ésta es, ciertamente, una comunidad contemplativa muy viva, alegre y edificante, que pronto ha comenzado a recibir vocaciones bolivianas. Una clave del éxito de esta fundación radica en que, desde su llegada a Cochabamba, las hermanas peruanas hicieron un gran esfuerzo por integrarse con la gente de aquella ciudad. Y siempre han recibido el apoyo de la Familia Dominicana boliviana, que se ha

ocupado, por ejemplo, de ayudarlas a vender las pastas que ellas hacen (entre las que destacan sus sabrosas chocotejas).

Llama la atención el silencio que se vive dentro de la clausura. Si en otros monasterios dicho silencio se ve embellecido por el canto de los pájaros, en éste, asimismo, se escuchan las voces de los niños que juegan en el patio de un colegio que hay pegado a uno de los muros del monasterio. Además, le dan mucha importancia al estudio. Así, las hermanas se han preocupado en ir haciendo una buena biblioteca, especializada en espiritualidad y dominicanismo, para lo que ha sido fundamental la ayuda de sus hermanos dominicos. Pero como también es importante la salud física, ahora están muy afanadas en crear una fértil huerta que les proporcione buenas frutas, hortalizas y plantas medicinales. Aunque no lo tienen fácil, porque el suelo de esa zona es muy arcilloso y eso impide a los frutales arraigar bien. Pero, dado su tesón, seguro que lo consiguen.

En toda esta aventura dominicana ha sido fundamental la labor organizativa y espiritual desempeñada por la priora: sor Eufemia Pinedo Ochoa. Como buena cuzqueña, es de etnia quechua, como también lo son la mayoría de los habitantes de Cochabamba. Pues bien, esta hermana, con mucha humildad y sentido del humor, ha sabido ayudar a su comunidad a sacar adelante la compleja misión de fundar un monasterio que los bolivianos sienten como suyo. Y cuando uno lo visita y comparte con las hermanas su vida contemplativa, puede experimentar junto a ellas el Reino de Dios.

DOMINICAS DE VIDA APOSTÓLICA

Según el censo realizado en 2018, había 20.862 hermanas de vida apostólica, en 147 Congregaciones y estaban presentes en 109 países. Si bien hay Congregaciones con suficientes vocaciones, otras van a desaparecer en pocos años. Y este problema es especialmente grave en Europa, donde apenas entran vocaciones femeninas a la vida religiosa dominicana. Como pasa con los frailes, esto está moviendo a las hermanas a reunificarse. Hay Congregaciones que ya han dado el paso de unir algunas Provincias. Pero, ¿qué pueden hacer las pequeñas Congregaciones de dominicas? Aunque la unión de diversas Congregaciones parece una solución lógica, sobre todo

teniendo en cuenta que comparten –cada una a su modo– el carisma dominicano, en la práctica esto no es tan fácil.

Pero no es imposible. En 2009 lograron unirse siete Congregaciones dominicanas fundadas todas ellas en Estados Unidos. En su primer Capítulo general decidieron tomar el nombre de *Hermanas Dominicas de la Paz* y eligieron como superiora a la que fue, en buena medida, la impulsora de dicha unión: la hermana Margaret Ormond.

Se trata de una neoyorkina nacida en 1943, licenciada en historia y en teología que, tras ocupar varios puestos de responsabilidad, fue escogida en 1998 para ser la coordinadora del DSI –las siglas en inglés de *Hermanas Dominicas Internacionales*–, que forma parte de la Curia de la Orden de Predicadores y coordina a todas las Congregaciones de dominicas en el mundo. Tras ocupar después otros cargos directivos, esta hermana es actualmente la presidenta de la *Dominican Academy*, un colegio universitario de Nueva York que prepara a mujeres jóvenes para acceder a estudios superiores, siguiendo la espiritualidad de santo Domingo.

Bueno, pues esta unión de Congregaciones dio tan buen resultado, que en 2012 se sumó una octava: las *Dominicas de Santa Catalina de Ricci*, también fundada en Estados Unidos. Así, las dominicas de la Paz contaban en 2019 con unas quinientas hermanas y unos 600 laicos y laicas asociados. Esto nos lleva a insistir en que la unidad es un elemento muy importante del carisma dominicano. Aunque a veces no es fácil conseguirla, merece la pena intentarlo.

Hay otro dato que, en cierto modo, apunta en esa dirección: a partir del DSI se ha creado una confederación: el DSIC, es decir, la *Confederación Internacional de Hermanas Dominicas*. Su objetivo es coordinar, asistir y apoyar a las Congregaciones dominicanas que forman parte de ella, para que vivan fielmente el carisma dominicano, desarrollen su labor predicadora y trabajen en favor de la paz, la justicia y el cuidado de la creación. También busca facilitar la comunión y el trabajo en red entre sus miembros, y la colaboración con el resto de la Familia Dominicana. En estos momentos hay varias Congregaciones dominicanas dando los pasos oportunos para incorporarse a esta confederación.

Hay otras iniciativas de colaboración, asociación y federación en marcha entre las Congregaciones dominicanas. Así por ejemplo, algunas Congregaciones están llevando a cabo proyectos para cooperar en la formación inicial de las hermanas. En este sentido, hay Congregaciones implantadas en países desarrollados que están ayudando en los procesos de formación de hermanas que pertenecen a Congregaciones situadas en países empobrecidos. Y también hay en marcha varios proyectos de integración de Congregaciones pequeñas en otras de mayor tamaño.

Hemos hablado de Congregaciones de dominicas que desaparecen y de otras que se reagrupan o se unen, debido a la falta de vocaciones, pero también se han fundado nuevas Congregaciones en este periodo. Por poner un ejemplo, podemos citar a las *Hermanas Dominicas de María, Madre de la Eucaristía*, fundadas en 1997. Su casa madre está en Ann Arbor (Michigan, Estados Unidos). Con un carisma muy enfocado en la «Nueva Evangelización» que tanto promovió el Papa san Juan Pablo II, además de realizar labores espirituales, educativas y catequéticas, tienen una editorial y una web como plataformas de predicación. Desde su fundación, esta Congregación no ha dejado de crecer y expandirse. Así, a finales de 2020 ya había fundado «misiones de la enseñanza» en 16 diócesis estadounidenses y tenía una casa en Roma. Asimismo, contaba con unas 150 hermanas, cuya edad media era de unos 32 años, lo cual resulta muy llamativo. Afortunadamente, hay otras Congregaciones dominicanas que gozan de una magnífica salud.

Conozcamos ahora la vida de una dominica que destaca por su importante aporte en la espiritualidad y la psicología.

► **Hermana Veronique Margron**

Nació en 1957 en Dakar (Senegal) en una familia francesa. Siendo ella muy pequeña, su padre abandonó a su madre, y en 1963, cuando tenía 6 años, se trasladó con su madre y su hermano a Orleans (Francia). Al acabar sus estudios de bachillerato, buscando emplear su vida para hacer el bien a los demás, fue a vivir a la ciudad de Tours para estudiar psicología. Ello le valió para trabajar después, durante 6 años, con personas en riesgo de exclusión social y delincuentes. Esto fue para ella una experiencia muy vivificante.

Pues bien, fue en esa época cuando Veronique conoció por azar a las dominicas de la Presentación, y con ellas encontró la vocación a la que Cristo la había llamado. Así, con 32 años, profesó en dicha Congregación y comenzó sus estudios de teología, especializándose en moral. En 2005 la hermana Veronique logró el doctorado, siendo su director de tesis fray Bruno Cadoré –del que hablaremos más adelante–, en la Universidad Católica de Lille. Y entonces se puso a dar clases de teología moral.

Desde 2004 fue decana de la Universidad Católica del Oeste, en Angers. De hecho, es la primera mujer que ha dirigido en Francia una universidad católica. Ocupó este cargo durante seis años. En 2008, con 51 años, fue nombrada por el Estado francés *Caballero de la Legión de Honor*, por su valioso servicio a la sociedad. Pero su vida dio un giro en 2013, pues fue elegida priora provincial y, tres años después, en 2016, con 59 años, fue elegida presidenta de la Conferencia de religiosos y religiosas de Francia.

Pero más importante que sus cargos y nombramientos, es la valiosa ayuda espiritual y psicológica que ella aporta a muy diversas personas y grupos sociales como, por ejemplo, equipos médicos de hospitales, asociaciones de homosexuales y lesbianas, y víctimas de abusos sexuales. Asimismo, la hermana Veronique, movida por su vocación de mujer predicadora, escribe artículos en el periódico *La Croix*, en el semanario *La Vie* e interviene en RCF (*Radio Chrétienne Francophone*). Podemos destacar estas obras suyas: *El Rosario de la luz* (con Claude Dagens), *Dulzura inesperada (la Biblia cuenta nuestras historias de amor)*, *Vidas frágiles: orientar la vida* (con Claude Plettner), *Hombre, mujer, ¿qué diferencia?* (con Eric Fassin) y *Un momento de verdad* (con Jérôme Cordelier).

FRATERNIDADES LAICALES

Es ahora cuando, por fin, podemos dejar de referirnos a la «Tercera Orden», con ese nombre tan poco dominicano. Pues la Orden decidió adaptar al tiempo actual la nomenclatura y, sobre todo, la estructura del laicado dominicano. Eso tuvo lugar en 1987, cuando fue aprobada la *Regla de la fraternidad laical de santo Domingo*.

Según el censo realizado a mediados de 2020, hay 2.180 fraternidades laicales, formadas por 127.538 miembros y están presentes en 75 países. Como ya hemos comentado, gracias a la nueva Regla y a los cambios que ésta trajo consigo, están ingresando en las fraternidades un buen número de parejas jóvenes y de personas de mediana edad, con una mentalidad muy contemporánea, deseosos de vivir el carisma dominicano. Y se están creando nuevas fraternidades.

Hay que reconocer que ha costado asumir este cambio de nomenclatura y de estructura. Todavía algunos de los laicos más mayores siguen refiriéndose a sí mismos como «terciarios», y siguen demandando de la Orden unas comunidades a la antigua usanza, con un fraile que manda y decide todo. Aquella forma de desenvolverse quedó muy anticuada. Y no sólo eso, era un impedimento para el ingreso de laicas y laicos más jóvenes, pues éstos eran incapaces de adaptarse a las costumbres de los «terciarios».

Sin embargo, en las nuevas fraternidades laicales el protagonismo lo tienen sus miembros. Todas las fraternidades tienen un promotor, que puede ser un fraile o una monja, el cual se ocupa de la guía espiritual de la fraternidad, pero no tiene autoridad. Porque ésta reside –democráticamente– en la propia fraternidad, que es presidida por alguien al que sus miembros han elegido. Esta nueva estructura, como ya hemos dicho, está favoreciendo la entrada de jóvenes y de matrimonios que están revitalizando a la Orden.

En las fraternidades laicales es muy importante que las reuniones no se conviertan en algo rutinario, para «cumplir», sino que han de ser algo realmente útil a nivel formativo y, sobre todo, a nivel espiritual. Es fundamental que cada fraternidad escoja buenos temas para tratar y que tenga la suficiente flexibilidad para abordar los asuntos más candentes que afecten a sus miembros. Y todo esto sólo es posible en un ambiente de hermandad y de confidencialidad. Algunas fraternidades, además, comparten labores pastorales o hacen juntos algunas actividades sociales. Todo eso ayuda a unir al grupo. Y siempre han de tener muy presente que forman parte de la Orden de Predicadores. Es decir, sus miembros son, plenamente, dominicas y dominicos.

Hablemos ahora del que, para muchos, es el más acreditado teólogo holandés de la actualidad. Es un laico de la Orden de Predicadores.

► **Erik Borgman**

Nació en Amsterdam en 1957. Estudió teología y filosofía en la Universidad Católica de Nijmegen. Se casó y tiene dos hijas. En 1990, con 33 años, defendió su tesis doctoral. Movido por su sensibilidad social, en dicha tesis estudió la corriente teológica que, a la postre, más ha influido en él: la Teología de la Liberación. En los años 1998 a 2004 Erik colaboró con los frailes de la Provincia de Holanda en el estudio de la teología de un dominico amigo suyo, fray Edward Schillebeeckx, que fue un significativo integrante de la Nouvelle Théologie y falleció en 2009. Por entonces, en el año 2001, publicó una obra sobre dominicanismo, titulada: *Espiritualidad dominicana: una exploración*.

En los años 2000 a 2007 trabajó en la Universidad Radboud de Nimega, como miembro del Instituto Heyendaal, en el cual se abordaban de un modo interdisciplinar la teología, las ciencias y la cultura. Erik disfrutaba dialogando abiertamente con personas que tenían un pensamiento y una concepción de la sociedad y de la realidad muy diferentes a la suya, pues es en este tipo de diálogo donde él encuentra la verdad. Gracias a su buen trabajo y disposición, en 2004 fue nombrado director académico.

Pero en 2007, cuando tenía 50 años, decidió cambiar de aires, y desde entonces es profesor de teología sistemática en el Departamento de Estudios Religiosos y Teología de la Universidad de Tilburgo. Hablar de Dios y del Evangelio en las aulas o en otros ámbitos es algo que llena plenamente a este laico que vive tan de cerca la espiritualidad dominicana. Además, es miembro del *Consejo de Directores* y de la *Fundación Concilium*.

Pues bien, Erik Borgman ha sido –y sigue siendo– un apasionado investigador teológico de la cultura contemporánea, y lo hace sin perder de vista los Evangelios y la tradición cristiana. Entre sus obras, podemos destacar: *Zanahorias en tierra firme: un ensayo teológico cultural*, *¿A dónde va la Iglesia?: pensamientos sobre construir en*

tiempos de demolición, Vivir de lo que viene: una visión católica de la sociedad y Por el sufrimiento: meditaciones en el Camino de la Cruz.

FRATERNIDADES SACERDOTALES

Hemos visto a lo largo de este libro que ha habido sacerdotes seculares que han formado parte de la Tercera Orden. Dos de ellos llegaron a ser elegidos Papa: Benedicto XV y Pío XII. Y otros han sido beatificados o canonizados. Pero a pesar de eso, la pertenencia de sacerdotes seculares a la Orden de Predicadores es algo que a muchos miembros de la Familia Dominicana todavía les resulta desconocida. Por ello, en 2018 las fraternidades sacerdotales dominicanas sólo contaban con 384 sacerdotes y estaban presentes en 17 países.

Algunos se preguntan, ¿cómo puede ser que un sacerdote secular sea, además, dominico? Para empezar, hay que aclarar que los miembros de las fraternidades sacerdotales siguen formando parte de sus diócesis y siguen dependiendo de su Obispo. Es más, en modo alguno se les pide que dejen de serlo, todo lo contrario, se les ayuda a desempeñar mejor su labor diocesana compartiendo con el resto de la Familia Dominicana el carisma de santo Domingo.

Las fraternidades sacerdotales nacieron tras el Concilio Vaticano II, cuando desde la Santa Sede se pidió que se distinguiera entre fraternidades laicales y fraternidades sacerdotales, con el fin de subrayar -y valorar- su diferente modo de seguir a Cristo dentro de la Iglesia. Los nuevos estatutos de las fraternidades sacerdotales fueron aprobados *ad experimentum* en 1971 y definitivamente en 1996.

El funcionamiento de estas fraternidades tiene muchos elementos en común con las fraternidades laicales: hay un tiempo de prueba antes de ingresar, después hay que hacer un noviciado, tras el cual, el sacerdote ha de prometer la Regla, comprometiéndose así a vivir el Evangelio según el espíritu de santo Domingo y a integrarse en la Familia Dominicana, en un ámbito de comunión fraterna.

Es importante lo mucho que pueden aportar los miembros de las fraternidades sacerdotales al resto de la Familia Dominicana. Debemos destacar su especial sensibilidad hacia la Iglesia local, en la

cual la Familia Dominicana debe trabajar por el Reino de Dios. Recordemos que santo Domingo no fundó la Orden de Predicadores para ir por su cuenta, sino para colaborar lo mejor posible en la predicación del Evangelio dentro de la Iglesia y, concretamente, en las diócesis. En esto, y en mucho más, pueden colaborar las fraternidades sacerdotales con el resto de la Familia Dominicana.

MOVIMIENTO JUVENIL DOMINICANO

En la segunda mitad de la década de 1980 se fue haciendo cada vez más patente la necesidad de crear una entidad dominicana que diera acogida a los jóvenes. Esto dio lugar a diversas experiencias que fueron fruto de la reflexión y el diálogo en el seno de la Familia Dominicana. Y esto confluyó en el primer Encuentro Internacional de Jóvenes Dominicanos, que tuvo lugar en Irlanda en 1993. A partir de ahí, cada año fue celebrándose un encuentro, siempre en lugares diferentes, a los que asistieron jóvenes de cada vez más países. Y así surgió el *Movimiento Juvenil Dominicano* (MJD).

La principal característica de este nuevo Movimiento, en cuanto institución eclesial, es la flexibilidad, pues es necesaria para poder adaptarse a las necesidades y cualidades de los jóvenes y, a su vez, también es necesaria para poder vivir el Evangelio al estilo dominicano. Partiendo de esa flexibilidad, el MJD trata de vivir el carisma de santo Domingo procurando tener una buena formación, asentando la vida en la oración, viviendo todo en comunidad y teniendo como fin principal la predicación. Aunque hay hermanas y frailes apoyando al MJD, son los propios jóvenes los que lo gobiernan democráticamente.

A nivel práctico, ofrece momentos de encuentro para dialogar sobre temas importantes, compartir la experiencia de Dios y orar en comunidad. El MJD también organiza diversas actividades en las que se combina la ayuda social, el testimonio del Evangelio y la celebración comunitaria de la fe. Siempre dando cabida a momentos de diversión y a actividades culturales y de contacto con la naturaleza.

Bueno, pues esta fórmula ha tenido mucho éxito. A mediados de 2020, el MJD estaba formado por 4.210 jóvenes, organizados en 141

grupos –con sus órganos locales, nacionales y generales de gobierno– y ya estaba presente en 34 países.

ROSARIO

Tras el Concilio Vaticano II, la Iglesia hizo un esfuerzo por adaptar el Rosario a los nuevos tiempos. Como es sabido, en la encíclica *Rosarium Virginis Mariae* el Papa san Juan Pablo II propuso en 2002 otro grupo de cinco misterios: los *Luminosos*, que recogen algunas escenas de la vida pública de Jesús. También en el seno de la Orden se produjeron cambios respecto al Rosario.

Equipos del Rosario

Éstos fueron fundados en 1955 por el dominico francés fray Joseph Eyquem, el cual se inspiró en el Rosario Viviente de Paulina Jaricot. Pero, a raíz del Concilio Vaticano II, se reorganizaron en 1965.

Como el Rosario Viviente, también los Equipos del Rosario forman comunidades cuyos miembros se comprometen a rezar un misterio al día. Pero los Equipos van más allá, porque se reúnen en casa de uno de los miembros una vez al mes para orar, dialogar y compartir su experiencia de Dios. Además, tienen una gran vocación apostólica y están atentos a las «fronteras» de la Iglesia, pues se admite en las reuniones a personas que no forman parte del grupo, incluso a gente de otras religiones o a ateos.

Es decir, los Equipos del Rosario tratan de dar respuesta a las necesidades espirituales del creyente actual, compartiendo comunitariamente la experiencia vital de sus miembros y el rezo de un misterio del Rosario.

Símbolo identitario

A nivel de la Familia Dominicana, la devoción del Rosario experimentó un cambio. Sigue habiendo muchos frailes y hermanas que lo rezan, sobre todo en algunas Congregaciones y Provincias. Hay conventos en los que se conserva la cofradía del Rosario y en otros se promueven los Equipos del Rosario.

No obstante, hay que reconocer que, tras el Concilio Vaticano II, la Familia Dominicana ha dejado de vivir con tanta intensidad esta devoción, aunque se sigue valorando como símbolo identitario. De hecho, muchos frailes y hermanas llevan con gusto un rosario colgado del cinturón del hábito. Asimismo, en la Orden hay un Promotor del Rosario, pues hay un deseo de que no se pierda esta tradición espiritual.

El único ámbito en el que no ha perdido fuerza es en los monasterios dominicanos. Esto se debe, probablemente, a que el Rosario sigue formando parte de los rezos comunitarios que las monjas hacen a lo largo del día.

ESTUDIO

Anteriormente, hablando de la espiritualidad actual, nos hemos planteado esta pregunta: ¿en qué cree el creyente posmoderno? Y no tiene fácil respuesta, pues, en un momento como el presente, en el que la espiritualidad posmoderna rechaza la fundamentación dogmática en aras de la libertad individual de cada persona –y, sobre todo, de su comodidad–, el concepto de Dios se ha diluido.

Por ello, es importante volver a asentar la espiritualidad sobre la teología, porque, si no sabemos quién es Dios, ¿cómo vamos a relacionarnos con Él? Es más, cuanto más difuso sea el concepto de Dios, será más manipulable y adaptable a nuestras circunstancias, necesidades y caprichos. Pues bien, como ya hemos visto en capítulos anteriores, una de las misiones intelectuales que ha tenido la Orden dominicana a lo largo de su historia ha sido la de fundamentar teológicamente la espiritualidad.

Es preciso reconocer que la disminución de vocaciones ha repercutido en la vida intelectual de la Orden, sobre todo en algunas Provincias, donde el número de profesores de teología es escaso. Sin embargo, esto se ha visto compensado –en cierta medida– por el creciente aumento de laicas, laicos y hermanas de vida apostólica que estudian teología e, incluso, dan clases a nivel universitario, ofreciendo un enriquecedor punto de vista teológico más laical y más femenino.

Aprovechando los cambios introducidos por *Cor orans* en la vida contemplativa y los avances que se están dando en formación por medio de Internet, sería muy deseable que también las monjas dominicas se animaran a mejorar su formación teológica, pues su aporte sería muy valioso. En esta faceta, destaca actualmente la Federación de la Inmaculada, en España, Chile y Argentina, pues lleva varias décadas animando y apoyando a las hermanas que desean realizar estudios de teología. Gracias a ello, podemos asistir a cursos, charlas o retiros espirituales predicados por hermanas de esta Federación. Estas dominicas, asimismo, ofrecen en la web de su Federación unos cursos impartidos por profesores de la facultad de teología de Valencia, para que los monasterios tengan una formación teológica actualizada. A esta actividad le dan una gran importancia.

Pero retrocedamos al inicio de este periodo, a la década de 1960, porque merece la pena recordar lo mucho que aportó la Orden de Predicadores en aquella época. Ciertamente, la Orden gozaba por entonces de una buena salud intelectual. De hecho, envió a unos 50 dominicos al Concilio Vaticano II, entre obispos y teólogos. Entre estos últimos, destacaron algunos teólogos de la Nouvelle Théologie, que fueron decisivos en la redacción de los documentos conciliares. De dos de ellos hemos hablado en el capítulo anterior: fray Marie-Dominique Chenu y fray Yves Congar.

Una vez que concluyó el Concilio, éste tuvo un gran efecto en la formación teológica de los frailes, pues en muchas Provincias –no en todas– se dejó de tener a santo Tomás como referencia fundamental y se le reemplazó por autores de la Nouvelle Théologie y por otros autores antiguos y contemporáneos, incluyendo, en algunas Provincias, a la Teología de la Liberación. Por ello, aunque se sigue considerando a santo Tomás como el principal autor de referencia dentro de la Orden, y se le procura citar siempre que es posible, en términos generales, la teología dominicana actual ha dejado de ser tomista.

Vamos a hablar a continuación del que probablemente sea el teólogo dominico contemporáneo más reconocido a nivel internacional. Es considerado por muchos el creador de la Teología de la Liberación, la cual ha influido en la espiritualidad de algunos sectores de la Iglesia y de muchas dominicas y dominicos, sobre todo en Latinoamérica.

► Fray Gustavo Gutiérrez

Nació en 1928 en Lima, en una humilde familia de clase media. Su madre era de la etnia quechua. Estudió en un colegio de hermanos maristas. Pero con 12 años contrajo osteomielitis (una infección ósea), que le obligó a estar en silla de ruedas hasta los 18 años. En esa situación, se aficionó a la poesía y a la mística. Gracias a su gran capacidad intelectual, con 19 años pudo ingresar en la facultad de medicina, en Lima. Su sueño era ser psiquiatra. En este periodo compaginó sus estudios con la colaboración en el Movimiento de Acción Católica, lo cual le ayudó a tomar conciencia de las injusticias sociales.

Pero en 1950, cuando Gustavo tenía 22 años, recibió la llamada al sacerdocio y, dejando a medias la carrera, ingresó en el seminario. Y su inquietud intelectual le hizo viajar a Europa para realizar sus estudios. En 1951 se matriculó en la facultad de filosofía de Lovaina. Finalizada esta etapa, en 1955 se instaló en Lyon para estudiar en la facultad de teología. Allí tomó un estrecho contacto con los dominicos y su atrayente *Nouvelle Théologie*. En 1950 fue ordenado sacerdote y al año siguiente obtuvo la licencia de teología en la Universidad Gregoriana de Roma.

Finalizados los estudios, regresó a Lima y fue contratado como profesor en la Universidad Católica. Pero su obispo, además, puso a su cargo una parroquia en Rímac, un suburbio de la ciudad, donde Gustavo se implicó de lleno en la problemática social y económica que sufrían los pobres y excluidos. Asimismo, en esta época fue elegido consiliario nacional de la Unión de Estudiantes Católicos (UNEC).

Pero el año decisivo para él fue el de 1968. En plena Revolución del 68, se celebró en Medellín la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, y él acudió como consultor teológico. Gustavo tenía por entonces 40 años. Vivió con gran intensidad aquella asamblea, en la que se hizo visible una nueva forma de aplicar el Evangelio a la realidad, pensando en los oprimidos de la sociedad. Gustavo vio en ello una invitación a hacer una nueva teología. Y así, publicó en 1971 su famoso libro: *Teología de la liberación. Perspectivas*, que tuvo una gran repercusión.

El hecho es que otros teólogos latinoamericanos –que, como él, habían conocido la Nouvelle Théologie en Europa– decidieron unirse para formar la *Teología de la Liberación*, poniendo su centro de atención en la pobreza y la injusticia que sufría el pueblo latinoamericano. Hay que tener en cuenta que en las décadas de 1970 y 1980 proliferaron las dictaduras militares en Latinoamérica. Éstas apoyaban a una pequeña clase alta, que se enriquecía a costa de la explotación de una inmensa clase campesina y trabajadora. Y esto se realizaba con gran violencia. Así pues, ante toda aquella barbarie, la Teología de la Liberación intentó defender a los pobres por medio de la vivencia del Evangelio, siendo Gustavo Gutiérrez uno de sus principales referentes.

Estando así las cosas, Gustavo fundó en Lima en 1974 el *Instituto Bartolomé de las Casas*, una asociación para la promoción y el desarrollo social de los más pobres. Pero él siguió estudiando y escribiendo. Fruto de lo cual, realizó una excelente tesis doctoral sobre fray Bartolomé de las Casas, recibiendo en 1985 el doctorado en teología en la facultad de Lyon. Su fama como teólogo de la liberación hizo que fuera invitado a dar clases y conferencias por todo el mundo. También ha recibido el Doctorado Honoris Causa de numerosas universidades. Todo eso le ha ayudado en su lucha por la dignidad de los pobres.

En el año 2000, con 72 años, tomó la decisión de ingresar en la Orden de Predicadores, y lo hizo con sus hermanos de Lyon. Tres años después recibió en España el Premio Príncipe de Asturias por su preocupación por las clases más desfavorecidas de la sociedad. En este premio también se valoró su independencia ideológica. En efecto, fray Gustavo Gutiérrez no se dejó manipular ni arrastrar por radicalismos ni por movimientos que defienden ideas contrarias a la doctrina católica. Por eso, cuando la Iglesia investigó el pensamiento expuesto por los teólogos de la liberación, fray Gustavo Gutiérrez salió absuelto de toda sospecha. En 2012, con 84 años, el Ministerio de Cultura de Perú y Petroperú le concedieron el Premio Nacional de Cultura. En la actualidad sigue dando conferencias y reside en Francia y Perú.

Además de la que ya hemos citado, podemos destacar estas otras obras de fray Gustavo Gutiérrez: *Revelación y anuncio de Dios en la historia*, *La fuerza histórica de los pobres*, *Beber de su propio pozo*, *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente* y *La verdad los hará libres*. En

todas ellas expone la espiritualidad que subyace en la Teología de la Liberación. Es también muy loable el trabajo que ha realizado fray Gustavo para dar a conocer a fray Bartolomé de las Casas. A este respecto, sobresale su libro: *En busca de los pobres de Jesucristo*.

PREDICACIÓN

La predicación actual se lleva a cabo sobre todo en las diferentes plataformas de Internet y en las redes sociales. Es cierto que las dominicas y los dominicos siguen predicando al estilo clásico: en un aula, en un salón parroquial o en el púlpito de una iglesia, pero hay que reconocer que, de hecho, lo que más ve y escucha la sociedad actual está en las redes sociales y en Internet. Por eso es necesario hacer un esfuerzo por estar ahí presentes.

En estos últimos años ha sobresalido dentro de la Orden la web *www.dominicos.org*, de los frailes de España. Ciertamente, para lograr una plataforma en Internet de buena calidad, es necesario estar dispuestos a invertir recursos, tiempo y mucha energía en conseguirlo, contratando a buenos profesionales si es necesario. Eso es lo que han hecho los dominicos españoles, y les ha dado muy buen resultado. Un dato significativo es que en 2020 esta web tuvo una media de 357.000 usuarios al mes. Su objetivo es poner Internet y las redes sociales al servicio de la Palabra. Y lo hacen empleando un lenguaje posmoderno, por medio del cual transmiten fielmente el Evangelio. Esto es fundamental para que el mensaje cristiano sea comprensible en la sociedad actual.

Otro buen ejemplo lo tenemos en Francia. Los dominicos del convento de Lille ofrecen una magnífica web de predicación llamada *Retraite dans la ville* –es decir, Retiro en la ciudad–, en la que podemos encontrar reflexiones, enseñanzas, cursos y retiros espirituales pensados para todo tipo de personas. Se puede acceder a todo ello por medio de dicha web, con un teléfono smartphone (descargando una app) o por correo electrónico. A mediados de 2020 había más de 160.000 personas suscritas.

Las monjas dominicas también ofrecen plataformas de predicación. En el ámbito castellano hablante destacan las monjas de Lerma (España), entre las que hay un animado grupo de jóvenes.

Estas hermanas, desde la clausura de su bello monasterio, envían todos los días por WhatsApp una pequeña reflexión espiritual, a la que ellas han llamado *Reto*. Y hay miles de personas que lo reciben y lo reenvían, porque les ayuda espiritualmente en su vida cotidiana. Ellas, asimismo, acogen en su locutorio a grupos de jóvenes que vienen de colegios o de parroquias para darles testimonio de su vida contemplativa y para predicarles el Evangelio con obras de teatro, trucos de magia o sugerentes cuadros que ellas pintan mientras les hablan de Cristo. Y, obviamente, comparten con ellos su oración comunitaria en la iglesia del monasterio. Estas hermanas también organizan concursos de pintura para niños de Primera Comuni3n y jóvenes de Confirmaci3n. Pues bien, todo esto es fruto de un arduo trabajo. Lo que ellas contemplan en su vida monástica, lo «traducen» en lenguaje posmoderno para que llegue al coraz3n de la gente.

Vamos a conocer a continuaci3n a un fraile que, probablemente, sea el mejor ejemplo del buen predicador en el actual contexto de la Posmodernidad.

► Fray Timothy Radcliffe

Nació en 1945 en Herdon (Londres), en una familia cat3lica. Tras estudiar en Oxford, ingresó con 20 años en la Orden de Predicadores. Después de ordenarse sacerdote en 1971, enseñó Sagrada Escritura en el colegio universitario que los dominicos tienen en Oxford. Con 43 años fue elegido prior provincial de la Provincia de Inglaterra y en 1992 fue elegido Maestro de la Orden. Durante su mandato escribió un buen número de cartas y otros textos con el fin de ayudar a la Orden a adaptar la espiritualidad dominicana a la Posmodernidad, que en ese momento estaba tomando fuerza. Estos textos –que est3n ahora disponibles en varias webs– fueron muy bien acogidos por muchos otros Institutos religiosos no dominicanos, y durante unos años han sido una referencia fundamental para la vida religiosa. Ciertamente, fray Timothy, con su gran cultura, espontaneidad y sentido del humor, supo dar un aire muy contempor3neo a la Orden y a toda la Familia Dominicana.

Con 56 años finalizó esta labor y en 2002 se reincorporó al convento de Oxford. Al año siguiente recibió el título de Doctor Honoris Causa en la Universidad de Oxford, título honorífico que también ha recibido en otras once universidades. Ha seguido

escribiendo y dando conferencias. En 2007 recibió el Premio Michael Ramsey como escritor teológico. Desde 2014 hasta 2016 fue el director del *Instituto Las Casas* –del convento de los dominicos de Oxford–, cuyo fin es la promoción de la justicia social y los derechos humanos. Y desde 2015 es consultor del Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz.

El estilo de fray Timothy es bien conocido: sus homilías, conferencias y escritos son concisos y escuetos, sin prolongarlos innecesariamente. Suele escoger como tema una idea o valor evangélico que sea fundamental para el mundo posmoderno. En lugar de desarrollar un monótono discurso teórico, prefiere subdividirlo en pequeños fragmentos en los que intercala citas de otros autores, anécdotas o comentarios divertidos, si vienen al caso, evitando hablar de aquello que pueda ser confuso o aburrido. Y esto lo hace siguiendo siempre un mismo hilo argumental. Así consigue mantener la atención del público, y logra que su mensaje evangélico llegue a la mente y, sobre todo, al corazón de la gente.

En sus escritos a la Orden, fray Timothy habla con mucha lucidez y claridad de los elementos fundamentales de la vida dominicana. Como buen intelectual, insiste en lo importante que es estudiar con humildad, con espíritu de pobreza, buscando el placer que da el encontrar que las cosas tienen sentido. Y nos anima a hacerlo con la esperanza de que, hasta lo más aburrido o aparentemente inútil, puede sernos de ayuda para predicar en el futuro. Es también muy conocida –y acertada– su descripción de la comunidad como un «ecosistema» en el que las hermanas y los hermanos han de vivir fraternalmente, compartiendo su experiencia de Dios en un ambiente de pluralidad, libertad y compasión. Es así como se forman los buenos predicadores.

Fray Timothy le da mucha importancia a la democracia. Reconoce que a veces le resultan aburridos los largos Capítulos en los que los hermanos dialogan sobre sus problemas y proyectos. Pero nos advierte que eso es fundamental en la vida dominicana. Quizás sea un sistema de gobierno poco eficaz, pero es lo que más une a la comunidad. Por ello, fray Timothy nos dice que en los Capítulos y en los diálogos comunitarios es importante saber escuchar con atención lo que dicen los hermanos, sin rehuir el debate, tomando en serio las objeciones y el punto de vista de los otros, con la confianza de que

ellos también están buscando la verdad. Y para ello debemos reconocer nuestra vulnerabilidad, poniéndonos bajo el amparo de nuestros hermanos y de Dios.

La democracia es la base de la unidad dominicana y también de su pluralidad. Según fray Timothy, es fundamental que en las comunidades dominicanas las hermanas y los hermanos puedan conservar su cultura, su personalidad y sus ideas políticas, sintiéndose siempre respetados, valorados y amados. Eso es lo que realmente une y enriquece a las comunidades y a la Familia Dominicana. Es entonces cuando la comunidad es capaz de afrontar los mayores retos y superar los peores problemas.

Fray Timothy también valora mucho la oración comunitaria, y pide que ésta se celebre con el pueblo fiel. Así, además de ser un momento de encuentro de las hermanas y los hermanos con Dios, se convierte en un buen medio de predicación. Pues, rezando juntos, la comunidad transmite su experiencia de Dios a los que comparten su oración.

Ciertamente, fray Timothy Radcliffe es el principal autor espiritual de la Orden en el tiempo actual. Aparte de sus escritos a la Familia Dominicana, podemos citar, entre otras, estas obras suyas: *Os llamo amigos, ¿Qué sentido tiene ser cristiano?*, *El paso decisivo, ¿Por qué hay que ir a la iglesia?* y *El borde del abismo*. En todas ellas nos anima a abrirnos a Dios, viviendo inmersos en la sociedad. Y nos pide que trabajemos dentro de ella, para ayudar a que ésta se encamine hacia la Salvación. Porque Dios es muy real. De hecho, es lo que hace real nuestra existencia.

MISIONES

Como es obvio, la Familia Dominicana sigue actualmente apoyando las misiones. En este periodo han sobresalido las emplazadas en países musulmanes. Concretamente, es muy significativa la presencia en Irak, donde las dominicas y los dominicos han dado testimonio del Reino de Dios en medio de la guerra y los atentados terroristas, y hoy lo siguen haciendo, a pesar de las dificultades.

Vamos a hablar ahora de un mártir contemporáneo, un obispo dominico que dio la vida por el Evangelio en Argelia, en 1996.

► **Beato Pierre Claverie**

Nació en 1938 en Bad El Oued, un barrio obrero cercano a la capital de Argelia. Este país norteafricano era una colonia francesa desde 1830. La familia de Pierre era de origen francés y llevaba asentada en Argelia varias generaciones. Cuando tenía 11 años, Pierre se metió en un grupo de Boy Scouts que llevaban los dominicos. Siendo adolescente, su familia le envió a Grenoble (Francia) para hacer sus estudios universitarios. Allí pidió el ingreso en la Orden de Predicadores en 1958, haciendo el noviciado en el convento de Lille. Argelia llevaba por entonces cuatro años de guerra de independencia, desde 1954, y ésta concluyó en 1962 con la retirada de los franceses.

Tras estudiar en el convento de Le Saulchoir, fray Pierre se ordenó sacerdote en 1965 y dos años después regresó a Argelia, donde estudió la lengua árabe. En 1973 fue nombrado director de un centro de estudios árabes e islámicos. Y en 1981, con 44 años, fue ordenado obispo, ocupando la sede de Orán, una importante ciudad portuaria. Aprovechando su conocimiento de la religión musulmana y de la cultura argelina, se esforzó en promover el diálogo entre cristianos y musulmanes. Todo ello hizo que el pueblo le llamara cariñosamente «el obispo de los musulmanes».

Pero, a finales de 1991, ganó las elecciones un partido radical, el Frente Islámico de Salvación, y el gobierno del país dio un autogolpe con el fin de evitar que dicho partido se hiciese con el poder. Ello provocó que en 1992 comenzase una cruenta guerra civil entre radicales musulmanes y el Estado argelino, el cual empleó a grupos paramilitares para acabar con los insurgentes islámicos. En medio de aquella dura confrontación, en la que morían cientos de inocentes, fray Pierre no dudó en denunciar los abusos y atrocidades que estaban cometiendo ambos bandos. Mientras, desde Europa, se recomendaba a los occidentales que abandonasen el país, pues todos estaban en grave peligro. Pero fray Pierre se mantuvo en su puesto, junto a su pueblo.

En mayo de 1996 murieron asesinados siete monjes cistercienses franceses del monasterio de Tibhirine, situado en el

norte de Argelia. Fray Pierre sabía que él era otro objetivo de los terroristas, pero no huyó. El hecho es que, tres meses después, a su regreso de Argel, donde se había reunido con el ministro de exteriores francés, una bomba estalló en la puerta del obispado, matándole a él y a su chófer, Mohamed, que era un amigo musulmán. El 26 de enero de 2018 el Papa Francisco beatificó a fray Pierre Claverie y a otros 18 religiosos y religiosas mártires de la guerra civil de Argelia. La ceremonia tuvo lugar en Orán.

ARTE

Comencemos este apartado hablando de una interesante revista. Fray José Manuel de Aguilar fundó en España en 1964 la revista *ARA* (Arte Religioso Actual) y la dirigió hasta su clausura, en 1981. Por medio de dicha revista, Aguilar promovió y mostró el nuevo arte sacro que fue surgiendo tras el Concilio Vaticano II.

Asimismo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, surgió un buen grupo de frailes dominicos que se animaron a predicar por medio del arte. En Francia sobresalieron el escultor fray Dino Quartana y los músicos fray Maurice Cocagnac y fray André Gouzes. En Suiza destacó el compositor fray Jean Daniel Balet y en Irlanda el escultor fray Henry Flanagan. Hubo dos dominicos que trabajaron en Japón: el pintor y grabador belga fray Albert Carpentier y el pintor canadiense fray Gaston Petit. En España podemos citar al hermano cooperador fray Pedro Berceruelo, que era un excelente pintor de acuarela, al arquitecto fray Francisco Coello de Portugal, al vidrierista y autor de mosaicos fray Domingo Iturgaiz y a los escultores fray Miguel Iribertegui y fray Alfonso Salas. Sin contar, además, con otros muchos artistas del resto de la Familia Dominicana que surgieron en este periodo.

Entre los artistas actuales podemos destacar a tres dominicos que, además de haber estudiado bellas artes, tienen unos sólidos conocimientos de teología. Uno es el pintor español fray Félix Hernández, cuyas obras –tanto figurativas como abstractas– plasman bellamente la espiritualidad actual. Sus ilustraciones son muy conocidas y empleadas por la Familia Dominicana en España y Latinoamérica. Otro es el laico italiano Fabio Bodi, que trata de mostrar el mensaje del Evangelio por medio de la claridad, la

sencillez y la belleza de sus pinturas. En contraste con él, la hermana Dana Benedicta en sus obras revela simbólicamente la más profunda experiencia mística –íntima, silenciosa y amorosa– de la unidad de Dios en el corazón humano. Esta dominica es polaca, aunque reside en el convento de Santa Catalina de Siena de Oslo, que es la casa general de su Congregación: las *Dominicas de Nuestra Señora de la Gracia*. Estos tres dominicos son una breve muestra, pues si nombrásemos a todos los artistas dominicos actuales, la lista sería muy larga, ya que habría que incluir en ella, entre otros, a cineastas, bailarines, actores y poetas.

Desde 2002 se están celebrando en Latinoamérica y el Caribe los encuentros «Predicarte», que congregan a todo tipo de artistas de la Familia Dominicana. En estos encuentros se realiza un enriquecedor intercambio de experiencias artísticas en el campo de la misión, reflexionando sobre cómo se puede predicar por medio del arte a la sociedad actual.

Hace poco, con motivo de la clausura del octavo centenario de la confirmación de la Orden (2016), en el convento de Santa Sabina de Roma se organizó una exposición titulada *Auguri* –es decir, Felicidades– con artistas dominicos. Entre ellos había mujeres y hombres de todas las ramas de la Familia Dominicana, procedentes de todos los continentes, entre los que estaban fray Félix Hernández y la hermana Dana Benedicta. Esa exposición mostró que la predicación por medio del arte tiene un futuro muy prometedor.

El hecho es que hay nuevos modos de arte que están adquiriendo una gran relevancia para la predicación, por lo que es necesario apoyarlos. En efecto, así como los dominicos de Fiésole promovieron el novedoso arte renacentista de Fra Angelico, ahora hay que hacerlo con las nuevas formas artísticas que están surgiendo, como el diseño gráfico hecho con computadora, que es muy útil para predicar a los jóvenes posmodernos, pues están acostumbrados a recibir información en sus teléfonos y computadoras por medio de imágenes muy llamativas. Ciertamente, esto puede suponer un gran esfuerzo para algunas Provincias, pero la predicación hace que merezca la pena.

Hay un dominico que actualmente destaca como uno de los religiosos más valorados en el mundo artístico actual. Si ha llegado a serlo es porque sus hermanos le apoyaron. Veamos su vida.

► Fray Kim en Joong

Nació en 1940 en Booyo (Corea del Sur) en plena Segunda Guerra Mundial, durante la ocupación japonesa. Su familia era de religión taoísta, de clase media-baja, pues su padre se dedicaba al arte de la caligrafía. Finalizada la guerra, la familia se trasladó a la ciudad de Daejeon. Contemplando el minucioso trabajo de su padre, Kim descubrió lo mucho que le gustaba el arte. En esta época estalló la Guerra de Corea (1950-1953). Cuando tenía 12 años, además de ir al colegio, comenzó a aprender caligrafía, lo cual marcó su futuro estilo artístico.

Con 17 años pintó varias acuarelas en la escuela de secundaria, y sus profesores le alentaron a que continuase por ese camino. Esto le movió a ingresar en 1959 en la escuela de bellas artes de Seúl. Pero a sus padres no les gustó, pues por experiencia sabían que el arte daba poco dinero. Allí fue conociendo el arte moderno que se practicaba en Occidente, y Kim se decantó claramente por el arte abstracto. En 1962 tuvo dos reconocimientos a su pintura no figurativa. Aunque al año siguiente comenzó el servicio militar, pudo seguir pintando.

El año de 1965 fue muy importante. Ya había acabado el servicio militar, y siguió recibiendo galardones y buenas críticas por su obra artística. Pero sobre todo ocurrió algo que le cambió profundamente la vida: fue contratado como profesor de dibujo en el seminario menor que la Iglesia católica tenía en Seúl. En ese ambiente, Kim se sintió muy atraído por la espiritualidad y la trascendencia, y comenzó a ir a Misa todos los días, pues disfrutaba mucho de la liturgia. Y así, con 28 años, fue bautizado. En su corazón sentía ya una llamada a consagrarse a Dios. Cuando tenía 30 años, en 1969, recibió una beca para estudiar en la Universidad de Friburgo, en Suiza, en cuyo campus los dominicos tienen un convento, pues son profesores en la facultad de teología. Pronto comenzó asistir a sus clases, entabló amistad con algunos de ellos y éstos le cedieron una parte del convento para que instalase su taller de pintura.

Al año siguiente, con 31 años, Kim pidió el ingreso en la Orden de Predicadores. Dos años después, en 1972, fue enviado al convento de la Anunciación de París, donde, de nuevo, fue apoyado por los frailes para que desarrollase su faceta artística. Al año siguiente tuvo su primera exposición en París y el Estado francés adquirió una de sus obras. En 1974, con 35 años, se ordenó sacerdote. Poco después viajó a Corea del Sur y varios familiares suyos, entre ellos sus padres, se convirtieron al catolicismo. En 1975 fue asignado definitivamente –hasta el día de hoy– al convento de la Anunciación de París. En los años siguientes siguió haciendo exposiciones en varios países. En 1982 el Museo de Arte Moderno de París compró una obra suya.

Cinco años después, cuando tenía 47 años, fray Kim dio un significativo cambio a su carrera artística, pues pintó sus primeras vidrieras, en la iglesia de San Juan Bautista en Angoulime. Éstas tuvieron tanto éxito, con sus figuras abstractas de llamativos colores, que en los siguientes años le pidieron que realizase varios proyectos en Francia y en otros países. Destacan las 37 grandes vidrieras de la basílica de Brioude. En la década de 1990 fray Kim empezó a hacer litografías, y después se decidió a decorar cerámica, ropajes litúrgicos y otros materiales. Estas obras tienen algo en común: la abundancia de color, el uso de transparencias y la inspiración en la caligrafía oriental.

Cuando tenía 70 años, fray Kim creó el *Instituto Kim en Joong*, con el fin de gestionar correctamente sus muchas obras, facilitar un ámbito de estudio y reflexión sobre las mismas y, además, promocionar el arte sacro. Este artista dominico ha seguido trabajando y haciendo exposiciones. Y sigue recibiendo premios y galardones.

AUTORES ESPIRITUALES

Ya hemos comentado que la Orden, a nivel intelectual, se ha separado actualmente –en cierta medida– del tomismo y se ha abierto a otras corrientes de pensamiento. En espiritualidad ha pasado lo mismo. Si bien se tiene un respeto reverencial a santo Tomás, son muchos los miembros de la Familia Dominicana que también se apoyan en otros autores o corrientes espirituales, lo cual resulta,

generalmente, muy enriquecedor. Un buen ejemplo de ello es fray Timothy Radcliffe, del cual ya hemos hablado.

Otro autor espiritual que debemos destacar es fray Felicísimo Martínez. Nació en 1943 en Prioro (España) y ha sido profesor de teología dogmática y teología pastoral. Si bien ha escrito muchos libros de diversa temática teológica como, por ejemplo: *Espiritualidad en la sociedad laica* y *Creer en Jesucristo*, en el ámbito castellano hablante también es muy conocido por su importante aportación al mundo consagrado, con publicaciones como: *Liberación de la vida religiosa* y *Refundar la vida religiosa*. Ciertamente, fray Felicísimo ha ayudado a muchos Institutos y comunidades a asumir lo estipulado por el Concilio Vaticano II. Y en la actualidad, es muy interesante su aporte respecto a la Posmodernidad. Pero sobre todo a nivel dominicano es muy apreciado por los numerosos cursos y conferencias que ha dado sobre espiritualidad dominicana. A este respecto, su principal obra es: *Domingo de Guzmán, evangelio viviente*. Con motivo del octavo centenario de la confirmación de la Orden, publicó: *Ve y predica*, sobre la predicación dominicana en el siglo XIII y en la época actual.

Por otra parte, en estas últimas décadas, ha crecido el interés por la mística renana a nivel global. Muchas nuevas corrientes posmodernas consideran que el Maestro Eckhart es un autor místico fundamental, aunque lo interpretan muchas veces de forma errónea, manipulando su pensamiento. Dentro de la Familia Dominicana también se le está redescubriendo, junto a sus discípulos. Por fortuna, hay algunas dominicas y dominicos que están haciendo un esfuerzo por darle a conocer de un modo correcto. Pero, como ya decíamos anteriormente, sigue habiendo un gran desconocimiento, sobre todo de las autoras renanas, cuyas obras siguen siendo actualmente desconocidas para muchos miembros de la Familia Dominicana.

Por otra parte, gracias a la invitación que hizo el Concilio Vaticano II a abrir vías de conocimiento y diálogo con otros ámbitos de pensamiento, ha habido dominicas y dominicos que se han aventurado a enriquecer la espiritualidad cristiana con algunos elementos aportados por otras religiones –sobre todo orientales– y con algunas corrientes de psicología –especialmente de tipo humanista–. Vamos a conocer ahora la vida de un fraile que hizo un gran esfuerzo por integrar correctamente el budismo zen en la espiritualidad cristiana.

► Fray José Fernández Moratíel

Nació en 1936 en Santa Olaja de Eslonza (España) en el seno de una familia campesina. El buen ejemplo de vida cristiana de sus padres le dejó muy marcado. Con trece años le enviaron a la escuela apostólica de Corias y a partir de ahí siguió la formación institucional en la Orden de Predicadores. Aunque él reconocía que le costaba estudiar, lo hizo, adquiriendo una buena base filosófica en el convento de Caldas de Besaya y, a continuación, formándose en la sólida teología tomista que por entonces se enseñaba en el convento de San Esteban. En esos años de estudiante en Salamanca, leyó sermones de fray Juan Taulero y otras obras de mística renana, y eso le cambió su modo de ver a Dios y, sobre todo, su forma de relacionarse con Él.

Tras ordenarse con 26 años, estuvo un tiempo en el convento de San Pablo de Valladolid y después regresó a San Esteban para formar parte del equipo de formadores de los frailes estudiantes. Y en 1968 fue asignado al convento de Santiago de Pamplona, que fue su comunidad desde entonces, pues no volvió a ser asignado a otro convento. Durante varios años se dedicó fundamentalmente a la predicación itinerante y a otras actividades pastorales. Moratíel, que había descubierto el camino espiritual de la mística renana, siguió estudiando sobre espiritualidad en buenos autores cristianos y, asimismo, investigó lo que ofrecían las religiones orientales, pues vio que se complementaban bastante bien con la mística renana.

En la década de 1980, Moratíel comenzó a frecuentar un grupo de *budismo cristiano*, y en él, practicando el budismo zen, conoció su gran riqueza espiritual. Es entonces cuando él descubrió el «Silencio», es decir, la presencia de Dios en lo más hondo de nosotros, cuando conseguimos silenciar nuestro interior y solo dejamos que fluya el amor que nos une a Él. Básicamente, se trata de la oración de recogimiento, pero practicada con las técnicas y la radicalidad de la meditación zen. Entonces, viendo Moratíel que eso podía ayudar a algunos cristianos a mejorar su relación con Dios, a finales de la década de 1980 se separó de aquel grupo de budismo cristiano y creó la *Escuela del Silencio*.

Ésta consistía en organizar retiros espirituales de varios días en los que se practicaba comunitariamente el recogimiento al estilo zen,

sintiendo la presencia de Jesús en el corazón. Además, Moratiel daba dos charlas al día sobre el Silencio y una vez al día animaba a practicar ejercicios corporales para «silenciar» el cuerpo. También hacían «paseos meditativos». Al principio, a penas acudía gente a sus retiros espirituales, pero poco a poco fue aumentando la afluencia, y en unos años pasó a estar muy demandado, sobre todo por laicas y religiosas. Había años en los que sólo estaba en su convento de Pamplona diez días, pues, casi sin descanso, uno tras otro, iba dando retiros de la Escuela del Silencio por España y, en ocasiones, también en Latinoamérica. Hasta que, debido a una dolencia cardiaca, falleció en Málaga en 2006, con 69 años.

Muchos de los que acudían a sus retiros buscaban, ante todo, estar con él, pues comunicaba con toda sencillez, incluso con los gestos más triviales, su profunda experiencia de Dios. Él no escribió apenas nada, pero algunos de sus seguidores pusieron por escrito sus charlas y las publicaron. Destacan estas obras: *Conversando con el silencio*, *La cosecha del silencio*, *La posada del silencio*, *La sementera del silencio*, *Desde el silencio* y *La alcoba del silencio*.

Espiritualidad tomista

Si bien acabamos de ver que es bueno abrirse a otras corrientes espirituales, también hay que reconocer que la Familia Dominicana cometería un error si olvidase o desvirtuase la espiritualidad de santo Tomás. Pues, precisamente ahora, en plena Posmodernidad, tiene un gran valor.

Hemos visto cómo la persona actual ha sido formada para pensar, ante todo, en sí misma y, secundariamente, en los demás. Por eso tiene tendencia a huir de dogmas que coarten su intelecto, de sacrificios que limiten su bienestar y de compromisos que restrinjan su libertad. Sin embargo, debido a que dicha persona vive en un mundo donde cada vez más cosas son virtuales y están en continuo cambio, necesita encontrar aquello que es realmente estable y verdadero, pues eso le genera paz y seguridad. Y esto lo encuentra penetrando en su mundo interior. Por eso la espiritualidad está tan de moda en la actualidad, y podemos encontrar fuera de la Iglesia tantos libros, webs y maestros que nos ofrecen un camino espiritual que nos va a generar –supuestamente– un gran beneficio.

Sin embargo, santo Tomás une espiritualidad y moral, es decir, una nuestra relación con Dios y nuestra relación con los demás. Él nos diría: *Si quieres ser realmente feliz, debes amar a Dios haciendo el bien a los demás*. Porque el fruto de la verdadera espiritualidad cristiana es, ante todo, la caridad, es decir, sacrificarse amorosamente por el bien común. Y esto tiene, además, un importante efecto secundario: nuestra felicidad. Así es, siguiendo el pensamiento de santo Tomás, podemos afirmar que la persona alcanzará realmente la felicidad, y conocerá aquello que es real y verdadero en su vida, si comparte caritativamente el amor que recibe de Dios. De ahí el gran valor que tiene la espiritualidad tomista en la actualidad.

JUSTICIA, PAZ Y CUIDADO DE LA CREACIÓN

En este periodo que ahora estamos viviendo, la Familia Dominicana ha reforzado su trabajo en favor de la justicia, la paz y el cuidado de la creación. Ciertamente, gracias a los medios de comunicación y a películas y documentales que actualmente se emiten, la sociedad es cada vez más consciente de que su bienestar lo obtiene gracias a la explotación de millones de personas y del aprovechamiento desmedido del medio ambiente. Pero sabemos que aún queda mucho por hacer, si es que realmente queremos que las próximas generaciones vivan en un mundo humanamente más justo y ambientalmente más sostenible.

Esto ha movido a la Familia Dominicana a crear diversas ONG's con el fin de apoyar proyectos de desarrollo en países empobrecidos. Como es lógico, este apoyo no es sólo económico, también se hacen campañas de sensibilización en los colegios y universidades de la Familia Dominicana, así como en parroquias. Algunas ONG's dominicanas también se centran en ayudar a las numerosas personas vulnerables que malviven en los países del «primer mundo». Nos referimos, por ejemplo, a los millones de inmigrantes que no son bien acogidos, las personas que viven en la calle, las prostitutas o los toxicómanos.

Destaca la gran labor que la Familia Dominicana realiza en la ONU. En 1997 creó junto a la Familia Franciscana una oficina común en Ginebra con el fin de trabajar por los derechos humanos, la justicia y los más pobres. Además, en 1998 se fundó la ONG *Dominicos por la*

Justicia y la Paz, la cual en 2002 fue reconocida por el Consejo Económico y Social de la ONU con Estatus Especial Consultivo. Así, gracias a esta ONG, la Familia Dominicana defiende la justicia y la paz ante la comunidad internacional y le lleva el mensaje de Jesús.

Antes de hablar de una dominica que ha entregado su vida para luchar por la justicia y la paz por medio de la medicina, vamos hacer una breve mención al teólogo sudafricano fray Albert Nolan, que destaca por haber sido un gran opositor al sistema de *apartheid*, con el que el gobierno de su país segregaba racialmente a gran parte de la población. Precisamente por ello, cuando fue elegido Maestro de la Orden en el Capítulo general de 1983, rechazó dicho cargo pues consideró que debía seguir luchando por los derechos humanos en su país. El *apartheid* fue abolido definitivamente en 1994, ganando Nelson Mandela ese mismo año las elecciones presidenciales. Nueve años después, en 2003, el gobierno sudafricano concedió a Nolan la *Orden de Luthuli*, en reconocimiento a su lucha por los derechos humanos y contra el *apartheid*. Destacan estas obras suyas: *Dios en Sudáfrica* –sobre la vivencia del Evangelio cuando se luchaba contra el *apartheid*–, *¿Quién es este hombre?* –sobre la espiritualidad de Jesús– y *Jesús, hoy* –sobre la espiritualidad actual–.

► **Hermana Cristina Antolín**

Nació en 1959 en Orihuela (España), en una familia cristiana muy unida a la Iglesia. Siendo niña, su familia se trasladó a Granada, donde estudió en un colegio de la *Congregación de Santo Domingo*. Esta Congregación había sido fundada por la hermana Teresa de Jesús Titos Garzón en 1907 en esta ciudad, de ahí que sean conocidas como las dominicas de Granada.

Cuando Cristina tenía 15 años, el Espíritu Santo decidió llamarla a la vida religiosa. Y lo hizo en el salón de actos de su colegio, cuando una misionera de la Congregación estaba poniendo a los alumnos fotos de la misión de Isiro, en la República Democrática del Congo, y les hablaba de un pequeño hospital que allí tenía la Congregación, con muchos enfermos pero pocos médicos. Y en ese momento Cristina supo que deseaba ser misionera y médico, para poder ayudar a los más necesitados de África.

Y eso hizo. En 1977, con 18 años, comenzó el noviciado en la Congregación de Santo Domingo y al año siguiente se matriculó en la facultad de medicina de Granada, finalizando sus estudios de cirugía seis años después. Y aquel sueño que tuvo en el salón de actos de su colegio se vio plenamente cumplido, pues en 1985 fue enviada a la misión de Isiro para trabajar en aquel hospital. Allí estuvo la hermana Cristina once años haciendo todo tipo de trabajos médicos: pasando consulta, atendiendo problemas ginecológicos y realizando operaciones de cataratas, apendicitis o hernia. Además, la Congregación fue mejorando y ampliando el hospital.

Pero a finales de 1996 todo se vino abajo, pues estalló una revuelta en el país. El día de Navidad, las siete hermanas que formaban la comunidad de Isiro fueron secuestradas por los militares rebeldes. Pero pronto lograron escapar, se internaron en la selva y fueron acogidas en un poblado de pigmeos, que las protegieron durante 10 días. Mientras, el hospital fue saqueado y quedó muy deteriorado. Desde Europa, los diplomáticos de España e Italia lograron coordinar la evacuación de estas hermanas y de otros 65 misioneros y misioneras.

La comunidad de la hermana Cristina se instaló en la casa que la Congregación tiene en la capital del país, Kinshasa, donde estuvieron refugiadas hasta que en mayo de 1997 el rebelde Joseph Kabila derrotó al presidente Mobutu Sese Seko. Entonces la hermana Cristina fue unas semanas a España, para estar con su familia, y después regresó a la misión de Isiro junto a otra hermana. Allí comenzaron a reparar los destrozos del hospital. Pero en 1998 estalló una guerra civil en el país y, viendo que la situación podía alargarse (de hecho, este conflicto finalizó en 2003), a comienzos de 1999 la hermana Cristina fue enviada a fundar una misión en Camerún, estableciéndose en su capital: Yuandé, donde ella se puso a trabajar en un dispensario.

Esta misionera tenía por entonces 40 años y ante ella se abría otro apasionante reto, pues allí el Estado apenas se ocupaba de la salud de la población, había mucha corrupción en los hospitales, y vio que se podían salvar muchas vidas si se construía un buen hospital. Y se puso manos a la obra. Pero no lo hizo sola, pues tras dialogar sobre este proyecto en el seno de la Familia Dominicana de Camerún, el año 2003 decidieron colaborar en él cinco Congregaciones

dominicanas, a saber: las dominicas de la Anunciata, las misioneras dominicas de la Sagrada Familia, las dominicas de la Presentación, las dominicas de la beata Imelda y, claro está, la Congregación de Santo Domingo. El lema de este proyecto era –y lo sigue siendo–: «Volver a poner en pie a la persona».

Pues bien, el año 2008 consiguieron fundar el *Centro Hospitalario Dominicano San Martín de Porres*, situado en una loma de Mvog Betsi, un barrio periférico de Yaundé. El proyecto pasó a ser coordinado por un equipo de dominicas, de la capellanía se ocuparon los dominicos y la hermana Cristina fue nombrada directora. Así, gracias a la buena gestión, este hospital ha ido creciendo y mejorando sus servicios, siempre pensando en la salud de los más pobres.

La hermana Cristina ha tenido siempre muy presente que Dios es su principal ayuda y soporte. A pesar del mucho trabajo que tenía en aquel hospital, todos los días dedicaba un largo tiempo a la oración. De ese estrecho contacto con su Amado, le surgían las fuerzas y las ideas con las que ha ido superando día a día los numerosos retos a los que se fue enfrentando. La oración ha sido la fuente de su vitalidad, de su entusiasmo y de su creatividad. Porque, obviamente, lo que la movía –y sigue moviendo– a trabajar por los demás ha sido su amor a Dios y a la gente.

Pero en 2017, cuando tenía 58 años, la hermana Cristina fue elegida Superiora General de su Congregación, por lo que tuvo que dejar –con gran pesar– su trabajo en el hospital. Por entonces, se atendían en él más de 350 consultas al día y contaba con 80 camas. Y ha seguido creciendo. En 2018 se inauguró una ampliación en la que ella había estado muy implicada. Así, en 2020, este hospital contaba con unos 170 miembros de personal y era un centro hospitalario de referencia para todo Camerún y los países vecinos.

EN LAS FRONTERAS

Es muy fácil predicar a gente que cree en el Evangelio y está perfectamente integrada en la Iglesia. Eso lo sabía santo Domingo y, sin embargo, siempre deseó predicar a los que estaban fuera de la Iglesia, a pesar de que eso requería mucho más esfuerzo y conllevaba grandes sinsabores e, incluso, un claro peligro de muerte. Por ello

entregó diez años de su vida a predicar en el Languedoc a los cátaros y siempre quiso predicar a las violentas tribus de cumanos en Centroeuropa. Santo Domingo no predicaba por el placer de ser ensalzado por un público entregado a él, sino por el deseo de dar a conocer a Jesucristo a aquellos que no le conocen. Eso es lo que sintió en aquel hostel de Toulouse, cuando logró convertir al hospedero cátaro, tras un largo diálogo que duró toda una noche.

En los últimos tiempos, hay una pregunta recurrente en el seno de la Familia Dominicana: ¿Quiénes son los actuales cumanos? O, dicho de otro modo, ¿qué catarismo debemos hoy evangelizar? Es una pregunta importante porque es ahí donde debería estar especialmente presente la Familia Dominicana.

Por ello, al final de este camino que hemos compartido recorriendo la historia de la espiritualidad dominicana, vamos a hablar de un dominico que puede muy bien responder a esta pregunta, porque, precisamente, ha procurado estar en lugares de frontera, dialogando con personas muy alejadas de la Iglesia, bien por motivos económicos y geográficos, como es Haití (que es uno de los países más pobres del mundo, y más aún después del terremoto de 2010) o bien por motivos religiosos, como es el contexto hospitalario europeo –donde muchos de los médicos y los pacientes son ateos o agnósticos y tienen una concepción muy materialista del ser humano–. En efecto, a esas personas predicó el Evangelio el que ha sido hasta hace poco el Maestro de la Orden. Como la hermana Cristina Antolín, él también estudió medicina y, años más tarde, tuvo que dejar la valiosa labor que estaba realizando para asumir el gobierno de la Orden.

► Fray Bruno Cadore

Nació en 1954 en Le Creusot (Francia). Su madre era de la Borgoña y su padre era un afroamericano de la isla caribeña de La Martinica, que emigró a Francia para estudiar medicina y después ejerció allí esa profesión. Esta pertenencia a dos mundos tan distantes, siendo Bruno mulato, y sabiendo que tuvo antepasados que fueron esclavos, influyó en su especial interés por el ser humano. Estudió medicina en Dijon y con 23 años se graduó en la especialidad de pediatría. Entonces fue a hacer prácticas a un hospital de Estrasburgo, y un día, por azar, entró en la iglesia de los dominicos, cuando los

frailes estaban cantando el rezo de Vísperas, y se sintió muy interpelado por aquellas personas. Le gustó tanto, que comenzó a visitar aquella comunidad periódicamente.

Dos años después se doctoró y, si bien su director de tesis le tenía reservado un buen puesto en el hospital, Bruno pidió el ingreso en la Orden de Predicadores e hizo el noviciado en Estrasburgo, profesando en 1980, con 26 años. Tras aquello, según lo estipulado por el Estado francés, fray Bruno tenía que escoger entre realizar un año de servicio militar o dos años de servicio de cooperación. Y escogió lo segundo. Entonces su prior provincial le pidió que fuera a Haití, donde está presente la Provincia de Toulouse. Haití es un país caribeño cuya población está formada en su mayor parte por personas afroamericanas descendientes de los esclavos que trabajaron para los colonos franceses en el siglo XVIII. Allí Bruno pudo ejercer como médico y realizó diversas actividades pastorales. Aquella fue para él una experiencia de inserción en sus orígenes caribeños, ayudando a la gente más pobre. A su regreso a Francia, estudió un año en Estrasburgo y después continuó sus estudios en Lille. En este periodo, deseando dar continuidad a su vivencia en Haití, se implicó en proyectos pastorales en los que pudo estar en contacto con gente de la calle y empobrecida.

En 1986, con 32 años, fue ordenado sacerdote y, aunque él deseaba ardientemente regresar a Haití, fue nombrado maestro de estudiantes y comenzó sus estudios de teología moral en Lille. Además, en esta ciudad había una universidad católica con facultad de medicina, lo que le abría las puertas para especializarse en bioética, una disciplina muy importante, pues vela por el bien de los pacientes y el buen hacer de los médicos. Cuando fray Bruno tenía 38 años, obtuvo el doctorado en teología moral y comenzó a ser profesor de ética biomédica en la facultad de medicina.

Allí tenía que trabajar con otros profesionales y, con ellos, tenía que evaluar casos concretos de pacientes, estudiando las alternativas posibles, para ver cuál era la moralmente mejor, en consenso con las opciones médicas factibles. En algunos casos, eso era muy difícil. Pasados unos años, gracias a su buen hacer, llegó a ocupar el puesto de director del Centro de Ética Médica de la facultad. En esta etapa de su vida publicó numerosos artículos de bioética y medicina. Y desempeñó el cargo de prior de la comunidad de Lille.

Pero en 2001, con 47 años, tuvo que poner fin a su labor en Lille, pues fue elegido prior provincial de Francia, lo que le obligaba a dejar buena parte de sus trabajos académicos. Si bien estuvo tentado de renunciar a dicho nombramiento, lo aceptó por obediencia. Aunque no dejó del todo la bioética, pues en 2008 fue nombrado miembro del Consejo Nacional del Sida de su país. El hecho es que sus hermanos dominicos le tenían reservada una sorpresa aún mayor: en 2010, cuando fray Bruno tenía 56 años, fue elegido Maestro de la Orden, cargo que ocupó hasta que, finalizado su mandato en 2019, fue reemplazado por el filipino fray Gerard Timoner.

Durante sus nueve años de mandato, fray Bruno dejó muy claro su amor a la Orden y a cada uno de sus miembros. Quizás por su natural timidez, siempre se mostró como una persona modesta y sencilla, incluso en las grandes celebraciones, donde él era el principal centro de atención.

A sus hermanas y hermanos les habló en varias ocasiones de la importancia de sentirse «amigos de Dios», lo cual supone una relación sincera, auténtica y profunda con Él, y eso se ve reflejado en nuestra relación con los hermanos de comunidad y con el resto de las personas, sobre todo con las más vulnerables.

Según fray Bruno, la lógica dominicana de la predicación viene marcada por estos cinco momentos: (1) cuando escuchamos abiertamente a otras personas, (2) podemos establecer una conversación sincera con ellas, (3) lo cual hace que generemos un ambiente fraterno, (4) en el cual nuestra proclamación del Evangelio llega a la mente y al corazón de dichas personas, (5) transformándoles la vida. En efecto, el buen predicador es el que ayuda a otros a conversar amistosamente con Dios. O, dicho de otro modo, el buen predicador es el que convierte a sus interlocutores en amigos de Dios.

Fray Bruno no habla de un modo puramente teórico, sino que ha practicado con éxito estos cinco pasos cuando hizo el servicio de cooperación en Haití, cuando realizó labores pastorales con gente marginal de la ciudad de Lille, o cuando trabajó en el Centro de Ética Médica. Es más, pensemos: ¿no dio también estos cinco pasos santo Domingo durante su larga conversación con el hospedero de Toulouse?

Un año antes de acabar su mandato, fray Bruno publicó un bello libro en el que expuso su personal modo de vivir la espiritualidad dominicana. Lleva por título: *Escuchar, con Dios, los latidos del mundo*.

CONCLUSIÓN

Cuando ahora uno mira hacia atrás y contempla los ochocientos años de la Familia Dominicana, nota un cierto sobrecogimiento ante la cantidad y la diversidad de grandes dominicas y dominicos que ha habido en la historia. Se trata de personas muy diferentes, que vivieron en contextos muy distintos, pero que tuvieron algo en común: vivieron el Evangelio al estilo de santo Domingo.

En efecto, hemos visto cómo la espiritualidad dominicana ha ido evolucionando y adaptándose a las circunstancias, siempre con el fin de predicar el Evangelio desde la vivencia comunitaria, el estudio y la oración dirigida a un Dios que habita en lo más profundo de nosotros, en las personas a las que hablamos y en la naturaleza que contemplamos.

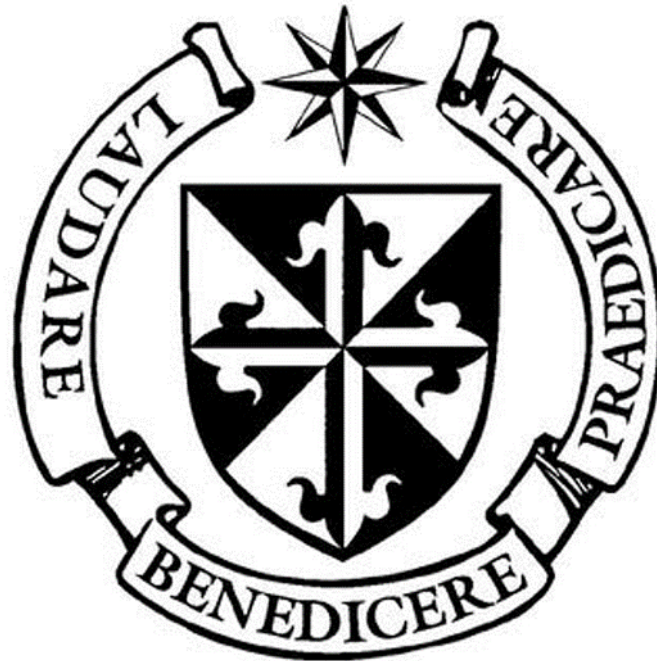
Así es, al recorrer la historia de la Familia Dominicana, podemos ver que su espiritualidad puede vivirse de muy diferentes modos. Pero no de cualquier forma. Aquello que rechaza la vivencia en común, la experiencia de Dios, el interés por conocer la realidad o el afán de comunicar el Evangelio a los demás, por muy bueno que sea, no es dominicano.

También hemos contemplado algo muy importante: los dominicos y las dominicas que han sobresalido en la historia eran simples seres humanos y, por tanto, eran personas imperfectas y vulnerables. Como lo somos cada uno de nosotros. Y eso, paradójicamente, cuando lo vivimos con honestidad, intentando ser coherentes con el Evangelio, nos hace más creíbles para predicarlo.

Pues bien, debemos finalizar este libro dando gracias a santo Domingo. Este buen hombre, con ayuda de valerosas personas laicas, aceptó el reto de fundar una novedosa comunidad de mujeres contemplativas que colaborasen con la Santa Predicación y, unos años más tarde, él se unió a unos buenos hermanos para fundar una comunidad que anunciase el Evangelio. Esa familia de predicadoras y predicadores se desarrolló, creció, se diversificó y sigue haciendo el bien en la actualidad. Y mira hacia el futuro con confianza y alegría...

MIEMBROS DE LA FAMILIA DOMINICANA CITADOS EN ESTE LIBRO

Adelaida Langmann, Agustín de Esbarroya, Alain de la Roche, Albert Carpentier, Albert Nolan, Alberto de Bérghamo, Alberto Magno, Alejandro della Spina, Aldo Moro, Alejandro Piny, Alice Huber, Alfonso de Loáisá, Alfonso Navarrete, Alfonso Salas, Alonso de Armería, Alonso de Cabrera, Álvaro de Córdoba, Ambroise Gardeil, Ambrosio de Bindo, Ambrosio Potton, Ana de los Ángeles Monteagudo, André Gouzes, André-Marie Meynard, Fra Angelico, Aniceto Fernández, Antón de Montesinos, Antonín Cloche, Antonino de Florencia, Antonio González, Antonio Massoulié, Arnaldo Janssen, Ascensión Nicol Goñi, Bartolomé de Carranza, Bautista de Crema, Bartolo Longo, Bartolomé de las Casas, Bartolomé de los Mártires, Bartolomé de Medina, Fra Bartolommeo, Benedicto XI, Benedicto XV, Benvenuta Boiani de Cividale, Berengario Landore, Bernardo de Domingo, Bernardo Guy, Bonhomme de Breñaña, Bruno Cadoré, Carlos Azpiroz, Carlos Saavedra Lamas, Catalina de Gebweiler, Catalina de Ricci, Catalina de Siena, Cecilia Cesarini, Clara Gambacorta, Clement Thuente, Columba de Rieti, Conrado de Prusia, Conrado von Füssen, Cristina Antolín, Cristina Ebner, Dana Benedicta, Daniel Concina, Diana de Andaló, Diego de Hojeda, Dino Quartana, Dómina del Paraíso, Domingo Báñez, Domingo Cavalca, Domingo de Guzmán, Domingo de Soto, Domingo de Valtanás, Domingo de Villamayor, Domingo Iturgaiz, Domingo Pollini, Dominique Pire, Domingo de Salazar, Maestro Eckhart, Edward Schillebeeckx, Elías Raymond, Eliecer Arenas Santos, Élisabeth Leseur, Emilia Bichieri, Enrique Fernández, Enrique Lacordaire, Enrique Susón, Erik Borgman, Esprit Panassièrre, Esteban Lacombe, Estefanía Quinzani, Eufemia Pinedo Ochoa, Eufrosina Burlamachi, Fabio Bodi, Felicísimo Martínez, Felipe Meneses, Félix Hernández, Félix Leseur, Florencio de Hesdin, Francisco Coello de Portugal, Francisco Coll, Francisco Colonna, Francisco de Posadas, Francisco de Vitoria, Francisco Fernández de Capillas, Francisco Gil de Frederich, Francisco Morales, Gaston Petit, Gerard Timoner, Gerardo de Frachet, Giordano Bruno, Giorgio la Pira, Gregorio Rocco, Guido Reni, Guillermo Courtet, Guillermo de Peyraut, Gustavo Gutiérrez, Henry Flanagan, Hosana de Kotor, Hosana de Mantua, Hugo de Caro, Humberto de Romans, Imelda Lambertini, Inés de Langeac, Inés de Montepulciano, Ingrid de Skänninge, Isabel Stagel, Isabel de Hungría, Isabel de Kirchberg, Isabel von Oye, Jacinto Besson, Jacinto de Polonia, Jacobo de Benavente, Jean-Baptiste Tourrel, Jean Daniel Balet, Jerónimo Herмосilla, Jerónimo Savonarola, Joaquín Turriani, Jordán Ansolade, Jordán de Rivalta -o de Pisa-, Jordán de Sajonia, José Fernández Moratíel, José Gabriel Brochero, José Khang, José Manuel de Aguilar, José María Díaz Sanjurjo, José Nuvoło, Joseph Eyquem, Joseph Hébert, Joseph-Marie Lagrange, Juan Balbus, Juan Bautista Maíno, Juan Capreolo, Juan Cobo, Juan de Campi, Juan de Colonia, Juan de Vercelli, Juan de la Cruz, Juan de Lorenzana, Juan de Tomás, Juan Dominici, Juan Hurtado de Mendoza, Juan González Arintero, Juan Macías, Juan Pico della Mirandola, Juan Tambach, Juan Taulero, Juan Teutónico, Juana de Portugal, Julia Rodzinska, Juliana Morell, Kim en Joong, Lorenzo Ruiz, Lucía de Narni, Luis Chardon, Luis de Granada, Luis María Grignon de Monfort, Magdalena Panattieri, Magdalena de Nagasaki, Manfredo de Vercelli, Manuel Belgrano, Manuel de los Mártires, Margaret Ormond, Margarita de Castello, Margarita de Hungría, Margarita de Saboya-Acaya, Margarita Ebner, María Mancini, María Poussepin, María Sara Alvarado Pontón, Marie-Dominique Chenu, Marina de Omura, Martín de Porres, Martín de Santiago, Martín Guillet, Mary Alphonsa Hawthorne, Matías de Córdoba, Mateo Alonso de Leciniana, Maurice Cocagnac, Melchor Cano, Melchor García Sampedro, Michel-Marie Philipon, Miguel de Aozaraza, Miguel Iribertegui, Miguel Vebe, Munio de Zamora, Nicolás Coeffeteau, Nicolás Ricardi, Pablo de León, Pedro Almato, Pedro Bedón, Pedro Berceruelo, Pedro de Córdoba, Pedro de Soto, Pedro de Tarantasia, Pedro de Verona, Pedro Seila, Pedro Ulloa, Pier Giorgio Frassati, Pierre Claverie, Pío V, Pío XII, Plautilla Nelli, Práxedes Fernández García, Raimundo de Capua, Raimundo de Peñafort, Ramón Zubieta, Reginald Garrigou-Lagrange, Reginaldo de Orleans, Ristoro da Campi, Rosa de Lima, Róza Kolumba Bialecka, Sadoc, Santiago Alberione, Santiago de la Voráquina, Santiago de Ulm, Santiago Passavanti, Santiago Talenti de Nipozzan, Sebastián de Bontempi, Sibilina Biscossi de Pavia, Sigrid Undset, Sixto Fiorentino, Teodorico Borgognoni de Luca, Teresa Chikaba, Teresa de Jesús Títo Garzón, Teresa María Ortega Pardo, Timoteo Ricci, Timothy Radcliffe, Tomás Bandello, Tomás Burke, Tomás Campanella, Tomás Cayetano, Tomás de Aquino, Tomás de Berlanga, Tomás della Fonte, Tomás de Mercado, Tomás de Torquemada, Tomás de Vallgornera, Ulrico de Estrasburgo, Valentín de Berrio-Ochoa, Venturino de Bérghamo, Veronique Margron, Vicente Contenson, Vicente de Beauvais, Vicente Ferrer, Yves Congar, Zedislava de Lemberg.



Santo Domingo fundó hace ocho siglos la Familia Dominicana, una comunidad de mujeres y hombres predicadores que ha ido creciendo y diversificándose, dando respuesta a los acontecimientos y cambios que se han producido a lo largo de la historia, sin abandonar los fundamentos originales de su carisma fundacional. De eso trata este libro. Nos habla de la evolución de la espiritualidad dominicana desde sus orígenes hasta la actualidad y de cómo han vivido dicha espiritualidad algunos de los más destacados dominicos y dominicas que, como predicadores, han vivido el Evangelio al estilo de santo Domingo.

El autor, fray Julián de Cos Pérez de Camino (Madrid, 1968), es dominico, está asignado al convento de San Esteban de Salamanca y es profesor de teología espiritual.